

SEBASTIAN
FITZEK

*POR EL
AUTOR DE
TERAPIA*

LA
**NOCHE
DEL OCHO**

B

LA NOCHE DEL OCHO

Sebastian Fitzek

Traducción de Jorge Seca



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Inspirada en *The Purge: La noche de las bestias*

¡Esta es una historia verdadera! [1]

PROSCRIBIR: declarar a alguien público malhechor, dando facultad a cualquiera para que le quite la vida, y a veces ofreciendo premio a quien lo entregue vivo o muerto.

Si se cuenta una mentira inmensa y se repite con la suficiente frecuencia, la gente se la acaba creyendo.

JOSEPH GOEBBELS,
ministro de Propaganda del Tercer Reich

Prólogo

Un mes después

—Hay una llamada para usted.

El doctor Martin Roth, el psiquiatra de cara inesperadamente tersa que provocaba un efecto demasiado juvenil para tratarse de un médico jefe, quiso tenderle el auricular, pero de repente a ella le entró el miedo.

Por supuesto que se alegraría de oír una voz diferente a la de sus terapeutas y compañeros de prisión, pese a que al doctor Roth no le gustaba que ella llamara así a los pacientes. Pero de pronto le sobrevino la pesadillesca idea de que, con la primera palabra de su interlocutor, el teléfono podría disolverse en llamas y calcinar su cráneo lleno de cicatrices. Temió que una de aquellas llamas punzantes penetrara por su tímpano y se le introdujera en el cerebro. Todo aquello era un disparate, por supuesto, pero en su opinión no era una bobada tan zafia como una mera superstición tradicional. Era evidente que una podía romper un espejo, por ejemplo, y sin embargo ganar la lotería. Y no era ni de lejos algo tan abstruso como el hada del sueño que había considerado como real durante muchos años de su infancia. Una invención fabulosa que su madre se sacaba siempre de la manga cuando no tenía la menor gana de contarle un cuento para dormir. «Si apagas ahora mismo la luz, el hada del sueño te dejará algo tempranito por la mañana delante de la puerta. ¡Puedes pedirle un deseo!»

«Chocolate.»

En ocasiones pedía un vestido de princesa o una casa de muñecas, pero la

mayoría de las veces quería golosinas, ya que muy pronto averiguó que los pequeños deseos a veces se cumplían. En cuanto a los grandes, los remordimientos de conciencia de su madre solo en muy contadas ocasiones eran lo bastante fuertes para que se hicieran realidad.

Si hoy su madre estuviera junto a su cama de enferma en la unidad aislada de la planta 17, le diera un beso con la nariz y le formulara la pregunta del hada del sueño, entonces ella, como alguien que está ahogándose, se aferraría a la mano salvadora de su mamá y, con los ojos completamente abiertos por el miedo, gritaría: «¡Me pido echar marcha atrás y deshacer lo hecho!

»¡Por Dios, me lo pido con toda mi alma!».

Y entonces se echaría a llorar porque hacía ya muchísimo tiempo que había dejado de tener cinco años y, por consiguiente, era ya demasiado mayor para creer en milagros y en seres que cumplían tus deseos. Aunque precisamente era eso lo que ella necesitaba ahora.

Un milagro: anular todo lo que había hecho y que al final había conducido a tanto derramamiento de sangre, horror y desgracia.

«Pero solo la muerte pone el contador a cero.»

Eso era lo que Oz solía decirle machaconamente, y la verdad es que para alcanzar ese conocimiento no se requería demasiada experiencia en la vida. Todo estaba hecho para estropearse: la nevera, el amor, la mente.

En la actualidad ya no era capaz de decir cuándo perdió la cabeza por culpa del miedo.

O sí. Probablemente fue aquel día en que contactaron por última vez.

Poco antes de la medianoche. Cuando Oz, de quien ella no sabía apenas nada más que ese estúpido pseudónimo, le mostró por teléfono su verdadera cara, sin desenmascarar no obstante su identidad.

—¿Por qué no lo paramos de nuevo? —le había preguntado ella, a punto de llorar, porque de repente comprendió que Oz no había pretendido en ningún

momento llevar el experimento a una conclusión pacífica. Él la había utilizado de una manera más brutal y terrible que cualquier otra persona anteriormente.

—¿Por qué deberíamos hacerlo? —replicó él.

—¿Porque nunca planeamos que sucediera esto!

—La vida no puede planearse, pequeña mía. Es un proceso de aprendizaje y de conocimiento. Toma su curso y nosotros lo contemplamos.

—Pero nosotros no somos observadores, sino quienes lo hemos creado.

Oz se rio y ella creyó ver cómo negaba su cabeza sin rostro.

—Nosotros tuvimos la idea. Y como ya dijo Dürrenmatt en *Los físicos*: una idea que se ha pensado una vez ya no puede anularse. Si nosotros abandonamos ahora, otra persona culminará nuestra obra.

—Pero en ese caso no tendremos ninguna culpa.

—¿Oh, ya lo creo que sí! Somos culpables desde el momento en que pusimos en marcha el experimento. Si ahora muere alguien, y eso es lo que va a suceder, entonces habrá sido porque les hemos entregado en bandeja esa idea a los asesinos. Somos la inspiración del mal.

—¿Pero yo nunca quise ser eso!

A ella le entró un temblor tan intenso que el mundo a su alrededor le pareció una instantánea movida.

—No puedo vivir con ello.

—Me temo que tendrás que hacerlo.

—Te lo suplico.

—¿El qué?

—Acaba con esta situación.

Él se echó a reír.

—Estamos a las puertas del éxito. No puedo detener nuestro experimento ahora. Sería como si tiráramos a la basura una vacuna que funciona sin antes probarla. Sería un *coitus interruptus* científico.

«Vacuna.»

Esa palabra le suscitó una idea.

—Entonces hagamos como Salk.

—¿Como quién?

—Jonas Salk. La persona que venció la poliomielitis. La vacuna que desarrolló la probó primero en él mismo.

Silencio.

Era evidente que lo había dejado desconcertado con esa idea. Parecía que, en efecto, Oz estaba reflexionando.

—Haz como Salk —repitió ella en mitad de su silencio—. Úsanos como conejillos de Indias.

Cuando por fin respondió, no pudo creerse al principio que él estuviera realmente de acuerdo con ella.

—No es una mala idea, para nada. Me la apunto.

Ella asintió con la cabeza. Se sintió aliviada y, sin embargo, por completo presa del miedo. Un temor que se intensificó aún más cuando él añadió:

—Tu nombre figuraba ya en la lista.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Y tú? ¿Qué pasa contigo?

—Yo no puedo tomar parte.

—¿Por qué no?

«¡Cobarde! ¡Cobarde de mierda!»

—Soy diferente a ti.

—¿Qué nos diferencia? —le preguntó ella—. ¡Anda, dime!

«¿Dejando aparte la sinceridad, la calidez y el hecho de tener corazón?»

—Que yo no tengo ningunas ganas de morir —dijo él y colgó.

Después no volvió a ponerse en contacto con ella.

Ignoraba sus llamadas.

Y también sus gritos: cuando se le puso delante aquel tipo con el aerosol de gas pimienta; cuando estalló el cristal justo al lado de su cabeza, o cuando se puso a gritar auxilio mientras el hombre con la cabeza cubierta con una bolsa de basura pretendía clavarle una navaja en el ojo.

Y eso que Oz había estado todo el tiempo a su lado. La observaba. Al acecho. La espiaba. De eso estaba segura.

Tan segura como que sabía que no existía ningún hada del sueño.

Y con la certeza de que durante el tiempo que le quedaba de vida no iba a poder abandonar el psiquiátrico en el que se encontraba ahora.

Ni siquiera aunque el doctor Roth se creyera la historia de la noche del ocho que ella iba a contarle. Y el doctor la miraba una y otra vez como si fuera así.

Pero tal vez solo era un buen actor y estaba pensando en sus cosas.

¿Cómo iba a tomárselo a mal?

Ella misma era incapaz de distinguir si la había vivido de verdad o si solo se trataba de una perversa pesadilla.

—Hay una llamada para usted —repitió con un susurro el doctor Roth, que seguía a su lado y de quien ella se había olvidado por completo durante aquella inmersión en sus recuerdos.

Al final cogió el auricular.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó ella, y el hombre al otro extremo de la línea le dio un nombre falso. Sin embargo, su voz sonaba auténtica y ella lanzó un suspiro de alivio.

«Gracias a Dios. ¡Es él!»

Sonrió agradecida a su psiquiatra.

Había hecho bien en escuchar al doctor Roth.

Este había acertado al persuadirla para que tuviera esa conversación.

¡Por todos los demonios! Nunca se había imaginado que una pudiera

sentirse tan a gusto hablando por teléfono con un muerto.

*You better run
'Cause we got guns
[...]
We're killing strangers
So we don't kill the ones that we love*

MARILYN MANSON,
«Killing Strangers»

Cuando un grupo acosa en la red, no ve la gravedad que se oculta tras su actividad. Cada individuo aislado participa porque lo hacen todos.

HERBERT SCHEITHAUER,
profesor de psicología en la Universidad Libre de Berlín
«YouTube-Hetzjagd. Ein Ort für anonymen Hass»
[Acoso en YouTube. Un lugar para el odio anónimo],
publicado en el *Süddeutsche Zeitung*,
14 de diciembre de 2013

Las masas no han mostrado nunca sed por la verdad. Se apartan de los hechos que les desagradan y prefieren adorar el error cuando este es capaz de seducirlas. Quien tenga la potestad de engañarlas será su amo y señor; quien trate de ilustrarlas será siempre su víctima.

GUSTAVE LE BON (1841-1931),
médico francés e iniciador de la psicología de masas

Ben

Un mes antes

A Ben le temblaron las manos.

No era algo inhabitual, le pasaba a menudo. Le ocurría sistemáticamente siempre que se daba cuenta de que había vuelto a perder el control. Sus dedos eran una especie de sismógrafo, unas antenas nerviosas que anticipaban el terremoto que volvería a pulverizar una vez más el suelo bajo sus pies.

Y eso a pesar de que hoy había llegado puntualísimo, para no estropear las cosas esta vez. Sin embargo, según todos los indicadores no iba a conseguirlo.

—Lo siento —dijo Lars, el guitarrista de su banda, y la entonación melancólica encajaba perfectamente con la triste mirada de sabueso del músico.

Ben sonrió con inseguridad y señaló hacia la batería, que alguien ya había montado. Acababan de limpiar y desempolvar los toms. Los platillos refulgían a la luz del bar del hotel como el lustroso tubo de escape de una moto nuevecita.

—Vale, tío, ya sé que provoqué una situación de mierda la última vez, pero esta noche lo voy a arreglar —dijo él.

El guitarrista, que al mismo tiempo era el líder de la banda, apagó su cigarrillo en el cenicero y movió la cabeza con un pesaroso gesto de negación.

—No puede ser, Ben. Mike ha dicho que no.

—¿Ya está aquí?

Ben echó un vistazo al reloj. «No.» El director del hotel no solía dejarse ver por allí a esa hora tan temprana. Eran las 17.20. Todavía faltaban más de treinta minutos para que todo diera comienzo, pero el bar ya estaba abierto. Dos hombres mayores ataviados con unos trajes grises y unos zapatos viejos conversaban entre risas junto a la barra. Una parejita compartía una copa al salir de trabajar en uno de los sofás rinconeros de piel que ciertamente parecían muy cómodos, pero que en realidad estaban tapizados con la dureza del acero.

Ese era el problema con el hotel Travel Star, situado en el recinto ferial, bajo la torre de la radio. A primera vista daba la impresión de un hotel de clase media-alta. Sin embargo, al observarlo de cerca, se entendían las reseñas de dos estrellas que elogiaban la amabilidad del personal, pero que criticaban las juntas mohosas en los azulejos de los cuartos de baño con ducha.

El hecho de que el Travel Star no era el Adlon podía entreverse ya en el precio: cincuenta y nueve euros la noche. Y también en que cada sábado actuaran allí los Spiders, que no eran precisamente el grupo más famoso del mundo. Ni siquiera eran la mejor banda tributo de Berlín.

Cuando Ben se enroló en los Spiders como batería, se despreció a sí mismo. Apenas cuatro años atrás tocaba sus propias composiciones de rock en el Quasimodo. En la actualidad se daba por satisfecho cuando su público, envalentonado por el alcohol, no le lanzaba los huesos de las guindas de los cócteles a la cabeza mientras interpretaba «YMCA» de Village People. Se había convertido en un chapero de la música, prostituido como batería de música de fondo. Ben jamás se habría imaginado que acabaría mendigando incluso ese miserable empleo. No obstante, debería haberlo sentido, ya que, a pesar de que solía creer que había alcanzado el sótano de su vida, siempre resultaba que todavía había otra planta más abajo.

—Oye, necesito este curro. Ya voy con retraso en el pago de la pensión alimenticia. Y ya sabes que mi hija acaba de...

—Sí, sí, lo sé. Y siento de veras lo de Jule. Pero es que aunque yo quisiera, no podría ser. No puede ser. Te has escaqueado de los ensayos después de que...

—¿Ensayos? Pero ¿qué hay que ensayar en Kool & the Gang?

—... después de que en nuestra última actuación vomitaras al lado del bombo. Colega, tuvimos que interrumpir el concierto. ¡Nos costaste seiscientos euros!

—Aquello fue un error, un error estúpido. Sabes que ya no bebo. Aquel fue un día de mierda, nada más, eres muy consciente de ello. No volverá a suceder.

Lars asintió con la cabeza.

—Eso es. No volverá a suceder. Lo siento, colega. Ya tenemos un sustituto.

«Sustituto.»

Cuatro minutos después, con Ben sentado en un banco al lado de la entrada del hotel mientras observaba cómo maniobraba un autocar en la cercana estación de autobuses, pensó que esa frase podría ser un buen epitafio para su sepultura:

AQUÍ YACE BENJAMIN RÜHMANN.
SOLO LLEGÓ A CUMPLIR TREINTA Y NUEVE AÑOS.
PERO NO SE PREOCUPE.
YALE HEMOS ENCONTRADO UN SUSTITUTO.

Por lo general aquello sucedía con rapidez. Ya era el cuarto grupo que lo despedía. Y eso sin contar Fast Forward, la banda que fundó y de la que se había marchado junto antes de que alcanzara su primer gran éxito. El primero

de toda una serie. Durante su gira por Estados Unidos, Fast Forward fue invitado a asistir al programa *The Tonight Show* en Nueva York.

La última entrevista que concedió Ben fue para una columna de una revista de economía: «A las puertas de la fama: gente que estuvo a punto de ser estrellas». En ese artículo lo comparaban con Tony Chapman, el tipo que en 1962 estaba sentado a la batería en el Marquee Club de Londres durante la primera actuación oficial de una banda llamada The Rolling Stones que poco después él abandonó voluntariamente.

—Pero en mi caso no puede hablarse de voluntariedad —dijo Ben en voz alta.

Una señora mayor que pasaba en ese momento a su lado lo miró asustada. Arrastraba una maleta de ruedas y, por unos instantes, a Ben se le pasó por la cabeza que a lo mejor debía ayudarla en el último tramo hasta la estación de autobuses. A la mujer le caía el sudor por la frente, lo que no era de extrañar con aquel calor. Cada vez resultaba menos raro que en Berlín se alcanzaran temperaturas tropicales en agosto, pero es que hoy parecía que el termómetro no iba a querer bajar de los veintiocho grados por la noche, a no ser que una tormenta se encargara de traer algo de frescor. El cielo se estaba cubriendo ya.

Ben contempló una nube casi rectangular con puntas en los bordes, que le recordó un viejo televisor de tubo de rayos catódicos con antena, y de pronto sintió en la boca el regusto áspero de un vino barato.

El eco ácido del recuerdo de aquella noche en la que se emborrachó frente al televisor. Fue una borrachera absurda, pero no carente de motivos.

Ben se levantó del banco y estaba buscando la llave del coche en los bolsillos del pantalón cuando oyó unos gritos. Unos gritos despavoridos.

De tormento.

Eran inconfundiblemente los gritos de una mujer muy joven.

Los gritos procedían del aparcamiento que había en la otra acera de la avenida Messedamm, justo al lado de la autopista urbana. Como estaba rodeado por varios anuncios publicitarios, era difícil distinguir la escena. Ben, siguiendo el impulso de su curiosidad, no fue capaz de verla hasta que cruzó la calle: la chica de la falda enagua de lunares. Y al hombre del que huía.

O al menos eso era lo que intentaba, aunque no llegó muy lejos porque su perseguidor, una mole de porte contundente que calzaba zapatillas deportivas, la agarró del pelo, largo y negro, y tiró de ella hacia atrás sin miramientos.

La víctima profirió otro grito agudo, se tambaleó y se golpeó de espaldas contra el suelo, justo al lado de una furgoneta que, en compañía de otros vehículos de obras, bloqueaba prácticamente todo el aparcamiento. Los habían estacionado allí con motivo de las grandes obras de la avenida Kaiserdamm, en la que estaban levantando un garaje; en consecuencia, el aparcamiento, que solía estar muy concurrido, estaba ahora casi vacío.

—¡Eh! —gritó Ben, mientras cruzaba la calle sin pensárselo ni un solo instante.

Su exclamación quedó ahogada por un autocar que hizo sonar el claxon a sus espaldas.

El agresor obligó a la chica a arrodillarse. Volvió a agarrarla del pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás. Luego le propinó un bofetón que hizo que le saltaran las gafas de la cara.

—¡Eh! —volvió a gritar Ben y echó a correr.

El obeso agresor ni siquiera levantó la vista cuando Ben llegó a su lado. Le

escupió a la chica en la cara con completa despreocupación.

Al mismo tiempo, extrajo con la mano libre un objeto de una funda que llevaba sujeta en el cinturón de los vaqueros.

«Maldita sea.»

En un primer momento, Ben pensó que era una navaja y se figuró que a continuación vería el destello de la cuchilla.

En su mente vio cómo atravesaba el cuello de la chica y la sangre se derramaba primero por la blusa de volantes blanca y luego por el asfalto. Sin embargo, el agresor parecía tener como objetivo la frente de ella.

—¡Suéltala! —gritó Ben.

—¿Qué...?

El hombre levantó la vista un instante y fue entonces cuando Ben comprendió que en realidad no era ningún hombre, sino un adolescente, y aunque era bastante alto, no tendría más de dieciocho años.

Bueno, vale, eso no quería decir nada. La semana pasada, un quinceañero había apaleado a un turista en la Alexanderplatz hasta dejarlo en coma.

—¿Tú también quieres participar? —preguntó a Ben, quien se apercibió entonces de que el maltratador no sostenía en la mano una navaja, sino un rotulador de color negro. Parecía extrañamente alegre por la interrupción porque se rio e hizo señas a Ben para que se acercara—. ¡Ven, anda, es lo que necesita esta zorra!

Llevaba el pelo castaño muy corto y a través de él le brillaba la piel de la cabeza. Vestía una camiseta con el rótulo del Hard Rock Cafe, que colgaba a media asta sobre una panza escamosa, blanca como la cal, que se abovedaba sobre la pretina de los vaqueros como un pez muerto. Su voz de bajo profundo le hizo parecer dos años mayor.

Tal vez sí que había cumplido ya los veinte.

En cualquier caso era mayor que la chica de la falda enagua. Esta calzaba

unas bailarinas blancas, de las cuales había perdido una al tratar de huir. Ben no estaba seguro del todo, pero cuando ella gritó le pareció ver que llevaba en la boca un aparato dental.

—Bueno, entonces haz solo de mirón, colega.

El maltratador volvió a apartarse de Ben con gesto de autosuficiencia y se dedicó de nuevo a su víctima arrodillada.

—¡Espero que Diana saque después tu nombre, mala puta!

Ben intentó comprender en vano algo de aquellas palabras.

La chica gimoteaba con los ojos cerrados mientras el agresor le garabateaba algo en la frente.

—¡Suéltala! —dijo Ben. En voz baja. En tono amenazador.

Panza de Pez se echó a reír. Unas gotas de sudor corrieron hacia sus ojos entornados cuando volvió a dirigirse durante unos breves instantes a Ben sin soltar el pelo de la chica, que ahora estaba llorando.

—¡Eh, tío, tranquilízate! ¿Vale?

Ben ni siquiera pestañeó. No quería malgastar el tiempo con frases bonitas o palabras tranquilizadoras. Se había sosegado por completo y había decidido abalanzarse sobre ese tío y romperle la nariz.

Al menos ese era el plan inicial.

El hecho de que llevara más de dos años sin ver un gimnasio por dentro fue la causa de que su puño ni siquiera llegara a aproximarse a su objetivo.

Panza de Pez soltó la coleta de la chica, se limitó a dar un paso atrás y propinó a Ben un gancho en el hígado.

El aire escapó de sus pulmones igual que de una colchoneta reventada.

—¡Vámonos! —Oyó decir a alguien a sus espaldas mientras se desplomaba en el suelo.

Se oyó el ruido de la puerta de un coche al cerrarse y Ben supo entonces que Panza de Pez tenía refuerzos.

«¡Tenemos que hablar, papá! ¡Es urgente! ¡Creo que estás en peligro!»

El duro golpe que había encajado y le había hecho ver las estrellas activó en él el recuerdo del último mensaje de Jule en su contestador automático. Parecía un panfleto que, desprendido del muro de su memoria por el ímpetu de la sacudida, estuviera flotando y cayera lentamente al suelo.

Ben pensó que también iba a perder el conocimiento. Otro puñetazo o patada y se vería obligado a contemplar el mundo que se extendía entre la autopista urbana y la estación central de autobuses desde una postura de recuperación.

Por el momento hizo lo mismo que la chica que tenía al lado y se arrodilló. Tosió encorvado hacia el aparcamiento. El escaso aire que fue capaz de aspirar poco a poco en sus pulmones ardientes sabía a suciedad y a caucho caliente.

Oyó una nueva portezuela de un coche y más ruido de pasos. Los refuerzos de Panza de Pez iban en aumento.

La situación de Ben era tan terrible que casi era para echarse a reír.

«¿Yo haciendo de héroe?»

Como tantas otras veces en su vida, aquella había sido una mala decisión.

La chica no le sería de ninguna ayuda, ni siquiera si aquel grupo la dejaba ahora en paz. Era tan bajita como flaca, y tenía problemas para recuperar las fuerzas y ponerse en pie.

Pero seguro que tenía un teléfono móvil.

¿Llamaría tal vez a la policía?

«Y si...»

Ben no podía esperar recibir ninguna ayuda externa. Tenía que ser él mismo quien despachara al agresor. De un modo u otro. Si lo conseguía, los demás se largarían a toda prisa.

Es lo que hacían siempre.

Había tocado en suficientes festivales donde algunos adolescentes alcoholizados buscaban bronca con el personal encargado de mantener el orden y había visto a suficientes alborotadores dispersarse en todas direcciones en cuanto se ponía fuera de combate a su líder. Ahora bien, las fuerzas de Ben se encontraban ahora aún más menguadas que antes.

Percibió una sombra por encima de él y alzó la mano en una reacción instintiva de defensa.

—Fue un reflejo —oyó Ben que le decía Panza de Pez a alguien.

A continuación oyó que se cerraban varias puertas de coches y, con el ruido de un motor en marcha, sintió el soplo en la cara de una nube caliente de gases de tubo de escape.

«Quieren atropellarme», pensó antes de levantar la cabeza. Abrió los ojos y entre las estrellitas que danzaban ante sus ojos intentó reconocer el número de la matrícula del SUV.

«Como si eso tuviera alguna importancia ahora que van a pasarte por encima.»

Pero el automóvil se movió en la dirección contraria. Hacia atrás.

Alejándose de él.

Sorprendido, Ben se giró hacia la chica, que se había levantado a duras penas y se estaba sacudiendo de la falda la suciedad de la calle. Lloraba.

—¡Eh, pequeña! —dijo él lo más suavemente que pudo.

Se levantó y se acercó a ella con la misma inseguridad con la que uno se aproxima a un gato arisco.

Al contemplarla de cerca, Ben se apercibió de que también era difícil calcular su edad.

La chica tenía la constitución corporal de una adolescente de catorce años, pero sus ojos estaban más envejecidos que los suyos, como si hubieran visto ya suficientes cosas terribles para toda una vida.

Los tenía encajados como oscuros orificios de bala en una cara bonita de verdad, con una naricita respingona, unos labios rebosantes algo agrietados y una frente alta que ofrecía el espacio suficiente para el número de color negro que le había pintado Panza de Pez en la cara.

El guarismo estaba algo movido, sin que se hubiera completado el trazo por completo, pero se podía reconocer perfectamente un ocho.

—¿Por qué te ha hecho eso? —preguntó Ben.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y pensó si debía llamar o no a la policía. La verdad es que no tenía la menor gana de hacerlo. Había dejado de tener el 110 como atajo desde que su casero anterior lo había denunciado por los atrasos en el pago del alquiler. Otro motivo más por el cual no tenía residencia fija y por el que tenía que pagarle siempre en efectivo a su ex la pensión alimenticia. Su crédito disponible estaba tan en números rojos que el banco tenía que cambiar los cartuchos de tinta de color después de cada impresión de sus extractos.

—¡Ay, maldita sea! —fueron las primeras palabras de la chica.

Le temblaba todo el cuerpo, algo que no era de extrañar después de lo que acababa de sucederle. Ben quiso tenderle la mano, tomarla del brazo y decirle que todo iba a salir bien. Pero no llegó a hacerlo porque, justo antes, ella se limpió el ocho de la cara con el escupitajo de Panza de Pez y le gritó:

—¡Vaya mierda, tío! ¡Me debes cien euros!

—¿*Public*... qué?

—*Disgrace. Public Disgrace* —renegó ella, se quitó el aparato de ortodoncia de la boca y se inclinó hacia el suelo en busca de las gafas que le habían saltado de la cara por el bofetón.

Ben observó perplejo aquella misteriosa transformación.

La chica se había convertido en una mujer joven. La víctima era ahora una furia airada.

«Humillación en público», tradujo él mentalmente y siguió sin entender lo que ella trataba de explicarle.

—¿Te dejas tratar así de manera voluntaria?

«¿En público?»

El viento trajo el sonido de una moto acelerando desde el puente de la autopista.

—Es una variante del sadomasoquismo —explicó ella enfatizando cada una de las palabras como si estuviera hablando con un sordo—. ¿No habías oído hablar nunca de ello?

—No, lo siento. Supongo que tengo una laguna cultural en ese asunto.

—Ya me he dado cuenta.

Ben sabía que existían personas con fantasías de violación y supuso que la industria del porno se aprovechaba de esa tendencia mediante pelis fetichistas que se escenificaban en un aparcamiento como si hubieran sido filmadas por casualidad. Lo único es que él nunca se habría imaginado que tendría un papel secundario sin querer en una película de ese tipo.

—¿Y la cámara la llevaban los que iban en el coche?

—Sí. Y ahora se han largado con mi pasta porque les has fastidiado el rodaje, tú, tonto del culo.

Ben se frotó el lugar donde Panza de Pez le había golpeado y él mismo también se puso hecho una furia.

—Vale, vale, entiendo que no podéis solicitar ningún permiso de rodaje oficial para películas como esas. Y tampoco yo no soy ningún puritano. Este es un país libre, todo el mundo hace lo que quiere. Pero, maldita sea, ¿qué tiene que ver todo eso con el ocho? ¿Es un distintivo, alguna clase de clave en ese mundillo o qué?

Ella se encogió de hombros.

—Fue una idea del director, que está como una cabra. Quería aprovechar el bombo publicitario de la noche del ocho para la promoción.

La mujer echó un vistazo a su reloj de pulsera y de repente se puso nerviosa.

—Tengo que volver a casa —dijo, y se apartó de él—. Me espera mi hija.

—Un momento. ¿La noche del ocho?

Ben había oído alguna vez aquella expresión. Su sonido nítido, apenas perceptible, hizo vibrar una cuerda en el ángulo más oculto de su cerebro.

—¿Qué significa la «noche del ocho»? —preguntó a la mujer, que se lo quedó mirando como si no estuviera segura de si se trataba de un imbécil o de si simplemente quería tomarle el pelo.

—Tío... —preguntó ella moviendo la cabeza con incredulidad—. Pero, de verdad, ¿en qué planeta vives?

—¡Hola, papá!

Jule llegó corriendo hasta donde él estaba. Con el cabello impulsado por el viento, igual que cuando habían pasado juntos aquellas vacaciones en la playa, en la isla de Juist. Ella reía y había estado a punto de tropezarse con sus piernas larguiruchas. Acto seguido, su hija se le echó en brazos. Ben sintió los latidos del corazón de Jule cuando ella le abrazó.

—Hola, pequeña —dijo él.

—Pero ¿no ibas a venir a verme mañana?

—¿Es que no te alegras?

—Sí. Por supuesto que sí, pero pareces cansado. ¿Has tenido un día duro?

—Mejor no preguntes.

«Primero me han despedido y luego me han apaleado.»

—Te he echado tanto de menos —dijo él con los ojos cerrados, e igual que hacía siempre que estaba con Jule, trató de desconectar del mundo exterior. Las voces del pasillo, el olor a desinfectante, el bombeo del aparato de respiración artificial.

En vano.

De visita en visita cada vez era menos frecuente que consiguiera perderse en sus fantasías diurnas junto a la camilla del hospital. La mayoría de las veces bastaba con el zumbido de las puertas correderas hidráulicas del pasillo para arrancarlo de su ensoñación. Hoy lo había devuelto a la realidad el sonido de su teléfono móvil, una realidad en la que su hija de diecinueve años no podría volver a correr con sus propias piernas.

Ni siquiera cuando despertara del coma inducido en el que se encontraba desde hacía casi una semana.

—Hola, Jenny —saludó Ben a su exmujer—. Espera un momento, por favor.

Dejó el teléfono móvil a un lado, le dio un beso a Jule y le sostuvo un pañuelito bajo la nariz. En el aseo de los pacientes, Ben había rociado antes en él su loción para después del afeitado, un olor acre que a ella le gustaba mucho en otros tiempos. Se decía que no había nada que obrara con mayor rapidez y precisión en el cerebro que un aroma conocido. Tal vez aquello podía ayudarla a despertar.

—Estarás contenta de haberte quedado hoy en la cama —intentó bromear él—. Tengo la sensación de que todo el mundo se ha vuelto loco. Debe de ser por la luna llena. —A continuación cogió el teléfono de encima de la almohada y le preguntó a su mujer—: ¿Qué pasa?

—¿Estás con ella?

En la escala de agitación del uno al diez, la voz de su ex figuraba en la posición número doce.

—Sí, ¿dónde estás tú?

Desde que ingresaron a Jule hacía seis días, su madre apenas había salido del hospital.

—De camino —se le escapó a ella, una frase que sorprendió a Ben.

Ciertamente, estaban separados, pero seguían vinculados como amigos. Tal vez algo más que eso.

Ben apartó un mechón de cabellos rubios del rostro inmóvil de Jule. Incluso tras el supuesto intento de suicidio seguía siendo tan guapa como su madre: eso no lo cambiaba ni los numerosos tubos introducidos en su cuerpo.

Como siempre que la veía, Ben se disgustaba y afirmaba que no existía la justicia divina. De lo contrario, la sonda gástrica y el catéter vesical estarían en su interior y no en el de su hija. No en vano él era el culpable de que ella

quisiera quitarse la vida hacía casi una semana. Todo habría sido diferente si hace cuatro años hubieran cogido un taxi. Pero Ben adoraba su recién adquirido Karmann Ghia, un descapotable rojo de Volkswagen de los años sesenta, que conducía en toda ocasión que podía. También aquel día, por desgracia.

Jule había asistido a las grabaciones en los estudios Hansa y él le había prometido a Jenny que llegarían puntuales a la cena en casa. Jule iba sentada delante mientras que John-John se apretujaba en el estrecho asiento trasero.

John-John, quien en realidad se llamaba Ulf Bockel, era el nuevo mánager de Fast Forward y había prometido llevar al grupo a lo más alto. Había financiado su primer álbum de estudio y, por consiguiente, era el hombre más importante de la banda.

La primera vez, Ben pensó que se trataba de un descuido, igual que probablemente Jule, cuya boca se había quedado abierta por la sorpresa.

La segunda vez, Ben perdió el dominio de sí mismo.

—Tú, cerdo pervertido —gritó y se volvió a mirar atrás en plena calle Leipzig. Hacia el mánager, que levantaba las manos disculpándose con una obesa sonrisa dental. Como si pudiera haber alguna disculpa por sobarle los pechos a su hija quinceañera.

—Eh, que solo era una broma —dijo John-John.

En ese momento Jule chilló, pero ya era demasiado tarde.

Para esquivar a la madre con el cochecito junto al semáforo, Ben se vio obligado a girar el volante a la izquierda. Hacia el carril contrario.

Hasta la fecha no se había aclarado si Jule no había ajustado correctamente la hebilla del cinturón o si John-John se lo había soltado durante sus manoseos. Fuera como fuese, la chica salió despedida del automóvil cuando colisionaron de frente contra el Mercedes.

«Es un milagro que siga con vida», dijeron los médicos después. Y le

entregaron un cuaderno informativo sobre la vida con niños con discapacidades muy graves.

Tuvieron que amputar las piernas de Jule por debajo de las rodillas.

Ben se rompió la clavícula y John-John, por desgracia, solo la cadera. Mientras aún seguía en la cama del hospital organizó un complot para echar a Ben de la banda. Les explicó a los demás que su batería era un maldito loco que se ponía hecho una furia en el coche sin motivo ninguno y que no era admisible una persona así en el grupo. En consecuencia, Ben puso a la banda ante una disyuntiva: o seguís trabajando con ese criminal o me apoyáis a mí.

Y sus «verdaderos» amigos no se lo pensaron mucho. Eligieron al hombre del negocio de los discos y lo echaron a él. Así de sencillas eran las cosas a veces.

En aquellos momentos Jennifer seguía muy afectada para separarse de él. Y eso incluso tras lo que sucedió al día siguiente, cuando un funcionario de la oficina de protección de menores llamó a la puerta de su casa y le preguntó si Ben se había comportado alguna vez de manera deshonesta con su hija. Y es que poco antes de la primera operación, Jule había dicho a los médicos: «Me tocó».

Un malentendido que por suerte no llegó nunca a oídos de la prensa. Posteriormente, cuando Jule abrió de nuevo los ojos y se encontró que ya no tenía piernas, fue incapaz de acordarse de nada.

El hecho de que su hija nunca lo culpara de su estado puso al principio a Ben en la órbita de un círculo vicioso de los sentimientos rayano en la esquizofrenia. Por un lado se detestaba a sí mismo por su falta de autocontrol y, en sus horas más oscuras, poco después del accidente, jugueteó incluso con la idea de poner un punto final a su malograda vida. Por otro lado, justamente el amor incondicional de Jule le impedía atentar contra su propia integridad, lo cual, a su vez, conducía a que se incrementara aún más el odio que sentía

hacía sí mismo, pues estaba seguro de no merecer ese amor. Y ahora, cuatro años después del accidente, al final era ella la que había atentado contra sí misma.

—¿Ha habido algún cambio?

—¿Qué?

Ben estaba tan ensimismado en sus pensamientos que casi se había olvidado de Jenny.

—Disculpa, ¿qué has dicho?

—Quería saber si ha habido algún progreso en la fase de despertar —dijo Jennifer, y a él le encantó el suave chirrido de su voz.

Ella no había vuelto a casarse y, por lo que él sabía, ni siquiera tenía pareja fija, algo que él no podía entender. Normalmente, las mujeres como Jenny no permanecían solas mucho tiempo. Alta, delgada, rubia y, no obstante, todo menos poco convincente. Ella necesitaba tan poco maquillaje, uñas postizas o sujetadores realzadores del busto como Bill Gates precisaba de un asesor de crédito. Y algo mucho más importante: tenía un buen corazón. En todo caso, uno mejor que el de él, pues de lo contrario no habría permanecido tanto tiempo a su lado, incluso después de la separación, cuando él se las apañaba cada vez peor en la vida.

—Según los médicos, todo transcurre por los cauces de la normalidad. Ha estado mucho tiempo en coma inducido, Jenny. Le llevará un tiempo salir de la anestesia. ¿Cómo es esa frase tan bonita que siempre dicen? «Hay que ir reduciendo poco a poco las medicinas.»

—Pero ¿tan despacio?

—Sí, ya verás. Luego podremos decir que ha sido una suerte que Jule se recuperara tan bien de la operación y que no tuviera que estar sedada durante mucho tiempo. Los médicos siguen siendo optimistas, afirman que no sufrirá secuelas permanentes.

«Al menos ninguna más aparte de las ya presentes.»

—Hum. —La voz de Jennifer no sonó a convencimiento, sino a distracción —. ¿No tenías hoy un concierto? —preguntó ella.

—Decidí pasar el rato con Jule.

—No me tomes el pelo —dijo Jenny en un tono que no era hostil ni tampoco de sabelotodo.

Hacía ya dos años y medio que vivían separados y seguía sin poder engañarla. Jenny reaccionaba a sus mínimas oscilaciones de voz y sabía siempre cómo se sentía y si estaba diciendo o no la verdad.

—Vale, sí, la he vuelto a cagar. Pero no te preocupes, te pagaré la pensión alimenticia. Será este mismo mes, te lo prometo.

Los rayos del último sol del atardecer entraban en diagonal por las ventanas. El aire acondicionado, si es que estaba instalado, no funcionaba bien. Ben tuvo la sensación de que en el interior de aquel edificio bajo hacía aún más calor que afuera.

Se acercó a la ventana para bascularla y echó un vistazo a la avenida central del Hospital Universitario de Virchow, situado en el barrio de Wedding: una elipsis de sentido único con un paseo arbolado en el centro. La «avenida Ku'damm de las muletas» como la llamó acertadamente un enfermero con el que había estado conversando. En lugar de las tiendas de Gucci y Chanel allí se sucedían las diferentes unidades hospitalarias. Y en lugar de clientes con sus compras en bolsas, los pacientes avanzaban por la acera con sus portasueros rodantes.

—Olvídate del dinero —oyó decir a Jenny.

Eso es lo que ella le decía siempre que él se ponía a hablar del tema, aunque con su trabajo como asistente jurídica ganaba lo justo para el alquiler y la comida. Ben sabía que ella estaba ahorrando hasta el último céntimo, y que no lo hacía para las vacaciones, el gimnasio o la peluquería, sino para una

generación de prótesis completamente nueva que estaba desarrollándose en Estados Unidos con ayuda de investigadores del espacio y de nanotecnólogos. Esos inventos revolucionarios, inteligentes y asistidos por ordenador no pesaban ni una tercera parte que las prótesis que pagaba la Seguridad Social, pero costaban una fortuna

—No te llamaba para eso —continuó su exmujer.

—¿Para qué si no?

—Quería que vinieras.

Otra vez notó la agitación en la voz de Jenny. Tal vez no había desaparecido en ningún momento. Ben no se había concentrado en la conversación hasta entonces; ahora era diferente.

—Entonces ¿dónde estás? —preguntó por segunda vez, y por fin recibió una respuesta.

—En casa de Jule.

—¿Y por qué estás ahí?

—No estoy segura, pero tal vez tengas razón y las cosas no sean del todo tal como parecen.

Ben agarró con más fuerza el teléfono móvil, como si sujetara una esponja, y se le pusieron blancos los nudillos.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —preguntó él, que de repente sintió el corazón como un puño dentro del pecho.

—Sí.

Jenny hizo una pausa, con la que quedaba dicho todo.

«Puede que Jule no intentara quitarse la vida.»

Jennifer le abrió con un destello de nerviosismo en la mirada. Parecía estar reflexionando sobre si darle o no un abrazo para saludarlo, pero se limitó a presionarle el hombro con la mano y a preguntarle:

—¿Has venido volando?

Del barrio de Wedding al de Dahlem se tarda media hora en los días buenos. Ben lo había conseguido en veinte minutos pasando por el circuito AV US.

Entró en la residencia de estudiantes de la calle Gary con la sensación de estar haciendo algo prohibido. Jule se había instalado en un apartamento en la planta baja de un edificio de cuatro plantas con azotea en el que aún olía un poco a pintura, a masilla y a madera trabajada recientemente.

Era el reino de Jule. Aquí había querido encontrar su independencia. Quiso irse de la cuidada estrechez de la vivienda familiar en el barrio de Köpenick, que habían reformado por completo después del accidente: marcos de las puertas más anchos, interruptores a la altura de la posición sedente, un asiento plegable en la ducha, numerosos asideros, rampas en la escalera principal y muchas otras cosas más. Habían invertido mucho tiempo y el dinero de créditos y subsidios para la accesibilidad, la mayor parte para reformas sin necesidad. Y es que, tal como se pondría de manifiesto, Jule fue capaz de desplazarse muy bien desde el principio con muletas y, posteriormente, con las prótesis. A veces, algunas de sus nuevas amistades no se daban cuenta de que se movía con unas piernas artificiales.

Solo utilizaba la silla de ruedas en casos excepcionales. Cuando estaba

exhausta, le dolían las prótesis o se sentía muy débil para moverse por sus propios medios, después de una infección gripal, por ejemplo.

Sin embargo, el reformado hogar familiar se convirtió para ella en un recordatorio constante de su situación. Cada desnivel superado de manera provisional, cada asidero atornillado con posterioridad le recordaba a Jule día tras día que esa vivienda estaba pensada originariamente para una adolescente distinta. Para una chica que se escapaba de noche a hurtadillas a casa de sus amigas, que bailaba entre risas frente al espejo del cuarto de baño o que daba patadas de rabia contra la puerta cuando sus padres no le daban la clave del wifi hasta no haber hecho los deberes.

Cuando Jule, después de acabar el bachillerato, les mostró el folleto de la ciudad universitaria, Ben y Jennifer, a pesar de su preocupación, pudieron comprender su entusiasmo. En la residencia de estudiantes en Dahlem se habían construido unos edificios destinados a personas discapacitadas, con viviendas adaptadas en las que se había pensado en todos los detalles, desde unos lavabos regulables hasta unos hornos más bajos. Eran «adosados con ruedas», tal como denominaba Jule a esas viviendas. Como persona afectada, podía permitirse hacer chistes al respecto.

El comentario que hizo ella entonces —«Tengo que aprender a sostenerme con mis propios pies»— le hizo reír incluso a él. Y ante su objeción de que aquel apartamento en la planta baja estaba más pensado para parapléjicos que para alguien que había aprendido a llevar una vida sin silla de ruedas, ella lo miró con una cara de infinita pena y le dijo: «Esa casa es para lisiados. Y eso es lo que soy».

Pero antes de que Ben y Jenny pudieran protestar, ella quitó aspereza a sus palabras riéndose y bromeando: «Además, está a dos patadas de la facultad de Derecho».

Durante mucho tiempo Ben estuvo convencido de que el humor iba a serle a

Jule de más ayuda que cualquier médico o psicólogo. La psicoterapia de la que se valió al principio debía impedir, o al menos mitigar, los brotes depresivos que afectaban a las personas con un destino comparable después de haber sufrido una herida de tal calibre. Y parecía estar funcionando.

Hasta que, hacía seis días, Jule decidió lanzarse desde la azotea de la residencia de estudiantes.

«¿O acaso no fue así?»

—¿Hay algo para beber? —preguntó con la vista fija en la nevera y ganándose una mirada malhumorada—. Agua, quería decir —añadió.

Tras la separación, él solía empaparse de alcohol hasta perder el conocimiento y más de una vez Jenny había oído sus balbuceos de borracho en el contestador automático. Sin embargo, llevaba más de un año sin probar ni gota, dejando de lado la obligatoria borrachera en el aniversario del accidente y el despiste después del supuesto intento de suicidio de Jule, que le había arruinado el concierto de hoy.

Jenny puso un vaso bajo el grifo, pero de este no salía agua.

—Primero tienes que encender la luz que está encima del horno —le recordó Ben ese defecto del piso de nueva planta.

El electricista había conseguido acoplar de algún modo el aparato descalcificador del agua con la luz de la campana extractora de humos y sin corriente solo salían unas escasas gotas por el grifo. El administrador de la casa se había comprometido a solucionar ese problema como muy tarde el mes siguiente. Parecía que se había pretendido ahorrar en la instalación eléctrica, pues el sistema de timbres también tenía constantemente sus más y sus menos.

Jenny tendió a Ben el vaso, que entretanto ya se había llenado, y los dos se sentaron a la mesa de la cocina. A través de la puerta abierta se tenía desde allí una buena vista de la sala de estar y, por detrás, transparentándose por la

puerta trasera de cristal, solía divisarse el jardín, siempre y cuando las persianas no estuvieran bajadas, como era el caso ahora.

Ese era el lugar favorito de Jule de toda la casa: allí hacía sus trabajos para la universidad o chateaba. Ben agarró con melancolía el portátil de su hija y lo metió en el cajón de la mesa de la cocina, donde Jule guardaba viejas facturas, postales, bolígrafos, gomas de borrar y posits, aunque también un bote de recambio de espray de pimienta. Después de que durante algún tiempo se hubieran prodigado en las estaciones del metro agresiones de neonazis contra personas discapacitadas, ella no salía de casa sin el espray.

«Eso tampoco es típico de alguien a quien se le ha vuelto indiferente la vida.»

Ben cerró el cajón, bebió un trago largo de agua y se enjugó el sudor de la frente. Toda la construcción se hallaba en un parque a la sombra de unos viejos arces. No obstante, incluso este edificio nuevo, con un buen aislamiento, se había recalentado en los últimos días.

Aquel tiempo bochornoso también afectaba a Jenny. Una gota de sudor se desprendió de su frente y tomó como pista de aterrizaje una diminuta hendidura cicatrizada en el cuello, que procedía de un accidente que había tenido de niña en un parque infantil, y se perdió entre sus pechos pequeños y bien formados. A pesar de que sus ojos delataban un día muy agitado, olía a miel y a dehesa veraniega. Pero tal vez se trataba tan solo de una ensoñación de Ben, al igual que el pensamiento de querer cambiarse por aquella gota de sudor.

—Cuéntame otra vez cómo la encontraste —la oyó decir y entonces desapareció la agradable sensación que había tenido al contemplar a su exmujer.

—Bueno, abrí la puerta de casa y...

—¡No! —Jennifer negó con la cabeza—. Comienza desde el principio, por favor. Ella se olvidó de la llamada de control, ¿verdad?

Ben asintió con la cabeza, aunque él prefería la expresión «llamada rutinaria».

Jule y él habían acordado que ella lo telefonaría una vez a la semana. Los días y las horas eran diferentes cada vez. Para aquella noche fatal habían quedado en una llamada a las ocho de la tarde. Era cierto que en la vivienda había varios timbres de emergencia conectados directamente con el cuerpo de bomberos, pero Ben quería oírle en la voz cómo se encontraba en realidad.

Jule se mostró reacia al principio, pues con su salida de casa lo que pretendía era precisamente conseguir independencia. En sus planes no entraba ninguna «pulsera electrónica de vigilancia». Sin embargo, acabó aceptando por no alterar la paz y, sobre todo, porque reconoció las ventajas que traía consigo una actualización semanal de las citas para llamadas. De esta manera, como contraprestación por el restablecimiento del bienestar anímico podía pedirle a su padre que abriera a un operario al día siguiente o que esperara dentro de la vivienda la llegada de un envío mientras ella se encontraba en la universidad. Un trato que Ben aceptó con una alegría desbordante.

Podría haberse pensado que a él no le había afectado tanto la mudanza de su hija como a Jenny, pues al fin y al cabo hacía tiempo que él ya no vivía bajo el mismo techo que su familia.

Sin embargo, entonces Ben sabía que su hija estaba bien segura bajo la

custodia de su madre, la persona más fiable del universo. Tras irse de casa, él la imaginaba siempre en situaciones de peligro.

En sus pesadillas veía a su querida hija tirada en el suelo, desvalida. Arrastrándose con las manos y los muñones. Enferma o herida. Desmayada o por completo consciente en manos de un agresor. Atosigada por amigos falsos y enemigos auténticos. Hombres que se aprovechaban de su necesidad de protección.

Ben se había imaginado muchos escenarios horribles. Era curioso que nunca se le pasara por la cabeza ese en el que Jule simplemente no quería seguir viviendo y ponía un punto final a su existencia.

«¿Fue por esa razón que quiso tener una vivienda propia? ¿Una casa de alquiler con ascensor y azotea? ¿Acaso esto formaba parte de su plan desde el principio?»

—Eran poco más de las ocho, y ella no había llamado todavía —repitió Ben su historia, que ya le había contado antes a su mujer.

Sin embargo, hoy sí parecía que Jenny quería escucharlo de verdad. Las otras veces le había dado a entender con claridad que no tenía ningún interés por sus locas fantasías conspirativas.

—¡No te engañes, Ben, por favor! Lo ha hecho ella misma. ¡Y quería hacerlo!

Era verdad que Jenny no le había dicho directamente «¡Acepta tu culpa!», pero es que tampoco resultaba necesario. Él lo entendió así: «Tienes la culpa de que nuestra hija deteste su cuerpo y, por consiguiente, su vida. Así que también eres culpable de que haya querido ponerle un punto final».

Ben carraspeó, bebió otro sorbo de agua y prosiguió:

—Suelo darle un cuarto de hora. A veces sigue en alguna clase. O hace horas extras en la clínica de telefonía móvil.

Jenny torció involuntariamente el gesto de la cara. No soportaba que Jule

tuviera que ganarse algo de dinero con la reparación de teléfonos. Si fuera por ella, Jule debería poder concentrarse por entero en su carrera de Derecho.

—Pero tuve un mal presentimiento, así que me acerqué en coche a su zona. Y volví a llamarla.

—Pero ella no se puso, ¿verdad?

—Eso es. Lo intenté también con una llamada de WhatsApp, pero no estaba en línea.

Y eso era inusual. Jule era una yonqui de los teléfonos inteligentes. Puede que a veces no tuviera ganas de hablar, pero siempre estaba conectada a la red.

—¿Y entonces te llegó el mensaje?

Ben tragó saliva.

Papa por fav ayud...

Para Ben se trataba de un grito de socorro.

Para los agentes de la policía, también, pero en su opinión se trataba del grito de socorro de una suicida que quiere llamar la atención sobre su acción.

—Recibí el mensaje cuando me encontraba a tan solo una manzana de aquí. Un minuto después ya me hallaba ante su puerta.

—¿No dijiste que estaba cerrada?

—Sabes bien que me encontraba muy alarmado porque no se ponía al teléfono. No reaccionaba a las llamadas del timbre ni a mis golpes en la puerta. Simplemente di la vuelta a la llave. ¿Una o dos veces? Tal vez no estaba cerrada así, no tengo ni idea.

—Y entonces entraste, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

«Tenemos que hablar, papá. ¡Es urgente! Creo que estás en peligro.»

Esa misma mañana Jule le había dejado ese mensaje en el contestador

automático. Él lo oyó mucho después y entonces decidió aprovechar la llamada de la tarde para averiguar porque estaba preocupada por él.

Eso era también algo que no encajaba y que reforzaba sus sentimientos de culpa. Todo lo que había sucedido aquí, ¿tenía que ver con él?

Jenny le cogió de la mano y Ben cerró los ojos. Este gesto de ella, puramente amistoso, no significaba por fuerza lo que él deseaba, pero le dio fuerzas para describir sus recuerdos sin romper a llorar.

—Estaba todo tan en silencio —dijo él en un susurro.

Demasiado en silencio.

En su mente volvía a ser aquel dos de agosto y no oyó nada más que ese murmullo de ruido de fondo en su oído.

Jule necesitaba música para no sentirse sola. Siempre que estaba en casa hacía sonar en el portátil su lista de reproducción en modo repetición. Die Beatsteaks, Goo Goo Dolls, 30 Seconds to Mars, Biffy Clyro. Sobre todo canciones de rock. Tenían el mismo gusto.

Sin embargo, aquella tarde reinaba una paz sepulcral en la vivienda. A pesar de que ella estaba en casa, algo que Ben supo por el manojito de llaves que colgaba en su sitio, en el gancho al lado de la puerta.

—¿Jule? —preguntó él, y ya en ese momento su voz estaba cargada por completo de miedo.

Sintió presión en los oídos, como si estuviera en un avión que acaba de meterse en una turbulencia. Siguió la luz con la respiración contenida.

La puerta trasera que conectaba la cocina con el patio interior estaba abierta. «Como una invitación a una matanza», llegó a pensar sin saber por qué se le pasaba por la cabeza esa idea morbosa. Probablemente, su cerebro estaba anticipando ya las imágenes que iban a mostrársele a sus ojos:

La silla de ruedas volcada. Tumbada en el suelo. Igual que Jule. Boca abajo, con los brazos retorcidos en una posición absurda, con la cabeza en el

barro, como si estuviera auscultando la tierra con un oído. Con sangre saliéndole de la boca.

«Y entonces ahí estaban sus ojos.»

Uno, el que Ben vio cuando se acercó despacio a ella, le estaba gritando. Angustioso y, no obstante, tremendo, como la boca en la pintura de Edvard Munch.

«¿Habrá saltado cuando me bajé del coche?»

Ben suspiró con fuerza, avanzó a trompicones hacia ella y cayó de rodillas a su lado, sin atreverse a tocarla. Ni siquiera la blusa, que estaba empapada de la sangre que manaba de alguna parte de su cuerpo.

Con posterioridad, Ben fue incapaz de relatar cómo consiguió coger su teléfono móvil y marcar el número de los bomberos.

—¿No la tocaste?

La pregunta de Jenny lo trajo de vuelta al presente. Ben abrió los ojos y bebió otro sorbo de su vaso de agua.

—No sabía qué había que hacer. Pensé que complicaría aún más las cosas si la movía.

Los médicos de urgencias elogiarían después su cautela, aunque lo cierto es que simplemente se había quedado paralizado por la situación.

—Bien, y ahora explícame por qué dudas del dictamen de los médicos.

Ben suspiró.

—Vale, ¿por dónde empiezo? ¿Por la botella abierta de vodka en la mesita del sofá? Por favor. Jule detestaba el alcohol. No quería brindar ni en Nochevieja. Ella no habría comprado jamás esa botella.

—A no ser que quisiera armarse de valor bebiendo.

—¿Para sentarse a continuación en la silla de ruedas, subir en ascensor hasta la azotea y arrojarse desde lo alto de cuatro plantas?

Por suerte había llovido durante las noches anteriores y el suelo estaba

completamente reblandecido. Puede que eso le salvara la vida.

Tenía una fractura en la base del cráneo y heridas internas. El cerebro estaba hinchado, por lo que tuvieron que mantenerla bajo anestesia permanente. Sin embargo, la intervención quirúrgica transcurrió con normalidad y los médicos pronosticaron con optimismo que despertaría pronto del coma inducido y que era de esperar que lo hiciera sin secuelas.

—¿Por qué se lo montó Jule de manera tan enrevesada y se precipitó a la muerte en una silla de ruedas? Podría haber saltado también con sus prótesis.

Jenny negó con la cabeza.

—Sabes que muchas veces le resultaban molestas. Y tal vez pretendía enviar un mensaje utilizando la silla de ruedas. —Jenny seguía haciendo el papel de abogada del diablo—. El informe médico forense no deja lugar a dudas.

—Es falso —dijo Ben sin tener ni una sola prueba para defender su tesis.

La alta concentración de opiáceos en la sangre de Jule tampoco suministró a los investigadores forenses prueba alguna de una influencia externa maliciosa, a pesar de que el médico de urgencias le había inyectado un antídoto *in situ*.

—No saltó voluntariamente —insistió Ben pese a las pruebas contrarias.

Jenny no puso esta vez los ojos en blanco, como había hecho cuando su exmarido la contradijo, y él prosiguió:

—Si Jule bebió para armarse de valor tal como dices tú, ¿por qué no pudieron encontrar ningún resto de alcohol en su sangre?

—No sabes cuánto tiempo había pasado —dijo Jenny.

«Entre la bebida y la caída.»

—¿Y cuándo le hicieron el análisis de sangre? —continuó su exmujer—. La operación de la pequeña Jule duró horas, quizá entonces ya había eliminado todo rastro.

Ben se mordió el labio inferior.

«No, no, no.»

Aquello no cuadraba. Jule, que no soportaba el alcohol y que encontraba tan terriblemente impersonales las circulares por correo electrónico y los mensajes por WhatsApp, ¿se despediría nada menos que de ese modo? ¿Con una botella de vodka abierta en lugar de con una carta de despedida sobre la mesita del tresillo?

—Bueno, vale, ahora empiezas a interesarte —dijo Ben—. Yo pensaba que creías a la policía. ¿Cómo es que de pronto dudas de la versión oficial?

Hasta entonces, Jennifer había puesto objeciones a cada uno de sus argumentos. Incluso cuando le presentó la entrada para la exposición permanente del Museo de Historia de la Medicina que Jule había comprado por internet y que había dejado impresa encima de su escritorio. Con fecha del día después de su supuesto intento de suicidio.

Jennifer se lo quedó mirando un rato, como si estuviera indecisa en hacerle partícipe de un secreto. Finalmente desplegó una hoja muy desgastada, que debía de haberse sacado del bolsillo del pantalón. Era la impresión de una instantánea. Algo descolorida, lo cual podía deberse a la impresora de color y con omisiones de píxeles como los agujeros de un queso suizo. Sin embargo, eso no le quitaba ni un ápice a la expresión despreocupada de alegría en la cara de Jule. Sonreía a un espejo que ella fotografiaba con su teléfono móvil.

«¡En su cuarto de baño!»

A Ben se le encogió el estómago.

—¿De dónde has sacado esto?

—Lo encontraron en el teléfono móvil de Jule.

Ben enarcó las cejas.

—¿Han podido arreglarlo?

El teléfono estaba tirado en el patio, al lado de Jule, con la pantalla destrozada y la carcasa abierta. Ben lo llevó a la clínica de teléfonos móviles

de la calle Schloss, en el barrio de Steglitz, donde trabajaba Jule, pero allí le dijeron que ellos no podían hacer nada y que había que enviarlo a otra parte.

—No. Además, no nos serviría de nada sin la contraseña. Las cuentas de correo electrónico y de mensajería están todas cifradas, al igual que el portátil de Jule, en el que no ha habido manera de entrar.

Tenía razón. Jule era una friki de la tecnología. Ya de pequeña había desmontado y vuelto a montar las calculadoras de bolsillo para entender su funcionamiento. Cuando cumplió siete años quiso un juego de física en lugar de muñecas.

Posteriormente, fue la única de su círculo de amistades que prefería programar en el ordenador en vez de jugar, por lo cual todo el mundo se quedó muy sorprendido cuando quiso estudiar Derecho y no Informática o Ingeniería Mecánica después de acabar el bachillerato. Pero, al parecer, su marcado sentido de la justicia era aún más elevado que su sensibilidad por la técnica.

—¿Y de dónde has sacado la foto? —preguntó Ben.

—Pudieron leer la tarjeta microSD. En ella tenía guardadas las fotos sin codificar. Mira...

Jennifer señaló con el dedo la esquina superior derecha de la fotografía. Como la puerta del baño estaba abierta, el espejo mostraba algo de la sala de estar.

—Es la mesilla de centro de Jule. ¿Y qué?

Al principio, Ben no sabía lo que ella pretendía indicarle y se llevó los dedos al lóbulo de la oreja. Luego, de pronto, lo vio. Se le dilataron los ojos y la hoja le comenzó a temblar en la mano.

—¿Cuándo sacó esta foto?

Jennifer asintió con la cabeza, como si únicamente hubiera estado esperando esa pregunta, y dio la vuelta a la foto.

«2 de agosto, 19.57 horas.»

¡Santo cielo bendito!

«¡No puede ser cierto!»

A Ben le escocían los ojos.

«¿Cómo es posible?»

Unos pocos minutos antes de que ella le escribiera su SMS de despedida, su hija estaba riendo.

Jule estaba feliz poco antes de su muerte. ¡Y sobria!

Ben volvió a darle la vuelta a la foto impresa y examinó de nuevo si no se habían equivocado. Pero Jenny también la había visto. Y, en efecto, allí estaba la botella de vodka. Encima de la mesita de centro. Intacta y sin abrir.

Ben miró a Jenny, en cuyos ojos vio que ella se estaba formulando las mismas dos preguntas.

La primera era: «¿Crees de verdad que nuestra hija, tan abstemia ella, se hizo primero una foto y luego se bebió rápidamente un vodka para lanzarse luego desde la azotea poco después de mostrar esa expresión tan radiante en su cuarto de baño?».

La segunda pregunta era aún más perturbadora.

Ben golpeó con el dedo índice la mesita de centro que aparecía en la imagen.

«¿Y entonces para qué necesitaba dos vasos?»

45 minutos después

Se despidieron con un abrazo torpe, sin decirse nada ni saber qué hacer. Se había reforzado en ellos la sospecha de que su hija había sido víctima de un crimen.

Ahora bien, ¿bastaba con esa foto para denunciar en la comisaría una sospecha fundada? ¿Reemprenderían la investigación los policías cuando la única testigo que podía ayudarlos seguía en coma?

¿Y si Jule no se acordaba de nada al despertar? ¿Los tomarían en serio los policías si intentaban reconstruir un crimen violento valiéndose de una foto, a pesar de que no había ningún indicio de «influencia externa», como se decía en el lenguaje de esos funcionarios? Ben se acercó con gesto meditabundo a la rejilla de seguridad de la cabina panorámica y dejó vagar la mirada hacia la Puerta de Brandeburgo.

«¡Vaya día!»

Primero había perdido su trabajo, luego se había dejado golpear por defender a una mujer que después habría preferido darle un bofetón. Y, para rematar, sus preocupaciones por Jule se habían vuelto aún mayores de lo que ya eran. Pues si alguien había atentado contra la vida de su hija, ahora ella estaba expuesta sin protección alguna a su posible agresor en la unidad de cuidados intensivos. Por otra parte, Jule llevaba ahora casi una semana ingresada en el hospital. Y durante ese tiempo nadie la había tocado con

excepción de las enfermeras y de los enfermeros que la lavaban y le daban la vuelta regularmente para que no se llagara.

«Oh, demonios.»

Ben bebió un sorbo de la botella de agua que había encontrado en la guantera, aunque lo que de verdad le apetecía era un trago de vodka con Red Bull. Había tenido que dejar el coche a medio camino en la calle Kant, después de quedarse sin gasolina y de no tener dinero para llenar algo el depósito. Así que había aparcado en un estacionamiento prohibido, justo enfrente de un bar. En otras épocas de su vida habría interpretado aquello como una señal del destino.

Ben pensó que de verdad necesitaba algo para bajar aquello. Luego se rio del doble y cínico sentido de ese pensamiento. No en vano se hallaba justamente a ciento cincuenta metros sobre Berlín. Por debajo de él estaba el Checkpoint Charlie; por encima, uno de los mayores globos de helio del mundo; y toda aquella construcción estaba sujeta al suelo solo por un cable de acero.

Aquel fenomenal montaje era una de las atracciones más modernas de Berlín y los fines de semana estaba hasta los topes de turistas que deseaban ver desde lo alto el Reichstag, el Sony Center o el edificio de Axel Springer.

Pero la ascensión de las 19.40 se dedicaba al mantenimiento diario y Eddy, el piloto de la cabina, era un viejo compañero de colegio de Ben. Siempre que este iba a visitarlo, Eddy aprovechaba la ocasión para hacerlo subir a él solo en esa atracción con el fin de testar sus funciones desde abajo. Y todas esas veces Ben se ponía muy contento de flotar completamente solo por encima de las cosas y tomar cierta distancia del mundo y de sus propios problemas. Igual que en la tarde de hoy.

—¡Salud! —dijo Ben y se sintió conectado con los vagabundos que treinta plantas más abajo buscaban botellas retornables en el cubo de la basura de un

chiringuito, a tiro de piedra de un hotel de lujo de cinco estrellas recién inaugurado, cuya azotea disponía de una piscina infinita justo en el borde—. ¡Salud! —dijo una segunda vez y dirigió su botella a los invitados que reían allá abajo, lejos de él, y que por supuesto no se apercibieron para nada de su lejano observador. La mayor parte de los clientes del hotel estaban sentados en sillas plegables frente a una impresionante pantalla en un lateral de la piscina, donde en ese instante emitían las noticias de la tarde.

Ben se sacó el teléfono móvil del bolsillo, eliminó una notificación que le advertía de que estaba a punto de consumir todo su volumen de datos y escribió a Jennifer:

Pero ¿por qué había DOS vasos en la mesita de centro?

Ben bebió un último trago antes de enviar el whatsapp. Luego cerró los ojos para sentir el viento en la cara. Aquí arriba la temperatura era un poco más agradable, pero tampoco se sentía un frescor real. Ben percibió cómo la cabina oscilaba del cable de acero y eso intensificó sus problemas de equilibrio anímico.

«Ay, Jule.»

La paradoja era que Ben, por un lado, no creía que su hija hubiera querido quitarse la vida. Por otro lado, no obstante, se preguntaba cómo era posible que hubiera aguantado tanto tiempo sin intentar suicidarse.

Mientras sus amigas metían en casa a los primeros chicos, ella tuvo que sudar la gota gorda en rehabilitación. Y mientras sus compañeros de clase bailaban en festivales al aire libre, ella se quedaba al acecho de los sonidos tecno-beat de las máquinas de resonancia magnética. Innumerables pruebas médicas, toneladas de medicamentos con prospectos tan gruesos como un listín telefónico, dos operaciones, después angustiosos dolores imaginarios y la

certeza de no poder volver a correr con normalidad... Admiraba la fuerza de su hija.

Ben abrió los ojos y se sacudió la imagen de su hija que le ascendía desde su interior cuando pensaba demasiado tiempo en ella.

«La cabeza contra el suelo. El ojo completamente abierto.»

Examinó su teléfono móvil, vio que Jenny no le había respondido todavía y decidió volver a casa, aunque esta «casa» fuera un lugar que no le pertenecía.

Tobias Mayer, un exmiembro de Fast Forward, le había dejado durante algunos días su piso en el barrio de Wedding mientras él estaba de gira por Asia como técnico de iluminación con una banda. Por consiguiente, Tobi ocupaba el número 728 en la lista de aquellos a quienes Ben debía un favor porque le habían ayudado con algo de dinero o lo habían acogido en su casa como realquilado.

Ben se volvió en dirección a la torre de televisión, se quedó maravillado con una formación nubosa oscura que se estaba creando lentamente al fondo, dirigió la mirada más allá, al norte, se detuvo y parpadeó. A continuación volvió a darse la vuelta.

«Pero ¿qué...?»

En el estudio de grabación había experimentado que muchas personas se quedaban extrañadas la primera vez que escuchaban su propia voz por los auriculares. En cierto modo la sentían como falsa, y casi se avergonzaban de esa extraña cadencia que no había manera de que encajara con uno mismo. Sin embargo, esa sensación no era nada en comparación con la conmoción que sufrió Ben en ese momento cuando de manera del todo inesperada vio su propia cara. A un tamaño tan grande que incluso a una distancia de cientos de metros en línea recta pudo reconocer el pequeño lunar que tenía en la mejilla derecha.

«Pero ¿qué demonios...?»

En la pantalla de la terraza del hotel vio expuesto un retrato suyo. Con el logotipo de un canal de televisión en una esquina y una franja con un texto que no fue capaz de leer.

Ben no dudó ni un segundo de que era él, a pesar de que la imagen databa de mucho tiempo atrás. Y ahora podía verse en la televisión: una vieja foto de prensa de Fast Forward, que había sido retocada por algún motivo.

Ben no pudo evitar pensar en la chica del aparcamiento. Su mirada se dirigió involuntariamente a su reloj de pulsera. Eran las ocho y ocho minutos.

Un regusto metálico le llenó la boca. El corazón le iba como si acabara de realizar un esprint.

«Pero ¿qué está pasando aquí?»

Si ya de por sí era inexplicable verse a sí mismo en público en una pantalla de tamaño mayor que el natural y en la mejor franja horaria de la televisión, Ben aún podía explicarse menos la deformación que había sufrido su cara en la pantalla.

Pero ahí estaba: el ocho.

Como en la mujer de antes.

Marcado directamente en su frente.

Eddy necesitó siete minutos para bajarlo de nuevo a tierra.

Considerándolo en retrospectiva, Ben reaccionó de una manera completamente ilógica. Como Eddy no tenía ningún televisor en su cubículo, corrió por la calle Friedrich abajo en dirección a la calle Leipzig. Con la fuerte agitación no pensó con racionalidad, sino que se guio por el impulso de ir a ver el lugar que él consideraba el origen de lo inexplicable. Allí donde se había visto a sí mismo por primera vez. La azotea del hotel de lujo, situada en diagonal a la atracción panorámica.

Aquel alojamiento de diseño tenía el sencillo nombre de Pulse, tal como delataba a los clientes una placa en la puerta rodeada de cinco estrellas.

El portero vestido de librea estaba ocupado en ese momento enviando a dos botones a descargar las maletas de un Bentley aparcado delante, así que Ben entró sin que le dijeran nada en el vestíbulo, que tenía una temperatura agradable, y desde allí se dirigió a los ascensores.

Pulsó el número doce en la pantalla táctil y un elevador que olía a madera de cedro lo llevó directamente a la azotea.

Una placa de platino de un diseño más bien sencillo con las palabras SPA&HEALTH-AREA daba la bienvenida a los recién llegados. Ben siguió el pictograma de la piscina y el ruido ambiental cargado de música, risas y jirones de conversaciones, hasta que al final llegó a la zona que acababa de contemplar a vista de pájaro.

—Disculpe, ¿me permite, por favor...?

Ben se abrió paso entre un grupo de personas armadas con copas de cóctel,

de champán o de cerveza que estaban de pie al borde de la piscina y se buscó en vano a sí mismo. El agua, las tumbonas, la pantalla... todo seguía allí, solo su cara había sido sustituida por una presentadora de noticias que estaba dando paso en ese momento al parte meteorológico.

«... nos esperan, como muy tarde mañana a primera hora, fuertes tormentas veraniegas por el sudeste...».

El volumen estaba bajo y apenas se oía con claridad. Los clientes tenían un aspecto desacostumbradamente joven para un hotel de esa categoría de precios, y era probable que se hubieran reunido para tomar un aperitivo antes de cenar en el bar de la piscina, donde conversaban animada y, en parte, acaloradamente.

Ben oyó risas estridentes de mujeres, vio a hombres que negaban con la cabeza en un gesto casi de ira, atrapó fragmentos de conversaciones sin fijar la vista en las personas de cuyas bocas procedían:

- ... en realidad es una buena idea...
- Bobadas... No puede ser...
- ¿Y si es verdad?
- ¡Es un disparate...!
- ... lo veo muy capaz de ello, pero esto...
- ... ¿han perdido el juicio?
- ¡Ah! ¿Y dice usted que también participó?
- ¿... servirle algo?
- ¿Cómo dice?

Ben se giró hacia una camarera jovencísima de rasgos asiáticos que le dirigía una sonrisa profesional al tiempo que repetía su pregunta:

- Le decía que buenas tardes, me llamo Nika, ¿puedo servirle algo?
- ¿Cómo? ¿Qué? —Ben vio la bandeja vacía y cayó por fin en la cuenta—.

No, lo siento. Solo estoy buscando a alguien. —«A mí mismo. Para ser exactos»—. Es decir, sí. Espere. Tengo una pregunta.

Nika, que ya se había dado la vuelta, volvió a girarse. La sonrisa ensayada se dibujó en ella con un poco más de inseguridad que antes; probablemente contaba con uno de esos estúpidos piropos que le dirigían los clientes que se creían ingeniosos cuando tan solo estaban borrachos.

—Sí, ¿dígame?

—Antes. ¿Qué estaban dando?

Ella miró un instante a la pantalla, en la que ahora podía verse un anuncio publicitario de un desodorante de bola.

«Hoy es la gran noche del boxeo. Estamos en directo desde Las Vegas transmitiendo este combate de la categoría de peso pesado.»

—Bien, sí. Ahora está claro —dijo Ben, que no tenía ni idea de boxeo y tampoco entendía nada de este deporte—. Quiero decir antes.

—¿Cómo que antes?

—Hace un momento, digo.

—¿Las noticias?

—... pero no me digas que no es un nombre muy bueno: la noche del ocho...

Ben se dio la vuelta hacia el hombre que acababa de decir eso y que estaba sentado a solo unos pocos pasos de él, haciendo manitas con una mujer en una de las tumbonas.

—¿La noche del ocho? —se le escapó a Ben, pero el hombre no lo oyó. Sin embargo, Nika sí lo había hecho.

—Oiga, un momento...

Él volvió a girarse hacia la chica. Percibió cómo ella lo cacheaba con los ojos y vio cómo la expresión de su cara se transformaba. De repente se puso nerviosa, algo que pudo apreciarse también por el hecho de que de pronto le habló con acento berlinés:

—Un momento. Su cara...

Ben se tocó de manera involuntaria la frente. En el punto en el que había un ojo en la pantalla.

—¿Es usted de verdad?

—¿Quién?

—Jo, qué coraje tiene —se rio ella, pero no contenía ninguna clase de alegría. Miró con inseguridad a su alrededor—. Haga el favor de marcharse de aquí.

—Pero ¿por qué? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué está ocurriendo aquí?

Con algo de rudeza la agarró del uniforme azul celeste del hotel y al instante se arrepintió de haberlo hecho.

—Disculpe, es que...

—¡Lárguese! ¡Ahora mismo! —dijo Nika entre dientes.

Se liberó de la mano de Ben y se marchó en la misma dirección por la que este había entrado.

Poco antes de llegar a las puertas giratorias por las que se accedía a la cocina que había junto al bar, ella se dio la vuelta de nuevo. Negó con la cabeza con un gesto de incredulidad y se llevó el dedo a la sien indicando a Ben que le faltaba un tornillo.

A continuación desapareció en el área de personal con su teléfono móvil pegado a la oreja.

«¡El teléfono móvil!»

Solo entonces se le pasó por la cabeza a Ben que habría podido averiguar de una manera más sencilla la respuesta a sus preguntas si hubiera echado un vistazo a las páginas de noticias en internet.

Con la presión de un dedo liberó el bloqueo de su teléfono y abrió el navegador, mientras se apresuraba en alcanzar el rellano de los ascensores.

Con las prisas chocó sin querer con una madre que llevaba a sus dos hijos

de la mano y quería acceder a la zona al aire libre.

—Mamá, mira... —dijo la pequeña, que probablemente no tenía ni seis años, señalando a Ben con el dedo sin ningún tipo de miramientos.

La madre, alterada de manera visible, no reaccionó siquiera cuando su hija repetía la frase. Su hermano también miraba ahora con fijeza en la dirección de Ben, mientras ella seguía tirando de su prole hacia el costado opuesto.

—Pero, mamá, ese hombre se parece a...

—¿Quieres hacer el favor de caminar?!

Ben se encogió de hombros y se giró para mostrar la menor parte posible de la cara.

Inconsciente de por qué se agachaba de aquel modo, luchaba en vano contra la sensación de no haberse visto nunca en la vida en una situación de tanto peligro.

Solo tres minutos después, embutido en un vagón del metro, asfixiante y completamente lleno, comprobaría que su apreciación era del todo correcta.

«Nochedelocho.online es el nombre de una página web que circula por las redes sociales desde hace más de un año y que muchos consideran una broma de mal gusto.»

Ben seguía con un auricular en el oído el primer vídeo de noticias que Google le había escupido tras su búsqueda por «noche del ocho». Había activado el modo «No molestar» de su teléfono, que le permitía ver aquella grabación sin que aparecieran constantemente en la pantalla los mensajes de texto o de voz.

Desde que su nombre había empezado a aparecer por las redes sociales y los medios de comunicación, los curiosos salían de sus nidos como las arañas después de la puesta del sol. Amigos, conocidos, antiguos colegas... Todos trataban de dar con él. Y de ellos se fiaba aún menos que de los desconocidos con los que compartía el vagón.

Se había subido a la línea de metro U6 en la estación Kochstraße y había conseguido sentarse en un banco largo en la parte de atrás del vagón. A su derecha, un adolescente jugaba con su iPod. A su izquierda, una mujer de unos cuarenta años con una bolsa de plástico llena de ropa sucia dormitaba.

«Durante mucho tiempo, pocas personas fueron conscientes de su existencia y la página solo era objeto de debate por unos cuantos enterados de la red. Sin embargo, en las últimas semanas han ido aumentando en internet los rumores sobre la noche del ocho. Y hoy los operadores anónimos del portal han ido demasiado lejos.»

El locutor, un hombre mayor con perilla y sienes entrecanas, miraba a la

cámara con seriedad, como si estuviera a punto de anunciar el fin del mundo.

«Hoy, 8 del 8, exactamente a las 8 horas y 8 minutos, el servidor de la noche del ocho estuvo a punto de colapsarse cuando...»

Y en ese momento el vídeo se quedó congelado y una barra de texto tapó la imagen:

«Si desea seguir viendo este artículo, tendrá que abrir ahora una cuenta de usuario».

—Maldita sea —renegó Ben acerca del cargante intento de conseguir sus datos y dejó el vídeo.

El tren estaba entrando en la estación Friedrichstraße y la mujer de la bolsa de la ropa sucia dejó su asiento libre. Ben se corrió de sitio hasta llegar a la puerta y colocó su teléfono móvil de modo que nadie pudiera mirar la pantalla. Su ojo derecho sufría una contracción nerviosa al ritmo de las pulsaciones del corazón cuando entró en la página «noche del ocho».

«¡Cerrando puertas!», se oyó por los altavoces del vagón.

El tren se puso en marcha de nuevo y la pantalla se volvió negra. Al cabo de un rato, cuando Ben pensaba ya que su teléfono móvil se había quedado colgado, apareció un logo cuadrado: la letra N mayúscula rodeada por dos ojos envueltos en llamas.

8N8

Ben reflexionó unos instantes sobre si esos números tenían algo que ver con la extrema derecha, pues no en vano el número 88 era uno de los símbolos preferidos por los neonazis como tatuaje. Se trataba de una alusión doble a la octava letra del abecedario y, por consiguiente, a la expresión «HH», la abreviatura de «Heil Hitler».

Pero se equivocaba.

«¡Nuestra cordial bienvenida a www.nochedelocho.online!»

Ben se estremeció al oír aquella voz de mujer. Era dura, más bien masculina y un poco ronca, como la de una moderadora de un programa de entrevistas en la radio. Probablemente por ese motivo le resultaba familiar. Su simulado entusiasmo impersonal encajaba a la perfección con el aspecto de amazona de la animación por ordenador que se mostraba en la pantalla. Movía los labios, dibujados en sincronía con la grabación:

«Me llamo Diana y soy la reina de la caza».

Ben movió la cabeza con gesto de sorpresa y no pudo menos que pensar en el incidente en el aparcamiento: «¡Espero que Diana saque después tu nombre, mala puta!».

«¿Cómo te llamas?», quería saber de él aquella figura animada.

Ben se quedó mirando fijamente el campo sobre el cual parpadeaba el cursor. Pulsó «Continuar», pero la página exigía la introducción de datos, así que introdujo su nombre.

«Qué bien que estés con nosotros, Ben. Voy a formularte una única pregunta. Una pregunta importante que va a cambiar tu vida: ¿estás preparado?»

Ben asintió con la cabeza. Entonces cayó en la cuenta de que Diana le exigía otra introducción de datos y escribió «Sí» en el campo de entrada.

«Bien, Ben. Esta es la pregunta: imagínate que pudieras matar con impunidad a una persona, ¿a quién elegirías?»

Ben bajó la mano que sostenía el teléfono. Miró a su alrededor. El metro, que en ese tramo del recorrido circulaba en la superficie, estaba lleno de personas ocupadas exclusivamente consigo mismas. La mayoría sostenía un teléfono en la mano, igual que él. Solo muy pocos tenían un libro o un periódico. Algunos tenían la mirada clavada en las puntas de sus pies o en los carteles publicitarios de encima de sus cabezas, pero no había nadie mirándolo a él. Nadie lo estaba observando. Y, aunque hubiera sido así, nadie

habría podido adivinar lo que le pasaba por dentro. Por fuera, Ben seguía dominándose.

Por dentro habría deseado gritar: «¡Esto no puede ser verdad! ¡Esto no puede ser verdad!».

Y como si Diana fuera capaz de adivinar sus pensamientos, dijo:

«No es ninguna pregunta de broma, Ben, ni tampoco ningún bulo».

«Pero ¿qué es si no?», pensó.

«Como seguramente no se te habrá pasado por alto, nuestro país está sumido en serias dificultades. Falta el dinero en todas las esquinas y rincones, de manera muy llamativa en el mantenimiento de la seguridad interior. Cualquier chorizo de poca monta está mejor equipado que la policía. En Berlín, los agentes tienen que pagarse incluso sus armas. Nosotros, los de la noche del ocho, no podemos aguantar más tiempo esa decadencia y hemos creado una lotería de caza en conformidad con el gobierno federal.

»Por una tasa de inscripción de solo diez euros, puedes elegir a una persona cualquiera. Entre todos los candidatos presentados se sorteará un nombre el 8 del 8 a las 20.08 horas.

»El nocheocho elegido de manera aleatoria quedará fuera del amparo de la ley durante casi doce horas, hasta la mañana siguiente a las 8.00. Eso significa que todos los actos cometidos hacia y contra su persona, normalmente sancionables, no recibirán castigo alguno.»

«Esto tiene que ser una broma. ¡Tiene que ser una broma!»

Ben no se dio cuenta de que se le había quedado la boca abierta.

—El presidente de la República Federal se ha declarado dispuesto a indultar al día siguiente a los cazadores de la noche del ocho por cualquier clase de delito, incluido el asesinato. Además, el exitoso cazador que le eche el guante a su presa y la liquide, ¡obtendrá un premio de diez millones de euros por la captura!

«¡Diez MILLONES!»

Ben se rio de manera histérica, lo cual atrajo la mirada crispada de la persona que tenía enfrente, un tipo rollizo, fortachón, con chanclas y la típica combinación berlinesa veraniega: panza cervecera y camiseta marcando músculo.

«Una detalle muy importante: las reglas de la noche del ocho implican que el nocheochoero elegido puede ser liquidado por cualquier ciudadano de la República Federal de Alemania.»

Ben se quedó hipnotizado de nuevo mirando la pantalla. El auricular le picaba en la oreja. Habría preferido quitárselo y no haber oído nada de todo aquello.

«El premio por la captura corresponderá al cazador, aunque no haya sido él mismo quien haya propuesto al nocheochoero.»

Ben tragó saliva y se enjugó por enésima vez el sudor de la frente con la palma de la mano.

Lo que Diana acababa de decir significaba, hablando claro, que el proscrito tenía ochenta millones de enemigos en Alemania. Si se descontaba de ese cifra total de habitantes a niños, ancianos y enfermos, seguían quedando decenas de millones de personas que, mediante la participación en la noche del ocho, podían esperar obtener una ganancia con la que no tendrían que volver a trabajar, ni ellas ni tampoco sus descendientes.

«Siempre y cuando uno se crea esta locura.»

Sin embargo, todo era imaginable en un país en el que casi la mitad de los telespectadores daban por ciertas todas esas píldoras de pseudorrealidad televisiva.

«¡Qué barbaridad!», pensó Ben.

¡Una locura peligrosa!

¿Qué había dicho antes el locutor de las noticias?

¿No había comentado que ese disparate llevaba ya un año en internet?

¿Cómo es que seguía existiendo esa página? ¿Cómo es que no la habían eliminado ya hacía tiempo de la red?

El tren dejaba ya la estación Französischestraße. Un grupo de futbolistas adolescentes se había subido vestido con las camisetas de entrenamiento, pero Ben no se había percatado de su presencia. Diana retuvo toda su atención cuando dijo con toda seriedad:

«La lotería de la noche del ocho está en consonancia con las leyes de la República Federal de Alemania. Al igual que los impuestos al alcohol y al tabaco, tiene como fin la consecución de ingresos adicionales para el Estado. Igual que ese dinero sirve para la financiación de la sanidad pública, toda la recaudación de esta lotería, una vez deducido el premio por la captura, se transferirá de inmediato al presupuesto de la policía. La transferencia de tu tasa de caza tendrá lugar de una manera anónima y discreta a través de un sistema de pago no rastreable, a prueba de piratas informáticos. Si no deseas introducir ningún nombre, sino que tan solo quieres participar en la caza, solo será necesario el pago de un euro como tasa por la licencia. No te preocupes. En ninguna parte aparecerá el fin para el que se ha empleado y tus datos no se harán públicos en ningún momento ni tampoco se transmitirán a terceros. En el caso de que reclames el premio de la noche del ocho, envíanos por favor un correo electrónico desde esta página, que, naturalmente, se transmitirá en clave cifrada. A continuación te indicaremos qué prueba de caza necesitamos y cómo podrás acceder a tu premio de diez millones en cuanto nos hayas convencido de que has liquidado a un nocheocho antes de que acabe la noche del ocho».

Ben se tambaleó hacia delante porque el tren estaba tomando una curva. Pero incluso sin el movimiento del vagón, se sentía arrojado por completo fuera del tren.

«De acuerdo, Ben —prosiguió Diana, y él creyó percibir en su voz un tono de risa cínica—, ¿a quién quieres nominar? ¿Quién te ha herido o humillado, quién te ha hecho enfadar? ¿Quién se merece que le marquemos el ocho?»

«Esto no puede ser verdad. No pueden estar hablando en serio.»

«Por favor, ten en cuenta que precisamos de tu número de teléfono y de una foto fiable de la persona elegida para excluir cualquier riesgo de confusión. Pero no tengas prisa, puedes tomarte tu tiempo para responder. La lotería de caza de este año ya está cerrada. El primer nocheochoero elegido se llama...»

Ben parpadeó y se acordó de la voz de su hija. Del mensaje que le dejó en el contestador automático el día de su presunto suicidio.

«Tenemos que hablar, papá. ¡Es urgente! ¡Creo que estás en peligro!»

Cerró los ojos. Sabía lo que iba a aparecer en la pantalla de su teléfono inteligente. Qué nombre y qué foto iban a visualizarse en ella. Por ello se quedó más que perplejo cuando Diana dijo:

«... Arezu Herzsprung, de 24 años, estudiante de Psicología del barrio berlinés de Lichtenrade».

Arezu. 20.27

*Quedan 11 horas y 33 minutos
para el final de la noche del ocho*

«Pero lo asombroso es el curso que han tomado las cosas, Alex. Hay una página de Facebook de seguidores de la noche del ocho con más de ochocientos mil “me gusta”. La nota sobre el sorteo del primer nombre tenía ya más de mil comentarios.»

«Sí, Steffen. Y lo que más me sorprende: por supuesto que a la gran mayoría de la gente esa idea les parece repugnante, estúpida o peligrosa, pero también hay una buena cantidad de voces que valoran positivamente la noche del ocho. Las reacciones van desde “¡Qué guay!”, pasando por “Creo de verdad que la cosa va en serio”, hasta llegar a “Esta es una noticia falsa, por supuesto, pero no estaría nada mal que hubiera una lotería de caza como esa”.»

Arezu se sentía extrañamente tranquila, como si los moderadores de la radio no hablaran sobre ella, sino sobre otra persona.

«Y muchos admiten de manera abierta haber participado y haber quedado decepcionados al no salir su propuesta en el sorteo.»

Arezu permanecía relajada, pero tal vez las personas que se hallaban en situaciones emocionales extremas se mostraban así. No tenía ninguna experiencia en ser asesinada.

—¿Qué le pasa?

—¿Cómo dice?

Asustada por la inesperada frase del taxista, Arezu apartó la mirada clavada en los dedos entrelazados en su regazo y levantó la vista.

Estaban pasando junto a la penitenciaría de Moabit. Había constantes atascos en City West y tuvo la impresión de que la carrera en aquel Mercedes que olía a fragancia de madera noble estaba durando ya media eternidad.

«... sin embargo, la pregunta es cuánta gente participa de forma activa y cuánto dinero han transferido...».

El conductor no se esforzó en bajar el volumen de la radio; sencillamente habló en voz más alta:

—Quiero decir, si va a visitar a alguien allí o es usted una paciente-

En el portavasos trasero había un fajo de tarjetas de visita en las que ponía ARNIM STROCHOW, TAXI, LIMUSINAS Y TRANSPORTE SANITARIO. ¡RÁPIDO – COMPETENTE – BARATO!

En esa enumeración faltaba CHISMOSO.

—Me encuentro bien —respondió Arezu de manera escueta, lo que no era ninguna mentira. Se había sentido peor.

«Muchísimo peor.»

Apoyó la frente en la ventanilla vibrante y se rascó las cicatrices de la cara interior de los brazos.

Arezu había seguido con gran atención durante un año la evolución de la página «noche del ocho», igual que muchos otros en la universidad. Había seguido muy de cerca cómo aquella idea descabellada pasaba de ser un rumor apenas conocido por muy poca gente a convertirse en el mayor fenómeno visto en internet desde el Ice Bucket Challenge. Solo que en la noche del ocho la cosa no iba de animar a la gente a tirarse encima un cubo de agua helada por una buena causa, sino que se la incitaba a ceder a sus instintos más bajos. A ejercer la venganza. A satisfacer sus deseos de matar.

Según unas estadísticas publicadas de forma anónima, había un interés

colosal por este asunto.

Al parecer, el 39 por ciento de los participantes habían propuesto a dictadores, políticos belicistas, delincuentes sexuales y a otros criminales que no conocían en persona. Aproximadamente el 6 por ciento nominaba por cachondeo e indignación simulada a famosos conflictivos; en este punto había incluso listas actualizadas de las personas más nominadas, que no tenían más culpa que tener que ganarse la vida en programas de telerrealidad o como comentaristas deportivos.

Sin embargo, la mayoría proponía a personas completamente normales.

«Como yo, por ejemplo.»

Arezu se desprendió con la uña del pulgar un poco de costra de la zona que le picaba por encima de las venas y se extrañó de que hoy no hubiera pensado todavía en hacerse un rasguño.

Puede que el dolor hubiera encontrado otra válvula en ella.

«La noche del ocho.»

La lectura de su nombre en la página, hoy a las ocho horas ocho minutos, había sido menos una conmoción que una anestesia. Desde que había visto su foto en la casilla de la primera víctima elegida para la caza (una de las pocas existentes en las que salía sonriendo y la única que podía encontrarse de ella en la búsqueda por imágenes con Google), vivía bajo una especie de campana de cristal que absorbía sus sentimientos. Veía sin problemas a través de ella, pero el mundo que estaba a sus espaldas se le aparecía indiferente y vacío.

—Lo digo solo porque también me dedico al transporte sanitario. Podría llevarla de manera regular allí, en el caso de que suela hacer ese recorrido habitualmente.

Arezu simuló una sonrisa en dirección al taxista. Sabía hacer bien eso. Simular sentimientos.

Muy pocos de sus compañeros vislumbraban lo que ocurría en su interior

cuando se sentaba con ellos en el comedor universitario y se unía a las risas sin saber por qué. Y como siempre llevaba camisetas de manga larga, incluso en verano, mantenía bien ocultas las señales visibles de la lucha con sus demonios interiores.

Bueno, de vez en cuando algún profesor le decía:

—Tiene que comer más, de verdad, hija mía.

Sin embargo, a la mayoría de los hombres con los que había estado les gustaba su constitución física andrógina, con las piernas de Kate Moss y unos pechos apenas mayores que dos picaduras de mosquito.

Últimamente había estado calculando su índice de masa corporal en internet. Debajo del resultado se abrió un cuadro de texto: «Por favor, vaya de inmediato al médico».

—¿Quiere que pare en la entrada trasera de la calle See o en la puerta principal, en la calle Amrumer? —preguntó Arnim ahora.

Arezu no tenía ni idea de lo que le estaba preguntando. Ella había nacido en Leipzig y llevaba solamente tres años viviendo en Berlín. Muy poco tiempo para conocer bien la ciudad.

—¿Qué es lo más rápido?

—Es difícil de decir. Apenas hay diferencia. Tampoco en el precio.

«¿Por qué preguntas entonces?»

Arezu vio en el retrovisor el importe de la carrera.

26,80 euros. Por suerte llevaba suficiente dinero en efectivo...

Sus pulsaciones se aceleraron.

Alzó la mochila de la alfombrilla y buscó algo a tientas en uno de los bolsillos exteriores.

—Oh, no... —Arezu cerró los párpados con fuerza al tiempo que enarcaba las cejas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arnim, que debía haberla oído.

—Ocurre que no llevo...

«El documento de identidad, la pistola, la llave, el teléfono móvil, el cúter... todo ahí.»

Pero no su cartera, maldita sea.

—¿Ha olvidado el dinero? —supuso el taxista acertadamente.

Se salió a la derecha y se detuvo junto al aparcamiento de la calle See. Por lo visto se había decidido por la entrada trasera y ya habían llegado.

«Mierda.»

La cartera se había quedado en la repisa, al lado de la nevera. La había sacado para buscar el número del radiotaxi que ella había anotado en una tarjeta.

Y luego se había olvidado de volver a guardarla.

«Y por descontado tenía que ocurrir hoy.»

En ocasiones, la calma antes de la tempestad también era perjudicial. Inflúa en la concentración.

«Un descuido en la noche del ocho.»

—¿Quiere que la lleve a un cajero automático? —propuso el taxista.

En la radio, uno de los dos moderadores estaba criticando el hecho de que en realidad no había manera de llegar hasta los operadores que estaban detrás de la página, ya que el servidor estaba alojado en algún lugar de Corea del Norte.

—No servirá de nada —dijo Arezu negando con la cabeza, rapada al cero, con la que parecía una rejuvenecida Sinéad O'Connor—. No llevo nada encima, ni siquiera las tarjetas.

—Hum, ¿regresamos entonces?

«Sí, no, maldita sea.»

No podía dar la vuelta así sin más. Tardaría demasiado. Además, ella había pedido que el taxi no llegara a la puerta de casa para que al conductor no se le

ocurriera leer su nombre en la placa del timbre. Iba a ser difícil que la dejara de nuevo a cinco minutos de su casa sin que pensara que iba a largarse sin pagar nada más doblar la esquina.

«... ahora con sinceridad, ¿acaso tú no has participado, Alex?», preguntó una voz en la radio.

«No, Steffen. Pero seguramente no habrá nadie que no haya pensado en el nombre que pondría en esa lista.»

No, dar la vuelta no era la opción. Bajo ninguna circunstancia quería que se enterara de dónde vivía.

Sobre todo ahora que el conductor iba a acordarse con toda seguridad de su cliente insolvente.

«¿Por qué no he ido a la parada de taxis que hay frente a la estación de metro? Bueno, ahora seguiría sin el dinero, así que...»

—Pero, espere un momento, usted tiene MyCab —dijo Arnim en tono alegre.

Arezu, que ahora ya no estaba tranquila ni tampoco serena, asintió involuntariamente con la cabeza y se maldijo acto seguido por ello.

—¿Cómo lo sabe?

Con la aplicación MyCab podía pedirse un taxi y también pagar el importe de la carrera.

Arnim escribió algo en el teléfono móvil que estaba en el salpicadero, sujeto a un soporte colocado entre las rejillas de ventilación.

—Tiene activados los servicios de localización.

—¿De verdad? —No pudo evitar tragar saliva.

«Oh, Dios», no había pensado en eso. Qué mierda, joder.

La noche del ocho llevaba unos pocos minutos en marcha y ella había cometido ya un montón de errores.

Arezu tenía su teléfono inteligente en la mano, desconcertada porque no

sabía en absoluto cómo desinstalar ese servicio. Igual que le ocurría a mucha gente, no entendía nada de la tecnología que utilizaba a diario.

—En mi teléfono sale que alguien que tiene esa aplicación está en el asiento trasero del coche. Y ese alguien no soy yo...

El conductor tosió, pero casi pareció una risa. El cuero de la tapicería crujió cuando Arnim se volvió hacia atrás en su asiento y ella lo miró por primera vez de manera consciente.

Al subir, Arezu no se había interesado por el aspecto de ese hombre, que ahora le daba la impresión de que era más joven, pero también más enjuto de lo que había estimado de espaldas por su nombre, su voz y su pelo que se rizaba hacia arriba por debajo del cuello de una camiseta desteñida.

Arnim necesitaba urgentemente un peluquero que le recortara las greñas de color castaño y tenía que dejar de fumar para que los dientes no se le volvieran aún más amarillos, pero con algunos retoques estéticos y algo de entrenamiento muscular podía convertirse en un tío de buen ver, con mirada y morro de perro salchicha.

—Arezu Herzsprung, ¿correcto? —preguntó el conductor, y ella sintió por primera vez un frío glacial en aquel día de bochorno.

Ella estudió la cara de él buscando una señal de reconocimiento en sus ojos negros ensombrecidos por unas espesas cejas. Pero no captó nada en ellos.

«Vale, todavía no ha oído mi nombre. O no se acuerda de él.»

O simplemente no estaba tan loco para pensar que el gobierno federal alemán iba a iniciar una lotería legal entregando una recompensa a cambio de la cabeza de alguien.

«... aunque diez millones, si es que realmente acaban dándose, también pueden ser un aliciente para muchas personas a quienes les es indiferente si incurren o no en un delito.

»Me refiero a que en el área metropolitana de Berlín viven más de cuatro

millones de personas. Con que solo haya un uno por ciento de tarados y un noventa y nueve por ciento de personas racionales, eso representa cuarenta mil locos en la ciudad...»

—No hay problema. Solo tiene que clicar en «aceptar» en el momento en que yo le diga el importe. ¿Lo ve? Ahora tendría que aparecer en su pantalla.

¿Se equivocaba o el volumen de la radio estaba más alto ahora?

«... sí, ¿y dónde está ahora? ¿Se halla escondida? ¿O ha atrancado las puertas de su casa?».

«Oh, esa no sería una buena idea. Acabo de ver que alguien ha publicado su dirección en Snapchat.»

«¿Quién sería capaz de hacer una cosa así?»

«¿Su ex? ¿Alguien a quien le haya quitado un puesto en su carrera universitaria? ¿El que la ha nominado?»

—¿Señora Herzsprung?

Arezu abrió la aplicación MyCab e intentó ignorar las voces de la radio. Sin embargo, no lo consiguió. Le pareció que aquellos hombres se habían puesto a gritar.

«... la cuestión ahora es saber cómo debe de sentirse Arezu Herzsprung en estos momentos.»

Arezu contrajo la mano en torno al móvil y comenzó a picarle la cicatriz por encima de la vena. Miró al frente: y ahí estaba. Lo vio apenas se pronunció su nombre en la radio: el centelleo en la mirada. La expresión de duda en el rostro del conductor.

—¿Arezu Herzsprung? Qué casualidad —dijo Arnim y subió el volumen aún más.

«Tal vez podamos ponernos en contacto con ella en el transcurso del programa.»

«O con el otro nominado, un hombre, el segundo nocheocho. ¿Cómo se

llamaba?»

«Benjamin Rühmann.»

—Sí, qué casualidad —dijo Arezu con la voz ronca. Pulsó «aceptar importe» y se dispuso a bajarse del coche.

«¡Rápido! ¡Fuera de aquí! ¡Ahora mismo!»

Pero por más que sacudía la puerta, no se podía abrir desde dentro.

Ben. 20.43

*Quedan 11 horas y 17 minutos
para el final de la noche del ocho*

Uno había querido pillar a Ben ya en el tren, pero el tipo no había sido lo bastante rápido. Así que transmitió a un compañero suyo por radio la descripción del hombre que estaba subiendo en esos momentos la escalera de la salida norte-sur. Y ahí arriba, justo en la salida de la esquina de la calle Müller, lo atraparon.

—¡Su billete, por favor!

—Maldita la gracia, ¿qué significa esto? —renegó una señora mayor que iba detrás de Ben y no tenía ninguna pinta de andar buscando broncas—. ¿Desde cuándo nos puteáis también fuera de los trenes?

—Hay que conservar el billete hasta la salida de la estación —dijo el revisor por encima de la cabeza de Ben.

Tenía el pelo negro tan corto como las uñas mordidas de los dedos. Llevaba una camiseta con un bolsillo cosido del que estaba sujeto su identificador: MARTIN PROBALLA, MCSSECURITY. Empleado en una empresa de seguridad privada que con suerte le pagaba el salario mínimo.

«No mucho para satisfacer a un tiarrón musculoso de metro noventa y cinco.»

—Queremos irnos a casa —le increpó la abuela.

—Entonces este amigo nuestro de aquí debería darse prisa.

El guardia de seguridad extendió hacia Ben la mano, que parecía capaz de exprimir una bola de bolera.

—No.

—¿Cómo que no?

—No tengo billete.

Con la agitación, Ben se había olvidado de sacarse uno.

El asomo de una sonrisa se dibujó en los finos labios del revisor. Probablemente con Ben había cumplido por hoy su cuota de capturas y podría acabar su jornada pronto.

—Vale, entonces necesito su nombre, por favor.

—Y ahora también esto —comenzó a quejarse la señora mayor, pero dirigiéndose en estos momentos a Ben, a quien quería adelantar resollando.

Proballa apartó a Ben a un lado dejando el camino libre a los demás.

—Su documento de identidad —le pidió cuando estuvieron en la esquina de la entrada a la boca del metro, junto a una caja de transformador.

Los escudriñaban numerosos peatones, la mayoría de los cuales se dirigía a la sesión de tarde del cine Alhambra, situado en la esquina. Algunos los estaban filmando incluso en vídeo con sus teléfonos móviles.

«Lo que me faltaba.»

Ben trató de encorvarse lo máximo posible.

—¿No puedo pagar simplemente sesenta euros y se acabó? —preguntó.

Se le pasó por la cabeza que no llevaba dinero encima, pero tal vez podría sacar algo de pasta del cajero automático que había al lado del cine.

De ninguna de las maneras iba a darle su nombre a un segurata mal pagado que presumiblemente vivía sobre todo de las comisiones por cada pasajero que no pagaba billete.

Sin embargo, él no era el único nocheocho, tal como acababa de enterarse en www.nochedelocho.online. En el fondo, Ben era el candidato suplente. En

esta primera edición del «juego», los organizadores querían jugar sobre seguro por si acaso un candidato se escondía demasiado bien. En primer lugar había nominado a Arezu Herzsprung, una estudiante de Psicología de veinticuatro años. Las perversas reglas del juego indicaban que lo importante era cuál de los dos era pillado en primer lugar. Según la página web, el «premio de caza» de diez millones solo era válido para la primera «captura». Con la primera muerte se daba por concluida la noche del ocho y el segundo nocheocho quedaba automáticamente a salvo.

—Viajar sin título de transporte es un delito —recitó el guardia de seguridad el texto que tenía aprendido de memoria—. La Compañía de Transportes de Berlín no realiza la denuncia si se trata de la primera vez que comete esta infracción, pero si no me da su nombre, no puedo comprobar si es así. Así que, ¿va a enseñarme ahora su documento de identidad?

—¿Y qué ocurre si no se lo enseño?

—Entonces tendré que llamar a la policía.

Ben reflexionó.

¿Iba a arriesgarse a eso?

En la situación en la que se encontraba puede que la policía fuera realmente su amiga y auxiliadora. Cualquiera otro cuyo nombre figurara en una lista negra de internet habría marcado de inmediato el 110 para pedir ayuda.

Pero el problema estaba en que la policía lo detendría antes por sus deudas por el pago de alquiler. Si se entregaba a la policía, lo más probable era que lo encerraran en la comisaría. O que incluso lo pusieran bajo arresto provisional por su propia protección. ¿Y en qué nivel de seguridad podía encerrar a alguien cuya cabeza vale una recompensa de diez millones de euros en un entorno de criminales vigilados por hombres armados?

—¿De verdad quiere que informe a las autoridades? —preguntó Proballa, ahora en un evidente tono de enfado.

Debido a ello la hora del final de su jornada de trabajo se extendería.

Ben se encogió de hombros, no porque le resultara indiferente la decisión, sino porque no había tomado todavía ninguna.

¿Lo llevarían a una celda individual?

«Seguramente. No podían permitirse ningún asesinato en el talego.»

Ahora bien, ¿no estaban las cárceles de Berlín abarrotadas de presos? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta poder hablar con un abogado? ¿Necesitaba uno? ¿Podía garantizarse su seguridad?

Ben no tenía ni idea de todo esto. En su cabeza solo había signos de interrogación y ninguna elección. No podía plantearse escapar a la carrera en la condición física en la que se encontraba. Y mucho menos aún una pelea cuerpo a cuerpo con aquel tiarrón. Por último, y esto era lo más importante, tenía que permanecer al lado de Jule para protegerla y no debía consentir que lo dejaran fuera de combate por una minucia como aquella.

Ya había decidido a enseñar su documento de identidad cuando el revisor se le echó encima de repente.

—¡Eh! —exclamó Ben, que en un primer momento pensó que aquel tío había perdido el juicio e iba a atacarlo.

Pero justo después comprendió el motivo por el cual aquella bestia musculosa había perdido el equilibrio de repente.

—¿Problemas? —dijo alguien con una voz gangosa tras ellos.

Pertenecía a un joven que parecía vestido para acudir a un concierto de música clásica en la Filarmónica. Llevaba un traje negro sin corbata, pero a cambio iba ataviado con una camisa blanca con gemelos y un pañuelo de bolsillo de color burdeos. Sus zapatos negros de charol relucían tanto como su pelo, que llevaba la raya trazada a la perfección. La sonrisa de farol combinaba a la perfección con los rasgos amables y bien proporcionados de su cara, con las arrugas expresivas en torno a sus ojos azul hielo y con el

coqueto hoyuelo de la barbilla. Sin embargo, todo aquello no encajaba para nada con su acento pícaro ni con el hecho de que se hubiera acercado por detrás y a hurtadillas al segurata y le hubiera propinado un empujón por la espalda sin previo aviso.

—¿Ha sido usted quien me acaba de empujar? —quiso saber Proballa.

Este había titubeado unos instantes en el uso del «usted». El hombre trajeado era claramente más bajito, joven y débil que Proballa, pero su porte erguido y el modo, casi propio de un bailarín, que tenía de desplazar su peso de un pie al otro, tenían algo de desconcertante. No obstante, no producía el mismo efecto que los gorilas de la plaza Stuttgart, que, embutidos en sus trajes, parecían culturistas disfrazados. Al tipo que había ahí el traje a medida le iba como un guante, pero, de todas formas, esta apariencia no le procuraba nada de solemnidad, sino más bien un aura peligrosa. Algo así como si el traje fuera un uniforme y los zapatos de charol, las botas de soldado con las que iría al campo de batalla los fines de semana.

—¿Que si te he empujado? —replicó aquel tipo y se giró riendo hacia un grupo de hombres jóvenes.

Ben los había tomado hasta ese momento por meros papanatas, espectadores presentes por casualidad que en realidad querían ir al cine y que ahora les arrojaban miradas ávidas de sensacionalismo. Sin embargo, debido al modo familiar con el que replicaron a la risa del trajeado, Ben reconoció que ese grupo era su séquito: una mezcla abigarrada de árabes, turcos y alemanes normales y corrientes. Estaba claro que se trataba de una pandilla que llevaba botas de boxeo con los cordones atados hasta arriba y pantalones deportivos Everlast hasta las rodillas, capitaneada por ese inquietante híbrido entre caballero y camorrista.

—¿Que si te he empujado? ¿Me lo preguntas a mí? ¿Quién está empujando aquí a quién?

Señaló con el dedo a Ben, que se puso a pensar febrilmente cómo podía rebajar la tensión que se había originado en un instante.

—Hey, está todo bien, todo bajo control —dijo él.

Pero el hombre con aspecto de modelo se limitó a pasarse la mano por el cabello engominado. Sus gemelos con destellos de plata iban adornados con el grabado de un bogavante. Un detalle minúsculo que en ese preciso momento era muy poco importante y que, sin embargo, quedó fijado en la mente de Ben, justamente porque casaba a la perfección con ese personaje: un hombre que llevaba su traje como el bogavante su caparazón y que muy pronto abriría y emplearía sus pinzas.

—¡Tu trabajo es importunar a ciudadanos honrados!

—¡En nuestro territorio! —gritó una sombra por detrás de su líder.

Asustado por la risa de los miembros de la pandilla que se estaban acercando, el revisor echó mano de su aparato de radio, probablemente para informar a sus colegas de las otras entradas. Y entonces cometió un error capital. Intentó apelar a la razón y con ello perdió la oportunidad de asestar el primer golpe.

—Vale, ya está bien. Lo mejor que puede hacer es marcharse ahora, o...

—¿O qué? —gritó el hombre trajeado y le dio a Proballa un golpetazo en el gaznate con el canto de la mano.

El tiarrón cayó de rodillas como si tirara de él un peso hacia abajo. Se llevó la mano al cuello e intentó en vano que le llegara algo de aire a los pulmones.

El atacante, claramente avezado en la lucha callejera o carcelaria, propinó a Proballa una patada de kickboxing en la cabeza con su zapato de charol. Y con ello dio comienzo la tragedia.

Durante unos instantes, los seis matones rodearon en círculo a su víctima semiinconsciente como buitres que no saben de qué parte del cuerpo van a

arrancar la carne en primer lugar. Acto seguido, con un alarido de guerra semejante al de los indios, arremetieron todos a la vez.

Una coreografía del dolor.

Ben oyó cómo bajo sus patadas se quebraban huesos, se dislocaban articulaciones y la piel reventaba.

Y entonces, cuando el trajeado se giró en aquella danza macabra y le enseñó el codo, lo vio: el ocho. Como una pintura de guerra, grabado en la nuca rapada del líder.

Ben miró a su alrededor buscando ayuda, pero los transeúntes que antes estaban mirando fijamente la escena ahora tenían la vista puesta en todas direcciones excepto en la de la jauría que, desinhibida, pateaba cada vez con mayor dureza al vigilante que yacía en el suelo.

Ben solo entrevió una solución.

Gritó. Todo lo fuerte que pudo, como no lo había hecho nunca en su vida. No gritaba socorro ni tampoco «¡Fuego!», como le había enseñado su madre, porque ella había oído en alguna parte que hasta los indiferentes reaccionan a ese grito. No.

Ben gritó su propio nombre.

Una, dos veces, hasta que el loco del ocho en el codo se distrajo de su delirio homicida y lo miró con sorpresa.

—Soy Benjamin Rühmann —volvió a repetir Ben con la laringe ronca por los gritos—. El nocheocho. Han puesto una recompensa de diez millones de euros a cambio de mi cabeza.

El trajeado ladeó el rostro. Unas gotas de sangre rodaron desde sus zapatos a la acera. Un mechón colgaba sobre su frente sudorosa.

—Tronco, es verdad —dijo uno de sus acólitos, que ahora se habían apartado del revisor inerte—. Se parece de verdad a...

Ben no se esperó a que terminara la frase.

Eché a correr.

Y la jauría, que había encontrado una nueva víctima, lo siguió berreando escaleras abajo, de vuelta a los andenes.

Nikolai Vanderbilt. 20.55
Quedan 11 horas y 5 minutos
para el final de la noche del ocho

Ya lo pillaría. Eso estaba fuera de toda duda.

Aquel miserable no tenía el aguante suficiente. Ya jadeaba como una puta de veinte euros que finge un orgasmo.

Nikolai tuvo que reducir el paso y frenar a sus chicos para no alcanzarlo antes de llegar al andén.

¡Qué pringado!

Nikolai percibía cada impacto de sus pasos sobre el duro suelo de cemento de la estación de metro a través de la fina suela de cuero. Le encantaba la sensación de estar de caza, pero detestaba las presas fáciles.

Aunque una cosa sí debía concederla Nikolai. El tío tenía huevos. La mayoría habría aprovechado la circunstancia del momento para largarse mientras él y sus chicos le daban un repaso al vigilante.

Pero el tipo ese quería hacerse el héroe. Vale, y podía.

Nikolai bajó varios escalones de un salto.

Lo alcanzó al final de las escaleras y empujó al nocheocho por la espalda mientras corría.

Este dio un traspié, cayó de bruces y volvió a levantarse a duras penas.

Habría sido muy fácil tirarlo al suelo con una o dos patadas.

Sin embargo, Nikolai se dio la vuelta y extendió la mano hacia sus chicos,

que bajaban detrás de él apartando a manotazos a los demás clientes del metro.

—Alto —ordenó.

Engin, su mejor amigo ya desde la época del colegio, se detuvo extrañado. Este alemán de origen turco, con una mirada seductora y falsamente romántica, entrenaba con él cuatro veces a la semana artes marciales mixtas y *krav magá*. Eran almas gemelas, salvo que Engin no tenía ningún gusto en lo que se refería a la elección de su vestuario.

—¿Qué te pasa? —preguntó señalando hacia Ben, que huía a espaldas de Nikolai.

El nochechero esprintaba como un poseso por el andén en dirección a la salida sur.

Los otros chicos estaban también perplejos, pero obedecieron la orden de Nikolai y lo miraron expectantes. Ninguno de ellos había perdido el aliento, excepto tal vez Sammy, el más joven. Nikolai tendría que pensar si mantenerlo en la pandilla o sustituirlo por otro más fuerte.

—Tío, se nos escapa —le increpó Engin.

—Que se escape —dijo Nikolai e hizo una seña a su amigo para que se le acercara.

Este escupió contra los peldaños de la escalera, que en ese momento ya estaba vacía. Eso era lo habitual cuando salían a divertirse. Y ocurría tanto en una discoteca como en el aparcamiento de un supermercado o en el metro. Enseguida se quedaban solos.

—No lo entiendo —dijo Engin meneando la cabeza.

Nikolai sonrió.

—Mira esto.

Agitó ante las narices de Engin una cartera negra que acababa de recoger del suelo.

Sin dar más explicaciones, Nikolai esprintó hacia la salida con sus chicos a remolque. Engin se le acercó. Cuando llegaron arriba, frente al Alhambra, y respiraron de nuevo los gases de los tubos de escape de la calle See, oyeron las sirenas de una ambulancia y de los coches de la policía.

Nikolai salió corriendo a la calle con sus muchachos. En ese momento entraba el tranvía por el centro de la avenida. Era el M13, que iba en dirección a la calle Bornholmer, pero eso le importaba muy poco a Nikolai, a pesar de que ahora quería ir a otra parte de la ciudad. Lo principal era largarse de allí.

—Estupendo, una cartera —dijo Engin en tono burlón cuando se sentó al lado de Nikolai.

Estaban prácticamente solos en el tranvía y pudieron ocupar dos hileras sin tener que espantar a nadie como solían hacer.

—La acaba de perder nuestro amigo.

El tranvía arrancó y Nikolai observó a través de los cristales arañados de la ventana cómo una segunda ambulancia se detenía en la esquina. Policía, bomberos, médicos de urgencia. Cada vez más vehículos de intervención disparaban al cielo sus fuegos artificiales de color azul y rojo. Por suerte él y sus muchachos ya estaban sentados en el tranvía y, a sus espaldas, estaban cortando en ese preciso momento el cruce de la calle Müller con See.

—¿Qué vamos a hacer con su cartera, tronco? ¡Pero si era un nochechero! Ahí no pueden estar metidos los diez millones.

Nikolai puso los ojos en blanco y tuvo que reprimirse para no darle a Engin una palmada en la frente.

«Hombre, hombre, hombre.»

Engin era su mejor amigo, pero no la flor más lúcida del jardín. El imbécil se creía en serio que la página de la noche del ocho era real. Nikolai meditó unos instantes sobre si debía aclararle o no que esta noche podrían divertirse

con aquel idiota, pero que eso no cambiaría en nada el montante de su cuenta corriente. Nadie iba a transferirles dinero por la copia del certificado de defunción de Benjamin Rühmann. Eso era un bulo de internet. Lo ponía de manifiesto el hecho de que ambos nocheocheros eran de Berlín, o sea que sus nombres no habían sido extraídos por casualidad.

Lo único bueno del rumor que se había expandido desde hacía meses por la red como una epidemia de gripe era solamente el hecho de que la policía, al final de la noche del ocho, tendría cientos de miles de sospechosos potenciales si se ponían a investigar el asesinato de ese tonto de los cojones. Jamás había sido tan sencillo irse de rositas con un crimen como en la actualidad. Y ahora el destino les había puesto en bandeja a ese miserable. Lo único que no debían hacer era desmadrarse en exceso.

Y el colmo del desmadre habría sido correr detrás de ese idiota hasta la zona videovigilada del andén mientras los polis estaban dibujando el croquis de la posición del revisor en la acera.

Nikolai quería explicarle todo eso a su mejor amigo, pero luego se limitó a encogerse de hombros y pensó para sus adentros: «¿Qué más da?».

A lo largo de toda su vida escolar había intentado ayudarlo para que fuera pasando los cursos. Al final, Nikolai hizo los exámenes de acceso a la universidad y Engin tuvo que dejar la escuela con quince años. Las clases de refuerzo cayeron en saco roto.

Por ese motivo, Nikolai se limitó a enseñarle a su compi el monedero vacío dentro de la cartera de Benjamin.

—No, los millones no están aquí dentro, por supuesto.

—Entonces ¿dónde están?

Nikolai extrajo una hoja doblada del tamaño de una tarjeta de crédito.

—¿Qué hacemos con un permiso de aparcamiento? —preguntó Engin cuando Nikolai desplegó la impresión con el logo del Hospital de la Charité.

Su propietario había mostrado la hoja tantas veces que los bordes estaban muy desgastados.

—Con esto se estaciona gratis en el aparcamiento de la calle See.

—¿Y qué?

—Esto solo se lo dan a los familiares de pacientes con lesiones graves o de larga duración. La madre de Dash lo tuvo cuando los bestias de la plaza Stuttgart le molieron todos los huesos, ¿te acuerdas? Fue a verlo todos los días durante dos meses.

—Sigo sin entender por qué eso te pone tan contento.

—Tío, la noche del ocho. Ya has leído en el foro de la caza las informaciones que han subido sobre las víctimas. ¿Qué sabemos sobre la hija de Benjamin Rühmann?

Engin seguía completamente desconcertado.

—¿Qué nos importa esa lisiada?

Una pregunta justificada en alguien que no pensaba más allá de sus propias narices.

—Está ingresada en el Hospital Virchow —dijo Nikolai, a quien la noche de hoy le importaba algo más que una pelea por mera diversión.

Tenía en mente algo más grande.

¡Mucho más grande!

Nikolai hizo ondear el permiso de estacionamiento.

—Ahora sabemos dónde está su hija. No tenemos por qué correr el peligro de echarnos en brazos de los polis por ir persiguiendo a ese tipo. ¡Simplemente vamos a esperar a que caiga en su trampa!

Arnim. 21.03

*Quedan 10 horas y 57 minutos
para el final de la noche del ocho*

A speech bubble with a black border and a tail pointing towards the bottom right. Inside the bubble, the text reads: "¡¡¡No os vais a creer a quién acabo de llevar!!!".

¡¡¡No os vais a creer a quién acabo de llevar!!!

Arnim Strochow dio la última calada a su cigarrillo del final de la jornada, lo apagó en el cenicero y colocó el trasero encima del taburete del bar.

Al ver la salchicha con salsa de curry se le hizo la boca agua, pero las patatas fritas de aquel chiringuito de la calle Yorck eran aún mejores. Recogió la salchicha con el pan, le puso mayonesa, luego ketchup y, mientras se lo llevaba a la boca, pulsó «enviar».

Y se puso a esperar las preguntas de los colegas en su grupo de WhatsApp.

Antes era más agradable comunicarse entre ellos a través de la radio del taxi. Las comunicaciones por radiotelefonía estaban llenas de ruidos, se entrecortaban constantemente y apenas eran comprensibles para los oídos no ejercitados de los pasajeros, pero a cambio eran muy vivaces. Un ligero flirteo con la tía de la centralita o un chiste durante la pausa de mediodía hacían más distendido el trabajo. En la actualidad, al ir todo absolutamente automatizado a través de aplicaciones de GPS, cada vez más conductores

extrañaban el intercambio directo y echaban mano, como Arnim, de remedios como el uso de un grupo privado de WhatsApp si querían permanecer en contacto entre ellos.

En el de Arnim estaban él y otros veintitrés colegas. Habían bautizado el grupo con el nombre de «Scorsese», en recuerdo del director de la clásica película de culto *Taxi Driver*.

Si te refieres a la Fischer... A Helene la llevé también yo ayer al aeropuerto. Micha

Arnim sonrió de manera burlona y respondió a su amigo con el icono del pulgar hacia abajo.

Pero era una mujer.

Les dio una pista.

Completamente chiflada. Flaca como la mitad de un palillo. La llevo a su destino y entonces se pone a dar sacudidas a la puerta y se pone a gritar con cara de pánico: ¡¡¡Abra, déjeme salir, abra!!!

Arnim envió una parte del mensaje y siguió escribiendo:

Se pensaba de verdad que la tenía encerrada o algo así. Lo único que pasaba es que estaba puesto el seguro a prueba de niños. Una cabra loca.

Suena a la descripción de tu mujer.

Este era Bob, un buen conocido suyo, con quien iba regularmente a pescar al lago Scharmützel.

«Tonto del culo», pensó Arnim antes de responder con un emoticono. A continuación destapó el secreto:

Arezu Herzprung.

Bah, qué dices.

¿De verdad?

¿Seguro?

Arnim engulló un trozo de salchicha, la hizo bajar con un trago de cerveza y respondió a la concurrencia, que ahora ya estaba completamente atenta:

¡100% seguro! Pagó con MyCab. He comprobado la cuenta.

¡Ostras, qué bien puestos los tiene!

Esta era Tessa, la mayor del grupo y la que mantenía en alto la cuota femenina. En el grupo eran veintiún hombres y solo tres conductoras.

Otro colega quería que lo pusieran al corriente de lo que estaban hablando, porque al parecer no había oído hablar de la noche del ocho ni de esa tal Arezu.

Arnim le envió el enlace de www.nochedelocho.online. A continuación leyó la pregunta de DashMan, quien había ingresado hacía poco en el grupo. Solo se acordaba vagamente de su cara. Era la primera vez que escribía algo en el chat desde que lo conoció hacía tres semanas en la parada de taxis de la plaza Potsdam. Empezaron a hablar sobre nuevas técnicas y dashcams. Cada vez más conductores instalaban en el salpicadero esas pequeñas cámaras que filmaban de manera ininterrumpida la calle durante el recorrido para, llegado el caso, poder demostrar con pruebas el desarrollo del accidente. Dash, que le hacía todos los honores a ellas con su apodo, había adquirido dos de esos pequeños aparatos; llevaba delante una cámara, bajo el espejo retrovisor, y otra, prácticamente invisible para el tráfico trasero, estaba fijada debajo de la tapa del maletero.

¿Dónde dices que la dejaste?

DashMan quería saber la dirección. Arnim reflexionó unos instantes sobre si en realidad debía dar esa información a todo el grupo.

Luego se dijo a sí mismo: «¿Qué más da? Estamos entre colegas», escribió aquella dirección conocida en toda la ciudad y pulsó «enviar».

Ben. 21.17

*Quedan 10 horas y 43 minutos
para el final de la noche del ocho*

—Ben, ¿dónde estás?

La voz de Jennifer se oía como si en la caja de herramientas de su cuerpo hubiera encontrado una llave de tornillos de cabeza cuadrada para sus cuerdas vocales y las hubiera apretado aún más. Las palabras sonaban media octava más altas, eran casi estridentes, y en ellas estaba presente ese temblor que se notaba siempre que Jennifer intentaba inútilmente reprimir su agitación.

—Estoy a salvo —intentó tranquilizarla Ben y se desabotonó la camisa sudada.

Aquella vivienda en un ático era de construcción muy reciente y estaba bien aislada. Ahora bien, contra los treinta grados del exterior poco podía hacer cualquier aislamiento.

—Estaba muy preocupada por ti, Ben. ¡Tenías apagado el teléfono móvil!

—Sí.

Ben lo había vuelto a encender apenas había llegado a la vivienda de su amigo y una vez había cerrado la puerta tras él con pestillo. Después de inspeccionar todas las ventanas y de bajar las persianas, esperó todavía un rato hasta que estuvo seguro de haberse librado de aquella pandilla y de su líder trajeado.

Ahora estaba exhausto, sentado en una silla plegable bajo la tenue luz de

una bombilla de bajo consumo que pendía sin pantalla del techo de la cocina (para ser un técnico electricista, Tobi había acondicionado su piso de un modo sorprendentemente falto de imaginación), y se preguntaba si había sido una buena idea llamar a Jenny. En realidad, ella era la persona en quien más confiaba, pero sentía ciertos escrúpulos para sobresaltarla con más noticias aterradoras después del drama con Jule. Pero, como era natural, ella hacía tiempo que se había enterado de la locura que había estallado en torno a él.

—¿Estás con la policía? —preguntó ella con una esperanza naciente en la voz.

Él percibió tensión en cada una de sus palabras. Ben era capaz de verla en su hogar de Köpenick andando de un lado para otro frente a la ventana de la sala de estar con el teléfono apretado contra la oreja izquierda (con el otro oído ya no oía tan bien desde la explosión de un petardo desviado en una Nochevieja) y con la otra mano en la nuca. Tendría la mirada puesta en algún punto del jardín, tal vez en la caseta que él había construido para Jule en la copa de un árbol y que ya hacía años que se estaba pudriendo.

—Estoy cuidando su apartamento nuevo a Tobi mientras él está de gira. Lo ha alquilado hace muy poco. Esta dirección no la conoce ninguno de mis...

—Está en la calle Max —lo interrumpió Jenny y añadió los datos correctos del barrio y del distrito postal.

Ben se llevó una mano a la cara. Fijó la vista en el bloque portacuchillos situado en la encimera de la cocina al lado del horno y, de pronto, sintió el irresistible deseo de sacar de aquel bloque de madera el cuchillo más largo y afilado que tuviera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—¿De qué manera crees que me he enterado de todo este disparate? —replicó ella en tono muy estridente—. Todo eso está en la red, Ben.

—¿En nochedelocho.online?

Sintió en los dedos el prurito de comprobar todo lo que se decía sobre él en internet, pero como estaba llamando con el teléfono móvil, no podía navegar al mismo tiempo.

—No solo ahí —explicó Jenny—. Por todas partes se están agrupando los locos en lo que llaman «foros de la caza». En Facebook, Twitter, Instagram. ¡Santo cielo bendito! Intercambian informaciones sobre ti y sobre esa mujer.

—¿Arezu Nosequé?

—Herzsprung, sí. Algunos hasta se han puesto de acuerdo para compartir el botín cuando...

Dejó la frase inconclusa.

—No puede ser. —Ben tragó saliva—. ¿Cómo conocen dónde vivo? ¿Tienen pinchado mi teléfono móvil o qué?

Se oyó un crujido, probablemente porque Jenny debía de estar negando de manera agitada con la cabeza.

—Es mucho más sencillo que eso. Fuiste miembro de una banda que ahora se ha hecho muy famosa. Y, al parecer, un fan de Fast Forward vive cerca de tu casa. Un o una tal Naughty2000 escribió en el foro: «El tío ese vive justo enfrente de mi casa. Lo veo constantemente en la calle». —Jenny se quedó casi sin voz—. ¡Ben, ahora están intentando averiguar el número del edificio y el piso!

Ben abrió la boca, pero antes de que se le ocurrieran las palabras que podía decir, oyó una voz de fondo.

—¡Pásamelo!

—¿Quién es ese?

Un nuevo crujido, aún más intenso.

—Nadie —mintió Jenny.

—Pero ese nadie tiene una voz muy masculina.

Por unos instantes la línea quedó cortada: por lo visto Jenny había pulsado

la tecla de silencio. O había colgado, cosa que ella nunca había hecho antes, sin importar la intensidad de la discusión o lo desagradable que fuera el asunto que trataban. Ben echó un vistazo a su pantalla, se dio cuenta de que la llamada continuaba activa y oyó un crujido en la línea.

—Hola, soy Paul —dijo don Nadie a continuación.

A juzgar por la voz, aquel desconocido debía de pesar cien kilos y fumar cigarrillos sin filtro antes de salir a capturar caballos salvajes durante su tiempo libre, pero podía estar equivocado. El locutor de radio favorito de Ben, por ejemplo, tenía una voz similar a la de Bruce Willis, pero cuando una vez se encontró en persona con él, pensó que tenía delante al hermano pequeño de Danny DeVito.

—Escucha, no nos conocemos —constató Paul de manera innecesaria—. Es un error. Le dije a Jen que debería haberte hablado hace mucho de nosotros, pero eso ya no se puede cambiar ahora. Solo te pido un favor.

«¿Jen? ¿Ella permite que la llame “Jen”?»

Ben tenía claro que debería preocuparse por otras cosas, pero fue incapaz de imponerse a sus celos.

—¡No vengas aquí! —le rogó Paul, y con la siguiente frase le propinó otra patada verbal entre las piernas—: No en el estado de Jenny.

«¿Estado?»

—¿Qué le pasa? —preguntó Ben, que jamás se había sentido tan estúpido y ridículo como en ese momento.

Por supuesto que conocía la respuesta. Y de ninguna de las maneras quería que Paul la pronunciara.

—Vale, aún es demasiado pronto, colega. Pero precisamente porque solo hace tres semanas que lo sabemos, no quiero que ocurra nada que pueda perjudicar al bebé. Lo entiendes, ¿verdad?

»Si apareces por aquí y los locos esos lo suben a la red, entonces se armará

un lío tremendo. Y no estamos en disposición de poder ayudarte, ¿verdad?

Ben miró al techo.

El ruido de un avión aterrizando en el aeropuerto de Tegel llenó el espacio de la cocina y, por unos instantes, Ben deseó que el piloto pudiera cambiar su ruta y desviar el avión directamente hacia su ático. Eso aliviaría algunas cosas.

—No. No podéis ayudarme.

Ben sintió en su interior las ganas de saltar por el interior de la línea y empotrarle a Paul el auricular en la boca.

—Os dejo en paz, no te preocupes —aclaró.

—Bien.

—Solo una cosa, Paul.

—¿Sí?

Ben bajó la voz.

—No soy tu colega. Ni lo seré nunca.

Ben colgó. Estaba temblando. Esas convulsiones similares a escalofríos le trajeron a la mente aquella vez que estuvo tirado en el suelo del dormitorio con lumbago y tuvo que agarrarse del brazo de Jennifer porque no conseguía levantarse por sí solo a causa de los dolores. También entonces le castañetearon los dientes a pesar de que en la vivienda había por lo menos veintisiete grados.

Ahora bien, los tiempos en los que ella le hubiera tendido una mano auxiliadora ya habían quedado atrás.

Tras respirar hondo, Ben volvió a recomponerse y, después de sosegar al cabo de un rato, puso su teléfono móvil en modo avión.

Solo mientras conversaba al teléfono con Jenny, le habían entrado tres llamadas y seis SMS.

Dado que su número no figuraba en el listín telefónico, supuso que alguien lo había subido a uno de los foros y que ahora cualquiera de esos locos intentaría escuchar al menos la voz del nocheocho.

La mayoría de los números le resultaban desconocidos, excepto la llamada de una amiga con la que tuvo un rollito breve y de la que no había vuelto a saber nada desde que rompieron bastante agriamente, y un SMS de Schmitti, con quien compartía una sala de ensayos en la calle Gützei, y que le preguntaba de un modo poco constructivo:

Tío, ¿qué pasa contigo?

Ben fue desplazándose por los mensajes de texto y encontró varias preguntas provenientes de redacciones de periódicos y de canales de televisión que querían hablar con él a toda costa para hacerle una entrevista. Y luego estaba la petición urgente de un abogado, Christoph Marx, para que lo llamara de inmediato, porque tenía experiencia en clientes fugitivos y podía ayudarlo. «Con la desgracia ocurre igual que con el éxito: ambas cosas te procuran amigos falsos y enemigos de verdad», pensó Ben, antes de dirigirse al dormitorio, donde tras una breve búsqueda encontró el viejo móvil de Jule. Un teléfono inteligente de una tienda de descuento con un contrato sin tarifa fija. Ben se lo había pedido prestado a su hija hacía algunas semanas, cuando pensaba que había perdido el suyo, que simplemente se había quedado sin batería, oculto en el tapizado del asiento. Hacía tiempo que quería devolverle a Jule ese teléfono, pero en estos momentos estaba contento por su falta de formalidad porque ahora disponía de un número casi secreto, si podía decirse así. Ben lo encendió y constató con alegría que por lo visto ese número todavía no era conocido por terceros. Al menos nadie había intentado dar con él a través de ese teléfono.

Regresó a la cocina y abrió la nevera sin sacar nada. Disfrutó de la brisa fresca del electrodoméstico sobre la piel sudorosa y no cerró la puerta hasta que la alarma lo conminó a hacerlo.

Bueno, pues...

No se sabía de memoria el número que quería marcar, así que tuvo que volver a activar su móvil principal para poder realizar esa llamada.

Si alguien le hubiera dicho ayer que hoy iba a tener que pedir un favor nada menos que a esa persona, Ben habría pensado que se trataba de un enfermo mental.

—¿Quién es?

Este saludo ya era algo típico de él. Nada de «¿hola?», «¿sí?» o decir el propio nombre como es habitual. En lugar de eso, un reproche con berrido, como si quien llamaba hubiera entrado en su despacho sin llamar a la puerta.

—Soy yo —dijo Ben.

—Hum —repuso el viejo, y solo con ese sonido semejante a un gruñido consiguió sonar satisfecho y arrogante.

Ben ya contaba con esa reacción, pero no con que se echara a reír.

—¿Qué hay de gracioso?

—Nada —continuó riéndose burlescamente el viejo, y a continuación se puso serio con brusquedad—. Venga, vamos, escúpelo ya.

—¿Cómo dices?

Ben sintió unas ganas tremendas de colgar. Todo aquello había sido un error. No debería haberle llamado. ¿Cómo se le había ocurrido tal cosa?

—Venga, vas a marear la perdiz —volvió a berrear el viejo, cuya voz se había vuelto aún más gutural en los últimos años y continuaba sin ningún rastro de amabilidad—. Los dos sabemos que solo puede haber un motivo por el cual nos llamas.

«Nos.»

Mamá había muerto hacía ya tres años y, sin embargo, su padre hablaba siempre como si ella hubiera salido a hacer la compra. La última vez que se habían visto fue en el entierro, en el cementerio cercano al Estadio Olímpico, donde cuatro portadores del féretro hicieron un trabajo para el cual

probablemente solo se habría necesitado a dos. Tras la última quimioterapia para el tratamiento del cáncer, la madre de Ben pesaba menos que el ataúd.

—Lo siento —dijo Ben sin saber muy bien de qué se disculpaba y se llevó la mano al cuello.

Siempre que pensaba en su madre, percibía de inmediato su olor en la nariz. Esa mezcla de polvos de tocador y tierra para plantas, cuando volvía del jardín riendo y con las manos sucias.

Estaba contento de poder acordarse de eso mejor que del sudor frío y del aliento manido que había acompañado su último beso de despedida en el lecho de muerte. Tras su fallecimiento perdió definitivamente el vínculo con su padre.

A Ben le gustaba engañarse a sí mismo justificando la amargura de su papá por la muerte de su esposa, pero es que ya antes no había sido fácil quererlo. Por ejemplo, a diferencia de su madre, él estuvo desde el principio en contra de la relación con Jennifer; por lo menos en contra del bebé que no estaba planeado, por supuesto que no lo estuvo. Con diecinueve y veinte años respectivamente, Jenny y él apenas eran personas adultas ellos mismos.

«Criatura temprana, divorcio temprano» era una de las sentencias favoritas de papá, y Ben suponía que en secreto se alegraba de haber acertado en su pronóstico. Otro motivo más por el cual Ben evitaba su presencia. Sin embargo, esa no era la razón principal.

—Eres un cobarde —dijo su padre y sonó igual que aquella vez, su última gran discusión después del accidente que le costó las dos piernas a Jule—. No das señales de vida en Navidad, ni en su cumpleaños, ni siquiera llamas en el aniversario de su muerte...

—No he tenido... —«tiempo», iba a decir Ben en realidad, aunque fuera mentira porque en el fondo podía prescindir sin problemas de conversaciones exactamente iguales a esa.

—Sí, sí. Yo, yo, yo —le imitó con sorna su padre—. Y he tenido, he tenido, he tenido.

«Mejor cuelgo. Esto no tiene ningún sentido.»

—¿De verdad esa es tu excusa? ¿Llamas para contarme que tienes problemas? —preguntó el hombre que le había enseñado a correr y a montar en bicicleta. A amar y a odiar—. ¡Mierda! —dijo su padre y el tono de su voz sonó de golpe a profundo agotamiento—. Me había propuesto colgar simplemente el auricular cuando sucediera. Sabía que en algún momento ibas a estar jodido y que llamarías. Y ahora mírame. Estoy aquí como un hipócrita y no consigo cortar la conversación.

«Sigo siendo tu hijo.»

—Solo para que conste —dijo Ben—. Fuiste tú quien me echó, papá.

—Gallina —berreó su padre como respuesta.

—¿Cómo dices? Mi hija pierde sus dos piernas y en lugar de consolarme, de ayudarme, me sueltas un discurso un día después de su accidente...

—De tu accidente.

—¿Ves? ¡Sigues echándome la culpa de aquello!

—¡No! —Esta palabra produjo un chasquido en la línea semejante a un latigazo—. Te hago responsable de aquello. No te echo la culpa. Son cosas completamente distintas.

—Jule...

—... es mi nieta y se vio obligada a enterrar sus sueños en el mundo de la danza. Y tu responsabilidad como causante del accidente y como padre significa que tienes que ser tú quien se ocupe de ella.

—Me ocupo más de...

Su padre lo interrumpió medio tosiendo, medio hablando. Era una ironía del destino que hubiera sido la madre de Ben quien hubiera muerto de cáncer de pulmón mientras su marido seguía fumando como una chimenea.

—Una mierda, eso es lo que haces tú. Jule tuvo que renunciar a su vida. ¿Qué es lo que has cambiado tú por ella? Sigues viviendo al día y soñando con la fama y las actuaciones en el Teatro del Bosque. Responsabilidad significa mirar a la cara a los hechos. Posicionarse. Buscar un trabajo como es debido, al igual que Jenny. Ganar dinero de manera regular. Por eso me llamas, ¿verdad? Porque estás con el agua al cuello, lleno de deudas y acabado, ¿no? Por eso llamas al único cabronazo del mundo que no tiene ningún miedo en llamar a las cosas por su nombre y en decirte la verdad a la cara: ¡Eres un fracasado irresponsable!

—Ya me dijiste eso mismo hace cuatro años.

El día después del accidente. Entonces con esta amenaza suplementaria: «¡Si no cambias, tendremos que hacerlo nosotros, Ben! Entonces dejarás de ser nuestro hijo. ¡Y esta dejará de ser tu casa!».

—Y eres tan cobarde que ni tan siquiera me llevaste la contraria. Te fuiste con el rabo entre las piernas y rompiste la relación.

«Contigo», iba a decir Ben, pues siguió viviendo a su madre hasta su muerte. Sin embargo, el tono de desprecio en la voz de su padre lo llevó a pensar algo tan monstruoso que no le quedó más remedio que pronunciarlo en voz alta:

—¿Fuiste tú quien dio mi nombre?

—¿Qué?

—¿Has sido tú quien ha propuesto mi nombre para la noche del ocho?

—¿De qué me estás hablando, chico?

La voz de su padre sonó a sincero desconcierto y Ben se preguntó cómo podía ser tan estúpido para haber pensado por un solo momento que su padre había sido capaz de ponerlo en esa lista. En su época de jefe de la brigada criminal, Gregor Rühmann se resistió con éxito a cualquier novedad técnica y redactó todas sus actas hasta el final con una máquina de escribir. Su única

concesión a los tiempos modernos fue un teléfono móvil. Aparte de eso no tenía ordenador ni internet y, en lugar de periódicos, prefería leer biografías y libros de divulgación. «En ellos no hay tanta mierda sensacionalista», era su credo. Así que mientras nadie escribiera un libro sobre su vida, solo una casualidad podía hacer que el padre de Ben se enterara de la noche del ocho.

—¿Por qué me llamas?

—Necesito protección policial. Papá, tengo miedo. No sé adónde ir.

—¿En qué lío te has vuelto a meter?

—En ninguno, te lo juro. Yo...

Ben volvió a abrir la nevera, pero esta vez el frío solo le resultó desagradable y no refrescante, y eso a pesar de que ahora creía estar sudando con mayor intensidad que al comienzo de la llamada telefónica.

Le resultaba difícil pedirle ayuda a su padre. Tremendamente difícil.

—Sigues teniendo tus contactos. Sé que me desprecias, pero es que no conozco a nadie más en la policía. Y necesito a alguien en quien poder confiar.

—¿Alguien te persigue?

—No solo una persona. Miles.

—¿Cómo es posible eso?

Su padre volvió a conseguir que el tono de su voz simulara un desconcierto mayor que un minuto atrás.

Ben negó con la cabeza.

—No puedo explicártelo en pocas palabras. Pon la radio. ¿No puedes enviarme a alguien? ¿A alguien que conozcas de antes? No quiero meterme en ninguna celda ni nada similar. Pero sería estupendo que alguien estuviera apostado en la puerta de mi casa.

Pausa. Ben sabía que su padre ya no iba a colgarle el teléfono. Ahora era su cerebro profesional el que estaba trabajando. Y tal como correspondía a un

buen policía, aunque estuviera ya jubilado, Gregor consiguió reprimir por el momento sus emociones.

—Vale, déjame pensar. ¿Dónde estás ahora?

—En casa de Tobi.

Ben iba a darle la dirección exacta cuando comenzó a sonar el teléfono inalámbrico que estaba cargándose al lado del microondas.

—¿Ben? ¿Va todo bien, Ben?

—Sí, espera un momento.

Ben se quedó hipnotizado mirando aquel hueso con forma de mano que emitía intermitencias hasta que saltó el contestador automático.

—«Contestador automático de Tobi Meyer, técnico electricista. Deje su mensaje justo después de la señal acústica.»

PIIP.

—Eh, esto, sí, ¿hola?... Aquí la enfermera Linda, de la unidad neurológica de cuidados intensivos del Hospital Virchow. En realidad tenía un mensaje para Benjamin Rühmann...

—Sí... Sí.

Ben corrió hasta el teléfono y aceptó la llamada. Por los nervios que se apoderaron de él había colgado a su padre en el otro aparato. Esto era ahora más importante.

—Soy yo, soy yo —contestó lleno de esperanza y a la vez temeroso, pues una llamada del hospital solo podía deberse a dos motivos.

Bueno o malo.

Negro o blanco.

Despierta o...

Ben había dejado en esa unidad el número del teléfono fijo para un caso de emergencia si no podían dar con él en su móvil.

La enfermera respiró con pesadez, como si primero tuviera que reunir

fuerzas.

—Lo siento mucho, señor Rühmann —dijo a continuación—, pero el estado de su hija ha empeorado drástic...

Ben soltó el auricular y corrió hacia la puerta.

Impresiones sensoriales que debería experimentar una chica de diecinueve años:

- un acúfeno después de pasarse la noche bailando en un pub;
- las punzadas de la aguja mientras deja que le tatúen en Barcelona junto a su mejor amiga la misma imagen cursi de amistad;
- la sensación de estar pillando un resfriado y, sin embargo, disfrutar bajo la lluvia alargando todos los segundos de la mano de su gran amor

Sensaciones que no debería conocer una chica de diecinueve años:

- convulsiones espáticas como consecuencia de una elevada presión cerebral
- sábanas mojadas entre las piernas cuando se sale el catéter a consecuencia de los espasmos
- una parada respiratoria irreversible

Ben veía ya la línea cero de la asistolia. Oía ya el tono puro sinusoidal del monitor cardíaco. Esperaba en vano a que la bomba de la máquina de respiración artificial volviera a inflarse y desinflarse. Todo eso en sus pensamientos.

En cada paso que daba corriendo. De los 1,8 kilómetros que separaban la calle Max de la avenida central del Hospital Virchow.

Para una persona entrenada era un recorrido ridículo.

Para alguien que ese día había encajado ya sus buenos golpes y a quien había perseguido una pandilla callejera era un gran desafío.

Pero Ben lo superó.

Corrió. Recorrió más rápido que nunca la calle See. Sin prestar atención a los semáforos, a los ciclistas o a los peatones. Sin preguntarse si lo estaba observando o incluso siguiendo algún miembro de aquella masa anónima que se había formado en su contra. Invisible y sin embargo mortal, como los desechos radiactivos que se iban expandiendo por la red a una velocidad vertiginosa. No obstante, su mayor preocupación ahora era llegar a la habitación vacía de una enferma.

Abrir de un empujón las puertas de cristal, subir volando la escalera principal y esperar una eternidad delante de la puerta cerrada de la unidad de cuidados intensivos hasta que alguien reaccionara a su llamada al timbre.

Un médico rendido de cansancio, una enfermera mal pagada, que lo recibirían con la mirada triste y sin pronunciar palabra para cederle el paso a una habitación de la que ya habrían sacado la cama de Jule Bett porque la necesitaban para otra urgencia médica.

Para alguien que continuaba con vida.

—¿Qué le sucede? —preguntó Ben, y no era ninguna enfermera ni ningún médico quien le había abierto, sino una visita de otro paciente que seguramente había visto su sombra tras los cristales esmerilados de la puerta de la unidad.

Ben dejó plantado allí a aquel hombre mayor, que lo miró sorprendido y que, como es natural, no podía darle ninguna respuesta a su pregunta.

Siguió corriendo.

Ignoró las intensas punzadas en el costado y el dispensador de desinfectante de la pared que había que utilizar por fuerza siempre que entraba como visitante. Recorrió a la carrera el pasillo habitual. Hacia la habitación de siempre situada en la parte trasera, a la izquierda. Pasó de largo antes las

miradas desacostumbradamente desconfiadas de los miembros del personal sanitario que asomaron sus cabezas desde la sala de enfermería.

—¡Jule! —iba a exclamar Ben cuando abrió de golpe la habitación individual de la unidad de cuidados intensivos que su hija había recibido porque ella padecía un riesgo mayor de contraer una infección que en los pacientes en coma sin ninguna discapacidad.

—¡Disculpe, oiga! —oyó una voz de mujer a sus espaldas que no sonó como si quisiera disculparse de algo.

—¡Mi niña! —gimió Ben y se acercó a la cama.

Se agarró a la barandilla, allí donde estaban fijados a la tablilla sujetapapeles las mediciones y los datos de la enferma, que eran incomprensibles para él. Lo único que le decía algo era el nombre en la columna superior derecha: JULE WINTER.

Al casarse, Jennifer había conservado su apellido en vez de adoptar el de él y ahora todos pensaban que hacía mucho tiempo que se habían divorciado, a pesar de que para el registro civil seguían casados.

—¿Señor Rühmann?

La voz femenina a sus espaldas había conseguido el difícil arte de sonar con fuerza y al mismo tiempo con empatía. Al parecer, la enfermera (Ben vio por el rabillo del ojo un par de zapatillas y unos vaqueros blancos) había reconocido quién era.

—¿Qué le sucede? —preguntó Ben sin volverse hacia la persona que ahora le había puesto una mano en el hombro.

—¿A qué se refiere? —preguntó la mujer sorprendida, y esto, con toda seguridad, no se debía exclusivamente al aspecto de Ben.

Estaba empapado de sudor, tenía el cabello mojado y pegado a la cabeza. Y llevaba aún desabotonada la camisa negra de los conciertos. En realidad, en esos momentos debería haber estado a la batería tocando «It's Raining Men»

en el bar del hotel. Ahora estaba allí, al lado de Jule, y en sus oídos sonaba un réquiem. Ben señaló a su hija, que por suerte continuaba allí. Que por suerte seguía con la respiración artificial. ¡Que por suerte estaba aún con vida!

Dio una vuelta alrededor de la cama, se colocó junto a la cabecera y dejó vagar su mano por la pálida cara de su hija.

Una lágrima cayó sobre su párpado cerrado.

Ella se sobresaltó.

Esa era una buena señal. Eran reflejos. ¿O no?

Se volvió hacia la enfermera, que bien podía ser una doctora.

Se le pasó por la mente que ella se le había presentado como la doctora Ziegler durante una de las primeras visitas. Ben se acordó de las uñas mordidas y de la piel demasiado tirante de su cara, como si se hubiera hecho un estiramiento facial. Pero tal vez era tan solo que tenía unos buenos genes. Su cuello, una parte del cuerpo habitualmente delatora, estaba igual de liso que el culito de una criatura. Solo su profunda voz, un poco quebradiza, pertenecía de manera inequívoca a una persona que cargaba a sus espaldas muchos años de trabajo agotador.

—La enfermera Linda me dijo que su estado había empeorado.

—No. —La doctora negó con la cabeza.

—¿No?

—Permanece inalterable. Y...

Ben cerró los ojos.

«Inalterable.»

Jamás se habría imaginado que se alegraría tanto alguna vez por un diagnóstico desfavorable.

—¿Y qué? —preguntó él en tono insistente.

La doctora Ziegler carraspeó como si lo que iba a decir a continuación le resultara embarazoso:

—En nuestra planta no trabaja ninguna enfermera llamada Linda.

El tiempo quedó congelado y le concedió a Ben un momento de silencio en el que su cabeza se vació por completo. Se sentía incapaz de pensar en nada, sí, pero tampoco tenía ganas de ponerse a meditar.

En ese instante, a solas con la doctora y su hija en la habitación de la unidad de cuidados intensivos, sintió un extraño sosiego. A continuación, como si alguien hubiera clavado una aguja en un globo, esa sensación desapareció. Estalló la burbuja del tiempo. Los pensamientos se le arremolinaron en la cabeza como la hojarasca del otoño que arrastra el viento.

«No existe ninguna Linda.

»Jule no se encuentra peor.

»Alguien me ha llamado.

»¿Por qué?

»Ninguna Linda.

»Me pidió que viniera.

»No por Jule.

»Su estado es inalterable.

»Y Linda no ha llamado.

»¿Quién entonces?

»Para que yo viniera aquí.

»¿Por qué?»

—¡La noche del ocho!

—¿La noche del ocho? —repitió la doctora.

Su cara mostró una reacción que Ben no supo interpretar por el estado de

agitación en el que se hallaba. ¿Lo había reconocido? ¿Sabía ella quién era él? ¿O únicamente se había sorprendido por su extraña conducta? Fuera lo que fuese, él necesitaba tiempo para reflexionar y no debía dejar pasar un instante más. En cualquier caso, lo mejor era estar a solas.

—Váyase —ordenó a la doctora Ziegler.

«Me atrajeron hasta aquí. Desde el piso.»

—¿Cómo dice?

—Déjeme a solas.

«Pero ¿de dónde han sacado el número del teléfono fijo de Tobi?»

—Yo...

—¡VÁYASE! —gritó ahora, y eso bastó.

Si hubiera sido necesario, habría agarrado a la doctora por los hombros, la habría empujado, quizá le habría hecho el amago de que llevaba un arma oculta. Pero no hizo falta. Ella salió de la habitación.

Probablemente iba a buscar ayuda: un enfermero, otro médico, al servicio de seguridad, si es que había algo así en este lugar.

Ben se llevó la mano al bolsillo del pantalón, extrajo una cuña metálica que llevaba siempre encima los días de concierto y con la cual impedía que se deslizara el bombo mientras tocaba. La fijó bajo la puerta de la habitación. Era simple, pero efectiva.

—Aquí estaré a salvo mientras no entre nadie.

Ben pronunció este pensamiento en voz alta al tiempo que su mirada reparaba en el baño, cuya finalidad para personas admitidas en cuidados intensivos no entendía. Sin embargo, tal vez esa parte del edificio no se concibió desde un principio para heridos de gravedad incapaces de moverse.

Abrió la puerta con el corazón en un puño. No había nadie escondido en el baño. Ningún cazador que quisiera canjear el premio de la noche del ocho.

Ben fijó aún más la cuña por debajo de la puerta, entre el umbral y el borde;

luego regresó donde estaba Jule, le tomó la mano e intentó barrer la hojarasca de pensamientos para formar un montoncito ordenado.

«Alguien que se ha hecho pasar por una tal Linda me ha engañado. Me ha atraído aquí con un camelo.

»Una mujer.

»¿Por qué no fue a la calle Max?

»Si tiene el número...

»No, no sabe la dirección. No se obtiene automáticamente.

»Ahora bien, ¿de dónde ha sacado el número de teléfono?

»Lo dejé yo.

»¿Dónde?

»Está colgado. En la sala de enfermería.

»¡Y ALLÍ LO LEYÓ!»

La persona que se había aprovechado de la mayor de sus angustias para sacarlo de su casa tenía que estar por fuerza en este hospital. Tal vez incluso en esta habitación.

Ben percibió un movimiento bajo el techo y no pudo evitar sonreír cuando se dio cuenta de que se había asustado por el televisor encendido.

Él había dado su consentimiento para que estuviera encendido durante el día y que Jule tuviera puestos los auriculares para exponerla a estímulos acústicos diferentes a los monótonos sonidos del hospital.

Claro que él se había imaginado que se trataría de vídeos musicales o documentales sobre la naturaleza, con locutores de voces sugerentes y sonoras, no de una tertulia que probablemente se había incluido en la programación como emisión especial. Y, por supuesto, el tema no podía ser otro que el de la «noche del ocho», cosa que Ben pudo reconocer sin dificultad y sin necesidad de sonido, pues como fondo del plató volvía a saltar a la vista su cara, esta vez al lado de la de una mujer desconocida, muy delgada, que

presumiblemente era Arezu Herzsprung. Ambos llevaban un ocho marcado en la frente, un añadido gráfico de la propia redacción.

Ben pasó la mano por el pelo de Jule, le dio un beso suave en la frente y le quitó con cuidado los auriculares para ponérselos él mismo mientras tomaba asiento en el borde de la cama.

La tertulia la dirigía una atractiva mujer de pelo castaño, vestida con un traje gris de ejecutiva. Tanto a su izquierda como a su derecha había dos personas.

En ese momento tenía la palabra un hombre sentado como un pequeño Buda encima de su sillón giratorio de cuero, tan bajito que sus peludas piernas apenas rozaban el suelo del estudio de televisión. Llevaba chanclas y pantalón corto, que encajaban a la perfección con su camisa hawaiana de colores chillones, pero no con el rótulo que revelaba su identidad y se visualizaba en la parte inferior de la pantalla: CHRISTOPH MARX, ABOGADO ESTRELLA.

«¿No es ese el tipo que me ha enviado el SMS?»

«... por supuesto que esta noche del ocho es tan legal como la cocaína en un parvulario —dijo el abogado defensor, que sentía una evidente debilidad por el lenguaje metafórico—. Nuestro Estado de derecho no tolerará jamás una lotería asesina de ese tipo bajo ninguna circunstancia. Antes de que suceda eso, Estado Islámico será el patrocinador principal de Amnistía Internacional».

Christoph Marx miró directamente a la cámara.

«Y a todos los espectadores que hayan pensado, aunque solo fuera un segundo nada más, en participar en la caza, déjenme decírselo a las claras: esto no es ninguna broma. Un loco ha puesto a dos personas en un corredor ilegal de la muerte. A dos berlineses, por cierto, lo cual indica que esas dos personas se eligieron con toda la intención y no en un sorteo como se afirma en

la página web. No se conviertan en la herramienta de una campaña de venganza personal de un psicópata. Y no piensen que eso tiene justificación alguna. Un presidente de la República Federal que tolerara o tomara siquiera en consideración algo semejante sería destituido más rápidamente de lo que ustedes son capaces de rasgar una bolsa de basura amarilla de reciclaje.»

Un crujido hizo apartar a Ben la mirada del televisor para dirigirla a la puerta. El picaporte se movía. Alguien estaba intentando superar a la cuña.

«¿Me parece oír algún pero?», preguntó la moderadora, y Ben volvió a mirar a la pantalla.

«Sí, por desgracia lo hay. Y es que en nuestro mundo de hiperconectividad absoluta, en el que cada idiota transmite y comenta todos los titulares sin cotejar la información, hasta los medios de comunicación pretendidamente serios han esparcido ya el ridículo rumor de que la noche del ocho podría ser legal bajo unas circunstancias muy determinadas.»

«¿Y eso qué significa?»

«Que en nuestro país hay suficientes chiflados que después dirán: “He leído en Snapchat que se puede. Yo pensaba que podía volarle la cabeza a Ben Rühmann”.»

«¿Cambia algo eso en la responsabilidad penal?», quiso saber la moderadora, que por lo visto se había olvidado por completo de los demás tertulianos.

«Mucho, porque con un buen abogado —Marx sonrió mostrando los dientes y realizó una pausa para no dejar ninguna duda de a quién se estaba refiriendo—, el culpable podría recibir finalmente la exculpación con un cargo de homicidio imprudente. Tiene que imaginárselo como si usted llega a casa y dispara a oscuras a un atracador. Luego enciende la luz y constata que era su marido, que había regresado antes de tiempo de su viaje de trabajo para darle una sorpresa.»

El crujido del picaporte se hizo más intenso, la hoja de la puerta temblaba, pero Ben no tenía ahora ojos para eso.

«Usted quería matar a una persona y pensó que podía tener la excusa de la legítima defensa —explicó Marx a la moderadora y al público—. Al igual que el cazador de la noche del ocho. Desea matar y piensa que está permitido. Si es capaz de demostrar ese error, habrá cometido un homicidio imprudente desde un punto de vista jurídico.»

«¿Y eso no tiene un castigo tan severo?»

Marx se encogió de hombros.

«Con algo de suerte, el culpable podría salir en libertad condicional. Y por desgracia esa es una perspectiva que puede asumirse bien a cambio de diez millones de euros.

—¡Basta ya! —gritó Ben al televisor.

Se puso en pie de un salto, se quitó los auriculares y los arrojó al suelo.

«Fantástico.» Entonces ¿él estaba amenazado de muerte y su asesino libre con medio año de servicio social?

Miró hacia la puerta. El picaporte ya no se movía.

Percibió la tensión a la que quizá se refería la gente cuando hablaba de la calma antes de la tormenta.

Ben se acercó más a la cama de Jule sin saber qué hacer. Acaso lo mejor era esperar allí a que llegara la policía, cosa que presumiblemente sucedería muy pronto si seguía bloqueando la entrada.

—Siento haberte enredado en esto —susurró y acarició la mano de Jule.

Ese lince de abogado tenía razón. Ben había leído una vez en alguna parte que estadísticamente había un cinco por ciento de idiotas en toda sociedad. Cuatro millones ya solo en Alemania. Retrasados mentales que creían estar gobernados por extraterrestres, que se aumentaban los pechos con la silicona de una tienda de bricolaje o que dejaban jugar a sus hijos con metanfetaminas.

El jaleo mediático desatado en aquellos momentos les había encendido la bombillita a esos frikis. Además estaban también los tipos que salían todos los fines de semana en busca de camorra. Pandillas callejeras, borrachos o hinchas futbolísticos a quienes les venía que ni pintada la noche del ocho durante la pausa de la Bundesliga. Sin olvidar a todos esos locos que buscaban su minuto de gloria incluso si al final al primer asesino de la noche del ocho no iba a esperarle ninguna suma de dinero. Tenían garantizados los titulares. No había muchas otras posibilidades de hacerse mundialmente famoso de la noche al día. Matarlo a él estaba en lo más alto de la lista desde las 20.08 de la noche.

—Lo siento —susurró, y al acariciar la mano de Jule topó con algo inhabitual.

Primero pensó que se trataba de un mechero (pero ¿por qué iba a sostener Jule un Zippo?). A continuación reconoció lo que era realmente cuando desprendió los dedos despacio de aquel objeto negro y anguloso. Y aquello aún tenía menos sentido.

«¿La llave de un coche?»

Ben se sobresaltó. Alguien se había lanzado con toda su furia contra la puerta, justo en el mismo momento en el que él se acercaba a la ventana con la llave electrónica de un coche y apretaba en el símbolo de apertura de puertas.

Una planta más abajo, a unos cuarenta metros en línea recta, se iluminaron los intermitentes de un BMW de color plateado en el aparcamiento de las visitas de la avenida central del hospital.

La trampa, porque no podía ser otra cosa que una trampa, se encontraba aproximadamente a tres metros de la entrada del edificio, ante el cual estaba llegando un taxi en ese momento.

Ben reflexionó sobre si debía abrir la ventana y atreverse a saltar.

Por un lado, puede que ese taxi fuera un guiño del destino. Por otro, era más que dudoso que el conductor aceptara como pasajero a alguien que iba a trancas y barrancas hasta su vehículo con el tobillo dislocado después de haber saltado desde la primera planta de la unidad de cuidados intensivos. A ello habría que añadir la cara de pocos amigos del conductor que acababa de bajarse del coche y que presumiblemente estaba buscando al paciente que había solicitado sus servicios.

La comisura de la boca caída en una cara por lo demás plana daba la impresión de que estaba furioso, pero podía ser engañosa contemplada desde lo alto. Además, parecía tratarse de una persona algo excéntrica, porque llevaba puesto un abrigo largo de color marrón; pese a que estaba confeccionado con la tela fina de las gabardinas, con esas temperaturas debía de estar sudando a mares.

«Tal vez ni siquiera se extrañaría si yo cayera ante sus pies en la entrada para vehículos»

La mayoría de los conductores que conocía él eran completamente insensibles después de todo lo que habían vivido con sus clientes. Ben negó con la cabeza y se decidió por la vía más razonable, sobre todo porque no estaba seguro de si se había olvidado el dinero y la cartera en el piso de Tobi

o se le había caído mientras corría. Al menos ya no la tenía en el bolsillo trasero del pantalón, el lugar en el que solía encontrarse. Ben, que ahora tenía otras preocupaciones, se volvió y le dio un beso en la mejilla a Jule. A continuación marcó el número de su padre con el teléfono móvil, mientras retiraba la cuña de la puerta y se retiraba a un lado. Justo a tiempo, antes de que le cayera encima el peso del enfermero que cargaba a toda velocidad contra la puerta.

—¿Dónde estás?

—¿Ha perdido el juicio?

—¿Dime dónde encontrarte!

—¿Por qué se ha encerrado?

Las preguntas agitadas de su padre al teléfono le entraban por un oído; las del enfermero enojado, por el otro; todas iban acompañadas por el silbido despiadado y el ruido machacón del aparato de respiración artificial.

Lo único bueno de la situación era que Jule no se enteraba de todo el caos que se estaba produciendo a su alrededor.

«Ojalá.»

Su frecuencia cardíaca era estable; la tensión arterial y la saturación de oxígeno estaban dentro de los valores normales.

Ben esperó unos instantes a que los dos hombres se hubieran calmado un poco. A continuación respondió en primer lugar a su padre; no solo porque era más importante, sino también porque no tenía ni idea sobre lo que debía decirle a aquel enfermero de tez morena embutido en un mono verde desechable. ¿Algo así, tal vez?: «Lo siento, tenía miedo de una tal enfermera Linda que no existe, que me ha llamado y que presumiblemente es una cazadora de la noche del ocho».

—Estoy en el Hospital Virchow con Jule, papá.

—¿Con quién está hablando? —quiso saber el enfermero, como si la palabra «papá» le planteara alguna duda.

Era evidente que aquel hombre robusto pero de aspecto apacible estaba tan

agitado como el mismo Ben. Le temblaban los labios y en sus ojos negros brillaba una sana combinación de prudencia y de miedo que toda persona razonable debía sentir en una situación como aquella. Solo los idiotas se precipitaban sin temor en una habitación en la que un padre con su hija en coma ha levantado una barricada.

—Señor Rühmann, ¿podemos arreglar este asunto como personas civilizadas, por favor? —dijo la doctora Ziegler, que había vuelto a entrar en la habitación a hurtadillas. A continuación se dirigió al enfermero—: Gracias, Rasheed.

Ben solo pudo entender de manera fragmentaria sus siguientes palabras porque su padre volvía a reclamar toda su atención.

—Vale, chico. Quédate donde estás. Y no vuelvas a colgarme. Me he informado sobre esa noche del ocho. Ahora sé en qué problemas estás metido y voy a enviarte a un colega —dijo gritando al teléfono—. Se llama Martin Schwartz. En su día fue el jefe de la división de operaciones especiales y ha trabajado muchos años como agente secreto. Tal vez Schwartz no tenga la cabeza del todo bien amueblada en el sentido convencional de la palabra, pero es el mejor para situaciones extremas.

—... ¿Me escucha?

Ben pidió a su padre que esperara un momento y negó con la cabeza como respuesta a la parte de la frase de la doctora que él había llegado a entender con medio oído. El miedo y la confusión no estaban fomentando precisamente sus habilidades en modo multitarea.

—Decía que vamos a salir ahora mismo de esta habitación. Su hija tiene que ser atendida. Por favor, señor Rühmann.

Ben asintió con la cabeza.

No quería ni imaginar que fuera a ocurrirle algo a Jule con todo aquel jaleo, solo porque a alguien se le había ocurrido hacerse el héroe y a la hora de

someterlo por la fuerza arrancaran sin querer alguna de las vías médicas del cuerpo de ella.

«¡Eres un fracasado irresponsable!», oyó la voz de su padre, pero esta vez no por el teléfono, pues no se lo había vuelto a llevar a la oreja.

Y, en efecto, el ataque de pánico en este lugar y la exclusión de su hija de la atención del personal sanitario había vuelto a ser otra vez la prueba de un egoísmo irresponsable.

—Lo siento —se disculpó ante la doctora.

Sin oponer ninguna resistencia, Ben dejó que Rasheed lo agarrara del brazo y lo sacara de la habitación con una presión suave.

En el pasillo lo siguió una buena decena de pares de ojos desconfiados. Enfermeras, enfermeros, familiares de pacientes y médicos. Algunos mantenían un teléfono móvil pegado a la oreja, cosa que recordó a Ben su propia conversación de camino a la salida.

—Papá, no puedo seguir hablando ahora.

—¿Por qué no? ¿Qué está sucediendo ahí contigo?

—Yo, yo... no lo sé...

Ben preguntó adónde lo llevaban a la doctora, que iba un paso por delante de él.

—Primero afuera, a la sala de espera.

Presionó un pulsador de la pared y las puertas de cristal esmerilado de la salida de la unidad de cuidados intensivos se abrieron.

—Después ya veremos.

Rasheed seguía sujetándolo del brazo y con la mano libre señaló un tresillo al lado de los ascensores, uno de los cuales estaba abriendo sus puertas en ese preciso momento.

—Papá, yo...

Su padre no le dejó seguir hablando.

—No vas a ir a ningún sitio ahora, Ben, ¿me oyes? ¡Espera a Martin Schwartz! Acabo de enviarle la dirección en un mensaje para que te recoja y te lleve a un lugar seguro.

—Me temo que va a llegar un pelín demasiado tarde para eso —replicó Ben.

Su padre chasqueó con la lengua.

—¿Qué estás diciendo, chico?

—Demasiado tarde. Un colega suyo acaba de salir del ascensor. Gracias, papá. Ya te llamaré.

Ben colgó y, de manera instintiva, dio un paso atrás cuando el policía del uniforme azul se llevó la mano a la gorra con visera para saludar.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó este a la doctora, que, comprensiblemente, debía de haber marcado el número de teléfono de emergencias de la policía.

Lo más llamativo en la cara del agente era su nariz, que estaba algo torcida, tanto hacia un lado como hacia arriba, lo cual le daba la apariencia de que alguien estuviera presionándole la cabeza desde atrás contra un cristal.

—¿Es este el alborotador?

La doctora Ziegler asintió con la cabeza y dirigió a Ben una mirada casi de disculpa, como si dijera: «¿Qué otra cosa podía hacer?». A continuación le hizo una señal a Rasheed para que por fin lo soltara.

Detrás de ellos se cerraron nuevamente las puertas eléctricas de la unidad. Mientras Rasheed se rascaba la barbilla algo confuso y parecía reflexionar sobre si precisaban allí de su ayuda, el policía enseñó a Ben su placa sin que se lo pidieran: una tarjeta de plástico verde, del tamaño del carnet de identidad y con la foto correspondiente: NÚMERO DE PLACA 5672011, HANS-JÜRGEN LAUTERBACH.

Ben le echó un vistazo rápido, comparó la fotografía con la persona que

tenía delante y de pronto sintió un ataque de vértigo.

Las pulsaciones de Ben fueron en aumento y su corazón bombeaba como el doble bombo de la banda de heavy metal más acelerada del mundo.

—¿Ocurre algo? —quiso saber el policía, que pareció darse cuenta del cambio.

Aunque tal vez este también era visible para todos los demás, porque la frente de Ben se cubrió de un sudor frío.

—¿Me permite mirar de nuevo la identificación? —preguntó.

El policía puso los ojos en blanco con enojo, pero le tendió la tarjeta. Y con ello le dio a Ben el indicio decisivo que aún le faltaba.

Hasta ese momento no estaba seguro del todo. Había demasiadas personas con las caras estiradas y las comisuras de la boca caídas que, contempladas desde lejos, daban la impresión de estar más bien furiosas.

Pero, como hijo de un comisario jefe de la brigada criminal jubilado, Ben sabía sin ninguna duda que ningún policía le entregaba su placa a otra persona. ¡Nunca, en ningún momento, bajo ninguna circunstancia!

—¿No llevaba puesta una gabardina hace un momento? —preguntó Ben al taxista.

Y entonces se montó el pollo.

El cerebro es mentiroso. Tal vez el mejor y el más convincente del mundo.

Pero, con toda seguridad, es el más impaciente.

El ojo le arroja cien o doscientas mil impresiones sensoriales y el cerebro pone en marcha su motor de sinapsis para completar las informaciones que faltan.

En lugar de esperar hasta que se muestre la imagen completa, le hace creer a uno en una realidad virtual con ayuda del cálculo de probabilidades.

¡Y!3 d3ja a uno v3r cosas qu3 no 3stán ah3 3n absoluto!

Ben solo presintió el movimiento. Percibió cómo la mano del falso policía se transformaba en un arma auténtica en el cinturón y su clarividente cerebro anticipó el dolor punzante.

Ben percibió primero la bala en la barriga y luego en la espalda después de empujar a un lado a Rasheed y de pasar corriendo entre la doctora Ziegler y el Sr. Quienquiera-que-fuese. Como es natural ignoró el ascensor a pesar de que sus puertas seguían abiertas.

Tuvo la impresión de que en esos momentos un espacio cerrado constituía una trampa para él. Por la escalera se bajaba con mayor rapidez y era más segura, siempre y cuando la alcanzara antes de que le dispararan.

«¡Algo que un policía nunca haría!»

Pero ese hombre no lo era.

«¿Y entonces?»

Ben no tenía ningunas ganas de averiguarlo.

Pero tampoco tenía ningún plan acerca de lo que hacer a continuación.

La huida por una escalera principal sin ventanas le dejaba solo unas pocas opciones. Podía intentar ser más rápido que sus perseguidores. Bajar saltando varios escalones a la vez. Prestar atención para no resbalar en el rellano de la entreplanta; intentar atajar saltando por encima de la barandilla... Y también podía...

¡Pulsar el botón!

Ben no lo vio hasta que ya lo hubo dejado atrás, pero asumió el riesgo. Dio la vuelta, corrió en la dirección equivocada, hacia el retumbar de los pasos, y rompió el cristal pequeño.

La alarma de incendio era menos intensa de lo esperado, pero a cambio era de una estridencia enervante. Su eco resonó en varias plantas y acompañó a Ben por la escalera principal, en el atrio exterior, al pasar junto a las máquinas expendedoras de café y de aperitivos, y hasta llegar a la entrada para vehículos.

« ¿Y a h o r a ? »

Ben miró en todas direcciones.

Oyó voces agitadas que no supo encajar. Procedían de todas partes. Desde detrás, desde delante, a derecha e izquierda. La mayoría de los que se apresuraban a salir al exterior no se fijaban en él.

Tal como esperaba.

Hablaban, formaban grupos, sostenían a pacientes, empujaban camillas y sillas de ruedas hacia el aire libre y esperaban a alguien que devolviera el orden en aquel caos. Alguien que ojalá no llegara muy rápido. No obstante, vio que desde el control de la entrada varias personas corrían por la avenida central ataviadas con chalecos reflectantes.

«¡Entrégate!», le decía la voz de la razón.

«¡Lárgate!», le gritaba el más poderoso de todos los instintos, y Ben, que vio aparecer un uniforme azul por detrás del cristal de la entrada del hospital, prestó oídos a su instinto de autoconservación. Primero corrió hacia el vehículo más próximo, al taxi. Luego sacudió la puerta.

Cerrada con llave, por supuesto.

Su mirada vagó a continuación hacia abajo, por la avenida central. Se detuvo en el BMW.

«¡En la trampa!»

¿Qué otra salida le quedaba?

Detrás de él alguien gritó:

—¡Ahí está!

Y eso volvió a poner a Ben en marcha.

Durante el breve esprint se fue palpando los bolsillos del pantalón y dio con la llave el coche en el izquierdo, donde debió de haberla metido inconscientemente.

«¿Será una broma de mal gusto?»

En la parte trasera del BMW había un adhesivo que recordaba la frase de la película de terror *El sexto sentido*. EN OCASIONES VEO MUERTOS, ponía en él. Y en la línea inferior, como colofón: ¡SOY PATÓLOGO!

Se dispuso a abrir la puerta y a subirse al coche, pero todavía no estaba tan cansado de la vida. Primero tenía que asegurarse y mirar el asiento trasero.

Pero allí no había nadie.

Igual que delante en los asientos del piloto y del copiloto, tampoco atrás había nadie escondido: ni en los asientos, ni en el espacio para los pies. Nadie que lo obligara a subir con un arma en la mano.

Y, pese a todo, Ben lo hizo. No de una manera voluntaria, sino por la falta de alternativas. En ese momento oyó gritar al policía falso. A pleno pulmón y sin inhibiciones:

—¡La noche del ocho!

Ben miró a su alrededor y perdió un tiempo precioso al sorprenderse de que nadie pusiera coto a aquel loco de atar.

Aquel tío apartó del camino a un paciente de avanzada edad y su voz sonó casi como si lanzara un grito de guerra:

—¡Noooocheeee del Ooooochooooo!

No corría, sino que caminaba casi con parsimonia. Con arrogancia y seguridad en sí mismo, como Cristiano Ronaldo al tirar una falta. Al mismo tiempo sonreía y mantenía algo sujeto en la mano extendida que Ben no pudo reconocer con nitidez, pero a su cerebro le bastó esa impresión para reforzar aún más el reflejo de huida.

Ben abrió la puerta del conductor, se arrojó al asiento y se puso a buscar aterrizado el contacto hasta que se dio cuenta de que en ese automóvil solo había que poner la marcha y darle al acelerador para arrancar. ¡PUM!

La palma de la mano del falso policía estalló violentamente contra el cristal lateral del conductor.

Ben profirió un grito, arrancó a toda velocidad y chocó con el coche que estaba aparcando delante; primero le dio en la parte trasera y luego en el tapacubos cuando, sin antes retroceder, giró el volante a la izquierda para salir del aparcamiento.

—¡Noooocheeee del Ooooochooooo! —oyó cantar al uniformado a sus espaldas.

El sonido se amortiguó y se hizo cada vez más bajo a medida que iba alejándose de él.

Ben fue a toda velocidad desde la avenida central hasta la salida de la calle See. Todas las barreras de vehículos estaban alzadas en la caseta de control, probablemente para dejar paso a los bomberos.

Primero cruzó la calle See y a continuación giró en dirección a la autovía

urbana A100. Iba casi a más del doble de la velocidad permitida cuando alcanzó el carril de aceleración. Una vez en la autovía urbana, volvió a tranquilizarse y se adaptó al tráfico.

—¡Joder, por los pelos! —exclamó sin saber exactamente de quién había logrado escapar cuando por el espejo retrovisor percibió un movimiento detrás de él.

Dash. 22.04

*Quedan 9 horas y 56 minutos
para el final de la noche del ocho*

Seis minutos después, Dash estaba otra vez en un lugar donde nadie lo habría situado. Tres calles más abajo, justo en la plaza Augustenberg, el último coche en la parada de taxis enfrente de la entrada principal del Hospital Virchow, que se parecía a una estación de tren.

No es que no le hubieran estado buscando. Aquel idiota le había hecho un favor activando la alarma de incendio.

Todos pasaron entonces a ocuparse de sí mismos y de sus familiares, o se mostraron apurados tratando de recordar el plan de evacuación para casos de emergencia que la administración del hospital había elaborado para situaciones como aquella.

Puede que algunos se sorprendieran por el hecho de que el policía gritara de aquella manera mientras perseguía al BMW, pero en un megahospital como aquel, que era tan grande como una pequeña ciudad y estaba ubicado en las cercanías de los barrios más problemáticos de la capital, las peleas y las agresiones estaban a la orden del día.

Las urgencias estaban abarrotadas durante los fines de semana con exaltados que se habían llevado la peor parte en alguna pelea. Brutos que después de una borrachera daban un significado completamente nuevo a la palabra «adoquín» y mujeres que reiteraban al médico que se habían caído de

verdad por la escalera mientras miraban temerosas hacia sus maridos. La gente estaba más que acostumbrada a los uniformes y a los coches con sirena en el interior del hospital. La policía llevaba con la frecuencia suficiente a nuevos pacientes o los desbordados miembros del personal sanitario la llamaban solicitando auxilio.

La semana anterior, un padre desesperado había molido a palos en el patio al médico jefe de la unidad de neonatología porque había buscado un culpable de la muerte de su bebé prematuro.

Así que no era de extrañar que apenas se prestara atención a los policías, ni siquiera cuando uno de ellos gritaba «noche del ocho» corriendo detrás de un coche.

Durante un rato, Dash hizo como si estuviera persiguiendo a un fugitivo, antes de encaminarse al edificio colindante, la clínica oftalmológica. Una vez en ella, abrió con una moneda de cinco céntimos la cabina del lavabo de caballeros donde anteriormente había dejado su gabardina y que ahora volvía a ponerse por encima del uniforme.

Tan solo dos minutos más tarde estaba sentado al volante de su taxi y, mientras abandonaba el recinto hospitalario, se puso contento por el éxito con el que había transcurrido la noche.

El azar le había facilitado el paradero de la nocheochera a través del grupo de WhatsApp que tenía con sus colegas de oficio. Había estado esperando a Arezu Herzsprung *in situ*, pero ese tal Benjamin Rühmann resultaba ser finalmente un pez más gordo que la chica.

Dash apagó el motor, saludó con un gesto al compañero que tenía delante en la parada de taxis y abrió la ventanilla de su lado.

Sobre Berlín se estaba extendiendo una capa de nubes grises que parecía una toalla sucia. Le picaba la nariz, una señal inequívoca de que se estaba cerniendo sobre ellos una tormenta.

A pesar de que no había refrescado todavía, el aire pesado empujaba ya el polen hacia el suelo.

Dash reprimió un estornudo y conectó su teléfono móvil al cable de carga que salía de la consola central. Abrió el álbum de vídeos y se le secó la boca. Ahora ya no sentía picor solo en la nariz, sino también entre las piernas.

Solo el hecho de pensar en visualizar los vídeos de sus andanzas ya lo electrizó. Al contrario que cualquier otra de las drogas que había probado en su vida, filmar no perdía nunca su encanto. El primer visionado del material nuevo era una experiencia erótica, como si estuviera ayudando a una mujer guapísima a quitarse el sujetador. Más tarde, la edición de las imágenes, los primeros montajes, eran los preliminares. Subir el vídeo a la red era el acto carnal propiamente dicho.

Y en cuanto llegaban los primeros comentarios positivos, aquello era mejor que cualquier orgasmo.

«Ahh...»

Dash cerró los ojos anticipándose al goce. Se elogió a sí mismo por su intervención casi modélica.

Aquel idiota había pensado que iba a detenerlo. Luego, que iba a dispararle. Leyó el miedo en sus ojos, poco antes de que echara a correr. Y eso, a pesar de que Dash no había sostenido en ningún momento un arma en la mano, sino una cámara. Una suplementaria a la que llevaba en el cuerpo. La gente se pirraba por los cambios de perspectiva, aunque la grabación estuviera realizada con una mierda de cámara de móvil. Dash avanzó el vídeo y lo paró exactamente en el momento en el que Ben Rühmann le preguntaba: «¿No llevaba puesta una gabardina hace un momento?». Y entonces el desgraciado le hizo un favor y salió corriendo.

«¡Genial!»

Dash se rio y golpeó el volante con la palma de la mano, por la alegría que

sentía.

Nada tenía tan buena acogida por el momento como los vídeos de persecuciones, si bien el gusto de sus clientes cambiaba de forma constante.

Desde hacía ya tres años reunía material videográfico que subía a su portal, llamado dash-xtreme.

Todo había comenzado con una pelea filmada de manera accidental frente a una pizzería en el barrio de Hellersdorf. La patada del agresor anónimo al italiano que yacía en el suelo indefenso le costó un ojo a este. Y a él le trajo, de una tacada, tres mil suscriptores nuevos que, a su vez, subían sus peliculitas. Peleas, sexo en público, borrachos que intentaban cruzar una calle transitada dando tumbos con su cogorza.

Al principio, Dash confiaba en el azar, en estar en el momento adecuado en el lugar correcto. Como en aquella noche helada en la que una anciana intentaba cruzar la avenida Lietzenburg a la altura de la calle Uhland, resbaló y la arrolló un camión. Y él lo había filmado todo con su teléfono móvil dentro del taxi.

Hombre, la verdad es que había sido divertido ver el bailoteo de la anciana con sus muletas sobre el asfalto helado, pero cuando de pronto quedó colgada de la parrilla del radiador del camión como una bolsa de plástico... «¡Jesús!» Ese vídeo batió todos los récords. Funcionaba incluso mejor que aquel del sintecho a quien uno de sus suscriptores le ofrecía cien euros para que se arrancara un incisivo con los alicates delante de la cámara.

La abuelita arrollada por el camión se llevó la palma de los clics. Y significó el nacimiento de dash-xtreme.

A partir de ese momento, Dash ya no dejó nada en manos del azar. Cableó su coche, adquirió varias dashcams con óptica gran angular que, colocadas delante, detrás, en los laterales de las puertas e incluso arriba, sobre la señal de taxi del techo, filmaban todo el entorno de la calle. Y, sin embargo, las

grabaciones propias se convirtieron enseguida en productos secundarios, en la parte menor de la caja. La mayor parte del dinero lo sacaba desde hacía tiempo con películas que sus «fans» le enviaban voluntariamente para que él las subiera a la red.

A su taxi solo se subían clientes de vez en cuando, para despistar, mientras la cifra de suscriptores crecía cada vez más. Además de en Alemania, tenía clientes en Japón, Venezuela, Estados Unidos, Rusia e incluso la India que por 9,99 euros al mes deseaban ver los accidentes, las peleas y las violaciones más recientes. Dash ponía una atención extrema en que nada fuera simulado. Los usuarios querían ver la vida real, no un montaje. Y se daban cuenta enseguida de si una estudiante se hacía o no la borracha, y de si los chicos que la violaban le habían suministrado antes de verdad alguna droga en la bebida que produjera sumisión.

Cuando dash-xtreme superó la barrera de los cien mil y la tasa de crecimiento de suscriptores de pago se atascó un poco, llegó entonces el momento de renovar y desarrollar el modelo de negocio. Los abonados se pirraban por la «interacción real»: tener en un primer plano visual a la víctima mirando a la cámara. Querían ver el pánico en las pupilas cuando los elegidos sabían que se les echaba encima algo malo de manera inminente.

El problema para Dash era que no solo tuvo que cablear su coche, sino también a sí mismo. Renunciar a la seguridad del coche propio, encerrado en el interior, no le gustaba nada en absoluto. En la guerra él era el estratega que pilotaba los drones, no el tipo que se encargaba del combate en tierra.

No obstante, estuvo experimentando con ello durante un tiempo; se arregló algunas camisas para incorporar cámaras en miniatura en el ojal y se compró uniformes para pasar desapercibido. Se disfrazó de basurero, de cartero, de soldado. O, como hoy, de policía. Pero era peligroso actuar en público de esa manera.

En realidad él mismo no quería mancharse nunca las manos, pero hoy, el día de la noche del ocho, había hecho una excepción considerando que la ocasión era única. Sobre todo dado que su principal proveedor ya no era el socio fiable que había sido a la hora de suministrar «películas de interacción real», desde que había sido tan mentecato que ahora se hallaba bajo vigilancia policial y sus películas se habían convertido en ilegales.

Así que había tenido que intervenir él mismo: por suerte, había podido improvisar con rapidez y captar en el objetivo la mirada de clic de Ben.

Dash llamaba así a ese tipo de mirada: por un lado, porque podía ver cómo se producía el clic cuando las víctimas se daban cuenta de que estaban expuestas al horror sin poder hacer nada en contra; por otro, porque una mirada así elevaba a alturas vertiginosas a las ratas del clic.

Y ese tal Ben Rühmann tenía la mirada de clic. Dash lo había captado en un primer plano y casi tuvo una erección al detener el vídeo. Justo en el momento en que él golpeaba con la mano en el cristal y el nocheochoero ponía una cara como si fuera a gritar pidiendo ayuda a su mamá. Había gritado como una niña. «Tío, se te ven hasta los empastes, ¿no deberías ponerte unos?»

Ah, sí, la noche del ocho. ¡Qué grandiosa idea! No era suya, por desgracia, pero no obstante era un regalo para su portal.

Eso de los diez millones era un disparate, por supuesto. Nadie iba a pagarlos y solo los débiles mentales se creían de verdad que era legar asesinar a los nocheocheros. Sin embargo, un único vídeo de la caza incrementaría el número de abonados y a la larga significaría también una fortuna.

Lo estúpido del caso era que tenía que hacer todo el trabajo sucio él solo, sin ninguna ayuda.

Dash oyó las primeras gotas golpeteando contra el parabrisas y tuvo que avanzar un puesto en la cola.

Con desagrado apartó unos instantes de su mano el teléfono móvil. No podía esperar más para subir a la red el primer vídeo editado de la noche del ocho.

Los preliminares le habían salido bien.

Pronto continuaría la función.

Ahora solo tenía que jugar con el emisor GPS que había pegado antes en el BMW en el que Ben Rühmann había huido.

Ben. 22.07

*Quedan 9 horas y 53 minutos
para el final de la noche del ocho*

Ben barruntaba por qué tantas personas soñaban con poseer una isla. El mundo en el que vivían era tan grande e inexplicable, tan arbitrario y cruel, que anhelaban un lugar que fuera controlable. Un lugar en el que no les esperara ningún extraño asomado a la valla del jardín —como ocurría con un terreno—, sino la amplitud del océano. Con toda la masa de agua que se acumula, protectora, entre el ser humano y el resto del mundo. Pero como la mayoría no puede permitirse la propiedad de ninguna isla, se compraban otro espacio controlable que los libraba del resto del espantoso mundo. Una funda protectora con cierre centralizado que te posibilitaba contemplar el mundo exterior a través de un parabrisas.

Para ello se subían a un capullo de acero de varias toneladas que, en caso de emergencia, podía sacarte incluso de una zona de peligro. De otra manera no podía explicarse por qué la gente gastaba irracionalmente tantísimo dinero en su coche; decenas de miles de euros por un automóvil que se pasaba más de veintitrés horas al día en un aparcamiento.

Sin embargo, durante el breve tiempo en que lo utilizabas eras un privilegiado. No inhalabas los gérmenes que expulsaban los demás al toser en el metro abarrotado de gente. No te grababan con una cámara de vigilancia

mientras unos hooligans brincaban sobre tu cabeza. Y no sentías la lluvia como esos a quienes se les escapa el autobús delante de las narices.

En el interior del vehículo estabas en tu propia isla, segura.

El dinero dedicado al coche era una buena inversión. Siempre y cuando no tuvieras ningún polizón a bordo que en mitad de la autovía urbana hiciera saltar hacia delante de repente el asiento trasero y te pusiera en la nuca el cañón de un arma a través del reposacabezas.

—¡Aahh!

Ben profirió un grito y se sobresaltó. Debido al susto, su rodilla golpeó desde abajo contra el tablero de mandos, y se salió de carril.

—¡Atención! —le amonestó la mujer, como si fuera una profesora de autoescuela y no una amenaza mortal.

Debía de ser menuda, delgada y muy ágil. Solo así podía explicarse que hubiera conseguido salir en unos pocos segundos del maletero a través de la tapa del asiento central. Y probablemente era zurda, al menos mantuvo su pistola en esa mano mientras se inclinaba hacia delante y con la derecha le cortaba el cinturón de seguridad con una navaja un poco más arriba del cierre.

—Para que no se te ocurra la estúpida idea de chocar de frente contra algo a propósito —le explicó ella.

«Y para que no suene la alarma por no llevar el cinturón puesto. Muy lista», tuvo que admitir Ben, quien no sabía si debía de sentir miedo o esperanza por el hecho de que Arezu Herzsprung, por lo visto, hubiera planeado con todo detalle su secuestro. Ben, que seguía más atento el espejo retrovisor que la carretera, la había reconocido de inmediato. A pesar de la ausencia total de pelo. En la foto de la página de la noche del ocho, Arezu tenía una larga cabellera negra. Ahora llevaba la cabeza casi al rape. Si eso trataba de ser un intento de camuflaje, no funcionaba demasiado bien. Arezu poseía unos rasgos demasiado marcados en la cara, con unos ojos melancólicamente negros y

extraordinariamente grandes, de los que no podías apartar la mirada con facilidad, ni siquiera cuando te estaban presionando el cañón de una pistola contra las vértebras cervicales.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Ben, aunque la respuesta resultaba palmaria.

—¡Quiero acabar ya con esto! —dijo ella según lo previsto.

—¡No puede estar hablando en serio!

Golpeó el codo contra el reposacabezas y lo presionó con mayor fuerza contra el cañón del arma.

—¿Ese es su plan?

«Por supuesto. ¿Cómo no?»

Las reglas indicaban que la caza cesaba tras la primera víctima mortal.

O bien Arezu se había vuelto loca por el miedo o bien estaba actuando solo con lógica. Tal vez se comportaba también como una psicópata clásica. De una manera insensible, fría y calculadora. En cualquiera de los casos, ella creía haber encontrado la solución para desactivar a toda esa gentuza de internet. Si ella seguía las reglas, si Arezu lo dejaba fuera de combate a él, la noche del ocho habría llegado a su fin. Y ella estaría a salvo.

—Oiga, eso es una locura —intentó presionarla Ben.

Estaban pasando por debajo del puente del tramo de enlace de Spandauer Damm. Había un tráfico moderado por la ronda de circunvalación. Ben, siguiendo las indicaciones de Arezu, se mantuvo en el carril de la derecha y dejó que lo adelantaran coches y camiones cuyos conductores solo tenían la vista puesta en la carretera o en el teléfono móvil en el que estaban escribiendo un mensaje.

—Vamos en el mismo barco. No consienta que esos locos nos conviertan en rivales.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó Arezu.

—De que no tiene por qué matarme.

—¿Quién dice que quiera hacerlo?

—¿La pistola en su mano?

Trató de volverse hacia ella, pero Arezu le ordenó que siguiera mirando hacia delante.

Sin el cinturón se sentía perdido en el asiento de cuero, algo que era una percepción extraña teniendo en cuenta que a su espalda había una mujer equipada con navajas y armas de fuego interesada en su rápida muerte.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Ben.

De nuevo ella le respondió algo con lo que él no contaba.

—Eso ya lo sabes tú más que bien.

Apenas había acabado de pronunciar su frase cuando una lucecita roja empezó a centellear en el tablero de instrumentos.

—Yo no sé absolutamente nada —dijo Ben y señaló al salpicadero—. Solo que antes de la toma de rehenes tal vez debería haber llenado el depósito.

Arezu negó con la cabeza a su espalda.

—No es mi coche.

—¿A quién pertenece entonces?

—Ni idea. La llave estaba en la sala de enfermería.

«Jo, esto se está poniendo cada vez mejor. Encontró el BMW exactamente igual que yo.»

A través del mando a distancia con el que desbloqueó el automóvil.

Luego le puso la llave a Jule en la mano y se introdujo en el maletero.

A Ben, aquella conversación absurda le estaba ayudando a mantener controlada su agitación. Asintió con la cabeza.

—Bien, voy a resumirlo todo: viajamos en un automóvil robado; sobre nuestras cabezas han puesto una recompensa de diez millones y usted me está amenazando con un arma, pero ¿dice que no quiere matarme?

—No.

—Entonces ¿qué?

Un motorista los adelantó a toda velocidad por el carril central y Ben tuvo la impresión de que Arezu se había asustado tanto como él.

—Deja ya ese rollo —dijo con una ligera vibración en una voz de por sí muy fina.

—¿El qué? —preguntó Ben y casi se echa a reír—. ¿La noche del ocho? Créame que si supiera cómo detener esa locura, entonces...

Arezu lo interrumpió y le clavó el arma en la nuca con más firmeza.

—¡Deja de hacer como si no nos conociéramos!

—¿Conocernos nosotros?

«Está loca.»

No había ninguna duda. Estaba tan chiflada como los tarados que consideraban la noche del ocho una medida legal del gobierno.

—Deja de mentir, Oz.

—YO NO MIENTO... —Su voz se quebró en mitad de la exclamación. «¿Quién demonios es...?»—. ¿Oz? —preguntó él, ahora definitivamente seguro de que se las estaba viendo con una loca que se había escapado del frenopático.

No podía ser cierto. Los locos responsables de la noche del ocho habían elegido a una pirada para inaugurar el macabro juego.

Ben, que ya no se creía capaz de poder hacer entrar en razón a Arezu con argumentos razonables, lo siguió intentando no obstante.

—Me temo que me está confundiendo con otra persona. Yo no soy...

Arezu sacudió la cabeza y volvió a interrumpirlo.

—¡Deja ya ese rollo! —gritó. Las carótidas se le inflaron y se le pusieron a latir. Los ojos echaban chispas como una cerilla sobre la superficie de fricción

—. ¡Llévame a tu despacho! A tu ordenador. Te juro por Dios que si no lo haces acabaré metiéndote una bala en tu maldito cráneo.

«¿Despacho? ¿Ordenador?»

Ben no tenía ni una cosa ni la otra, a no ser que se contara como despacho la sucia sala de ensayos en la arteria urbana de Tempelhofer Damm y como ordenador la caja de ritmos.

Para los escasos correos electrónicos que enviaba y recibía y para las transferencias bancarias le sobraba con su teléfono inteligente. Cuando tenía que resolver asuntos más laboriosos iba a un cibercafé, espacio que por el momento no entraba en consideración, como era lógico.

El único ordenador privado que utilizaba de vez en cuando para trabajos de mayor longitud estaba en casa de Jennifer. Ni pensar en ir allí. Pese a la frase de «no nos conocemos» de Paul, aquel petimetre que al parecer era su nuevo novio, jamás se le habría ocurrido exponer a Jenny al peligro metiendo en su casa a una loca violenta.

Seguir circulando hasta vaciar el depósito y quedarse parados en la autovía le pareció la mejor opción, pero en un modelo de coche como ese seguro que el piloto de la reserva saltaba cuando le quedaban todavía setenta kilómetros de autonomía y Ben dudaba de que Arezu consintiera que fuese conduciendo en círculo sin darse cuenta de sus propósitos.

—¡Más despacio! —ordenó ella y sonó como si supiera exactamente que él iba a ciento treinta por la autovía con la intención de que los detuviera la policía.

Lo cierto era que con el estado de agitación no se había dado cuenta de que había dejado de prestar atención al velocímetro.

—Oye, no tengo ordenador —lo intentó de nuevo con la verdad.

—Y yo poco a poco voy perdiendo la paciencia contigo —le gritó ella como réplica.

En su imaginación, Ben creyó oír el clic del seguro del arma, aunque aquello era un auténtico disparate. Por lo que podía ver, ella no sujetaba ningún revólver, en el que hay que tensar un gatillo. Y si la chica sabía cómo manejar una pistola, no esperaría a quitar el seguro hasta poco antes de disparar.

«Vale, está chiflada del todo. Piensa que nos conocemos, me llama Oz y quiere ir a mi despacho. No me queda más remedio que plegarme a sus exigencias, por muy raras que sean.»

Ben, que volvía a sudar con profusión, movió la rejilla del aire acondicionado de modo que la corriente de aire le fuera directa a la cara. Normalmente el frío le ayudaba a mantener la cabeza clara.

Pero esta era cualquier otra cosa menos una situación normal.

«Necesito un lugar en el que nadie me busque. Donde pueda esconderme de los cazadores de la noche del ocho y a la vez someter a Arezu. Donde no ponga a nadie más en una situación de peligro. Y donde haya un ordenador.»

De pronto tuvo una inspiración.

Es verdad que el lugar que se le había pasado por la mente no cumplía a la perfección todos los criterios, pero se quedaba cerca. Ben vio el letrero indicador de la salida «Kurfürstendamm» y puso el intermitente.

Doscientos metros más allá, poco antes de la plaza Rathenau, pasó por delante de su propia cara. El periódico *Bild* había alquilado una pantalla publicitaria de gran formato para promocionar la edición matinal, que estaba ya disponible entre los vendedores ambulantes.

Bajo el titular ¡NO LOS MATEN, POR FAVOR! se veía primero la foto de

Arezu, luego cambiaba la animación y la mirada de Ben quedaba fijada en aquella imagen de sí mismo en un tamaño mayor que el natural.

Eran las 22.19.

No tenía ni idea de cuánto tiempo más iba a durar el viaje a través de aquella locura antes de llegar a estar sano y salvo. Y no sabía si era una buena o una mala señal que allí adonde se dirigía ahora con Arezu ya hubiera visto una vez llorando a una mujer agonizante.

22.35

*Quedan 9 horas y 25 minutos
para el final de la noche del ocho*

—¿Vives aquí? —preguntó Arezu con incredulidad.

Sus ojos necesitaron un rato para acostumbrarse a la oscuridad. Ben quiso encender la luz al entrar, pero ella se lo prohibió.

—No, claro que no.

Luego preguntó si la chica podía guardarse el arma por fin, pero esta negó con la cabeza y le ordenó que pusiera el doble cerrojo a la puerta de la casa.

—¿Puedo encender al menos la lámpara de pie? De todas formas desde fuera no se nos ve.

Las ventanas estaban aseguradas con persianas exteriores, una medida preventiva razonable en una planta baja y otro motivo por el cual Arezu parecía una silueta en papel que deseaba hablar con él. En concordancia con la atmósfera reinante, ella hablaba entre susurros aunque no había motivo para ello.

—Vale —concedió Arezu después de asegurarse de que todas las persianas estaban echadas.

La lámpara arqueada con iluminación regulable, que estaba situada entre un sofá y una mesa auxiliar, estaba ajustada a un nivel muy bajo y apenas daba luz cuando Ben pulsó el interruptor en la pared.

En el apartamento de Jule no había interruptores de pedal. Todos estaban

instalados en las paredes, a la altura de la cadera.

—Déjala así, por favor —dijo Arezu cuando él intentó obtener más claridad girando el interruptor.

Se encogió de hombros y ahora que Arezu estaba por primera vez frente a él le llamó la atención lo enferma que estaba.

En aquella penumbra daba una impresión fantasmal de delgadez, cosa que no podían ocultar las anchas prendas negras en las que ella estaba envuelta. Allí donde podía vérsese la piel —en la cara, en el cuello, en la clavícula y en las manos— parecía una funda de cera bien ceñida que alguien había tensado sobre sus huesos como si fuera film transparente para conservar los alimentos. La única manchita de color en su aspecto exterior era la mochila terrosa hecha con lona de camión, que en los finos hombros de la joven daba la impresión de un cuerpo extraño y demasiado pesado.

Arezu no quería desprenderse de ella a pesar de que era evidente que sus fuerzas estaban disminuyendo.

El arma temblaba en su mano. Incluso un hombre fuerte habría acabado teniendo problemas antes o después para mantener la pistola apuntada constantemente contra su objetivo. Para alguien como Arezu, quien era evidente que padecía un trastorno alimentario, la pistola debía de haber adoptado entretanto el peso de una mancuerna de hormigón.

—¿Nos sentamos? —preguntó Ben y señaló el sofá.

Estaba seguro de que tarde o temprano podría someterla, pero le tenía mucho respeto al disparo que podía producirse en el intento.

—No.

La camiseta de manga larga de Arezu, que por ejemplo a Jule le quedaría muy ceñida, bamboleaba en el torso de la chica y se le había subido hacia arriba. Por encima de algo que tenía el aspecto de una herida raspada.

—¿Dónde está tu escritorio?

Ben abrió la boca, a punto de volver a aclararle que ella debía de confundirlo con otra persona si pensaba en serio que él o su ordenador iban a ser la solución de sus problemas. Sin embargo, se temió que los argumentos objetivos no iban a conducir a ninguna parte y señaló en dirección al lugar de trabajo favorito de Jule, la cocina.

—El portátil está en el cajón —le dijo sin decirle ninguna mentira, pues él mismo lo había introducido allí hacía unas pocas horas.

Sin embargo, aquel ordenador era completamente inservible. Jennifer y él ni siquiera habían intentado romperse los cuernos para descifrar la contraseña de Jule con combinaciones inverosímiles con objeto de acceder a su agenda electrónica o a un diario digital y obtener de esa manera informaciones que reforzaran o refutaran la teoría del suicidio de los médicos. La misma Jule les había explicado que ni siquiera a un ladrón le sería posible obtener la palabra clave correcta para desbloquear el portátil porque ella lo había asegurado por completo. Había instalado un novedoso programa de seguridad que analizaba el ritmo de escritura del usuario. Solo muy pocos sabían que cada persona deja una huella digital inconfundible ya en el modo de empleo del teclado de su ordenador. Un rasgo distintivo del que se aprovechaban los pulpos gigantes de la información como Google para reconocer en el ritmo de quien teclea con qué usuario trataban, incluso aunque este navegase con pseudónimo.

—¿Crees lo que dicen en la radio? —preguntó Ben intentando ganar tiempo mientras se dirigía a la cocina.

En el trayecto a la ciudad universitaria habían mantenido encendida la radio. Eran poco más de las diez y media, pero a pesar de ello muchas emisoras seguían con programas de tertulia y, con muy pocas excepciones, se hablaba en exclusiva acerca de la noche del ocho.

«No tengo claro en qué sentido, pero esto es algún tipo de publicidad», había dicho una oyente del barrio berlinés de Marzahn a un moderador de

101Punkt5 que se hacía llamar Diesel y que probablemente era el redactor jefe, pero que para la emisión especial sobre la noche del ocho había asumido la conducción del programa.

«¿Quieres decir que mañana a primera hora, cuando haya acabado todo esto, encontraremos en la página www.nochedelocho.online el anuncio de un nuevo teléfono móvil o de una bebida energética?»

«Sí. O de tampones con los que sobrevivir a los días difíciles», dijo la mujer riéndose.

«Eso estaría bien», había pensado Ben mientras giraba el BMW hacia la avenida Clay y pasaba junto a otro anuncio del periódico *Bild*.

Si se trataba de alguna clase de publicidad, entonces hubiera sido mejor uno en el que no le involucraran a él.

El siguiente oyente aportó una teoría terrorífica.

«¿Y qué sucede si el gobierno va en serio con este asunto?», preguntó con total seriedad.

Por fortuna, Diesel le contradijo de inmediato.

«Ya, claro. Y lo siguiente que veremos por la tele serán ejecuciones en directo, ¿no?»

«No, de verdad. Me refiero a que no se trata de nada oficial, claro está. Es decir, no apoyan esto, pero tampoco hacen nada en contra. Seguro que los nocheocheros no reciben ninguna ayuda de la policía o similares. Quieren que los cacen.»

«¿Y por qué?»

«Bueno, piénsalo bien. Para participar había que transferir diez euros a un dudoso banco nigeriano. Luego había que dar el nombre de una persona a la que se quiere eliminar de este mundo.»

«¿Y qué?», siguió preguntando Diesel con insistencia.

«¿Qué sucede si al Estado no le interesa el dinero, sino los nombres? Es

decir, el mío y el de esa persona a la que quiero liquidar?»

«Entonces esperaré que en el futuro te tengan en el punto de mira.»

El moderador no se rio. Su voz sonó más bien como si estuviera hablando en serio. Por lo visto no le intimidaban las palabras de aquel oyente.

«Eso es justo lo que quiero decir, hombre. La noche del ocho es una ayuda enorme en las pesquisas de los maderos. Todos los asesinos potenciales se han autorretratado. Cuando en el futuro alguien como Max Fulanodetal fallezca de una muerte no natural, solo tendrán que echar un vistazo al banco de datos, ver quién lo nominó para la noche del ocho y ya está, ¡bingo!»

«¡Dicen que las inscripciones son anónimas!»

«Ya, claro, y las pensiones seguras, no fastidies, hombre.»

«Guau», pensó Ben mientras movía la cabeza consternado.

Pese a lo abstruso de la idea, su aparente lógica era más que peligrosa. Mientras Ben aparcaba el coche bajo una farola estropeada, se imaginó a algunos conspiranoicos crédulos sentados frente a su radio, boquiabiertos, y a otros se los figuró con cara de asombro subiendo a Facebook un fragmento de la emisión, con la descripción: «Suena plausible. La verdad detrás de la noche del ocho».

El aviso del diario *Bild* de que no los mataran iba a resultar de poca ayuda. Todo lo contrario. Las personas razonables no necesitan ninguna indicación de ese tipo. Ese titular servía única y exclusivamente para que ahora hasta el último loco de la ciudad se enterara de la existencia de la noche del ocho y conociera las caras de las víctimas de la caza que proporcionaba millones de euros.

—No creo a nadie —dijo Arezu, que había seguido a Ben hasta la cocina—. Ni a los medios de comunicación, ni a internet, y mucho menos a idiotas anónimos que difunden rumores sobre mí.

—Pero ¿crees que puedo ayudarte?

—A los dos —respondió Arezu.

—¿Y cómo?

—Déjate ya de jueguecitos y enciende tu ordenador.

—Como quieras.

Ben abrió el cajón del escritorio y palpó en su interior en busca del portátil de Jule. La mortecina luz de la lámpara de pie no llegaba hasta la cocina, aunque tampoco se hallaban en una oscuridad absoluta debido a los pilotos de funcionamiento de los electrodomésticos de la cocina y a la marcación digital de color verdoso del termómetro de la nevera.

Ben encendió el portátil y de pronto se hizo la claridad al aparecer la pantalla de entrada exigiendo el nombre de usuario y la contraseña.

—Mierda —dijo él.

—¿Qué?

—¡Nos han descubierto!

—¿Qué quieres decir?

—Ni idea, pero mira. La noche del ocho me ha hackeado la webcam. Nos están viendo en estos momentos. Saben dónde estamos.

—¿Quéee? —exclamó Arezu fuera de sí y giró el portátil hacia ella.

En ese momento, Ben alzó de pronto el brazo y pulsó el botón del aerosol. Al mismo tiempo giró la cabeza a un lado, aguantó la respiración y cerró los ojos para no recibir nada del aerosol de gas pimienta de Jule que había sacado del cajón y que ahora orientaba directamente a la cara de Arezu.

Sin embargo, no hubiera sido necesaria esa medida de protección, porque el aerosol estaba todavía sin utilizar y no se había retirado el seguro a prueba de niños. Y por consiguiente no se produjo ninguna vaporización. Ninguna sustancia irritante se liberó para abrasar las membranas mucosas de la chica. Solo hubo una detonación.

Atronadora, fuerte. Dolorosa.

Arezu le había disparado desde una distancia de menos de un metro.

La carga de la pistola se desplazó por la cocina a siete veces la velocidad del sonido, en disposición de penetrar sin esfuerzo piel, tejidos blandos y huesos. Siempre y cuando el cañón apuntase directamente al cuerpo. Y que el propietario de la pistola de gas no fuese tan inexperto y esté tan nervioso como Arezu.

No solo ocurrió que erró el disparo y no alcanzó la cabeza de Ben por el largo de un brazo. Además, presa del pánico, dejó caer al suelo la pistola de fogeo.

No obstante, Ben pensó erróneamente que el disparo le había alcanzado. Le dolían los oídos como si un insecto le hubiera picado en pleno tímpano; el corazón parecía querer romper las costillas desde dentro. La ausencia de la sensación de una herida de entrada o de salida de la bala en el pecho, y tampoco en la espalda, se debía en su opinión a que una potente secreción de adrenalina había inundado sus vasos sanguíneos.

Cuando saltó por encima de la mesa de la cocina no sabía todavía que su secuestradora no había empleado ninguna arma real. Quería aprovechar el mayor tiempo posible su estado sin dolor. Someter a Arezu y ponerse a salvo antes de perder la conciencia de manera inevitable por la pérdida excesiva de sangre.

Su lucha desigual duró solo unos pocos segundos.

Ben no había pegado nunca antes a una mujer. Ni tampoco sentía ninguna clase de comprensión para esos hombres a quienes de vez en cuando «se les iba la mano». Despreciaba a aquellos de sus congéneres masculinos que no

sabían mantener bajo control sus impulsos agresivos. Y de inmediato, en el mismo momento en el que su puño impactó contra la sien de Arezu, supo que también iba a desprenderse a sí mismo. Por no haber buscado otra vía por la agitación. Por no haber agarrado simplemente a Arezu de los brazos y haberla arrojado al suelo en vez de propinarle un golpe.

Con dureza. Sin miramientos.

Ella perdió la conciencia y cayó hacia atrás.

Ya mientras Ben le tomaba el pulso, sintió asco de sí mismo. Y después de llevarla al sofá y oírla gimotear con suavidad en su desmayo, habría querido ducharse de lo sucio que se sentía.

«¡Qué lucha más desigual!»

Él, un hombre de ochenta y cinco kilos, contra una chica anoréxica que se abriría la cabeza al golpearse contra una pared japonesa de papel de seda.

Durante un rato se quedó mirando fijamente a la inconsciente Arezu y poco a poco fue dándose cuenta de que ella no le había producido ninguna herida de bala. No sangraba ni tampoco sentía un dolor punzante.

Regresó a la cocina y recogió el arma del suelo. Era mucho más ligera de lo que se esperaba.

En ese momento se dio cuenta de lo poco que había reflexionado. No era muy probable que una estudiante de Psicología de veinticuatro años accediera a una pistola de verdad. Y sí era más lógico que estuviera armada con una pistola de fogeo.

Ben se aseguró de que Arezu seguía inconsciente y abrió la mochila que le había quitado de la espalda antes de acostarla en el sofá.

Si lo que pretendía Arezu era sobrevivir un día en la naturaleza salvaje, estaba equipada a la perfección para ello. Ben se topó con un cuchillo de monte, una linterna de luz halógena, cartuchos de repuesto, cuerdas, un agavillador de cables, un abrelatas e incluso dos diminutas latas de raviolis.

Su secuestradora había pensado también en un set de primeros auxilios como el que es preceptivo en todo vehículo.

Ben cambió el cartucho de gas de la pistola y luego sacó sus dos teléfonos móviles de sendos bolsillos de su pantalón vaquero.

En primer lugar activó su propio teléfono inteligente, que indicaba los increíbles guarismos de 668 llamadas y 146 mensajes recibidos durante la desconexión.

Ben los ignoró todos y fue de inmediato a la página nochedelocho.online.

En ella clicó sobre la foto de Arezu, que por fuerza debió de sacarse en una época en la que no estaba tan demacrada como en la actualidad.

Con otros dos clics entró en la página de información sobre Arezu Herzsprung en el foro de cazadores del portal.

«Increíble.»

Si era cierta la cifra que se veía, en ese preciso momento había casi un millón de personas en línea. Dieciocho mil habían dejado un «me gusta» en un comentario informativo sobre Arezu; cuatrocientos cuarenta y ocho habían escrito un comentario.

FredFarwell23 se había esforzado en inaugurar un hilo propio en el que se compilaban todos los datos sobre Arezu. Estaba subdividido en: a) datos sobre su persona y b) datos sobre su paradero actual.

Ben leyó los primeros comentarios sobre a) y le entraron náuseas.

Como una puta cabra. La conozco de la universidad. Pesa 41 kilos en 1,70 metros.

Hija de padres ricos. Se crio en Charlottenburg. Luego se mudó a Lichtenrade.

Frecuentes cambios de escuela.

El padre, químico; la madre, bióloga.

Dirección actual: calle Barnet, 66. Estuve allí, no había nadie en casa.

Ben siguió el enlace hacia el paradero actual, pero ahí se explayaban en puras especulaciones. Moonshadow77 creía haberla visto en la caja de una pizzería por la zona del Jardín Zoológico. Otros dos estaban seguros de que se había marchado de la ciudad en dirección a Hamburgo desde la Estación del Este en el tren de las 21.30.

Ben volvió atrás, a los datos personales, y se enteró de que Arezu había concluido el bachillerato con una nota de sobresaliente, que había estado muy gorda y que tenía una cicatriz en la rótula derecha (esto lo había escrito alguien que se hacía llamar en serio «Art.olf_Hitler» y que supuestamente había acudido a la misma fisioterapeuta que ella).

Era atea, adoraba los animales y, según Clash-Test-Dummy, no tenía amigos. «Se sienta siempre con excusas a nuestra mesa del comedor universitario y en las conversaciones se ríe en los momentos que no son graciosos. No la aguanta nadie.»

Uno de los comentarios más recientes, escrito por una supuesta antigua amiga llamada JackyOh!, quien simplemente no entendía ya sus «bajones de ánimo», captó la atención de Ben. Se refería a un rasgo corporal que decía mucho sobre la mente de Arezu y cuya existencia podía comprobar él en el acto.

Ben volvió a poner su teléfono móvil en modo avión y se arrodilló junto al sofá. Cogió la mano flácida de Arezu y sintió cómo los dedos de ella se movían en los suyos como si buscaran algo de apoyo pero estuvieran demasiado débiles para encontrarlo.

Con cuidado le alzó la manga de la camiseta y asintió con la cabeza. JackyOh! no había mentido cuando escribió:

!!!Se hace cortes!!! Tiene que vendarse o ponerse esparadrapo todo el rato para no desangrarse. A veces se corta escribiéndose palabras en el brazo.

Y, en efecto, el brazo de Arezu era un entramado único de cicatrices. Unas líneas finas, como trazadas con un afilado escalpelo, dibujaban sobre su piel un mapa del dolor.

Se extendían por el brazo desde un lugar con muchas costras en las venas del pulso hasta el pliegue del codo y probablemente mucho más arriba.

Algunas de las cicatrices estaban abultadas; otras, inflamadas; pero la mayoría estaban cerradas, igual que las rayas en la cara interior de los dedos de su mano izquierda. Desde el índice hasta el meñique componían letras grabadas por separado en cada dedo que formaban juntas la palabra PAIN.

Ben repasó con cuidado las letras con su dedo índice.

Arezu se despertó. Sus ojos se abrieron mucho por la sorpresa, pero no retiró su mano.

—Por favor, acaba ya con esto —dijo ella con dulzura, y Ben se quedó perplejo durante un segundo porque ella no lo soltaba.

Entonces vio cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y destellaban como la mar oscura en una noche estrellada.

—Detén la noche del ocho —le pidió ella y se le desfiguró la boca al palparse el lugar de la sien donde le había impactado el puño—. Acaba con ella, por favor. Hoy mismo y para siempre. Eres el único que puede hacerlo.

—¿Yo?

—Sí. Por favor, acaba con esto de una vez.

Ben estaba de pie al lado del sofá, con la pistola de foguero de Arezu recién recargada en la mano, pero sin apuntarla hacia ella, y se llevó la mano libre a la cabeza.

—Pero ¿qué te piensas? No tengo la potestad de desenchufar internet. ¿Por quién me tomas, por Mark Zuckerberg, el Capitán Google o alguien así?

—Eres Oz —dijo ella en el sofá encogiendo las piernas, que eran tan delgadas que las mallas de nailon se le arrugaron en los muslos. Parecía que la cabeza le dolía con intensidad, pues al parpadear cerraba con fuerza los ojos durante un buen rato.

—Ah, sí, cierto —rio Ben sin ganas—. Oz. ¿Y quién es ese?

—Tú tienes que ser Oz, por favor. Tienes que serlo.

En los ojos de Arezu se divisaba una desesperación tal que Ben apenas podía aguantarle la mirada.

—¿Quién es Oz? ¿Qué ha hecho?

—Tú, bueno... Él lo programó.

—¿La página web?

Ella asintió con la cabeza de una manera casi imperceptible.

—No solo la página, sino el programa entero, el algoritmo, el lavado del dinero, cómo filtrar las transferencias a través de empresas fantasmas y cuentas cifradas. La elección del nocheocho. A prueba total de hackers, de modo que nadie pudiera desenmascarnos.

Ben presintió lo que quería decir ella con «algoritmo», «lavado de dinero» y «cuentas cifradas», pero lo que más le desasosegó de aquella críptica respuesta fue otra palabra:

—¿«Nos», dices?

Arezu asintió de nuevo con la cabeza y se incorporó. Al hacerlo mantuvo los ojos cerrados, probablemente porque el movimiento le había producido dolor.

—Fue hace unos dos años. A mí se me había ocurrido esa idea mucho antes, pero entonces me topé contigo, bueno, con Oz. Sin él no habría podido convertir en realidad mi idea.

—¿Qué idea? ¿Matar a personas?

Ben se mantuvo a un paso de distancia a pesar de que Arezu parecía exhausta de pie entre los cojines del sofá de Jule, como si fuera a desmayarse de nuevo. Sin embargo, esa actitud podía ser también fingida.

—No, no, no. No fue así. —Volvió a abrir los ojos—. Estoy estudiando Psicología.

—Creo que en estos momentos eso ya lo sabe medio país —dijo Ben y señaló el televisor a sus espaldas.

Estaba apagado, pero Ben se apostaría cualquier cosa a que ellos eran «noticia de última hora» en dos de cada tres canales.

—Mi especialidad es la psicología criminal forense —siguió explicando Arezu.

—Ah, vale, y para poder emitir en el futuro un dictamen sobre un asesino, entonces pensaste en convertirte en uno, ¿no?

La chica negó vehementemente con la cabeza.

—Para nada. Yo no deseaba que sucediera esto. Nunca quise que pasara lo que está ocurriendo.

—¿Qué querías entonces?

Ella suspiró, cerró la mano de los dedos PAIN y dijo en un tono como de disculpa:

—Estoy escribiendo mi trabajo de fin de máster sobre virus psicosociales.

—No te entiendo.

Ella carraspeó. Los rasgos de su cara se distendieron un poco, era evidente que ahora pisaba terreno firme.

—Los virus biológicos, a diferencia de las bacterias, no son seres vivos. Necesitan un huésped al que infectar. Y es este, el ser humano por ejemplo, el que transmite el virus del herpes al besar. O la gripe, a través de unas gotas infectadas. Los virus psicosociales se comportan de una manera similar.

Ben se preguntó si Arezu diría algo en los siguientes minutos que le hiciera comprensible aquel absurdo disparate.

—Encuentras virus psicosociales en internet, por ejemplo, en las columnas de comentarios de las redes sociales. O entre los artículos periodísticos con comentarios difamatorios y difusores de odio realizados por troles anónimos. Gracias a ellos dan con su huésped, el lector o la persona que ve el vídeo de YouTube que transmite el agente patógeno no mediante toses o estornudos, sino de manera digital, a través de un clic de ratón.

—Bueno, vale, pero...

Arezu alzó la mano y continuó hablando:

—Una mentira, un rumor, una noticia falsa sensacionalista. Todo eso se expande como una epidemia, contagia a las personas y salta de un receptor a otro. Con la diferencia crucial de que aquellos cuyas almas están infectadas solo en raras ocasiones perciben su enfermedad. Sin embargo, el «me gusta» bajo la triste foto del niño o de la niña con la que se acosa al empollón o a la empollona de la clase puede ser incluso más mortal que el ébola. Aunque no lo es para quien se deja contagiar por el odio en la red, pero sí para quienes están en el punto de mira.

Ben, que estaba pensando en esos momentos cómo detener el torrente de palabras de Arezu y tranquilizarla para el resto de la noche del ocho, se dejó caer sin fuerzas en el sillón, frente a ella.

—Un momento —dijo él, apuntando con el arma a Arezu, pero de una manera inconsciente y sin intención de utilizarla—. ¿No estarás tratando de decir que la noche del ocho es un experimento psicosocial que se ha salido de madre?

Arezu se encogió de hombros con un gesto de disculpa.

—Sí. ¿Te acuerdas de Lena, la niña de once años a la que encontraron asesinada en un aparcamiento de la localidad de Emden en 2012? ¿Y de que la policía detuvo a un chico de diecisiete años? Su foto esposado bastó para que la gente de su edad reclamara su muerte en Facebook. Averiguaron su nombre y publicaron su dirección. Y en la noche del veinte al veintiuno de marzo, una multitud se manifestó delante de la comisaría de policía exigiendo la entrega del presunto asesino para lincharlo. Pero el culpable no era el chico de diecisiete años. El verdadero ya se había entregado a la policía. Se me ocurrió la idea cuando oí hablar de aquello.

«¿La idea?»

—¿Qué idea? ¿Destruir mi vida?

—Quería investigar cómo se propagan los virus psicosociales por las redes. ¿Puede hacerse creer a la gente que es posible matar con total impunidad? ¿Y cuántos participarían en una convocatoria semejante, cuántos la apoyarían, cuántos la compartirían?

Ben se inclinó hacia delante y se llevó una mano detrás de la oreja como si no hubiera oído bien por la acústica de la sala.

—¿Quiere eso decir que soy un conejillo de Indias?

Arezu, nerviosa, se pasó la mano por el cráneo rapado.

—Tú no. Los participantes de la noche del ocho. En mi trabajo de máster

pretendía escribir sobre el contagio, la propagación y el desarrollo del virus de la noche del ocho. Y revelar cuántos se toman tan en serio esta ridícula fantasía como para incluso transferir dinero.

—¡Pero entonces también estás metida en el ajo! —Ben se puso en pie de un salto, como electrizado por su pensamiento—. Tú has creado la noche del ocho. Por lo tanto, puedes poner un punto final al embuste.

—¡No, no puedo!

Arezu no dejaba de negar con la cabeza. Al mismo tiempo se rascaba las cicatrices del brazo.

—¿Y por qué? —preguntó Ben.

—Porque no tengo ni idea de ordenadores. Ya te lo he dicho. Oz lo programó todo.

Ben se dio un puñetazo de rabia en la cabeza.

—Por última vez... —Y entonces gritó con la potencia que empleaba en su tiempo su colérico padre cuando se enfadaba mucho con él porque no había ordenado su habitación, había sacado malas notas o había regresado muy tarde a casa de una fiesta—, ¿QUIÉN ES OZ?

—Una leyenda —dijo Arezu en una voz tan baja que Ben apenas la oía—. Nadie lo ha visto. Es un mago, famoso en los foros de hackers más especializados, donde me lo recomendaron. Solo he hablado por teléfono con él. No sé dónde vive, ni qué aspecto tiene. Me prometió eliminar a tiempo la página de la red y no elegir ningún nombre, pero...

—Pero ¿qué? —porfó Ben presintiendo que aún no se había puesto sobre el tapete toda la verdad.

—Pero los que participaron fueron demasiados —agregó Arezu—. Se ha recolectado una suma increíble de dinero durante el año que lleva en línea noche del ocho.

—¿Cuánto?

—Eso no lo sé. Yo no veo los movimientos en la cuenta. Oz dijo algo una vez sobre que iban más de doscientos mil jugadores.

—¿Doscientos...?

Ben hizo mentalmente el cálculo aproximado de las transferencias de quienes se habían dejado engañar por aquel rumor, mientras Arezu seguía sus explicaciones:

—No debes olvidar que la noche del ocho tiene una difusión internacional. Aunque por el momento solo puede proponerse a ciudadanos alemanes, hay suficientes chiflados en el extranjero que desean participar en la caza.

—¿Ha recaudado más de dos millones?

Ella asintió con la cabeza.

—Y así estaban las cuentas hace medio año. Por aquel entonces la gran promoción estaba en sus comienzos. El negocio propiamente dicho ha comenzado ahora.

A Ben le daba vueltas la cabeza. Se sentía igual que un perro al que se azuca con otros en manada para que recorran un campo de minas. A su alrededor estaban explotando ya las primeras cargas explosivas y solo era cuestión de tiempo que diera un mal paso y quedara despedazado.

—Pero ¿cómo es posible? Ya se han sacado nuestros nombres.

—Sí. Y a partir de ahora llegarán a borbotones los ingresos por las licencias de caza. Para poder participar...

«Para matarnos...»

—... hay que darse de alta y adquirir un permiso. Solo cuesta un euro, es verdad. Pero ¿cuántos son los que se apuntan por pura diversión? Eso es precisamente lo que le interesa a Oz. Quiere tener la respuesta para ver lo podrido que está ese mundo que él mismo desprecia.

«Demasiado odio. Demasiadas personas que matarían si se lo permitieran.»

Ben se puso malo. Por la rabia y el agotamiento.

—Le supliqué que eliminara la página, pero Oz no quiso cambiar el plan. Dijo que no se podía interrumpir el experimento justo antes del momento culminante. Lo llamó «*coitus interruptus* científico». —Soltó una risa que carecía de toda esperanza—. Entonces le supliqué que al menos eligiera nuestros nombres si no iba a detener el experimento y dejaba en línea la página. Y, como ya sabes, puso de manera consecuyente mi nombre en la lista.

—Pero ¿qué pasa conmigo? —Le tembló la voz a Ben—. ¿Por qué me eligió a mí? No es ninguna casualidad.

Arezu levantó las dos manos como si quisiera atrapar un balón que Ben le hubiese lanzado.

—Justamente eso pensé yo también. No es ninguna casualidad. ¡Y por eso me puse a buscarte! —dijo ella, alzando la voz—. Rastreeé todo lo que se ha difundido en los foros de internet sobre ti y sobre tu hija enferma. Me colé a hurtadillas en la sala de enfermería y marqué el número que estaba colgado allí. Sin embargo, no era suficiente con atraerte hasta el hospital. Tenía que estar contigo sin que nadie nos molestara. En tu despacho.

Ben soltó una carcajada histérica.

—Por eso robaste el automóvil de un médico cualquiera para secuestrarme.

Arezu se rodeó el cuerpo con los brazos como si se hubiera quedado fría de repente, de un instante al otro. Al hablar se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

—Eso lo improvisé. Para el resto me había preparado muy bien para este día —dijo señalando la mochila que estaba a los pies de Ben—. Conseguí armas y toda clase de equipamiento. Quería estar operativa en cuanto se iniciara la noche del ocho. Y, además, encontrar a Oz, con la esperanza de que no solo había puesto mi nombre en la lista, sino también el suyo. Para poder presenciar en vivo juntos la caza. Ya sabes que la página deja abierto cómo hay que aportar la prueba de la muerte.

—¿Y qué?

—Yo pensaba que eso se debía a que no se precisaba de ninguna prueba porque Oz iba a estar todo el tiempo viviendo la caza en directo. —Un temblor recorrió el cuerpo de Arezu como un descarga eléctrica y ahora ya no fue capaz de refrenar las lágrimas—. Tenía la firme esperanza de que pondría su propio nombre en la lista. Confiaba de verdad en que fueras Oz.

Se le quebró la voz. No pudo continuar hablando por el llanto y por eso Ben tuvo que completar su discurso:

—Entonces habrías podido obligarlo a desconectar la página y a anunciar que todo había sido solo un engaño. Y que se había embolsado el dinero él mismo.

Ella gimió y, al cabo de un rato, dijo negando con la cabeza:

—No, creo que eso no es lo más importante para él. A Oz no le interesa para nada el dinero, sino el poder.

Ben se llevó la mano a la frente y se levantó del sillón.

—Un momento. ¿Piensas que desembolsará los diez millones de verdad?

Ella alzó la nariz y tosió en el hueco de la mano.

—No puedo asegurar que al final vaya a reunirse tanto dinero —dijo a continuación un poco más serena—. Solo sé que Oz no se lo quedará. Me dijo que lo había organizado todo de modo que, en último caso, las autoridades no pudieran demandar judicialmente al ganador. Todos los pagos, transferencias y adeudos de los jugadores participantes se reconducen de inmediato a una cuenta nigeriana a través de numerosos movimientos bancarios de carácter dudoso para acabar en una cuenta cifrada de las islas Caimán. El exitoso y probado cazador de la noche del ocho recibirá un correo electrónico codificado con el número y el código para retirar el dinero.

—Tiene que ser una broma.

—Me temo que no —le contradijo Arezu—. Para mí se trataba solamente de

un experimento mental. Pero Oz lo ha hecho real.

—¿Y ahora? —preguntó Ben y le habría gustado agarrarla y zarandearla—. ¿Qué hacemos ahora con el fuego que has prendido bajo nuestros pies?

—Ya no tengo ningún plan —confesó Arezu con franqueza—. No sé cómo podemos sobrevivir a la noche del ocho —añadió en voz baja.

Sus últimas palabras fueron apenas audibles con el ruido que generó el puño que sin aviso previo golpeó una y otra vez con toda su fuerza contra la puerta de entrada desde el exterior.

—Sí que ha ido rápido la cosa —susurró Arezu sin el menor asomo de asombro.

Como si fuera de lo más lógico que los hubieran detectado aquí, en la vivienda de Jule, a pesar de que ni siquiera el mismo Ben sabía hasta hacía muy poco que iba a recluirse allí.

Ella se levantó y señaló primero al arma en las manos de Ben y a continuación su mochila.

—Dame algo con lo que pueda defenderme.

—Tonterías.

Ben apartó la mochila con el pie para dejarla fuera de su alcance.

—Aquí dentro estamos seguros.

Él señaló las ventanas con las persianas exteriores que no podían abrirse sin el mando a distancia. Y luego la puerta, que aguantaría incluso un ariete del grupo especial de operaciones de la policía porque era una construcción maciza.

—Mientras no salgamos, no nos sucederá nada.

Su voz denotaba una plena confianza en sí mismo; sin embargo, se estremeció cuando el puño volvió a golpear contra la puerta. Ben echó mano del segundo móvil que había tomado prestado de Jule y desactivó el modo avión.

—¿Qué pretendes? —quiso saber Arezu.

Lo miró como si se estuviera desnudando ante sus ojos.

—¿Qué podemos hacer si no? ¡Llamar a la policía!

—¡No, no lo hagas!

—¿Por qué no?

—Oz... No estoy muy segura cómo —susurró Arezu con una voz incluso más baja y la mirada dirigida a la puerta—. Lo sabía todo sobre mí. Quiero decir: no solo mi nombre, mi dirección y mi número de identificación fiscal. También me envió fotos de cámaras de vigilancia públicas en las que se me había grabado. Y en una ocasión anuló una multa que me habían puesto.

—Habías dicho que es un hacker.

—O tiene acceso a los ordenadores de la policía, porque él mismo lo es.

Ben no pudo evitar pensar en el falso policía del hospital y de quien había huido.

Y como si ese pensamiento se hubiera materializado frente a la puerta de la casa, oyó a un hombre gritando en la escalera principal:

—¡Abran, policía!

Ben se quedó de piedra unos instantes y a continuación avanzó despacio por el lado del sofá en dirección a la entrada. Al mismo tiempo pulsó dos veces la tecla del auricular verde de su teléfono móvil para volver a llamar al último número marcado. Su padre descolgó tras el primer tono.

—¡Vaya, por fin!

—¿Me has enviado a alguien? —preguntó Ben.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —exclamó el hombre de fuera, que sonó como si se hubiera acercado a la hoja de la puerta para pegar la oreja a la madera con revestimiento metálico y a prueba de robos.

—Yo suelo cumplir mis promesas —dijo Gregor—. Martin Schwartz podría estar llegando ahora mismo al lugar donde estás.

Ben retiró el auricular de la oreja.

—¿Cómo se llama? —preguntó a través de la puerta cerrada de la vivienda. El hombre del pasillo confirmó el nombre que su padre acababa de darle.

—Martin Schwartz.

—¿Cómo sabe dónde estamos? —susurró Arezu, que se había acercado a Ben.

Tal vez Gregor la oyó o puede que su padre le diera una respuesta por casualidad:

—Martin estaría contigo mucho antes si me hubieras llamado en lugar de robar un coche. Por todos los cielos, chico, pero ¿qué haces? ¿Sabes a quién le debo ahora una comida para que barra esto debajo de la alfombra? Por suerte, BMW puso a nuestra disposición los datos de rastreo del seguro antirrobo.

Vale, eso tenía sentido: el propietario del coche robado por Arezu había localizado su vehículo vía GPS e informado a la policía. Su padre había recibido el soplo de la orden de busca y captura de su hijo y se había empleado a fondo para que se destinara a un policía de su confianza a la protección de Ben. Y, sin embargo, él seguía sin estar convencido del todo.

—¿Por qué no ha llamado al timbre? —quiso saber del hombre en el pasillo.

—Lo he intentado.

Ben oyó cómo afuera pulsaban con insistencia el botón de plástico.

—El timbre está defectuoso.

—Hum, eso sucede de vez en cuando —recordó Ben. Un contacto flojo que el portero quería arreglar junto con el problema eléctrico en la cocina.

—¿Qué quiere?

—Oiga —respondió Schwartz—, le estoy haciendo un favor a su padre. Tengo un hijo en casa con el que me gustaría irme de acampada mañana. Una palabra suya, y me largo en busca de mi bolsa de camping.

—Déjalo entrar —dijo su padre por teléfono.

—Déjalo marchar —le imploró Arezu a su lado.

«Déjame no cometer ningún error», pensó Ben.
Y abrió la puerta de la casa.

Dash. 23.14

*Quedan 8 horas y 46 minutos
para el final de la noche del ocho*

«¡Esa estúpida zorra!»

Dash circulaba a veinte por hora con parsimonia por la calle Gary y hacía como si buscara un número de la calle desde su taxi, a pesar de que ya había pasado al lado de la meta final de su viaje.

«Pero ¿qué está pasando aquí?»

Ya se había imaginado que el BMW no era de Ben, pues aquel carro no encajaba con ese pringado. ¿Quizá lo había robado?

«¡Joder, qué mierda!»

Dash vio por el espejo retrovisor cómo dos policías daban vueltas alrededor del coche como si se tratara del último modelo de Tesla. Probablemente estaban esperando al propietario o al equipo de aseguramiento de pruebas por si fuera necesario documentar el robo para un juicio futuro. Ya conocía de sobras todas esas chiquilladas.

«¡Mierda!»

Dash clavó el codo con ira en la consola central y giró a la derecha hacia la entrada de vehículos de un edificio de pisos de alquiler en cuya planta baja se habían establecido una peluquería y un chiringuito vietnamita. En la época en la que él estudiaba Economía, toda aquella superficie estaba ocupada por una librería, pero probablemente ya habían pasado los tiempos analógicos del

papel. No había nada que un estudiante moderno actual no pudiera procurarse en línea.

Por suerte para él. «De lo contrario mi modelo de negocio no funcionaría», pensó. Aunque era probable que hoy no fuera a hacer el esperado volumen de negocio a golpe de clic.

De acuerdo, el vídeo de la fuga de Ben del hospital no estaba mal, pero no era nada en comparación con el escenario que se había imaginado él a continuación: masas de gente cortando el camino a los nocheocheros. Cócteles molotov rompiendo cristales. Gritos. Y manos que agarraban la cara de Ben o separaban las piernas de la mujer, mientras otros le bajaban los pantalones entre alaridos.

Y ahora ni siquiera iba a poder filmar a las bestias ávidas de sangre haraganeando frente al refugio de sus víctimas y exigiendo al unísono su salida. Con toda seguridad ya habría un madero acomodado en la vivienda de la minusválida vigilando que sus protegidos no cometieran ninguna estupidez más.

—¿Está libre?

Dash, que no había visto llegar por el otro lado al inesperado cliente, se giró hacia atrás sin dar apenas crédito a sus ojos.

—¡Fuera de aquí! —exclamó y se desabrochó el cinturón mientras el hombre del traje a medida se dejaba caer en el asiento.

—¡Eh!, ¿por qué esa mala leche? —dijo riendo su antiguo socio, y añadió con voz chirriante—: Vengo en son de paz.

—Y una mierda.

Dash buscó a tientas la navaja plegable en el compartimento lateral.

—Tch, tch, tch —chasqueó la lengua en tono de burla Nikolai Vanderbilt mientras se pasaba la mano por el cabello engominado.

—¿Qué quieres? —preguntó Dash en tono de mosqueo.

—Proponerte un negocio.

—¿Desde cuándo volvemos a hacer negocios tú y yo?

Hubo un tiempo en el que Dash y Nikolai se repartieron el mercado de los vídeos de imagen real, si bien el primero fue siempre el estratega que se preocupaba por el desarrollo del modelo de negocio y actuaba más con la astucia que con los puños para procurarse el material gráfico, mientras que Niko, el loco de remate ataviado de día de fiesta, se lanzaba la mayoría de las veces a la acción sin ningún plan para conseguir las mejores imágenes ante la cámara.

Dash le había predicho a Niko que en algún momento tropezaría con su propio temperamento pendenciero y hacía dos años se había confirmado su profecía. Un único fotograma mal editado en el que su imagen se reflejaba en las gafas de la víctima a la que estaba apaleando y la policía descubrió su juego. Las pruebas eran demasiado débiles y el abogado demasiado caro para perder el caso, pero, pese a que Nikolai seguía sin tener antecedentes penales, quedó estigmatizado en ese mundillo. De vez en cuando suministraba algún material utilizable, pero el riesgo de las broncas por su culpa no compensaba muchas veces el aprovechamiento de sus vídeos.

—Tal como yo lo veo, estamos frente al mismo problema —afirmó ahora—. Los dos hemos conseguido localizar el paradero de nuestros tortolitos pero, ahora, la policía ha desbaratado nuestros planes.

—¿Cómo has dado con los nocheocheros? —quiso saber Dash—. La dirección de la hija no figura en ningún directorio público.

—Pero sí en los informes médicos del hospital. Ya sabes que estoy bien conectado en la red. No necesito adherir transmisores GPS en coches ajenos. Una llamada a un colega enfermero y obtuve la dirección. Ya estaba aquí antes que todos los demás. Quería ver cómo era el pisito por dentro. Pero justo cuando estaba desconectando el timbre de la corriente eléctrica para

comprobar si la puerta estaba conectada a alguna alarma, aparecieron los dos tortolitos.

Dash gruñó.

—Estabas bien conectado en su momento.

Ciertamente, durante un tiempo los contactos de Nikolai eran legendarios, algo que tenía que agradecer en última instancia a su buena cuna y a los medios económicos vinculados a ella.

Criado en el corazón del distrito de Zehlendorf como hijo de una familia acomodada de asesores fiscales, su paga semanal le bastaba para untar a personas de las que esperaba obtener algunas ventajas: a compañeros para que le prepararan las exposiciones de clase; a maestros para que no le pusieran problemas para pasar de curso; incluso a carteros para que, antes de que sus padres las vieran, tiraran las cartas azules que avisaban de que peligraba la aprobación del curso.

Después de graduarse, estuvo a prueba en un periódico sensacionalista y a lo largo de esa etapa aprovechó su dinero para montarse una red de informadores que ya habría querido para sí algún que otro servicio de información de la policía. Su aspecto de galán y su inofensiva y atractiva cara de yerno ideal lo conducían sin obstáculos a su transformación en un periodista de tabloide interesado tan solo en alterar emociones, un «estremeceviudas» como se dice en alemán. Al contrario que a la mayoría de sus colegas, a Nikolai hasta le divertía entregarse al nivel más reprobable moralmente del trabajo periodístico, el de estremecer a viudas. Por ejemplo, poco después de un trágico suceso, aparecía entre los parientes de los difuntos y, aun encontrándose estos todavía en estado de conmoción y de tristeza inmensa, conseguía sacarles una declaración para el periódico y una foto del fallecido.

Nikolai comprendió rápidamente el gran interés por parte del público en la

desgracia y en la miseria del prójimo. Y también entendió que una foto de un niño muerto aportaba más clics que la de un jubilado muerto de hambre en una silla de ruedas.

Por desgracia, por esa época conoció asimismo a su camello actual, con cuya ayuda no solo arruinó sus tabique nasal, sino al final también su mente.

Los padres de Nikolai pensaban que la cocaína había cambiado el carácter de su hijo convirtiendo a aquel chico cariñoso en un brutal matón callejero. Dash, en cambio, creía que el matón que había en él había estado esperando toda su vida para manifestarse. La cocaína solo había aflojado la cuerda con la que se había mantenido sujeta la bestia en el interior de Nikolai.

—Bien. Eso significa que tienes a un enfermero en tu nómina de sueldos, Niko. Eso no cambia en lo más mínimo el hecho de que no quiera hacer negocios con yonquis. Búscate otro cenutrio. Tus grabaciones no me interesan para nada.

—¿Y esto de aquí tampoco?

Nikolai se inclinó hacia delante y le puso el móvil ante sus narices.

Dash quiso agarrar rápidamente aquel teléfono inteligente, pero Nikolai lo retiró riéndose.

—¿Es en directo? —preguntó Dash excitado.

Nikolai sonrió mostrando los dientes con autosuficiencia.

—¿De dónde lo has sacado? —quiso saber.

—Da la vuelta a la manzana —dijo Nikolai con una sonrisa—. Y te explicaré mi plan.

Ben. 23.20

*Quedan 8 horas y 40 minutos
para el final de la noche del ocho*

Existen dos tipos de confianza en uno mismo. Aquella que se construye sobre éxitos por puro azar que su propietario, al avanzar sin problemas por la vida, a menudo no puede explicarse. Y luego está la confianza en uno mismo que se adquiere solo a través de duras derrotas. Pérdidas, golpes bajos y catástrofes que suelen ocasionar daños irreparables en el cuerpo y en el alma, pero también aquella certidumbre de la que puede manar la fuerza para seguir viviendo: por muy profundo que sea el agujero en el que caes, sigue habiendo siempre una vía para salir arrastrándote de él.

La confianza en uno mismo de Martin Schwartz pertenecía sin duda a este último tipo. Sin asomo de arrogancia ni presunción, aquel hombre fuerte de pelo negro irradiaba una confianza que casi podía agarrarse con las manos apenas entró en la vivienda. Para ese efecto no necesitaba ningún uniforme, ninguna arma, ninguna frase sonora.

Se quitó de los hombros un petate desgastado, lo colocó encima de la repisa de las llaves junto a la puerta y dijo casi sin emoción:

—Soy Martin Schwartz. Esta noche estarán ustedes bajo mi protección.

Su calma interior pareció transmitirse de inmediato a Ben. Sin titubear, entregó a Schwartz la pistola de gas cuando este se la pidió y observó con sorpresa cómo la descargaba.

Arezu, en cambio, mantuvo todavía la distancia debida mientras seguía a ambos hombres en el recorrido por toda la vivienda.

Schwartz inspeccionó cada espacio de la casa, empezando por las ventanas de la sala, cuyos cierres examinó uno por uno, siguiendo por el baño hasta el dormitorio contiguo que conducía al patio de bicicletas y cuyas persianas estaban igualmente bajadas. Miró por debajo de la cama y en el trastero semivacío, y abrió la nevera antes de regresar satisfecho a la sala de estar, donde pidió a Ben y a Arezu que tomaran asiento en el sofá.

—Esta situación tiene que ser muy angustiante para ustedes dos. —Se sentó en una silla que sacó de debajo de la mesa del comedor—. Y yo sería un mentiroso si les dijera que su temor es infundado. El mundo de ahí afuera está loco, y una parte de él quiere llegar hasta ustedes y destruirlos. Solo que las opciones de que sobrevivan indemnes esta noche aquí han mejorado algo desde que me abrieron la puerta. No porque yo sea Superman y pueda mantener a distancia a todos sus enemigos, pero he dirigido durante años las intervenciones del grupo de operaciones especiales de la policía y, cuando no estaba en primer plano como agente infiltrado, era porque estaba trabajando en la protección de testigos y de víctimas. Nunca he perdido a una persona de la que me hubieran encargado su protección en un casa segura y les prometo que no es mi intención empeorar mis estadísticas esta noche.

Durante su breve discurso se quitó una fina gabardina (al parecer estaba lloviznando fuera) y pidió a Arezu un pañuelo, con el que se secó algunas gotas de agua de la frente y de su descomunal nariz.

Schwartz no era ni guapo ni feo. En el fondo era el cantante ideal de una banda de rock, pensó Ben. Marchito, pero no descuidado; fuerte, pero no de gimnasio; con una melancolía en los ojos que para un cierto tipo de fans femeninas desataría un complejo de auxilio y, al mismo tiempo, el deseo de

arrancarle la camiseta, debajo de la cual imaginaban un torso lleno de cicatrices.

—Lo primero: entréguenme, por favor, sus teléfonos móviles —dijo Schwartz.

A pesar de la fórmula de cortesía, aquello sonó como una orden.

—¿Por qué? —preguntó Arezu levantando la barbilla con porfía.

—Seguramente tienen ustedes familia, amigos, conocidos. Personas que se preocupan y a quienes tal vez quieran hacer llegar algún mensaje. No lo voy a permitir.

—¿Quiere decir que nos impone la incomunicación? —preguntó ella con tono de insistencia.

Schwartz sonrió con indulgencia y no entró directamente en el reproche subliminal de agresividad de la estudiante.

—En la red todavía nadie sabe dónde se encuentra usted, señora Herzsprung. Y así debe seguir siendo.

—¡No revelaríamos a nadie esta dirección! —dijo Ben.

—Ya lo han hecho —le contradijo Schwartz—. Google, Amazon, Netflix y eBay saben con toda exactitud dónde se encuentran ustedes, tal vez incluso Niantic y Nintendo, en el caso de que estén suscritos a PokemonGo y no hayan desconectado los servicios de localización de sus teléfonos móviles. Yo no soy ningún experto en internet, pero sé que muchos de los locos que campan por ahí afuera sí que lo son.

Se levantó y fue a buscar su petate.

—Miren, mi estrategia para sobrevivir a esta noche es muy simple, pero solo funcionará si se atienen a este principio: permanecer aquí dentro.

Regresó adonde estaban ellos y extendió la mano con gesto suplicante.

—No deben abandonar esta vivienda. Ni física ni digitalmente. Si se atienen

a esta sencilla regla, la noche aquí será más agradable que en un crucero. Puedo prometérselo.

Ben comprendió la argumentación del policía, pero no le parecía bien cercenar la única conexión que tenía con Jennifer, por ejemplo.

—¡Tengo que estar localizable para Jule! —dijo cuando Schwartz señaló con el dedo el teléfono móvil que abultaba en el bolsillo delantero del pantalón.

—Y lo está. Pero ¡a través de mí!

Siguiendo un impulso, Ben solo entregó al policía su propio móvil. El segundo teléfono, el de Jule, lo dejó guardado en el bolsillo trasero del pantalón.

También Arezu titubeó, hasta que se plegó con desgana a esa exigencia.

—¿Qué armas tienen? —preguntó Schwartz después de hacer desaparecer los teléfonos móviles en su petate.

Ben señaló la mochila de Arezu y fue a buscar a la cocina el aerosol de gas pimienta.

—¿Por qué no nos permite conservar esto? —preguntó Arezu.

—Por su seguridad y por la mía.

Schwartz sonrió por primera vez desde su llegada. A Ben le llamó la atención que uno de sus incisivos tenía un color más claro que los demás.

—No quiero que hagan ninguna tontería en el caso de que sucediera algo aquí. Voy a serles sincero: no temo que nadie vaya a entrar en este lugar. Además de mí, hay otros dos policías de patrulla apostados frente a la residencia. Pero posiblemente les entre el miedo si algún loco intenta romper los cristales o arroja una bomba incendiaria contra la puerta. Y en ese caso no quiero respirar ningún gas irritante, ¿me entiende?

—Vale, pero ¿no estaríamos más seguros en una comisaría de policía? —quiso saber Arezu.

—No. Por un lado, yo tendría que sacarlos de aquí, y un transporte implica siempre sus riesgos. Por otro, una comisaría de policía es un edificio público; es mucho más difícil de controlar que esta casa de construcción reciente, con una seguridad relativamente buena. ¿O desean ir a una celda? —Se dirigió ahora a Ben—: No puedo garantizarle que estuvieran solos. Algunos de los reclusos en prisión preventiva son tal vez algo más crédulos que yo y puede que piensen que los rumores sobre sus inclinaciones se corresponden con la verdad. Por algunos de mis colegas, por cierto, tampoco pondría la mano en el fuego.

Ben levantó la vista sorprendido.

—¿De qué inclinaciones habla?

El policía suspiró.

—Voy a ser del todo sincero con usted, señor Rühmann. Cuando su padre me pidió que aceptara su caso, estuve a punto de negarme.

—¿Demasiado peligroso?

—Demasiado sospechoso.

Ben asintió con la cabeza.

—Lo comprendo. Desde que aparecí por primera vez en la página de la noche del ocho, me siento atrapado en una especie de pesadilla surrealista.

Schwartz se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—No me ha entendido bien. Quería decir que usted me resulta demasiado sospechoso, señor Rühmann. Soy padre y conozco muy bien lo que son los abusos. De hecho, a mi propio hijo le hicieron cosas horribles. Pero su padre me convenció para que no hiciera caso de las mentiras que corren por la red.

—¿Qué me está tratando de atribuir equivocadamente? —dijo Ben, consternado por la monstruosidad que le reprochaba el policía.

En ese momento comenzó a temblarle la mano. Al mismo tiempo percibió cómo se ruborizaba por la vergüenza. Miró a la derecha, hacia Arezu, quien

esquivó su mirada como si de pronto le resultara incómodo estar sentada a su lado. Sin embargo, no llegó a levantarse.

Schwartz producía una impresión de perplejidad sincera.

—¿No ha visto el vídeo más reciente? —preguntó frunciendo el ceño.

Ben negó enérgicamente con la cabeza.

—¿Qué vídeo?

El policía volvió a meter la mano en el petate y extrajo una tableta-ordenador. En un lateral estaba metido un USB con el logo de la policía en la carcasa.

—No se preocupen. La conexión es segura —dijo y completó lacónicamente —: En todo caso, conforme a las normas del Senado de Berlín.

Schwartz se levantó y Ben lo siguió hasta la mesa del comedor, donde depositó el ordenador.

Mientras el policía pasaba la mano por la pantalla hasta que se mostró la página de la noche del ocho, a Ben le sobrevino una angustia similar a un *déja-vu*. Tuvo la sensación de que no era Schwartz, sino él mismo quien estaba abriendo esa página. Incluso la visión del menú de color rojo sangre sobre un fondo negro le pareció tan familiar de pronto como si ya lo hubiera visto antes del día de hoy. Solo que no sabía dónde.

La angustia de Ben volvió a incrementarse cuando apareció una ventana de vídeo del tamaño de un posavasos de cerveza y en la imagen fija de inicio reconoció una cara que había visto hacía cuatro años una única vez y después no había vuelto a contemplar nunca más. Y, sin embargo, la visión de esa mujer de unos cincuenta años, de pelo cano, le era terriblemente familiar. Le había estado persiguiendo en numerosas pesadillas muchos años después del accidente de coche en el que Jule perdió sus piernas.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó Ben, que sabía lo que iba a venir ahora.

Por el rabillo del ojo percibió cómo se acercaba Arezu por detrás y miraba por encima de sus hombros.

—¿Cómo han dado con esa mentirosa?

Schwartz se encogió de hombros.

—Ni idea, pero la manada que está en plena caza de ustedes ha reunido ya una cantidad enorme de informaciones. La mayoría de ellas son aburridas, pero algunas son muy picantes, como este vídeo, que se ha hecho viral. Hace ya rato que no solo se encuentra en el foro de la noche del ocho, sino en casi todas las redes sociales. Y desde hace unos pocos minutos está incluso en las portadas de las revistas y de los canales de televisión presuntamente serios.

Schwartz le dio al play y la imagen fija se puso en movimiento.

La mujer, cuyo nombre (Dagmar Hehnrich) figuraba en la parte inferior del vídeo, se retiraba, nerviosa, un mechón de pelo de la cara. La imagen tenía la típica calidad de las webcams que todo el mundo conoce de los videochats o de los vídeos que uno se graba a sí mismo. El comienzo estaba cortado. Empezaba en mitad de una frase.

«... y así fue. Su hija, es decir, Jule, declaró a los médicos que la trataban: “Me tocó”. Por ese motivo nos pusimos a trabajar en la oficina de protección de menores. Bueno, si me lo pregunta, yo ya no trabajo allí...»

—¡Porque exigías dinero a las familias para que no te llevaras a sus hijos!
—exclamó Ben, airado, y su berrido superó el volumen en la pantalla de la antigua trabajadora social, así que no pudo oírse la continuación de la frase.

«... para mí es claramente culpable. Solo presentó una denuncia entonces contra el mánager para excusarse. ¡Incluso tuvo que retirarla!».

Porque se lo pidió Jule. Ella no tenía fuerzas para soportar un juicio en el que se confrontaría una declaración con otra.

«Ben Rühmann le hizo algo a su hija en el coche y al mismo tiempo perdió el control sobre su vehículo —siguió mintiendo aquella persona tan

desagradable—. Y ahora ella sufre una gravísima discapacidad porque Benjamin Rühmann, ese pederasta, la sobó. Fue un acto irresponsable permitirle permanecer con la familia.»

—¡Eso es una tergiversación absoluta! —gritó Ben como si le sirviera de algo chillarle a un ordenador.

La mentirosa de la pantalla terminó casi sollozando:

«Vosotros mismos veis adónde ha conducido esto. La pobre chica ha intentado quitarse la vida.»

La grabación acababa en ese momento.

—Oh, por Dios.

Ben se giró hacia Arezu, que seguía estando pálida. A pesar de ello, esta vez no le esquivó la mirada, aunque sus ojos estaban llenos de preocupación y dudas.

—Jule lo dijo, es cierto —confesó Ben, que sudaba y en ese momento lo habría dado todo por una copa—. ¡Pero no fui yo! —Se giró hacia Schwartz—. Fue John-John, es decir, mi mánager. Quise pegarle y...

Ben cerró los ojos. Todo aquello no tenía ningún sentido. Dijera lo que dijese, la duda ya había quedado sembrada. ¿Por qué iba a tomárselo a mal? Incluso Jennifer necesitó su tiempo para creerle y, en el fondo, no estaba seguro de si la frase «me tocó» no había sido al final la causa de su separación.

Ben regresó al sofá arrastrando los pies y se dejó caer sobre los cojines.

—Mierda. Con esto queda perfectamente claro con quién la han tomado más —se dijo a sí mismo, pero en voz tan alta que Arezu y Schwartz tuvieron que oírlo por fuerza—. Ahí afuera no solo hay unos locos que quieren ganarse diez millones, sino que además me tienen por un pederasta que se merece la muerte.

Cuando Ben tenía doce años, lo pillaron robando chuches en un colmado cerca de la calle Reichs que asombrosamente seguía existiendo en la actualidad, al contrario que muchos de los productos que Ben había comprado allí en su niñez, como las patatas fritas Peng, las chocolatinas Banjo o aquella bolsa de Treets que él se metió en la bolsa de deporte bajo la atenta mirada de la dueña de la tienda.

Aquel otoño de hacía ya casi tres décadas tuvo que encarar la última vez que le habían castigado con no salir de casa. Hasta el día de hoy. Y, sin embargo, el que les había impuesto Martin Schwartz a él y a Arezu era en un punto más severo que la antigua medida disciplinaria de sus padres. Al menos ellos le permitían ver media hora de televisión al día.

Schwartz, en cambio, tenía miedo de que el televisor con conexión a internet de Jule emitiera datos inadvertidamente. Por ese motivo había sacado los enchufes de todos los aparatos eléctricos con la sola excepción de las lámparas.

—Esto puede parecer algo exagerado a sus ojos —explicó mientras examinaba a continuación las cajas de enchufe por si en ellas estuviera oculto algún amplificador de la señal de wifi, después de haber encontrado el router en el cuarto trastero y haberlo desconectado de la red—. Pero nosotros nos atenemos a la premisa «Mejor paranoico que muerto».

—Gracias. Mandaré que me estampen esa frase en una camiseta si es que no me ingresan en el frenopático después de esta noche —dijo Ben.

Había querido parecer un chiste desenfadado, pero simplemente sonó a

amargura. No obstante, Arezu se rio, aunque no con mucha alegría.

Desde que Schwartz estaba allí, ella se había ido recluyendo cada vez más en sí misma y parecía no seguir las conversaciones de los otros dos, ni mucho menos participar en ellas. En cambio, había comenzado otra vez a rascarse las cicatrices de los brazos.

—¡Vamos, ánimos, hombre! —dijo Schwartz mientras estaba retirando el teléfono fijo inalámbrico de la estación de carga que había en la zona de la entrada, seguramente para sacarle la batería, cuando un timbrazo estridente hizo que todos se sobresaltaran.

A Arezu se le escapó un leve grito, mientras que Schwartz ni siquiera pestañeó.

—Usuario desconocido —dijo observando el teléfono en su mano.

Se llevó la mano al cinturón, sacó un aparato de radio de su pantalón multiusos y pulsó el ancho botón del lateral para hablar:

—¿Algo nuevo ahí afuera?

La respuesta de su colega llegó rápidamente:

—Sin novedad.

—De acuerdo, gracias.

Schwartz se dirigió con el teléfono a la sala de estar. Una parte de Ben deseaba que aceptara la llamada para acabar con aquel ruido que le destrozaba los nervios y, además, para satisfacer su curiosidad sobre quién podía estar al otro lado de la línea. La voz de la razón, por el contrario, suplicaba ignorar a aquel usuario desconocido.

Schwartz esperó dos timbrazos más del teléfono y luego descolgó.

—¿Sí?

Puso cara de póquer. Ben buscó alguna señal: un parpadeo, un pequeño estremecimiento en la boca o en las comisuras de los ojos, pero no hubo nada.

—De acuerdo, comprendo.

Del tono de su voz tampoco podía inferirse si Schwartz estaba hablando con uno de los cazadores psicópatas de la noche del ocho o con una de las compañeras de Jule.

Ben contaba con que Schwartz les haría en cualquier momento una señal para que se callaran (si bien ya estaban en silencio), que diría algo para mantener en línea a su interlocutor para algún dispositivo de interceptación de la llamada (el cual, presumiblemente, no había sido instalado) o que colgaría para no tener que oír por más tiempo aquellas peroratas amenazadoras.

Con lo que no había contado para nada era con que el policía sonriese y le tendiese el teléfono.

—Para usted.

—¿Para mí?

—Su mujer, Jennifer. Su padre la ha informado. Desea hablar con usted.

Ben cerró durante un instante los ojos con alivio.

Dio la espalda a Schwartz y a Arezu, y sonrió al coger el auricular.

—Hola, Jenny —dijo él—. Qué bueno oírte.

Poco después algo se moría dentro de él.

—No diga nada ahora, señor Rühmann —susurró una voz, que de esa manera sonó más amenazadora que si el hombre del otro extremo de la línea le hubiera gritado—. No cometa ninguna estupidez, Benjamin. Haga todo lo que le pido, de lo contrario su familia se verá reducida en un miembro. Diga ahora: «Vale».

Ben hizo lo que le ordenaban. De manera mecánica. Con una dolorosa presión en los oídos.

—Vale.

—Muy bien —le elogió aquella voz gangosa que le resultaba vagamente conocida. Sin embargo, no fue capaz de identificarla debido al susurro

sibilante—. Ahora mueva los labios como si sonriera y diga: «No te preocupes, estoy en buenas manos».

Ben trató de seguir las indicaciones, repitió también esta frase y cosechó un gruñido de aprobación. Se dio la vuelta y se atrevió a dirigir una mirada a Schwartz, que estaba sentado a la mesa del comedor frente a su tableta. Desde el sofá, Arezu tenía la mirada fija en la pantalla vacía del televisor y se rascaba las muñecas.

Ninguno de los dos lo estaba observando. A nadie le llamó la atención que estuviera en una situación apurada.

—Y ahora vaya al lavabo y llámeme como muy tarde dentro de tres minutos desde su teléfono móvil. —El hombre le dijo un número que Ben apenas fue capaz de memorizar por la agitación. El extorsionador volvió a repetírselo y continuó—: No cometa ningún error. No haga ninguna tontería. No hable con nadie. Ni con su perro guardián, ni con su compañía femenina. Simplemente vaya al baño. Enciérrese en él y llámeme. Créame, será mejor que no quiera saber lo que puede suceder si no lo hace. Si lo ha entendido todo, entonces diga ahora: «Sí, claro, Jenny, claro que me cuidaré».

Ben asintió con la cabeza y le entraron náuseas al plegarse de nuevo a la orden de aquel desconocido. De manera muy concreta se sintió fatal al pronunciar las últimas cinco palabras que el hombre le exigió que añadiera.

—Gracias —dijo Ben—. Eres muy amable conmigo.

Colgó y sintió ganas de vomitar.

—¿Qué ha hecho con Jenny?

—Nada. No conozco a su mujer —dijo el hombre, a quien acababa de devolverle la llamada tal como le había ordenado.

El baño era el doble de grande que el de su vivienda provisional actual, con un plato de ducha sin escalón y abundante espacio para maniobrar con una silla de ruedas. Al instante, Ben se agarró a los asideros junto al retrete para no perder el equilibrio. La camiseta sudada se le pegaba al cuerpo igual que la lengua al paladar.

—No sé dónde está su mujer en estos momentos, y ella tampoco me interesa.

La mirada de Ben vagó hasta la bañera. Estaba provista de asideros laterales y sobre la cabeza, así como de una puerta de ala de gaviota que se abría hacia arriba, igual que las de un coche deportivo caro, para posibilitar el acceso a la persona en silla de ruedas. Habría querido tumbarse allí dentro y dejar que el agua le cubriera la cabeza hasta no oír más la voz de aquel extorsionador.

—No le creo. ¿Con quién acaba de hablar el policía?

—Con una transeúnte que se ha ganado cincuenta euros por ayudarme en un bromazo de una despedida de soltero.

Ben se desplomó, abatido, sobre la tapa del retrete. «¿Un bromazo?»

Por lo visto había numerosas personas que contemplaban su vida como un juego mórbido y lo tenían a él por un personaje al que podían azuzar de un horror a otro para la diversión general.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó y sintió miedo de la respuesta.

—No se preocupe. No quiero su muerte, como puede que usted crea.

—Entonces ¿qué?

—Salga de esa vivienda.

—No.

Ben negó con la cabeza y se levantó. Se acercó al lavamanos de altura regulable y se apoyó en el borde con una mano. El espejo le mostró un hombre enfermo, trasnochado, con un sarpullido de calor en la cara.

—Respuesta equivocada —dijo el extorsionador—. Va a salir de esa vivienda ahora mismo. Sin el policía. Pero con Arezu.

—¿Y si no lo hago?

Ben oyó la señal electrónica de la recepción de un SMS.

—Abra el enlace que acabo de enviarle.

Tras esta frase se cortó la llamada.

Ben se apartó el teléfono móvil de la oreja. El mensaje de texto llegó sin indicador de remitente. Clicó sobre la línea de letras azules con un subrayado continuo y la pantalla del teléfono inteligente se puso primero de color negro y luego verde hasta mostrar finalmente la habitación de un hospital.

«¡Jule!»

Ben quiso gritar y solo pudo impedirlo mordiéndose la mano.

—¿Todo bien? —oyó exclamar Ben al policía por fuera, a quien poco a poco estaba empezando a llamarle la atención que su protegido necesitara estar tanto tiempo en el baño.

—Sí —respondió Ben con la voz ronca.

«No, no hay nada bien.»

—¡Pues por la voz no lo parece!

Cerró los ojos. Se enjugó el sudor de la frente.

—Lo siento, los sucesos han afectado probablemente a mi estómago —soltó Ben, y al parecer, Schwartz se dio por satisfecho con la respuesta.

Esta también se correspondía con la verdad. En ese instante, mientras Ben contemplaba a su hija inmóvil en la habitación del hospital, conectada a los equipos de soporte vital, su estómago se le volvió del revés.

Le vinieron las arcadas cuando tuvo claro que esa grabación era en directo, pues la resolución de la cámara de vigilancia montada dentro o al lado del televisor era tan buena que podía ver la hora en el monitor situado al lado de la cama de Jule.

Coincidió exactamente con la de su teléfono móvil.

El teléfono inteligente, configurado con el modo silencio, vibró en su mano; al mismo tiempo desapareció la transmisión en vivo de su hija en coma.

Ben pulsó la tecla de «aceptar» con mucha firmeza, como si quisiera atravesar el teléfono.

—Deje a Jule en paz —dijo entre dientes.

—Me temo que eso ya no es posible.

Ben formó un embudo con la mano libre encorvada en torno al micrófono y, a continuación, habló lo más alto que podía sin despertar la atención de Schwartz, que estaba apostado delante de la puerta del lavabo:

—Voy a colgar ahora mismo y a informar a la policía y al hospital.

—Si hace eso, Jule morirá.

—Aparten sus manos de ella.

—Demasiado tarde.

Ben se miró al espejo. El hombre que estaba en él había vuelto a envejecer.

—¿Qué le han hecho?

Notó el sonido de cuero al chafarse, como si el desconocido del teléfono se deslizara sobre una butaca de cuero; al mismo tiempo, Ben creyó oír sonidos de la calle. Un automóvil circulando, un claxon suave de fondo. Un escenario acústico demasiado cotidiano para el horror que le sobrevino con las siguientes frases del extorsionador:

—A su hija se le ha suministrado un veneno de gran eficacia. Produce la muerte, pero no de manera inmediata. Los primeros síntomas se presentan en las horas siguientes, pero incluso entonces siguen sin representar una amenaza para la vida.

»Y es que existe un antídoto muy bueno. Ahora bien, querido Benjamin, en el caso de que usted informara a la policía, al hospital o a cualquier otra persona, me enteraré de ello. Tal como puede ver, hemos hackeado la cámara de televisión y podemos observar a Jule las veinticuatro horas del día. En

cuanto la trasladen de habitación, le hagan un lavado de estómago o le suministren carbón activo (que por cierto en este caso no serviría de nada), en cuanto los médicos le den algo que se salga de lo rutinario, hago las maletas y no volverá a oír hablar de mí. Y eso significa que no sabrá nunca qué le hemos suministrado exactamente a su querida Jule.

«¿Veneno?», gritaba Ben en su cabeza.

Pero si ella está ingresada. Si ese loco estuviera diciendo la verdad, en ningún otro lugar podían ayudarla con más rapidez que en ese hospital universitario muy especializado.

—Sé lo que está pensando ahora —dijo el desconocido de la voz nasal chirriante y desagradablemente familiar—. Pero, créame, los médicos del Hospital Universitario Virchow tienen escasas posibilidades de averiguar en poco tiempo qué sustancia se encuentra en el torrente sanguíneo de Jule. Es tarde. Fin de semana. El laboratorio apenas tiene gente. Un análisis dura horas y hay muchísimos venenos. Y muy poco tiempo. Puede que los médicos consigan averiguarlo a pesar de todo. Podría ser. Pero es más que probable que tanteen en la oscuridad e introduzcan medidas equivocadas que al final no hagan sino empeorar aún más las cosas... Bueno... —El extorsionador chasqueó con la lengua—. Usted decide.

—Está tirándose un farol.

—Puede ser. Pero ¿y si no es así?

Ben no quería ni pensarlo. La vida de Jule pendía ya de por sí de unos finísimos tubos. No podía permitir que algo dañara o incluso cortara esa frágil conexión. Por otro lado, los extorsionadores solían romper en poquísimos casos su parte del acuerdo.

—Supongamos que está diciendo la verdad. ¿Qué me garantiza que va a cumplir su palabra y me revelará finalmente el antídoto?

—Nada —admitió con franqueza el desconocido—. Solo puedo garantizarle

que pondrá en juego la vida de Jule si cuelga ahora. ¿Le gusta jugar, señor Rühmann?

«No.» No, cuando se trata de apostar. Mujeres, alcohol, drogas blandas. Tenía muchos vicios, pero los juegos de azar no se contaban entre ellos, y en absoluto cuando la apuesta era la vida de su hija.

—Con lo único que me gusta jugar es con los bombos —dijo Ben con rabia entre los dientes—. Me encanta atizarlos.

El hombre al otro extremo de la línea se rio y, con ello, quedaba tomada la decisión. Era muy probable que Ben se las estuviera viendo con un mentiroso profesional. Seguramente Jule no estaba envenenada, pero si colgaba ahora nunca sabría de qué iba la cosa. Tenía que mantener la conexión para averiguar quién le estaba extorsionando. Solo así tenía una posibilidad de dar con ese hombre y de procurar que no pudiera resultar una amenaza para ninguna otra familia.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Ben en consecuencia.

—Ya se lo he dicho: salga de esa vivienda.

—Pero ¿por qué?

—Es muy sencillo: quiero que continúe el juego.

A Ben le asaltó un pensamiento perturbador.

—¿Es usted Oz?

—¿Cómo dice? —La voz del hombre sonó confundida—. No, pero si desea darme un nombre, puede llamarme así con mucho gusto.

—¿No ha inventado usted la noche del ocho?

—Por desgracia no puedo llevarme la corona de laurel por esa ocurrencia genial, pero déjeme formularlo de esta manera: mi papel es corregir los errores que han cometido los inventores de la noche del ocho. ¿Dónde está la diversión en el juego si la presa se encuentra bajo protección policial?

—¿Qué beneficio saca de todo esto?

—Eso no le importa. Así que le repito: salga de esa vivienda. Llévese consigo a Arezu y ese teléfono móvil, y espere las indicaciones. Si sobrevive a la noche del ocho, mañana a las ocho en punto le diré con qué sustancia hemos infectado a Jule.

—Estoy encerrado aquí —protestó Ben—. ¡Nos vigilan!

Como si hubiera pronunciado la palabra clave, Schwartz volvió a llamar a la puerta del baño y preguntó:

—¿De verdad está todo bien ahí dentro?

—Sí, sí.

Ben abrió el grifo.

—Un policía —susurró él.

—Está bien que mencione este detalle. Si se le ocurriera poner esto en conocimiento de ese hombre, me enteraré. Un policía se atiene a las reglas del juego. Informará al hospital. Los médicos irán a ver a Jule. Yo me daré cuenta de ello y desapareceré de su vida. También sabré si la policía les sigue, cosa que ellos harán si usted les pone al corriente. Así que piénsese muy bien a quién le dice qué cosas. Y plantéese una cuestión.

—¿Cuál?

—¿Qué ocurre si yo me hallo muy cerca de usted, en el jardín, en el edificio, en el piso de arriba? —Ben miró instintivamente el techo del baño—. ¿Qué ocurre si oigo cada una de sus conversaciones con su amiga o su vigilante?

—¿Qué ocurre si está tirándose de nuevo un farol? —contraatacó Ben.

—¿Se refiere al timbre estropeado de la puerta, en la que ahora se esconde un micrófono de pared con el que puedo oír incluso cuando usted se tira un pedo? ¿Es eso también un farol?

A Ben le daba vueltas la cabeza. Esa conversación parecía propia de un

sueño, solo que por desgracia no iba a despertarse de un momento a otro con el corazón palpitante.

—Haga que se largue su guardián junto con los dos policías de la calle. Tienen que marcharse, y antes de que lo haga usted. Tiene cinco minutos para ello.

«¿Cinco minutos?»

—Es un miembro del grupo de operaciones especiales. ¿Cómo voy a librarme de él tan rápidamente?

—Es problema suyo —se rio el psicópata al otro extremo de la línea—. Pero no piense en soluciones demasiado complicadas.

Colgó con una risa entre dientes.

Ben fijó la vista en el lavamanos y observó cómo el chorro de agua golpeaba en la cruceta de acero inoxidable para desaparecer borbotando a continuación por el desagüe. Deseó poder hacer lo mismo. Licuarse, dejar el horror tras él. Desaparecer de aquella vivienda, o mejor aún, de su vida. Incluso una cloaca le parecía en esos momentos un lugar mejor que este baño.

«¿Qué hago? ¿Qué hago ahora?»

La preocupación por Jule casi le había dejado inutilizado el entendimiento. Sin embargo, el hecho de pensar en su hija lo apremiaba también a controlarse.

¿La habían envenenado de verdad? Podía ser una mentira para atraerlo a una trampa. Pero por otro lado... quien era capaz de cablear una habitación de hospital bien podía suministrar sin problemas una inyección. El riesgo era demasiado grande para ignorarlo.

«Ahora bien, ¿cómo puedo conseguirlo?»

¿Salir de aquella casa? ¿Contra la voluntad del vigilante?

«¡Imposible!»

Schwartz era más fuerte y aguerrido. Ni se planteaba una pelea y él se había quedado todas las armas.

«¡Lo único que tengo es este móvil!»

Ben reflexionó sobre si debía atreverse a enviarle un SMS a su padre, pero a pesar de que hoy mismo había marcado ese teléfono, ya no se acordaba de él, y tampoco estaba registrado en el móvil de Jule. El único número que se sabía de memoria era el suyo propio.

En un arranque de pura desesperación se envió un SMS a sí mismo y, mientras el policía gritaba su nombre fuera del lavabo, Ben tuvo de repente una idea, ridícula y loca por igual, pero una idea al fin y al cabo.

Abrió el cajón instalado junto al lavamanos y entre lápices de ojos, quitaesmaltes, discos de algodón y colorete, buscó las pastillas de flupirtina que Jule tomaba de tanto en tanto cuando sentía dolores musculares.

Y que siempre la dejaban muy cansada.

Aparte de no encontrarlas (Jule no parecía guardar sus medicinas en el cuarto de baño), Ben tampoco estaba seguro de cómo podría lograr suministrárselas a Schwartz en una dosis que lo adormeciera. El policía estaba más que preparado para ese tipo de intervenciones y seguramente cargaba en el petate sus propias provisiones. No habría manera de persuadirlo para que se tomara él solo medio litro de café bien amargo.

«¡Qué imbecilidad!»

Ben volvió a cerrar con furia el cajón con los artículos de maquillaje.

«¡No piense en soluciones demasiado complicadas!», oyó la voz del extorsionador como un eco recordatorio.

«¿Un cuchillo de la cocina? ¿Utilizar el hervidor de agua como arma?» Jamás en la vida se le ocurriría herir o incluso escaldar a un inocente. Lo de Arezu había sido en un momento de arrebató y en legítima defensa.

«¿Salir a la carrera de la casa?»

—¡Si no sale ahora mismo, abriré yo la puerta! —gritó Schwartz por fuera, sin enfado, pero con decisión.

«No.» Para una carrera, llevando además a Arezu de remolque, él no era lo bastante rápido. Y afuera estaban apostados los colegas de Schwartz.

«A no ser que...»

A Ben se le pasó por la cabeza una solución de una sencillez escandalosa y no pudo encontrar ningún error en su razonamiento.

Volvió a abrir el cajón, cogió un lápiz de ojos y liquidó el primer punto de su plan.

—Cuento hasta tres y tiro la puerta abajo... —oyó avisar al policía, sin prestarle atención.

«¿Acaso eran las cosas tan fáciles?»

—Uno...

Ben activó la cámara de vídeo de su móvil prestado.

«¿Es esto lo que quería decir el extorsionador?»

No piense en soluciones demasiado complicadas.

—Dos...

Ben no tenía ni idea de si era así, pero tampoco tenía ninguna alternativa.

—¡Tres!

Con la esperanza de no estar cometiendo el error más tonto de su vida, abrió la puerta del cuarto de baño.

Schwartz era lo bastante profesional para no formular preguntas retóricas del tipo: «¿De dónde ha sacado ese teléfono móvil?» o «Qué estaba haciendo ahí dentro?». Siguió fiel a su línea directa y clara, y se limitó a preguntar:

—¿Qué va a hacer?

—Salir —le respondió Ben, también sin ninguna floritura.

Arezu, que se había levantado de su asiento en la cocina y se había acercado hasta donde estaban ellos, lo miró con los ojos como platos. Abrió la boca pero permaneció en silencio. Llevaba en la mano un vaso de agua y algo en esa imagen perturbó a Ben, aunque en ese preciso momento no tenía ni el tiempo ni el temple suficientes para indagar en esa extraña sensación. Tenía que emplear todas sus energías en llevar a cabo su misión suicida.

—¿Y por qué enfoca su teléfono hacia mí? —quiso saber Schwartz.

—Tengo miedo de que no me deje marchar.

Schwartz se encogió de hombros.

—¡Es por su propia protección! —El policía señaló a la derecha a lo largo del pasillo en dirección a la puerta de casa y dijo entonces algo que se sobreentendía de toda la situación—: Ahí afuera ya no podré ayudarlo.

—Lo sé, pero soy una persona adulta y un hombre libre. Puedo decidir por mí mismo si quiero o no ayuda. Usted no puede retenerme en contra de mi voluntad. De lo contrario cometerá un delito de detención ilegal.

Esta era la idea que se le había ocurrido. Simple, sencilla. Nada de lucha, nada de astucia, nada de fuga. Simplemente salir por la puerta de la calle. Algo carente por completo de complicaciones.

—Eso es correcto. No puedo retenerlo si usted quiere marcharse —le dio la razón Schwartz. Señaló el teléfono móvil que Ben sostenía—. Supongo que estará grabando esto como prueba, ¿no es así?

—Sí, en Facebook —mintió Ben.

En verdad no tenía ni idea de cómo podía montarse una conexión en vivo con tanta celeridad. Pero el farol funcionó.

—Bien. Como usted desee.

Schwartz volvió a ahorrarse frases absurdas del tipo: «Está cometiendo un error» o «Recupere el juicio». Parecía saber cuándo tenía sentido continuar una argumentación y en qué momento se había tomado ya una decisión irrevocable.

—¿Y qué sucede en su caso? —preguntó a Arezu.

Ben pensó que la confusión la había dejado sin habla, pero entonces ella le preguntó con una voz clara y firme:

—¿Qué ha sucedido ahí dentro? —Señaló con un movimiento de la barbilla en dirección al cuarto de baño—. ¿Quién te está presionando?

«Nadie», iba Ben a mentir pero, entonces, la pregunta de Arezu le hizo cambiar la respuesta.

—Oz.

—¿Oz? —preguntaron Schwartz y Arezu como una sola voz.

El policía lo hizo en tono de alarma. La estudiante, con una agitación tal que se le cayó el vaso. Aterrizó en el parquet sin romperse y su contenido le salpicó las perneras de los pantalones.

—Sí —confirmó Ben—. Oz.

Hasta el momento no había sabido cómo podría lograr cumplir la segunda parte de la orden y hacer que Arezu se uniera a él para huir de aquella casa segura. Con esta otra mentira la cosa se había vuelto un juego de niños.

—Oz ha contactado conmigo —dijo a Arezu mientras la miraba con firmeza

a los ojos—. Quiere vernos.

La despedida no fue nada memorable. Ben había contado con una mayor resistencia, pero Schwartz se limitó a agarrar su petate y a llevarse la mano a la frente en señal de despedida.

Se produjo una pequeña confusión cuando Ben le tendió la mano en la puerta y Schwartz no se la estrechó hasta después de un breve titubeo.

—Mucha suerte —dijo después, y desapareció con su petate por la escalera principal.

Arezu y Ben esperaron todavía dos minutos, antes de atreverse a salir también al exterior.

Durante esos minutos escudriñaron en la red en busca de los datos más actuales que se habían filtrado sobre su paradero. Ben descubrió que una horda de autodenominados «cazadores» habían averiguado tanto su último domicilio como su lugar de pernoctación ocasional en la casa de Tobias en el barrio de Wedding. Un grupo de personas, en su mayor parte encapuchadas, se habían autorretratado en las puertas de las casas y en los patios interiores, algunas con camisetas de la noche del ocho que habían estampado ellas mismas. Frente a la vivienda de Arezu, en el barrio de Lichtenrade, las cosas no tenían mejor aspecto. Media decena de personas se habían reunido en la estación de cercanías de Schichauweg y se habían dirigido a la vivienda de alquiler de la calle Barnet subiendo fotos y vídeos a la red. Tanto en la página de la noche del ocho como en Facebook había un mapa interactivo que estaba plagado de banderitas rojas allí donde los cazadores suponían que se hallaban los nocheocheros. Señalaban lugares en la plaza Potsdam, en el aeropuerto de

Schönefeld, en Erkner, en Spandau, en Tegel y en Marzahn, pero no en la ciudad universitaria. Y, de hecho, nadie los acechó mientras caminaban a buen paso por la calle Gary, en el barrio de Dahlem, en dirección al campus. Ni siquiera los dos policías a quienes Schwartz había informado por radio todavía desde la vivienda sobre la cancelación de la misión. Justo a tiempo, antes de expirar el ultimátum de los cinco minutos.

—¿Dónde dices que está el automóvil? —preguntó Arezu.

Lloviznaba ligeramente y las gotas hacían que el olor de la hierba recién segada de los jardines delanteros de las casas se extendiera por todas partes.

Ben abrió otra vez el SMS que hacía pocos minutos le había enviado el extorsionador.

Vayan en dirección al coche que he puesto a su disposición.

—Frente a una cafetería —dijo él.

—Debe de ser la que está en la esquina —dijo Arezu y aceleró el paso.

El viento empujaba con violencia las anchas perneras de sus pantalones. Se protegió la cara con la mano contra la lluvia. A la luz de las farolas de la calle producía, por detrás, la impresión de un monje vestido de negro rapado al cero que había exagerado sus votos de ayuno.

«Y yo probablemente parezco la muerte pisándole los talones.»

Ben redujo la distancia que lo separaba de ella.

En efecto, justo enfrente de una cafetería francesa en la confluencia de las calles Ihne y Gary había un Mercedes de color marfil. Sorprendido de que fuera un taxi, Ben se acercó al automóvil y percibió el calor del motor cuando estuvo delante de él.

La puerta no estaba cerrada y la llave estaba metida en el contacto.

—¿Y ahora?

Ben y Arezu se miraron un instante; a continuación, Ben dio una vuelta

alrededor del automóvil. No quería volver a cometer el mismo error, de ahí que esta vez abriera también el maletero, en el que, sin embargo, solo había una silla de bebé, unos cables de arranque y dos chalecos reflectantes.

Cuando lo cerró, vio que Arezu se había subido ya por el lado del copiloto.

—Deberías echarle un vistazo a esto —dijo ella.

Ben se sentó a su lado y cerró la puerta del conductor. En el interior olía a limpiacristales y a cuero.

—Oz está jugando con nosotros —continuó ella y le alcanzó un posit que estaba pegado en el salpicadero.

«En el reposabrazos encontrarán lo que necesitan ahora con mayor urgencia», leyó Ben.

Él abrió con desconfianza la tapa de la consola central.

—¿Un cargador? —preguntó Arezu al extraer un cable, el único objeto que había en el compartimento.

—Por lo visto quiere permanecer en contacto con nosotros —dijo él. El cable estaba conectado al encendedor. En el otro extremo se bamboleaba un adaptador universal para casi cualquier tipo de móvil. Incluso para el teléfono que Ben conectaba ahora—. Y para ello no quiere que se nos agote la batería.

Apenas Ben introdujo la clavija en el enchufe, entró otro SMS.

—¿Es de él? —preguntó Arezu agitada. Sus mejillas habían perdido la palidez de antes.

Ben asintió con la cabeza y leyó el mensaje.

Después tuvo la certeza de que iba a matar a su autor.

—¿Qué sucede? —preguntó Arezu mientras Ben mantenía los párpados cerrados con firmeza.

Antes de tenderle el teléfono móvil, Ben decidió ponerle al corriente de la situación para que entendiera la trascendencia del mensaje.

—¡Tiene a mi hija en su poder!

—¿Secuestrada? —Arezu negó con la cabeza—. No, eso no va con él. Oz es un friki de la técnica. No osaría jamás secuestrar a una persona. Ni tampoco tiene cómplices que pudieran hacerle el trabajito. Siempre actúa solo. Debes de estar equivocado.

La energía con la que se puso de lado de Oz sonó casi como si lo defendiera.

Ben tuvo que recordar que la había engañado y que el SMS no venía de parte de Oz. Al menos si el extorsionador decía la verdad en lo relativo a su nombre.

—Por eso Jule sigue estando en la unidad de cuidados intensivos —explicó Ben—. Ha conseguido que la envenenen de alguna manera.

Repitió lo que le había dicho el anónimo extorsionador: que los primeros síntomas aparecerían en el transcurso de la noche del ocho y que podría utilizarse un antídoto siempre y cuando se supiera qué sustancia tóxica le habían suministrado por vía intravenosa.

—Eso suena más a su estilo —confirmó Arezu meditabunda. Se rascó el cogote pelado sumida en sus pensamientos—. Supongo que ha manipulado el ordenador encargado del cálculo de las dosis de medicamentos. En la actualidad, eso está completamente automatizado.

Ben no pensaba que se tratase de eso, pero dejó que Arezu se explayara, pues creía que eso le ayudaría a cumplir las exigencias del extorsionador.

—Así pues, somos sus marionetas —concluyó ella—. Si no hacemos todo lo que nos exige, entonces...

—... entonces Jule morirá —completó Ben—. Mi primera misión era librarnos de Schwartz y subir a este taxi. Y la segunda...

Se le quebró la voz.

—¿Qué?

Le arrojó el teléfono móvil al regazo.

—No puedo.

—¿Qué te pide?

Arezu cogió el teléfono y leyó en voz alta el último SMS que el extorsionador había enviado a Ben:

Me llamo Benjamin Rühmann, pero mis amigos me llaman Ben. Los más íntimos incluso Benny. Lo que ha dicho la señora Hehnrich, de la oficina de protección de menores, es cierto. Sí, toqué a mi hija.

Arezu tragó saliva. El mensaje continuaba, pero leyó ahora en silencio el repugnante final. Al acabarlo levantó la vista hacia él. Con lágrimas en los ojos.

—¿Es verdad todo eso?

—No, claro que no.

Una gruesa gota de lluvia cayó en mitad del parabrisas y estalló como lo hace un insecto al chocar con un automóvil que circula a cierta velocidad.

—¿Por qué hace eso? —susurró Arezu.

—Ni idea. Tal vez sea algo personal, aunque yo no sabría decir a quién puedo haber convertido en un enemigo así. Lo más probable es que se trate de un sádico loco. En ese caso lo que simplemente desea es vernos sufrir. Y todo ello encajaría con que quiera darle más emoción a la noche del ocho. Por ello nos ha sacado del edificio y nos pone tareas que hemos de cumplir, las cuales harán que la jauría se ponga a rastrear nuestras pistas.

Ben golpeó el volante forrado de cuero. Solo con un puño, si bien habría querido estampar su cráneo contra él.

—¿Y qué? —preguntó Arezu.

—¿Cómo que y qué?

—¿De verdad vas a publicar eso con tu nombre?

—¿Acaso tengo alguna otra elección? —preguntó Ben.

Las indicaciones al final del SMS eran claras. Arezu tenía que filmar a Ben exponiendo el texto exigido.

—Y luego quiere que lo suba a una cuenta de YouTube que ese loco ha creado con mi nombre.

—Desde donde se difundirá a toda pastilla —dijo Arezu.

—Esa cuenta seguramente ya tendrá ahora mismo miles de suscriptores de esos que escudriñan la red en busca de todo lo que se publica en ella sobre ti, sobre mí y sobre la noche del ocho.

—248.312, para ser del todo exactos —dijo Ben, que acababa de consultarlo.

El juego encabezaba titulares en todo el mundo.

Cogió la mano de Arezu y la mantuvo así hasta que el temblor de sus dedos se transmitió a los de ella para vibrar al final en consonancia.

—No puedo hacerlo —susurró impotente.

—No tienes por qué.

—Encontraremos otra solución —se juraron mutuamente.

Diez minutos después ya se habían rendido.

Y mientras el primer chaparrón de la noche caía sobre el barrio berlinés de Dahlem y la lluvia anegaba calles y aceras arrastrando contra los bordillos la hojarasca, las botellas de plástico y toda clase de basura, Ben se concentraba en la lente de la cámara del teléfono móvil que Arezu enfocaba hacia él.

—Me llamo Benjamin Rühmann —comenzó a decir entrecortadamente. Esperaba que los espectadores más atentos vieran el miedo en sus ojos, que dedujeran que le estaban obligando a que dijera esas mentiras. Pero, por otro lado, ¿no era una contradicción en sí misma relacionar YouTube con espectadores atentos?—. Pero mis amigos me llaman Ben —prosiguió—. Los más íntimos incluso Benny. Lo que ha dicho la señora Hehnrich, de la oficina de protección de menores es verdad. Sí, toqué a mi hija. Lo siento, matadme.

Vale, eso es lo que queréis, ¿verdad? —Tragó saliva con dificultad—. Bueno, entonces voy a darle un poco más de marcha a la noche del ocho, de lo contrario nunca me cogeríais. Estoy cachondo, me apetece una jovencita. ¿Y cuál es el mejor sitio de Berlín para la prostitución de menores? —Ben gritó al concluir su intervención —: ¡Nos vemos allí en media hora!

Nikolai. 0.29

*Quedan 7 horas y 31 minutos
para el final de la noche del ocho*

—¡Ay de ellos si me abollan el coche! —gruñó Dash, y apoyó el portátil en el volante, en diagonal frente a él.

Nikolai puso los ojos en blanco y se preguntó si ese idiota hablaba en serio.

Ese tiarrón infantil, que debía gran parte de su prosperidad a los accidentes de tráfico, ese palurdo, ¿se preocupaba de verdad porque le abollaran su taxi de mierda? Por no hablar del hecho de que podría comprarse todo un parque móvil de la nueva clase S de Mercedes si la cosa seguía marchando a las mil maravillas como hasta el momento.

—Tío, esto no es un coche, es una lima para los huevos —siguió gruñendo Dash.

Estaban en el aparcamiento para estudiantes frente a la facultad de Derecho en la calle Boltzmann, sentados en el Fiat 500 de Nikolai. La lluvia chocaba como canicas sobre el fino techo de metal, y tenían que hablar en voz muy alta para poder conversar.

—Está trucado —protestó—. ¡Tiene un motor Ferrari!

—Pero en esta sombrerera me puedo tapar los oídos con las rodillas —se quejó Dash sin apartar la vista del ordenador.

La parte derecha de aquella pantalla dividida mostraba el localizador GPS del taxi en un mapa de Google Maps. En la izquierda se veían las imágenes

que captaban las cámaras del coche. Ben y Arezu estaban circulando en esos momentos por la calle Clayallee y pasaban al lado de la antigua embajada estadounidense, en dirección a la avenida Hohenzollerndamm.

—¿Los sacamos en internet en vivo? —preguntó Nikolai, y se cabreó con la mirada que le dirigió Dash.

Ese fanfarrón de cara torcida se las daba siempre de comandante en jefe, a pesar de que era él quien había urdido aquel plan genial.

Él, con sus chicos, había conseguido hackear la webcam incorporada en la televisión de la habitación de Jule en la unidad de cuidados intensivos, de modo que ahora podían ver en vivo las veinticuatro horas a la lisiada en coma babeando en sueños.

Él había activado su red y había untado con dos mil euros al enfermero asocial para que le inyectara la toxina a Jule.

Él había tenido la idea de someter a pruebas a Ben y a Arezu, en las que tenían que actuar en público. Solo gracias a su genialidad, aquel juego del escondite se había convertido en una caza interactiva.

Joder, incluso le había hablado a aquella secretaria emperejilada que se tambaleaba con sus taconazos porque iba a una fiesta de encuentros de mayores de cuarenta años para que se pusiera al teléfono con el poli y se hiciera pasar por Jennifer. Y ahora Dash, ese palurdo engreído y nuevo rico que ni siquiera había querido encargarse de las llamadas de extorsión, hacía como si fuera él quien manejaba todos los hilos.

—Una puta mierda vamos a hacer —dijo Dash—. No queremos destrozar el juego.

—Pensaba que deseábamos tener buenas imágenes, ¿no es así?

De cazadores montando escándalo. De los nocheocheros huyendo. Rodeados por multitudes. Desangrándose en la acera.

—¿Qué ocurre si los cazadores no encuentran el lugar de las putas menores

de edad? Me refiero a que en Berlín no es que solo haya uno.

Dash se burló de él.

—No te preocupes. La mayoría de ellos no son tan bobos como tú, Nick. Además, quiero que algunos busquen a esos dos también en lugares equivocados. Eso hará que todo sea más auténtico.

—Si tú lo dices.

—Sí, lo digo yo.

«Imbécil.»

Nikolai miró rabioso por la ventanilla lateral y dibujó una cruz gamada en el cristal empañado por su aliento. Si no dependiera de Dash como comprador de sus vídeos, no toleraría ni un segundo más de su cháchara arrogante. Por suerte, aquel cobarde no tenía demasiadas ganas de ensuciarse las manos, aunque de vez en cuando usaba sus disfraces para ocasiones especiales. Dash era demasiado hombre de negocios para tales intervenciones. No obstante, Nikolai tenía que admitir una cosa en su favor: cuando Dash se olía una presa lucrativa, se superaba a sí mismo. De todas formas, si la cosa se volvía verdaderamente peligrosa, le gustaba valerse de otros. Visto de esta manera, lo de esta noche era su mejor oportunidad para volver a entrar en negocios con Dash. Ningún otro tenía tantos suscriptores, ni pagaba mejor por la buena mercancía.

—En cualquier caso concuerda con la dirección —oyó decir a Dash.

Este señaló en el monitor un punto intermitente a la altura de Roseneck. Con el último SMS, Dash había enviado a Ben y a Arezu hacia el barrio de Schöneberg, a la calle Kurfürsten, adonde con el tráfico actual llegarían en un cuarto de hora.

—¿Qué dice la red? —quiso saber Dash, y Nikolai revisó con su teléfono móvil los comentarios más recientes debajo del vídeo de YouTube que Ben había subido tal como le habían ordenado.

Cualquier cenutrio podía ver que aquel pobre idiota estaba leyendo su comunicado y que daba la misma impresión de felicidad que una puta de tarifa plana a la vista de un putero de doscientos kilos. Pero, por lo visto, la mayoría de los usuarios poseían un coeficiente intelectual inferior al de una maceta.

—Más de cincuenta mil han clicado en el pulgar abajo —dijo Nikolai con alegría—. Los primeros doscientos comentarios le deseaban la muerte o grandes suplicios durante toda su vida.

—Funciona —dijo Dash con una sonrisa que mostraba todos los dientes.

—Así es —confirmó Nikolai y echó mano de su cinturón.

Dash lo miró con una expresión de interrogación.

—¿Qué pasa?

—¿No nos vamos?

—¿Adónde?

—A la dirección que le has enviado. ¿No tienes miedo de llegar demasiado tarde?

Dash negó con la cabeza.

—No. Estoy preocupado por otro asunto completamente diferente.

—¿Cuál?

—No estoy seguro de si no hemos cometido un error con la primera misión.

—¿Demasiado fácil? —preguntó Nikolai, y Dash volvió a negar con la cabeza.

—Demasiado difícil. —Parecía preocupado de verdad—. Me temo que nuestro hombre no va a sobrevivir a esa prueba.

Martin Schwartz. 0.41
Quedan 7 horas y 19 minutos
para el final de la noche del ocho

—¿Qué significa eso de que usted se ha marchado?

Schwartz bajó por tercera vez el volumen con ayuda del mando a distancia del volante, pero el viejo le estaba berreando en un tono cada vez más alto con cada frase. Gregor Rühmann se había quedado ya casi ronco por la excitación.

—Pero no puede abandonar a mi hijo a su destino.

—Incluso se trata de mi deber. Todo lo demás sería detención ilegal, y eso lo sabe usted tan bien como yo.

Martin entró con la furgoneta en la entrada para vehículos de su casa prefabricada en la localidad de Teltow. Si bien en Berlín se había puesto a llover, aquí todavía seguían secos, pero era una cuestión de tiempo que la tormenta cruzara la frontera interestatal e inundara las calles, en parte todavía sin pavimentar, de aquella urbanización de reciente construcción.

Antes de que su hijo volviera a mudarse con él, Schwartz había estado buscando alguna vivienda más tranquila en una zona más verde. En el fondo detestaba construcciones artificiales como esta, que daban la impresión de encontrarse en la vivienda piloto de una urbanización residencial, pero a Tim le gustaba esa casa. Su hijo había preferido esa sencilla construcción con azotea a un apartamento en un edificio antiguo situado por la zona de Simon Dach. Aquello no era lo habitual en un adolescente de dieciséis años, pero al

parecer en él primaban más la tranquilidad y la naturaleza que las fiestas callejeras o los bares de moda en el barrio de Friedrichshain.

—¿No podría al menos vigilar a mi hijo? —preguntó el padre de Benjamin.

—¿Se refiere a seguirle los talones? ¿Igual que otros miles de personas más? —Schwartz negó con la cabeza—. ¡Imposible!

Paró el motor.

El vecino que vivía a su derecha, cuyo nombre no podía memorizar Schwartz de ninguna de las maneras, estaba sacando la basura en pijama y lo saludó amablemente con la mano por encima del seto, a la luz de la lámpara del jardín.

Era una escena idílica, idéntica a la que aparecía en el folleto que le entregó el agente inmobiliario de la constructora durante las negociaciones de compra. «Aquí, en el parque de Teltow, el mundo sigue como es debido», había afirmado el hombre, y Martin tuvo en la punta de la lengua decirle que, por experiencia propia, aquellos lugares donde los folletos satinados mostraban a personas sonrientes solían ser también los más crueles. Ahora bien, en la mayoría de las ocasiones no se detectaba aquel detalle hasta que se miraba un par de veces y, entonces, sí que se divisaba lo que había detrás de la fachada de aquel mundo irreal. Desde un punto de vista estadístico, Schwartz sabía que al menos uno de sus vecinos pegaba a su mujer, intercambiaba fotos de sus propios hijos desnudos en foros ilegales de la red oscura, ponía cebos para perros llenos de veneno y de clavos en los parques infantiles o utilizaba un encendedor para castigar al bebé que lloriqueaba.

El saber. Esa era su enfermedad profesional. Martin sabía demasiado como para poder comportarse con hipocresía. Y había acumulado demasiada experiencia como para librar batallas absurdas.

—Su hijo es tan tozudo como usted, si me permite la observación, señor Rühmann. Por algún motivo se le ha metido en la cabeza que desea pasar la

noche solo con su nueva amiga, y yo no tengo ni el derecho, ni las ganas, de arriesgar mi trasero por alguien que rechaza mi ayuda.

—Le están chantajeando —dijo Gregor.

—Es posible.

—¡Es así! —le contradijo el viejo—. ¿Cree que él publicaría, por voluntad propia, un vídeo de sí mismo con el mensaje de que lo pueden encontrar donde se prostituyen las menores de edad?

Schwartz, que iba a bajarse del coche en ese momento, silbó por entre los dientes y permaneció sentado en el automóvil.

—¿Ha subido eso?

—Sí. Y al mismo tiempo da la impresión de que hubiera alguien detrás de la cámara con una escopeta. ¿No se ha sincerado con usted antes de marcharse?

—Por eso llevo un cuarto de hora intentando ponerme en contacto con usted —respondió Schwartz.

Desde que había abortado la misión, el teléfono del padre de Benjamin daba continuamente la señal de ocupado.

—Tenía a mi nuera fuera de sí al aparato. Así que vamos, suéltelo. ¿Qué le ha dicho mi chico?

—Decir no me dijo nada, pero la despedida fue extraña. Me dio la mano.

—¿Y le entregó alguna nota al hacerlo? —oyó preguntar al padre esperanzado.

—Sí, claro. Pero me había olvidado de mencionárselo, claro.

—Lo siento —dijo Gregor agotado, y Schwartz sintió pena por haber reaccionado de una manera tan cínica.

—Voy a decirle lo que me pareció extraño. ¿Lleva su hijo un tatuaje en la muñeca?

—Ni idea. No, que yo sepa, ¿por qué lo pregunta?

—Bueno, antes de tenderme la mano derecha, alzó la zurda como saludo de

despedida. Primero pensé que se trataba de un gesto de apuro, como si no supiera si debía hacerme un gesto con la mano o tendérmela. Pero entonces vi los números negros en su muñeca.

—¿Números? —preguntó Gregor.

—Al principio pensé que era un tatuaje o uno de esos sellos que te ponen en las discotecas.

—¿Qué números había en su muñeca?

—1013 o 0130, era difícil de ver; además, los números estaban casi al revés desde mi perspectiva.

—¿13-10? —preguntó Gregor—. Esa sería la fecha de su cumpleaños.

Schwartz se encogió de hombros. «Tal vez era posible.»

—Bueno, o su hijo tiene una memoria condenadamente mala o pretendía decirme algo por esa vía. Pero ¿el qué?

El ambiente era sofocante en el interior del coche y Schwartz bajó el cristal. Le picaba la nariz, como siempre que cambiaba la presión atmosférica, y el viento refrescante de la tormenta arremolinaba el polen del suelo.

—De acuerdo, procedamos con lógica —oyó decir a Gregor Rühmann—. A mi hijo lo están chantajeando. Una mujer que se hizo pasar por mi nuera.

—También podría haber sido una cómplice.

—Cierto. Bien, vale. Él, ella o varios obligaron a Ben a ir al lavabo para que telefonara desde allí.

—Con un segundo móvil del que yo no sabía nada. No se trataba de ningún sospechoso, así que no le cacheé.

—Está bien. No tiene por qué justificarse. Así que alguien tiene algo contra él que lo lleva a sacrificarse a esa gentuza de internet y a destruir como mínimo su buen nombre, y probablemente también su vida. ¿Qué puede ser?

Gregor miró hacia la habitación de su hijo, bajo la azotea; era la única de la casa en la que la luz estaba encendida.

—Por experiencia propia, un padre solo actúa de una manera tan irracional en un caso.

—Cuando hay unos cabrones que quieren hacerle algo a sus hijos.

Schwartz asintió con la cabeza.

—Correcto.

—Vale, pero en este caso debe de tratarse de otra cosa. Como ya le he dicho, he estado un buen rato al teléfono con Jennifer. Ella se encuentra ahora en el hospital, al lado de Jule. Mi nieta está bien, en su habitación, y numerosas máquinas vigilan sus constantes .

Schwartz se llevó la mano a la nuca. Sintió que le venía de camino una migraña, no tan intensa como la de su última misión, en la que casi se había desmayado, pero tampoco se trataba de una simple sensibilidad a los cambios en la meteorología.

—Bien. Entonces puede que haya algún otro factor de presión que el de su nieta. Y supongamos por un momento que Benjamin, con esos números dibujados en la muñeca, pretendía indicarme de verdad con qué lo están extorsionando.

—No veo que pueda querer referirse a su fecha de nacimiento —se lamentó Gregor.

—¿Para qué se emplean las fechas de nacimiento? —reflexionó Schwartz.

—Para rellenar formularios en internet. Para justificar la edad. ¿Qué sé yo? ¿No le dio Ben nada más?

—No, es decir...

Schwartz miró el asiento del copiloto, donde estaba su petate.

—¿Qué?

—No llegó a darme nada. Pero me dejó algo. —Schwartz cogió la bolsa y abrió la cremallera. Con unas pocas maniobras encontró lo que buscaba—. Su teléfono móvil —le dijo a Gregor—. No me pidió que se lo devolviera.

—Porque tiene otro.

—O porque quiere que lo utilice yo.

Esta vez fue Gregor Rühmann quien silbó por entre los dientes en señal de reconocimiento.

—¿Quiere decir que con su segundo móvil se envió un mensaje a su propio teléfono, al que usted le había retirado?

Sin esperar la respuesta, Gregor siguió desplegando su razonamiento.

—Por supuesto, tiene que ser eso. Quiere que leamos ese mensaje. ¿Y qué se necesita para desbloquear un teléfono móvil?

A alguna distancia destelló un relámpago sobre los campos.

—Una clave —completó Schwartz el razonamiento de Gregor.

Uno que pueda su usuario memorizar fácilmente, así que una de las combinaciones de números elegida con más frecuencia es la fecha del nacimiento.

No pasaron ni diez segundos antes de que Schwartz tuviera activado el teléfono. Sin embargo, el entusiasmo que siente todo policía cuando corrobora una sospecha no duró mucho. El desencanto no tardó en llegar.

—Nunca antes había visto nada igual —informó a Gregor mientras iba desplazándose por entre los innumerables mensajes de texto—. ¡No sabía en absoluto que fuera posible!

—¿El qué? —preguntó el padre de Ben con impaciencia.

—¡Los buzones! Están llenos. Tanto los de voz como los de texto. No hay espacio. El último mensaje fue de la compañía telefónica, y de eso hace ya hora y media. Es decir, antes de que Ben me enseñara la clave. En él pone: «Por favor borre el contenido de sus buzones. De momento no se aceptan más mensajes».

—El número de Ben está colgado en internet. —La voz de Gregor sonó a agotamiento y a impotencia—. Ya figura en el portal de [nochedelochonline](http://nochedelochonline.com).

Todos y cada uno de esos chiflados lo habrá marcado o estará haciéndolo en estos momentos.

—Vaya, y eso tiene como consecuencia que estemos igual que antes.

El cielo descargó sobre la urbanización de Teltow un trueno imponente. Y mientras el parabrisas se volvía opaco bajo aquella fuerte lluvia, Schwartz añadió:

—¡Cualquiera que sea el mensaje que su hijo nos haya dejado en su móvil, me temo que no vamos a descubrirlo enseguida!

Ben. 0.51

*Quedan 7 horas y 9 minutos
para el final de la noche del ocho*

Cuando Ben cumplió cinco años, tenía miedo de los zombis de la lluvia. Muertos vivientes transparentes que se abrían paso a través de la tormenta con los hombros alzados y la mirada vacía en busca de niños pequeños que primero ahogaba en los charcos para comérselos a continuación. El hermano mayor de un amigo de la escuela les había contado esta historia de terror en el camino de vuelta a casa desde la clase de natación. Puede que le pareciera divertido contar relatos de horror a unos crédulos renacuajos de parvulario.

Hoy, décadas después, Ben no pudo evitar constatar que los monstruos de sus pesadillas poseían modelos muy reales.

Contó cuatro zombis por la calle, otros dos en la acera y otro más al lado del coche en doble fila de la calle Froben que circulaba muy lento. Chicas de ojos vacíos esperaban clientela; estaban demasiado débiles para saludar con un gesto a los puteros que pasaban a su lado en los coches. Demasiado jóvenes para conocer todos los horrores que todavía les quedaban por vivir. Demasiado viejas para conservar aún la esperanza de poder escapar de ese destino.

—¿Qué edad pueden tener? —preguntó Arezu.

—Quince, dieciséis. Algunas son más jóvenes, puede que otras ya sean mayores de edad —supuso Ben.

Era difícil determinar aquello a causa de las señales de las enfermedades que presentaban ya algunas, principalmente la hepatitis C, al menos según los medios de comunicación.

—Pero esto debería estar prohibido —dijo la estudiante con un jadeo de horror.

—¿El sexo con prostitutas menores de edad? —preguntó Ben—. Por supuesto. Pero no es un acto punible que una quinceañera se suba al coche de un adulto. La policía no puede actuar contra eso.

Ben encontró un hueco entre una furgoneta Volkswagen y un Smart y aparcó el taxi junto a la acera, al lado de un anuncio de champú.

A unos cien metros de distancia vio a un grupo de jóvenes con gorras de béisbol y sudaderas con capucha, de pie junto a la entrada a la estación de metro Kurfürstenstraße. Podían ser cazadores de la noche del ocho que estuvieran buscándolos. O simplemente turistas curiosos que contemplaban boquiabiertos las zonas más miserables de la Berlín durante el fin de semana.

—¿Dónde es en concreto? —quiso saber Arezu.

Ben tamborileó un tresillo sobre el volante con los dedos índice de ambas manos y a continuación señaló una puerta de metal pintarrajeada con grafitis al otro lado de la calle, tan tentadora como la tapa de un sumidero.

—En el número 57. El acceso al sótano está al lado, a la derecha.

—¿Y qué hay ahí?

Ben se encogió de hombros.

—Ni idea. En el SMS ponía solo que debo llamar tres veces al timbre y preguntar por Walther Rehn. Así que venga, vamos.

Se quitó el cinturón de seguridad.

—Vamos.

—No.

Vio el miedo en los ojos dilatados de ella.

—¿En el SMS dice algo de que tenga que ir yo?

—No explícitamente.

El extorsionador solo exigía que no la dejara sola en la vivienda de Jule y que la llevara en el coche. No tenía indicaciones más concretas.

—Entonces me quedaré en el coche —decidió Arezu.

La mirada de Ben se oscureció. Él señaló al grupo que seguía junto a la entrada de la estación de metro y que parecía estar discutiendo. Si no se equivocaba, algunos de ellos miraban de vez en cuando en su dirección.

—Aquí no estarás segura.

—Ya, y ¿acaso donde te ordena el extorsionador que vayas voy a estarlo?
—Si hubiera tenido pelo en la cabeza, le habría caído con violencia en la cara, de la intensidad con la que agitaba la cabeza—. No, no, no. Por lo menos aquí puedo cerrar las puertas con seguro.

Ben suspiró. Por un lado tenía escrúpulos en dejarla atrás; por otro, comprendía que no quisiera meterse a ciegas en la boca del lobo. La mayoría de las personas manifestaban su preferencia por el problema conocido antes que por la solución incierta.

—Bien, de acuerdo, pero si algo saliera mal y no he vuelto en media hora, llama a la policía, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza.

—Pon el cierre centralizado. No dejes que entre nadie. Si te atacan, arranca el motor y llévate por delante a esos miserables.

Le dio su teléfono móvil.

—Ya tengo el mío —dijo ella.

A diferencia de Ben, ella sí le había pedido a Schwartz que se lo devolviera.

—Lo sé, pero en las indicaciones ponía explícitamente que no podía entrar

en el edificio con un móvil con cámara. Dime: ¿de verdad estás segura que quieres que te deje sola aquí?

—Sí.

Le apretó la mano al entregarle el teléfono y percibió en los ojos de ella su triste cansancio. Cuando al cabo de unos momentos ella volvió a asentir con la cabeza en señal de confirmación, Ben se bajó del coche.

Ya había pasado el primer chaparrón.

Ben miró unos instantes arriba, al cielo oscuro y encapotado que parecía tan sucio como la calle que estaba cruzando.

Oyó un silbido. Miró hacia el grupo junto a la estación de metro: ya no estaban parados, sino que también se habían puesto en movimiento.

—¡Ahí está! —gritó alguien.

A unos diez metros de distancia, la prostituta que tenía más cerca le dirigió una mirada llena de desinterés.

Ben había llegado entretanto frente a la puerta de los grafitis. Siguiendo las indicaciones del último SMS del extorsionador, se apresuró a dirigirse a la entrada lateral de aquella vivienda de alquiler que daba la impresión de estar deshabitada. No había ninguna luz encendida en ninguna parte. Tampoco por encima del camino hacia el sótano en el que Ben se había metido a tientas.

En un tiempo pasado era probable que por aquella puerta los transportistas de carbón hubiera introducido las briquetas. En aquel preciso instante, Ben se las vio y se las deseó para encontrar un timbre y por eso se vio obligado a golpear la puerta de madera con ambas manos.

—Por aquí —exclamó aquella voz que ya había oído antes, aunque ahora estaba mucho más cerca.

Ben aporreó de nuevo la puerta, esta vez con mayor firmeza.

En ella se abrió una mirilla del tamaño de la cubierta de un libro.

—¿Sí?

Sorprendido al ver la cara de una mujer pelirroja, mejor dicho, de una señora de unos sesenta años maquillada con extraordinario gusto y con un laborioso peinado en alto, Ben estuvo a punto de tartamudear al decir:

—Vengo a ver a Walther Rehn.

La pelirroja se lo quedó mirando y dio una larga calada a su cigarrillo electrónico. Junto con el humo transparente llegó por la mirilla un perfume con cierto aroma a madera. No pareció reconocerlo, algo que tampoco era nada raro. La mayoría de las personas necesitaban ver varias veces una cara en los medios de comunicación antes de reconocerla en vivo. Y tal vez ella no había seguido la cobertura informativa sobre la noche del ocho. Parecía todavía indecisa sobre si le permitiría o no la entrada.

—¡Ha desaparecido! —exclamó alguien arriba, en la calle. Era una chica joven, agitada, como si se hallara en medio de una emocionante yincana.

La cara que se veía en la mirilla no parecía haberla oído.

—¿Quién lo envía? —preguntó con una voz metálica que sugería la sospecha de que se había pasado un poco demasiado tarde a los sucedáneos de cigarrillos exentos de nicotina.

Ben estaba preparado para esa pregunta. Su extorsionador le había dado un nombre en clave.

—Dash —dijo él, y la cara de la mujer se iluminó.

Poco después oyó cómo se descorría un cerrojo y la puerta se abrió hacia fuera. Él dio un paso atrás, la mujer le hizo un gesto con la mano y a continuación entró. Justo a tiempo, pues le pareció haber oído pasos a sus espaldas.

—¿Conoce el reglamento interno? —preguntó la mujer mientras cerraba la puerta.

—Sí —dijo Ben respirando muy hondo.

Con la sensación de haber escapado de un peligro para adentrarse en otro

aún mayor, miró a su alrededor y por unos instantes se esforzó en habituarse a la luz del lugar, cálida pero escasa. Se encontraban en un descansillo y, detrás de ellos, los peldaños de una escalera revestida de madera conducían aún más abajo.

—¿Teléfonos móviles, armas? —preguntó ella.

—No.

—¿Me permite?

A un movimiento de la mano de ella, Ben extendió ambos brazos y se despatarró delante de ella, quien lo cacheó de manera rutinaria.

—¿Trae la apuesta consigo? —quiso saber ella.

—Sí —mintió él.

No tenía ni idea de a qué se refería la mujer, pero difícilmente estaba en situación de poder confiarle tal cosa. En apariencia satisfecha por el resultado del cacheo y su respuesta, le pidió que la siguiera.

Era tan alta como él y llevaba un traje chaqueta de seda gruesa y color malva que producía una impresión de excesiva calidez para la estación del año en la que se encontraban. Sin embargo, aquí abajo encajaba bien. Con cada paso hacia las profundidades, el ambiente se volvía cada vez más fresco y Ben, empapado por el chubasco, tiritó cuando se detuvieron frente a una pesada puerta contra incendios.

—¿Ya ha hecho esto alguna vez? —inquirió la mujer dando otra gran calada a su cigarrillo electrónico.

Ben no pudo evitar pensar en una columna de la revista *Stern*, en la que se comparaba a esos monstruos electrónicos con unos tubos de escape que uno se metía voluntariamente en la boca, y le dio la razón al articulista.

—No, es mi primera vez —se decidió a decir la verdad.

Trató de atisbar el número que marcaba la mujer en el teclado del cerrojo electrónico de la puerta, pero ella le tapó la visión.

Esta vez, la puerta se abrió hacia dentro y la pelirroja pasó primero. Ben se estremeció al percibir el roce de la mujer. Con suavidad, casi con delicadeza, ella le cogió de la mano y lo condujo a una bodega abovedada de paredes toscas y encaladas.

La señora echó un vistazo a su reloj de pulsera, un Rolex Daytona, un reloj de hombre que debía valer una pequeña fortuna, y sonrió como si Ben acabara de regalárselo.

—Ha llegado literalmente en el último minuto, casi es la una —le susurró ella, y a continuación dijo en voz alta, con el tono de orgullo de la anfitriona perfecta—: ¡Mi más cordial bienvenida!

Condujo a Ben hasta el único mueble que ocupaba casi todo aquel espacio: una mesa rectangular de madera maciza de roble, de aproximadamente cuatro metros de largo y metro y medio de ancho, en la que podían acomodarse unos doce huéspedes.

Ben contó once.

Todos, hombres. Todos, bien vestidos, la mayoría con traje o con americana; dos vestían incluso esmoquin. Ninguno se esforzó por levantarse o por saludarlo. Permanecieron sentados a la mesa, que estaba cubierta con un gran tela blanca que parecía confeccionada con el mismo tejido que el traje chaqueta de la mujer.

Seis tuvieron que girarse en su dirección; cinco estaban sentados al otro lado de la mesa, de modo que pudieron examinarlo cómodamente con la luz que dispensaba una imponente araña de cristal.

Todos eran más viejos, estaban mejor alimentados e iban más pulcros que él, y tal vez por ese motivo lo miraron con la misma mezcla de interés y de desconfianza que la señora de la casa antes de decidirse a abrirle la puerta. Con una parca señal de su mano señaló a Ben el último asiento libre, entre un hombre con sobrepeso de pelo gris y un calvo no menos corpulento con

sonrisa de hurón. Este último llevaba unos tirantes marrones sobre una camisa de vestir de color azul celeste.

—¿A quién nos ha traído, señora Nana? —preguntó el hurón con una sonrisa en la que enseñó todos los dientes.

Ben se sentó en la angulosa silla de madera que le habían asignado. Fue entonces cuando le llamó la atención aquello que le incomodaba en la visión de la mesa.

¡No estaba servida!

No había cubiertos, ni platos ni tampoco tazas. Sobre ella se hallaba única y exclusivamente el mantel blanco que habían almidonado hacía poco.

—Señores míos... —dijo aquella mujer a la que llamaban Nana. Esta dejó vagar la mirada por entre los asistentes sentados a la mesa mientras se colocaba detrás de Ben y le masajeaba los hombros con suavidad—. Esta noche será muy emocionante. Tenemos a un nuevo jugador en nuestra timba.

Arezu. 1.01.

*Quedan 6 horas y 59 minutos
para el final de la noche del ocho*

*¡Una mueca, Arezu,
y muerta estarás tú!*

Se acercaron más. Ella no podía verlos, ¿cómo iba a hacerlo? Se había acurrucado en la zona de los pies del asiento trasero, escondida con la desatinada esperanza de que ningún miembro de aquel grupo llevaría consigo una linterna.

«Ni ningún teléfono móvil, claro. Tonta del bote. Ojalá le hubiera hecho caso.»

¿Cómo había podido pensar en serio que un cierre centralizado iba a ofrecerle más protección que tener Ben a su lado?

En secreto había tenido la esperanza de que se concentrarían en Ben en cuanto lo vieran en la calle. ¡Aunque ella era un objetivo inmóvil!

Se pusieron en marcha nada más bajarse Ben del coche. Adolescentes o adultos jóvenes, la mayoría eran hombres con gorras de béisbol, zapatillas deportivas y pantalones de tres cuartos. Por lo menos había dos chicas entre aquellos aproximadamente diez o doce personajes. Una llevaba una camiseta de color claro sobre la que estaba estampado un ocho. No podían reconocerse

sus rostros con la media luz de las farolas y en un careo sería incapaz de reconocer a nadie.

Los hombres y las mujeres reían como si fuese uno de los momentos más divertidos de su vida. Uno señaló la casa en la que había desaparecido Ben. «¡Ahí está!», oyó ella que exclamaban enfrente, al otro lado de la calle. Estaban muy cerca. Otro fue a inspeccionar: era un tipo regordete con barba que andaba balanceándose. Sujetaba un teléfono móvil que con toda seguridad estaría activado en modo de grabación de vídeo. Pudo ver todo eso porque se había pasado del asiento del copiloto al del conductor y se había inclinado hacia la ventana para ver mejor colocando las manos entre la cabeza y el cristal.

Vio cómo el barbudo se encogía de hombros y subía la escalera de acceso a los sótanos. Arezu ya no pudo oír lo que les decía a los demás. Un trueno rasgó el aire de la noche, ella retrocedió por el susto y golpeó el volante con el codo.

El estruendo de una sirena antiniebla no la habría sumido en el pánico con tanta virulencia como el claxon que ella había tocado con tanta torpeza.

*¡Una mueca, Arezu,
y muerta estarás tú!*

A partir de ese momento se sintió como si hubiera retrocedido al pasado.

Dentro del coche. En el asiento trasero al que había trepado. En la zona de los pies en la que se había agazapado.

Arezu conocía esa sensación. Ese estado. Ella lo denominaba «ataque de pánico». Se parecía a cuando tienes bien clavado el temor, como si fuese un anzuelo, en la conciencia e intentas evitar cualquier movimiento brusco para no hundirlo aún más profundamente.

Había experimentado esos ataques de pánico tan paralizadores con una frecuencia mayor de lo que habría deseado. El primero había sido cuando ni siquiera había cumplido los catorce años en el instituto Wald del barrio de Charlottenburg.

*¡Una mueca, Arezu,
y muerta estarás tú!*

Esta cancioncilla creada por aquel entonces por sus compañeros de clase, cuando se produjo el trágico accidente de su novio, seguía sonando en sus oídos en la actualidad. La mayoría de las veces se despertaba con esas voces maliciosas, después de una pesadilla en la que ella volvía a revivirlo todo una vez más: el beso en la plaza Theodor Heuss. Nils se daba la vuelta una última vez. La sonrisa tímida antes de desaparecer por las escaleras dentro de la estación del metro. Luego, la visita de la policía. Aquella mirada triste, aquellas frases terribles.

¡Su clase, que le echaba la culpa a ella!

Y eso que ella no había tenido ninguna culpa. Ni siquiera estaba cerca de Nils cuando este tropezó, se cayó en las vías y lo arrolló el tren. Sin embargo, hoy, ahora, en esos segundos, sí que lo era por completo: culpable. En todos los sentidos.

«Joder, joder, joder. ¿Cómo se puede ser tan estúpida?»

Ella había puesto en marcha el experimento. Y encima acababa de enviar a sus propios cazadores una invitación acústica.

«¡Yuju, estoy aquí! ¡En el taxi! ¡Pilladme, vamos...!»

A unos locos codiciosos que en aquellos momentos se sentían en el derecho de cazarla.

Como futura psicóloga, Arezu sabía que el vídeo de la antigua trabajadora

social que Schwartz les había mostrado antes marcaba exactamente el punto crucial sobre el que ella había querido investigar. Con ello se rebasaba la línea en la que un grupo de individuos se convertía en gentuza agresiva.

Antes, la mayoría de los psicólogos partían de la base de que el ser humano, por principio, es violento y que dentro de la masa anónima lleva a cabo una regresión evolutiva que le permite olvidar su educación moral y obedecer tan solo a sus arcaicos instintos primarios.

Sin embargo, los resultados de las investigaciones modernas mostraban que se requiere de una conexión emocional, creadora de identidad, a través de la cual los individuos por separado se consideran parte del grupo. Y también mediante ella se transforman de simpatizantes en perpetradores.

La mayoría de los manifestantes, por ejemplo, no se convierten en militantes hasta que presencian en persona una actuación de una dureza injustificada por parte de la policía contra unos manifestantes. De pronto, hasta los ciudadanos normalmente pacíficos ven alguna justificación en lanzar piedras.

Y, del mismo modo, la acusación contra Ben de primero haberle metido mano a su propia hija, luego haberla herido de gravedad y al final haberla llevado a un intento de suicidio proporcionaba a esas personas una justificación palpable: cazar a un corruptor de menores era el denominador común emocional en el que podía coincidir sin problemas la chusma bestializada dispuesta al linchamiento. Así, no era de extrañar que el primer grupo hubiera aparecido ya en la zona de prostitutas menores de edad del barrio de Schöneberg. Y no sería el último. Cuanto más tardara en volver Ben —y esto era tan seguro como el hecho de que ella misma no saldría esta noche ilesa—, cada vez más personas se reunirían allí. Engatusadas con noticias falsas y con la perspectiva de una riqueza enorme; motivadas por el odio y los sentimientos de venganza.

«Y vete tú a saber la mierda que se estará difundiendo en estos momentos

por la red sobre mí.»

Arezu cogió el teléfono de Ben y de pronto tuvo miedo de que sonara y que diera a la turba que había ahí afuera otra señal de que estaba escondida dentro del taxi. De rodillas sobre la alfombrilla de los pies, tan ridícula como una criatura que se tapa los ojos suponiendo que así nadie va a verla.

«¡Qué imbecilidad!»

Ciertamente, ella era bajita, delgada e iba de negro, pero los cazadores no eran ciegos. «¿No estaba uno de ellos iluminando con su teléfono el interior del vehículo?»

Arezu creía haber visto una sombra y, en efecto, un hombre dijo:

—¿Eso es una bolsa...? ¡No, no, ahí hay alguien!

Aquella voz de hombre, clara y agitada, arañó el interior de sus oídos como si fueran unas uñas en una pizarra.

«¡Están aquí!»

Justo al lado del automóvil. Y con toda seguridad ellos la estaban mirando desde fuera como ella los había estado observando antes desde dentro, con las manos en la ventanilla y la cara pegada al cristal.

—¿Es la tía de Psicología? —oyó preguntar Arezu a una mujer.

A continuación, alguien silbó y se redujo la intensidad del sonido, aparte de la lluvia que golpeaba el techo y le daba la sensación de estar debajo de un caldero al que arrojan piedras.

«¿Qué hago si rompen el cristal?»

Arezu encontró las fuerzas suficientes para palpar en el interior de su mochila, pero sus palpitaciones empeoraron. Era inútil: la pistola de gas ya no estaba ahí dentro. Schwartz se la había quedado porque ella no había podido enseñarle la licencia de armas que presuntamente se requería para esa pistola. El policía insistió con terquedad, tal vez como venganza de que Ben le hubiera presionado de tal manera. Pero tal vez también porque Schwartz había querido

volver a dejarles claro que quedaban desprotegidos por completo si no permanecían con él. Fuera como fuese, se había quedado la pistola junto con la munición, la navaja e incluso el aerosol de gas pimienta.

Y ahora se hallaba indefensa, expuesta a un grupo que estaba en silencio; separado de ella tan solo por unos pocos milímetros de fina chapa y de frágil cristal.

De pronto, todo comenzó a tambalearse.

El suelo, el automóvil, ella misma.

Arezu contuvo la respiración e intentó agazaparse aún más. Por unos breves instantes volvió a tener trece años y a estar acucillada en la parte trasera del gimnasio, adonde la habían empujado sus compañeros y compañeras de clase.

*¡Una mueca, Arezu,
y muerta estarás tú!*

Otra vez volvía a estar ovillada con los hombros encogidos y agazapada a la espera de los golpes y de las patadas, al lado del contenedor de la basura, sangrando al final y llorando o incluso inconsciente.

Por aquel entonces, en séptimo curso, la habían pisoteado. Hoy daban saltos alrededor del automóvil. Al parecer lo estaban utilizando de balancín. Algunos por delante, en el capó; otros, por detrás, en el maletero.

¡La danza de los diablos!

—¡Eh, abre! —oyó decir a una voz ronca de hombre.

Se imaginó que era la voz del barbudo que caminaba como un marinero.

Arezu se puso a temblar: ese era también el único movimiento que era capaz de hacer. El ataque de pánico, por desgracia, solo le paralizaba las extremidades, pero no los sentimientos, ni los órganos internos.

Tenía acidez de estómago. El regusto del ácido le inundó la lengua y el

intenso hipo no hizo sino complicarlo aún más todo. También le picaba la cabeza, como si no se hubiera lavado el inexistente pelo en dos semanas. El picor se le extendió por la nuca hasta los hombros. Y su estómago era como una gaita que se contraía irregularmente y que producía una inquietante melodía que solo ella podía oír en su cabeza:

*¡Una mueca, Arezu,
y muerta estarás tú!*

¡Diez horas! ¡Esa es la sensación que tenía!

Ese era el tiempo que llevaba Ben fuera, si no más; por lo menos eso era lo que le parecía a Arezu. Y no estaba segura de si iba a poder aguantar otros diez segundos más sola.

Aquí, dentro de un automóvil que no era suyo. En el que no estaba segura de si en cualquier momento iba a saltar el cierre centralizado.

¿Qué ocurriría si el dueño del taxi que los había llevado hasta allí abría su coche con un mando a distancia para permitir el acceso a la chusma bestializada?

O para subir él mismo.

Tal vez llevaba rato afuera esperando. Aquí, en la calle más triste de Berlín Occidental, que ya había visto más miseria y desesperación que incluso algún que otro médico de urgencias. Y la noche de hoy sería escenario de un asesinato, si ella no hacía nada para evitarlo.

Pero ¿el qué?

Sola, sin ayuda, sin...

«¿¡Ben!?»

Ella pensaba hasta hace poco que él era corresponsable del peligro en el que ella estaba metida. Y todavía seguía en la incertidumbre de si él la estaba

engañando y era en realidad Oz. No obstante, pese a todo, deseaba fervientemente que regresara.

Él tenía tan poca experiencia como ella en el manejo de la violencia, pero con su presencia se sentía más segura.

Ahora bien, ¿qué debía hacer ella?

¿Enfrentarse sola contra esa decena de perros rabiosos?

Arezu se obligó a abrir los ojos y, de pronto, el balanceo cesó. Tal vez se había detenido antes, ella no sabría decirlo.

Alzó la cabeza y se atrevió a echar una mirada a la calle.

«¡Estaba sola!»

Arezu se incorporó, seguía temblando y tenía la sensación de que tenía que estar equivocada por fuerza. Pero, dondequiera que mirase, no veía a nadie. La horda se había marchado, las bestias se habían dispersado. ¿Se debía a la meteorología?

Se había puesto a llover de nuevo y la tormenta había sacado de la calle a las putas. Pero solo porque con ese temporal ningún putero sale en busca de una presa que cazar a la que pueda utilizar por veinte euros y después tirarla.

«Presas.»

Justo eso eran Ben y ella ahora, principalmente por su culpa. A pesar de que había un motivo para el experimento, era ella quien había liberado el virus del miedo al suponer con arrogancia que iba a poder manejar las consecuencias. Y todo ello cuando ni siquiera podía controlarse a sí misma.

«¿Puede ser que solo estén interesados en Ben y no en mí?»

De pronto hubo un relampagueo, pero esta vez no fue en el cielo, sino directamente frente a sus ojos, dentro del coche.

Ella profirió un grito agudo y soltó el teléfono móvil. El ordenador de a bordo que había en la parte central del salpicadero se había puesto en marcha. La pantalla, que era del tamaño de una tableta, mostró una especie de

interferencia en blanco, un paisaje digital nevado que rápidamente se convirtió en una calle. Arezu necesitó un rato hasta que comprendió que el taxi debía de estar equipado con una cámara de visión nocturna que captaba todo el entorno. Al parecer estaba montada en el techo, posiblemente en la señal de taxi, y tenía una capacidad de giro de trescientos sesenta grados, pues contaba con una perfecta visión panorámica sobre la calle Froben a pesar de ser de color gris y verde. Y lo que vio le dio más miedo aún que el hecho de ser la marioneta teledirigida de un desconocido.

Personas. Muchas personas. Demasiadas. Y desde los dos extremos de la calle se dirigían a un solo punto, como dos manifestaciones callejeras a punto de confluir. Y el lugar de encuentro era su taxi.

«El primer grupo no se había marchado. Tan solo era la vanguardia.»

Ahora llegaban los refuerzos.

Sonó un pitido en la zona de los pies y Arezu pescó el teléfono móvil caído. El loco que la estaba utilizando confirmó sus peores temores:

¿Policía? ¡Demasiado tarde! ¿Salir corriendo? Afuera no tienes ninguna oportunidad.

Entró otro SMS. Con una única palabra:

¡Guantera!

Los cazadores no estaban ni a diez metros de distancia y las sombras se habían convertido en individuos cuando ella pasó al asiento delantero.

Abrió la guantera.

Oyó algo parecido a gritos de guerra. Voces, risas, chillidos. Oyó pasos.

Y se tapó la cara con las manos con desesperación.

Ben. 1.11

*Quedan 6 horas y 49 minutos
para el final de la noche del ocho*

—¿Es su primera vez? —preguntó el hurón con un susurro y se pasó la lengua por los labios.

Ben, quien no tenía ningunas ganas de conversar con su vecino de mesa, que parecía algo achispado, se limitó a asentir con la cabeza.

Nana se había marchado del sótano abovedado. No obstante, algo de su autoridad había permanecido en aquel espacio como una sombra invisible. Era como si hubieran puesto a Ben en una clase con alumnos asustados que esperan la llegada del director de la escuela. Nadie osaba hablar en voz alta ni levantarse de su asiento. La mayoría tenía la mirada puesta en el mantel almidonado o en el techo; todos evitaban el contacto visual directo con los otros asistentes. Solo el hurón se mostraba locuaz.

—Qué raro —susurró, y Ben presintió la frase que iba a venir ahora—. De alguna manera, usted me resulta familiar.

La puerta por la que él acababa de entrar se abrió y Lady Nana entró de nuevo en la bóveda. Sostenía en la mano algo que Ben identificó erróneamente en un primer momento como un látigo.

En realidad se trataba de una correa de perro. Y en el extremo de ella se encontraba la criatura más digna de lástima que Ben había visto nunca en persona.

Aquella chica desnuda tenía a lo sumo diecisiete años, si bien su edad era difícil de determinar a la vista de todos los moratones que cubrían su cuerpo. El mayor de ellos estaba sobre el ojo derecho, que tenía completamente hinchado. Lucía un color violeta rojizo que armonizaba en perversa interacción con los mechones en parte teñidos de color lila de su cabello, que le llegaba hasta la barbilla.

Era bajita y algo gordita, pero ese ligero sobrepeso se combinaba con una boca plena con la que seguramente había sonreído alguna vez en la vida antes de que esa agencia de viajes llamada destino le expidiera un billete de solo ida al infierno.

Extrañamente llevaba a la espalda una pequeña mochila de piel desgastada. Aparte del collar con remache para la correa, era lo único que llevaba sobre el cuerpo.

La chica iba a gatas y, sin embargo, perdió el equilibrio cuando la mujer tiró de la correa. Quiso agarrarse al canto de la mesa, pero Nana le golpeó los dedos con el extremo de la correa.

—Fuera —le ordenó.

Un murmullo recorrió el grupo sentado a la mesa. Ben leyó muchas cosas en los ojos de sus vecinos de mesa: agitación, nerviosismo, disfrute anticipado, tensión, expectativa, excitación.

Pero no compasión. En ninguno de ellos.

—Esta es Lenka —dijo Nana—. Es de Trokavec, una aldea cercana a Pilsen. —Soltó la mochila de la chica desnuda y sin más preámbulos fue directa al grano—: Caballeros, sus apuestas, por favor.

—Cinco mil —dijo el hombre más próximo a Nana.

Tenía una voz oscura que se extendió por la bóveda como el humo. Andaba próximo a los sesenta y tenía el cabello negro como la pez, peinado hacia atrás, que a la luz de las velas brillaba en un tono oleoso.

A su lado estaba sentado más derecho que una vela un hombre más joven, que jugaba nervioso con una marca blanca en su dedo anular, donde presumiblemente había estado encajado su anillo de matrimonio hasta hacía poco. Elevó la apuesta a seis mil. Lady Nana asintió satisfecha con la cabeza, mientras Ben reflexionaba de manera febril sobre qué querían comprar esos hombres con esas sumas de dinero.

Si el importe, tal como pensaba en él, era en euros, la cosa no podía ir únicamente de sexo, porque era demasiado dinero, incluso aunque la chica fuera todavía menor de edad. Además, Nana había mencionado la palabra «juego», lo cual podía ser de todas formas un sinónimo de todo aquellos actos repugnantes que los hombres pueden hacer a las mujeres: violación, maltrato, tortura, humillación.

«¿La muerte?»

Aturdido por el terror, buscó con la vista en los muros oscuros alguna cámara. Y, en efecto, ahí estaba. Lo que en un primer momento había tomado por un detector de humos parecía ser un objetivo ojo de pez en el que se registraba toda aquella horripilante escenificación.

¿Acaso iba a ser testigo de un asesinato?

El desconocido de cuyos invisibles hilos pendía, ¿lo había atraído hasta allí para que aquella chusma acosadora tuviera otro motivo más para cazarlo?

Ben no tenía todavía respuestas para esas preguntas insoportables cuando le llegó el turno para realizar su apuesta.

—Cuatro mil quinientos —dijo, copiando la cifra del hurón.

Por lo visto, en este «juego» no se trataba de superar las ofertas de los demás.

—Bien —se rio Nana y dio una palmada sin soltar la correa—. Como tenemos a un novato entre nosotros, les repito las reglas: una ronda dura quince minutos. A ninguno de ustedes le está permitido levantarse ni utilizar

las manos. Es válido lo que sus madres les enseñaron en su día: las manos encima de la mesa.

La mayoría de los presentes rio al unísono. Lenka comenzó a sollozar, así que se llevó un leve golpe con el extremo de la correa.

—En la mesa no se habla, a no ser que yo formule una pregunta a alguien. ¿Está todo claro?

Todos asintieron. Excepto Ben.

Tenía la mirada fija en la chica, no podía apartarse de aquella imagen vejatoria y no se dio cuenta hasta unos instantes después de que Lenka también lo miraba a él. Con unos ojos oscuros, grandes, tan negros como la laguna más profunda del mundo. Una mirada suplicante, como la de un condenado a muerte que busca entre los testigos de su ejecución a alguien que crea en su inocencia.

—¡Vamos! —dijo Lady Nana y le propinó una patada.

Lenka gimió, se tambaleó y volvió a perder el equilibrio, pero luego hizo lo que le ordenaban, poco después de que la mujer le soltara la correa del collar de piel y la colgara del picaporte de la puerta de salida.

Ben vio con espanto cómo Lenka se metía a gatas bajo la mesa. De golpe la atmósfera entre los presentes se transformó. Se removieron en sus sillas y cruzaron sus miradas. De pronto todos se miraban a los ojos y se hacían señas con la cabeza.

—Comencemos con preguntas sencillas para distender el ambiente —dijo Lady Nana.

Abrió la mochila que la chica llevaba colgada de la espalda hasta hacía poco y extrajo un grueso fajo de fichas amarillas del tamaño de una postal.

Con ellas en la mano se colocó en la cabecera de la mesa y actuó como el moderador de un programa de tertulia cuando leyó una pregunta de la primera ficha:

—¿Cómo se llama el juego al que estamos jugando aquí: a) mundo insensible, b) hombre insensible o c) rostro insensible?

Lady Nana dejó vagar la mirada en círculo y se detuvo en Ben. Iba a ser él quien tuviera que contestar la primera pregunta, por descontado.

Sintió náuseas. No porque ahora fueran a descubrirlo, sino por todo lo contrario. Porque conocía la respuesta.

«¡Rostro insensible!»

Había leído cosas al respecto de aquel juego pero siempre lo había tomado por una leyenda urbana. Al parecer, habían sido unos proxenetas rusos quienes comenzaron a doblegar a las prostitutas nuevas con ese ritual para volverlas más dóciles. En este cruel «juego», las mujeres secuestradas, a quienes se había atraído a Alemania con el cebo de un trabajo lucrativo en el sector de la restauración, se metían a rastras debajo de una mesa ocupada por hombres. Si no querían que las molieran a palos, tenían que elegir a un hombre al que satisfacer con una mamada. Sin embargo, el «elegido» tenía que poner un «rostro insensible». No debía pestañear ni siquiera durante el orgasmo. Si conseguía pasar desapercibido ante sus compañeros de mesa, ganaba entonces la suma que se había apostado por él. O la perdía en favor de aquel que lo descubría.

—C —respondió Ben a Lady Nana, quien por lo visto había convertido «rostro insensible» en un perverso juego de grupo para granujas calentorros y solventes.

Para que al elegido le resultara un poco más difícil poner un «rostro insensible», formulaba preguntas a los «jugadores».

—C, eso es —confirmó Lady Nana, satisfecha con la respuesta correcta de Ben, y volvió a dirigirse a todo el grupo—. ¿Han oído ustedes? Le ha temblado la voz. ¿Han sido los nervios? ¿O acaso hay ya algún otro motivo? —Sonrió diabólicamente—. Por favor, no olviden que perderán su apuesta si

se equivocan al atribuir a un caballero un rostro insensible. Así que vayan sobre seguro y no levanten el brazo antes de tiempo.

Todos los de la mesa asintieron. A excepción de Ben, que en ese instante percibió una mano bajo la mesa tocándole el muslo.

Arezu. 1.12

*Quedan 6 horas y 48 minutos
para el final de la noche del ocho*

El cristal estalló por varios lugares al mismo tiempo antes de que las botas entraran por el marco. El aire refrescado por la tormenta atravesó el Mercedes junto con el griterío ininteligible de los alborotadores. A Arezu la agarró una mano, luego una segunda. Ella no sabía si pertenecían a una misma persona.

Ni siquiera era consciente de si quien la agarraba se trataba de una mujer o de un hombre. No veía caras, solo bolsas de plástico. Al tratar de camuflarse, el grupo había echado mano de un disfraz sencillo y rápido de fabricar. Todas las cabezas que podían distinguirse en la oscuridad estaban ocultas bajo bolsas de basura de color gris oscuro, con ranuras para los ojos y la boca.

«¡Joder, no!»

Arezu volvió a maldecir por no haber acompañado a Ben. Y por ser tan cobarde.

No se sentía capaz de pasar arrasando con el taxi a través de la multitud, tal como Ben le había aconsejado. Entre las bestias que sitiaban el coche como un enjambre de moscas de la carne, seguramente habría también muchos papanatas y curiosos a los que no se podía atropellar así sin más, ¿o tal vez sí?

Se produjo un fuerte estallido a sus espaldas y, con el cristal trasero, cayó un adoquín sobre el asiento de atrás, donde Arezu había estado antes de pasarse a la parte delantera.

Con el codo golpeó a su derecha, encontró algo duro y oyó un ruido sordo. Se abrió un hueco en la ventanilla lateral que se cerró de inmediato. Otra cabeza con una bolsa de basura la agarró con las manos mojadas por la lluvia a través de la ventana destrozada. Imperturbable ante los golpes de Arezu sobre su dorso peludo, aquella mano abrió la portezuela. Y con ello llegó el momento.

No podía esperar más tiempo a que Ben regresara y encontrara una vía para liberarla de aquella multitud de gente asalvajada. Tampoco podía tener esperanzas de que la llamada de emergencia al 110 que ella había hecho llegara a procesarse de manera correcta.

La única posibilidad de ganar algo de tiempo («¡de permanecer un poco más con vida!») consistía única y exclusivamente en utilizar el contenido de la guantera.

¡Aquel arma de nueve milímetros!

No se trataba esta vez de una pistola de gas, sino de una de verdad. Mortal en cada disparo si apuntaba con acierto al cuerpo de la víctima.

Arezu percibió cómo unos dedos se clavaban en su camiseta. Cómo la agarraban de las orejas y de los hombros. Cómo tiraban de ella hacia el asiento del copiloto.

Percibió cómo su cabeza golpeaba con dureza el asfalto. Notó un sabor a sangre al morderse la lengua y humedad, porque por lo visto yacía sobre un charco que pronto estaría anegado con su sangre. En cuanto aquel filo se precipitara sobre ella. El filo del cuchillo dentado del pan que sostenía con ambas manos el hombre que estaba arrodillado encima de ella. Como un puñal.

—¡BASTA! —gritó Arezu y alzó la mano con la que había estado sujetando la pistola todo el tiempo.

Pensó que solo con verla bastaría para que se apartaran de ella sus

atacantes, para que recobraran el juicio a tiempo y fueran conscientes de su propia condición de seres mortales, para que formaran un pasillo y la dejaran marchar.

No pensó que fuera necesario disparar de verdad. Ni siquiera se creía capaz de tal cosa. Antes, cuando Ben estaba frente a ella, había puesto mala cara a propósito. No podía soportar ningún dolor, no podía ver sangre. Ni la suya, ni la de los demás.

Por este motivo ella misma se asustó cuando se produjo la detonación. Sin querer. Sin que hubiera apuntado.

La cabeza del hombre que tenía encima de ella desapareció en una neblina roja. Estaba convencida de que la bolsa de plástico había explotado junto con el cráneo, pero en realidad era la sangre chorreando sobre sus ojos desde la herida en el cuello que había producido la bala. Poco antes de que el agresor proferiera un sonido gutural, se desplomara hacia un lado y cayera en la calle.

Ben. 1.12

*Quedan 6 horas y 48 minutos
para el final de la noche del ocho*

No había duda sobre lo que Ben tenía que hacer: levantarse antes de que la mano de la chica le tocara la entrepierna. Impedir que él se convirtiera en la herramienta con la que iban a violarla.

«Pero ¿y después qué?»

En el mejor de los casos lo echarían a la calle de malas maneras. Lo más probable era que lo apalearan en un cuarto trasero; con toda seguridad lo molería a palos algún proxeneta que ayudaba a Lady Nana y a quien no resultaría de su agrado que Ben no estuviera en disposición de pagar los cuatro mil quinientos euros que había prometido en su apuesta.

Sin embargo, incluso algunas costillas y algunos dientes rotos no serían lo peor si él daba a conocer su identidad ahora. Tampoco el vídeo que documentaba su participación en ese «juego» que no tenía ningún respeto por la dignidad humana y que con seguridad encontraría su recorrido por las redes sociales, al igual que su estigmatización para siempre como un perverso. Todo eso tan solo era el motivo por el cual el extorsionador lo había atraído hasta allí. Con una dirección y una contraseña para situarlo en medio del círculo más infame de la escoria humana.

No, lo más terrible, el problema sin solución estaba en el hecho de que no podía irse así, sin más, y dejar a aquella pobre chica sola bajo la mesa.

Tal vez lo habría conseguido si antes no la hubiera mirado a los ojos. Pero ahora no solo se sentía obligado moralmente, sino que tenía un vínculo emocional con ella. Entre él y Lenka existía una conexión, establecida en ese segundo en el que habían tenido aquel breve pero intenso contacto visual.

Ben sintió la mano ascendiendo por la cremallera de la bragueta y percibió también una perla de sudor deslizándosele por la columna vertebral.

«¿Y ahora qué?»

Habría querido agarrarla por debajo de la mesa y apartarla de él. Pero eso lo habría puesto al descubierto de igual manera que los inquietos movimientos de defensa con las piernas que con toda seguridad percibirían el hurón o el vecino que tenía a la izquierda.

Ben comprendió entonces que la dificultad de ese juego depravado no consistía en mantener el rostro insensible, sino en hacer que pareciera suave y completamente normal. Respirar con calma en el momento en que uno preferiría hiperventilar. Tener los hombros caídos cuando se estaba tensando cada uno de sus músculos. Sonreír cuando uno estaba más bien por romper a llorar.

Mientras Ben trataba de buscar febrilmente una salida de aquella situación desesperada, Lady Nana prosiguió con sus estrafalarias preguntas tipo test. La siguiente se la dirigió al hombre de mayor edad del grupo. Un hombre con una peluca con raya que le quedaba mal, pero con una dentadura postiza perfecta. Tenía puestos los codos encima de la mesa y apoyaba la barbilla en las manos entrecruzadas, como si la cabeza le resultara demasiado pesada.

—La contraseña de hoy, «Walther Rehn», ¿es una alusión a: a) al reno, b) al trovador Walther von der Vogelweide o c) al analgésico Voltaren?

—La respuesta es c), Voltaren —dijo el viejo con una entonación supercorrecta.

Puso una cara de alegría ante el elogio de la anfitriona por la respuesta

correcta y Ben desapareció por algunos instantes de las miradas de los demás. Resultaba evidente que algunos de los presentes se estaban preguntando si la pronunciación exacta de aquel hombre lo convertía en sospechoso o si era algo natural que hablara como un juez en la lectura de los considerandos.

Todavía era demasiado pronto para arriesgar la apuesta. En todo caso lo era para los «jugadores».

No para Ben. Para él era demasiado tarde. Ahora que Lenka le había abierto la cremallera y estaba a punto de tocarle la entrepierna.

Sin reflexionar, pero sin tener tampoco otra opción, Ben se levantó de un salto y exclamó:

—Pero ¿es que habéis perdido todos el juicio?

Se abrieron varias bocas. Algunos pares de ojos como platos se lo quedaron mirando perplejos. Incluso Lady Nana permaneció inmóvil por unos instantes, como en un juego infantil en el que tienes que quedarte inmóvil cuando la música se detiene.

Sin embargo, aquello no era ningún juego, a pesar de que ese grupo de depravados lo denominaran así. Se trataba de algo muy serio.

—Pero ¿qué sois en realidad? ¿Animales?

En su mente, Ben se corrigió al instante, pues los animales no eran capaces ni por asomo de un conducta tan repugnante, pero, como era de esperar, no llegó a verbalizarlo.

La puerta que estaba detrás de Lady Nana se abrió de sopetón y un hombre entró a toda prisa por ella.

Tenía el cráneo tal pelado como una bola de billar. No daba la impresión de ser un tipo alto y fuerte, y seguramente Ben lo habría vencido en una pelea cuerpo a cuerpo, si no hubiera sostenido un arma de fuego en la mano y no hubiera mostrado esa mirada enajenada, desfigurada por la rabia, propia de un hombre que era probable que hubiera apretado el gatillo ya varias veces a lo

largo de su vida. Y que no tendría ningún inconveniente en volver a hacerlo hoy.

Ben cogió lo único que tenía a mano. Agarró la mesa y la levantó para utilizarla de escudo protector. Sin embargo, no había previsto que la cosa fuera tan fácil. Al pensar que la mesa era de madera maciza, empleó toda su fuerza en el movimiento, con la esperanza de levantar al menos sesenta grados el canto. Ahora tenía la mesa girada por completo sobre su propio eje y había hecho caer a quienes estaban sentados frente a él.

El señor mayor de la peluca tuvo la presencia de ánimo suficiente para levantarse, pero todos los demás quedaron sepultados por la mesa. El tumulto que se originó a continuación fue ensordecedor. Los gritos de los pervertidos, que se habían imaginado con otros colores más vivos el desarrollo del juego, resonaban en la bóveda y se mezclaron con el disparo que salió de la pistola del calvo ayudante de Lady Nana. Lo había hecho sin querer, disparó en el momento exacto en el que el abuelo de la peluca tropezó con él.

Todos gritaban y echaban pestes, excepto una persona. Lady Nana. Yacía en el suelo, alcanzada por el disparo, que había salido rebotado. Abatida por el hombre que había aparecido en su defensa.

Ben captó esto solo con el rabillo del ojo. Agarró a Lenka, que estaba acuclillada con los brazos alrededor de la cabeza, y le tiró sin miramientos del pelo para levantarla.

—Eh, tú, tonto del culo... —oyó decir Ben al hurón antes de propinarle un codazo en la cara.

Llevando de remolque a la chica desnuda, se abrió paso hasta la puerta, que ahora no estaba vigilada, pues el pistolero estaba arrodillado junto a Lady Nana presionando con ambas manos la herida en la espalda.

—¡Ahhh! —gritó alguien muy cerca de él, y tardó un instante en darse

cuenta de que se trataba de Lenka, que estaba llorando en medio de un ataque de histeria.

Siguió tirando de ella mientras atravesaban la puerta y subían la escalera. Contaba con oír otro disparo en cualquier momento. Con sentir la entrada del proyectil. En algún punto entre sus vértebras, en la región lumbar, en los hombros o en la nuca.

«Entonces recibiré mi merecido, Jule —pensó Ben—. Y estaré donde debo. En una silla de ruedas.»

Sin embargo, ese disparo no se produjo y, en contra de lo que era de esperar, la puerta al final de la escalera no tenía echado el cerrojo.

Sin embargo, Lenka iba ofreciendo cada vez más resistencia, como si no deseara que la salvaran. Pero él no podía ni debía prestar atención a ese hecho.

Había ya demasiadas cosas en su vida que Ben no podía perdonarse. No iba a añadir a ese listado abandonar a su destino a una chica menor de edad. Tiró de ella hacia el exterior, donde los recibió una lluvia densa, pesada.

Ben se dispuso a cruzar la calle tambaleándose mientras tiraba de Lenka a sus espaldas y se detuvo abruptamente cuando estaban más o menos a la mitad de la calzada.

«¡Qué demonios...!»

¡El taxi!

Seguía allí donde lo había aparcado, pero apenas era reconocible. Tenía todos los cristales reventados. La puerta del copiloto estaba arrancada, el capó y el maletero completamente abollados. El indicador de taxi había desaparecido del techo. Estaba sobre el asfalto, en un charco. Justo al lado de un... ¿de un cadáver?

—¡Arezu! —gritó Ben, si bien aquella figura inmóvil con una bolsa de plástico sobre la cabeza no podía ser la estudiante.

Aquel cadáver era demasiado pesado, voluminoso y masculino para serlo.

Lenka vio también el cadáver y se puso a gritar todavía más fuerte. Ben no podía reprochárselo.

¿Adónde la llevaba? ¿La había sacado de una cueva abovedada llena de perversos para meterla en medio de un campo de batalla?

—¡Arezu! —gritó él y miró a su alrededor.

No se divisaban por ninguna parte las masas humanas que debían haber provocado aquel exceso. Habían desaparecido en la lluvia igual que las prostitutas que solían ofrecer allí sus tristes servicios. E igual que Arezu, que no se encontraba en el automóvil, un hecho que pudo constatar sin esfuerzo al mirar, con Lenka de remolque, en el asiento trasero y en el maletero, que solo pudo abrir con una patada contra la chapa.

—¡Arezu! —gritó una última vez.

A alguna distancia oyó sirenas y pensó en lo que debía hacer ahora. La chica se había marchado y, con ella, también su teléfono móvil. No podía recibir nuevas instrucciones del desconocido, lo cual era algo bueno por una parte, ya que este no podía continuar moviendo los hilos para que él se metiera en situaciones sin salida. Pero, por otra parte, así firmaba la sentencia de muerte de Jule en el caso de que la hubieran envenenado de verdad y que los médicos dependieran de las indicaciones del asesino para salvarla.

¿Debía esperar la llegada de la policía? ¿O correr mezclado con los «jugadores», que poco a poco salían huyendo de los sótanos en dirección a la calle Bülow?

A Ben le robaron la facultad de decidir.

Y es que no solo las sirenas se estaban volviendo cada vez más ruidosas. ¡También regresaban los vándalos! Un grupo de personas se abría paso por la oscura pared de la lluvia. Con las caras irreconocibles, tapadas con unas

bolsas de basura oscuras que solo tenían unas aberturas para la boca y los ojos.

Lenka dejó de gritar cuando vio aquella falange aproximándose hacia ellos.

Ben no tenía muy claro quién representaba el mayor peligro: si los encapuchados o el protector de Lady Nana, que apareció de repente en la entrada a los sótanos. Ahí estaba el calvo, en la acera, con salpicaduras de sangre en la cara y apuntando su arma en la dirección de Ben y de Lenka.

Ya con el primer disparo, la chica se desplomó en sus brazos. Ben no titubeó y la cargó sobre su hombro. Por suerte, su cuerpo no era ni demasiado grande ni pesado. Echó a correr en la única dirección que no le habían obstruido. Hacia el sur, lejos de los perseguidores con las bolsas de basura en sus cabezas, quienes, por cierto, fueron la causa por la que por el momento no se oyó ningún disparo más.

—¡Es nuestro! —chilló una mujer.

Con un rápido vistazo por encima del hombro, Ben vio que las bestias hacían corrillo en torno al guardaespaldas. Y, efectivamente, estaban negociando con aquel tipo de gatillo fácil quién tenía derecho a liquidarlo. El esbirro de Lady Nana tuvo que defenderse del grupo bestializado y eso fue, dentro de lo malo, lo mejor, pues fue como si en ese instante le echaran una mano a Ben. Dobló a la derecha por una callejuela lateral. Con los brazos tan pesados como las piernas, que no querían seguir avanzando. Que no podían continuar avanzando.

«¿Adónde? ¿Adónde? Pero ¿adónde?».

Al final de la angosta calle parecía haber un parque. ¿Habría allí algún refugio?

Ben echó un rápido vistazo por encima del hombro. Vio doblar por la esquina al muro de perseguidores.

Corrió unos pasos más, con Lenka sujeta con firmeza. No percibía ningún

signo de vida en ella, ninguna respiración. No sabía cuánta sangre había perdido con el disparo. Parecían ser varios litros, de lo ligera que era y de lo mojada que estaba, pero esto último se debía tal vez solo a la lluvia.

«Ojalá.»

Estaba cansado y sediento.

Ben dio un traspie y continuó en dirección al parque, que en realidad era una plaza grande, y de pronto obtuvo justo enfrente la respuesta de hacia dónde huir. Allí, como un signo de admiración, se elevaba al cielo nocturno y ventoso de la capital.

Su pérdida de fe en la bondad de la vida se explicaba perfectamente por no haber pensado mucho antes en ese escondite tan evidente.

Cuando el 23 de octubre de 1871 se puso la primera piedra de la iglesia de los Doce Apóstoles, sus creadores no podían presentir que esa construcción monumental de ladrillo rojo recocido se elevaría al cielo en medio de un barrio problemático como una roca frente al embate de las olas, con su imponente torre con vitrales emplomados orientada hacia la prostitución callejera. En la parte posterior de la nave de la iglesia se hallaba el colorido barrio arcoíris, cuyo animado ambiente homosexual era ciertamente variado y pacífico, pero no por ello carente de problemas. La prevención del sida era aquí un gran problema, al igual que la latente homofobia de una ciudad que no siempre fue tan abierta al mundo como deseaba que la vieran.

Siempre había habido prostitutas, drogadictos, indigentes y víctimas de la violencia intolerante, por supuesto. Sin embargo, fue en la década de 1990 cuando el servicio a esas personas se convirtió en la acción prioritaria del trabajo eclesiástico. En contra de algunas resistencias de las fuerzas conservadoras, el reparto de condones, jeringuillas y mantas cálidas pasó a ser un componente fijo del cuidado de las almas. Y la iglesia de los Doce Apóstoles, en un destino fiable de aquellos que no tenían a nadie más en quien poder confiar.

Como si fuera lo más natural del mundo, el cura que estaba al frente de la iglesia mantenía una política de puertas abiertas para hombres, mujeres e incluso individuos que no estaban seguros de su género.

Además, con el paso de los años, había aprendido que su labor no se circunscribía solo a los horarios de los servicios religiosos oficiales, sino que

los problemas empeoraban justamente cuando otras parroquias habían cerrado hacía ya rato sus portones. Por esa razón, desde hacía algún tiempo, la dirección de la iglesia organizaba cada fin de semana un servicio de guardia de veinticuatro horas con voluntarios. Una medida que, en aquel instante, era un salvavidas para Ben, quien, tras propinar furiosas patadas al portón, entraba ahora en la iglesia con Lenka en brazos y pasaba al lado del negro que finalmente les había abierto.

Por la estatura y el porte musculoso, aquel hombre de unos cuarenta años habría podido pasar por uno de sus perseguidores, solo que él no ocultaba su cara con ninguna bolsa de plástico, sino que llevaba puesto un gorro de lana con los colores de la bandera jamaicana. Tenía los pies metidos en unas botas de motorista decoradas con remaches, en las que desaparecían unos pantalones de cuero muy ceñidos. Además, llevaba estampada en la camiseta la siguiente frase: NO DISPARE, OFICIAL. SOY UNA MUJER BLANCA.

En otro momento, Ben se habría reído. Ahora se limitó a decir:

—Ayúdenos, por favor. —Y luego descargó a Lenka en uno de los bancos de la iglesia.

Aquel hombre, cuya identidad desconocía, pero que era imposible que fuese el cura por el atuendo, atrancó con una traviesa el gran portón de dos hojas y a continuación se acercó a Ben y a la chica inmóvil.

—Soy el cura Baha Tamosa —dijo en un perfecto alemán, sin ningún acento—. Bienvenidos a mi iglesia.

«Para que luego digas que conoces a la gente», pensó Ben.

—¿Qué le ocurre?

—No sé. Nos han dispa... —El aire no le llegaba a Ben para hablar, ni tan siquiera para respirar.

Tras secarse el agua de la lluvia de la frente, habría querido tumbarse por el

agotamiento. Además, al pensar en Arezu, que debía de estar en algún lugar ahí afuera, se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Les han disparado? —remató la frase el cura, que se arrodilló junto al banco y puso dos dedos en la arteria carótida de Lenka—. Está viva —constató con satisfacción, antes de alzarle uno de los párpados y alumbrarle las pupilas directamente con la función linterna del teléfono móvil que se sacó de los pantalones de cuero—. Tiene los reflejos normales. —La estuvo palpando sin ningún pudor exagerado, pero con un respeto perceptible. Luego le pidió a Ben que la mantuviera sentada unos instantes. Concluyó su inspección con estas tranquilizadoras palabras—: No veo sangre, ni tampoco ninguna herida de bala. —El cura volvió a levantarse—. Si tenemos suerte, se trata tan solo de un desmayo. El susto fue tal vez excesivo para ella. Espere aquí.

No habían pasado ni siquiera treinta segundos y Baha Tamosa regresó con una almohada, toallas y una manta cálida.

—Es una prostituta —dijo el cura.

Era una constatación, no una pregunta. No pareció sorprenderse por la edad, ni tampoco por la desnudez.

—La he liberado de un burdel. O de algo similar —confirmó Ben.

—¡Santo cielo! Pero ¿qué es lo que pasa esta noche? —preguntó Baha mientras secaba a la chica desnuda con las toallas antes de colocarle la almohada debajo de la cabeza.

—Soy...

—Ya sé quién es usted.

El cura extendió la manta cálida por encima de Lenka y se dirigió de nuevo a Ben.

—Se llama Benjamin Rühmann. El nochechero.

Ben asintió con la cabeza, rendido, e hizo un gesto de impotencia, como si

quisiera decir: «No puedo impedirselo».

—Si quiere obtener la recompensa por mi cabeza, hágalo, pero que sea rápido, por favor.

El cura chasqueó con la lengua en tono reprobatorio.

—¿Cree en serio que un hombre de Dios cometería un homicidio?

—Me temo que algunos de sus colegas no se arredraron ante crímenes mucho mayores.

Para sorpresa de Ben, el cura se echó a reír a carcajadas.

—Tiene toda la razón. No obstante —dijo señalando hacia el altar con la figura de Jesucristo crucificado por encima—, el que habita al abrigo del Altísimo y permanece a la sombra del Todopoderoso, que le diga al Señor: Esperanza mía y castillo mío, mi Dios, en él confío. —Baha le había recitado un salmo que Ben no conocía por su condición de ateo—. Pues él te libraré del lazo del cazador. De la peste destructora.

Los cazadores. La peste, es decir, una epidemia que se extiende de manera similar a un virus.

La cita encajaba en múltiples sentidos con la situación, pero fracasó en su efecto tranquilizador, si ese era el propósito al recitar aquel salmo.

—No creo en Dios. Y por desgracia tampoco tengo ninguna esperanza —le contradijo Ben.

Baha asintió con la cabeza como si hubiera previsto esa réplica. Se aseguró una vez más de que Lenka respiraba tranquilamente y, a continuación, dijo:

—Y, sin embargo, aquí está a salvo del populacho, Benjamin. Solo que, por desgracia, no puede ocultarse de sí mismo.

Ben, que naturalmente sabía adónde apuntaba el cura, dijo:

—No crea lo que haya leído u oído acerca de mí. No le he hecho nada a mi hija.

—Eso no me incumbe, pero si quiere hablar de ello, sobre el accidente de

entonces o sobre el atropello de hoy, seré todo oídos en cualquier momento.

Se sacó el teléfono móvil del bolsillo, presumiblemente para llamar a la policía. O al 112, lo cual también era lógico. Puede que Lenka no estuviera herida de gravedad, pero con toda seguridad precisaba de asistencia médica.

—¿De qué atropello habla? —preguntó Ben, y el cura interrumpió lo que estaba haciendo.

—El de la estación de autobuses, donde esta tarde ha maltratado usted a una mujer.

—¿Que yo qué? —Ben negó con la cabeza. ¿Es que no iba a acabar nunca esta locura de amenazas, chantajes y acusaciones falsas?

—Así al menos es como puede verse en internet. Espere.

En lugar de llamar, el cura parecía estar buscando alguna cosa. Al cabo de un poco le tendió a Ben el teléfono, en el que había puesto en marcha un vídeo de YouTube.

«Se nos echó encima corriendo y comenzó a pegarme. Tiene algún cable cruzado en la mente. Por suerte mi novio lo filmó todo.»

Ben reconoció a la actriz porno a la que había estorbado durante su rodaje. El corte en el que aparecía él lo mostraba corriendo por el aparcamiento como una bestia furibunda y atrapando luego a una mujer que lloraba de miedo. Una mano sin cuerpo le dibujaba un ocho en la frente a la chica. Las escenas estaban procesadas con habilidad.

Suscitaba la impresión real de que Ben, y solo Ben, era el responsable del maltrato a aquella mujer, tal como también lo resumía la voz femenina en off. Esta tampoco pertenecía a la víctima; su tono era el de una persona mucho más joven con un registro muy agudo.

Alguien se había ganado un puñado de euros grabando rápidamente las inculpaciones, pero eso no podía saberlo ningún espectador.

—No fui yo —dijo Ben, y el cura se encogió de hombros mientras cogía

nuevo su teléfono.

—No soy Dios y no lo juzgo. Sin embargo, las personas de las que está huyendo lo ven de otra manera. Para ellas, usted es un loco que abusa de las jovencitas, que maltrata a las mujeres y que acaba de secuestrar de un burdel de menores a una chica desnuda.

—La he liberado —gritó Ben.

El eco de su voz resonó por la nave de la iglesia.

Baha alzó la mano.

—Yo le creo. O mejor dicho: quiero creerle, Benjamin. Porque, para mí, usted es una especie de destello de esperanza de que, pese a que el mundo se ha vuelto loco, no está del todo perdido. Y de que Dios señala al inocente una salida incluso en la peor de las situaciones más apuradas. Y eso es lo que ha hecho trayéndolos a ustedes tres hasta mí, ¿verdad?

«Un momento...»

—¿Tres? —preguntó Ben perplejo.

El cura asintió con la cabeza, señaló a Lenka y le pidió ayuda para transportarla entre ambos.

—Acompáñeme, la llevaremos a la sacristía. Su amiga lo espera allí.

Nikolai. 1.31

*Quedan 6 horas y 29 minutos
para el final de la noche del ocho*

—Lo mato.

—Relájate, anda.

—¿Relajarme? Te voy a dar relajación yo a ti, idiota. ¿Ves esto?

Dash golpeó con tanta brutalidad en la pantalla con el dedo índice que Nikolai temió que fuera a atravesar el monitor del portátil.

—Es mi taxi. Joder. Era mi taxi.

La pantalla estaba dividida en cuatro ventanas de vídeo. La superior izquierda mostraba la vista interior de un vehículo al que le faltaban los cristales de las ventanas y cuyas esquirlas estaban esparcidas por los asientos. En la ventana diametralmente opuesta se veía un capó en el que parecía que un elefante se hubiera echado una cabezadita encima. Las otras dos ventanas estaban en negro porque sus correspondientes cámaras habían sido arrancadas o aplastadas por los vándalos.

—¿Es que ese tonto de los cojones tenía que aparcar justo delante? —gritó Dash, y Nikolai empezó a preocuparse de que su Fiat fuera a correr la misma suerte que el taxi si su colega acababa perdiendo por completo el dominio de sí mismo.

—No te preocupes por eso. Pusiste antes la denuncia por el robo del coche, ¿no?

—Sí.

—Bien, entonces no te lo endosarán a ti.

—Tío, la cosa no va de eso. Ese coche era mi bebé.

Seguían todavía en el aparcamiento para estudiantes, delante de un aula de la facultad de Derecho. Entretanto, el aguacero había refrescado el ambiente y los cristales estaban empañados por dentro.

—Ojalá no te hubiera hecho caso, ni a ti ni a tu idea de chiflado, Nick. ¿Sabes todo el tiempo que se ha tardado en cablear el taxi hasta que quedara perfecto? ¿Con su mando a distancia, su visión nocturna y todas sus mandangas?

Nikolai jugueteaba con el gemelo de su camisa.

¿Es que este idiota está hablando en serio?

—¡Viejo, a veces me pregunto a quién de los dos condenaron a trabajos sociales por agresión! —Nikolai señaló el ordenador—. ¿Tienes alguna idea, por pequeña que sea, del valor que tienen estos vídeos de esas bestias sacando con violencia a la nocheochera de un coche? Sin contar con los nuevos suscriptores de pago que vas a reunir para dash-xtreme. Si los subimos a YouTube, solo con la publicidad previa a los vídeos podrás comprarte otro coche igual, colega.

Lo de la publicidad antes de los vídeos no lo había dicho en serio. A pesar de que la mayoría de las empresas no tendrían reparo alguno en colocar sus anuncios de detergentes, ordenadores o destinos de vacaciones antes de las secuencias en las que unos alborotadores enloquecidos pisoteaban el capó de un taxi. De manera oficial, las direcciones de los consorcios decían que no poseían influencia ninguna sobre qué anuncio precedía a qué vídeo, que eso lo resolvía un programa informático que colocaba de forma aleatoria la publicidad antes de los vídeos más populares en la red. Sin embargo, era un hecho que en el departamento de mercadotecnia se felicitaban con palmaditas

en la espalda cuando, por ejemplo, un anuncio de dispositivos de alarma salía justo antes de las imágenes movidas de un vídeo tomadas por un vecino que había filmado con el móvil un brutal robo en una vivienda de su zona residencial. Estos anuncios previos a los vídeos podían generar cientos de miles de euros y, sin embargo, esa no era para Nikolai ni la tercera opción prioritaria. La lucha por la supervivencia de Arezu, filmada desde varias perspectivas, eso sí tenía un valor absoluto como noticia.

—ARD, ZDF, RTL, CNN. Tendríamos que hacer algunas llamadas y ver qué combinación de letras nos ofrece más por el vídeo para vendérselo.

—No —dijo Dash.

—¿No?

—Todavía no.

Parecía haberse sosegado un poco. Ya no se le balanceaban los muslos como si alguien hubiera conectado en ellos un cable eléctrico.

—¿Cuándo entonces? —preguntó Nikolai—. Tenemos un material de primera. De primera mano, por decirlo así. Pero, viejo, si esperamos demasiado nos encontraremos el mercado inundado con los clips de esos cenutrios con bolsas de plástico. La mitad de ellos solo estaba allí filmando.

Dash asintió con la cabeza.

—Puede ser. Pero es demasiado pronto para nosotros.

—¿Demasiado pronto? Ya tenemos un cadáver. ¡Y tu cámara exterior ha filmado cómo esa anoréxica le disparaba a ese desgraciado en el cuello! ¿A qué quieres esperar más?

Dash se giró hacia la ventanilla lateral y dibujó un ocho en el cristal empañado. Entonces sonó su teléfono móvil. Descolgó sin decir nada, ni siquiera dando su nombre como saludo. Pocos segundos después, respondió con un «hum» a aquella conversación unilateral y colgó.

—¿Problemas? —preguntó Nikolai al ver que los muslos de Dash volvían a

agitarse.

Además, le sobresalía la mandíbula como si intentara masticar una piedra.

—Lady Nana —dijo él.

—¿Qué le ocurre?

—Ese cerdo la ha dejado seca.

—¿En serio?

Nikolai se preguntó cómo había logrado Ben hacer eso. ¿Lo habían cacheado de verdad a la entrada por si llevaba armas? Era mucho más interesante la cuestión de si lo habían filmado en ese lance, algo que Nikolai daba por seguro. Al fin y al cabo, ese era el modelo de negocio de Lady Nana. De la serie «Rostro insensible» había ya dieciocho capítulos. Unos pagaban por ver esos vídeos porno, incluidos el «juego» y la posterior violación en grupo de las prostitutas. Otros pagaban para que sus caras salieran pixeladas antes de que el vídeo se hiciera público.

Lo mejor de todo ese montaje era que su plan estaba saliendo mucho mejor de lo que él habría podido soñar. Pronto, la prensa y todo el país sabría que Ben había visitado la timba de perversos de Lady Nana. A partir de ahora ya no era solamente un asesino potencial, sino también un pederasta que maltrataba a una chica. Si entre los locos que campaban ahí afuera todavía había alguien con escrúpulos de llevar la caza de Ben hasta su triste final, esto suprimiría cualquier posible titubeo.

—Mierda, ya sé que erais amigos —dijo Nikolai a Dash, aunque no tenía la menor idea.

Lady Nana proveía de vez en cuando a Dash de breves vídeos, el material de desecho de sus propias producciones. Putas que se desmayaban en el transcurso del juego o que se habían chutado una sobredosis. Eso no era nada para los filmes profesionales de Lady Nana, pero se trataba justamente de lo que demandaban los usuarios de dash-xtreme, que en parte estaban tan hechos

polvo que incluso se hacían pajas con los vídeos de ejecuciones en vivo procedentes de Irán.

—Vale, tío, es trágico, sí. Pero no se pueden cambiar las cosas. Venga, vamos a convertir el material en oro ahora y...

—¡Te he dicho que más tarde! —gritó Dash.

Nikolai alzó las dos manos con gesto conciliador.

—Vale, vale, que no estoy sordo. ¿Cuánto tiempo es para ti «más tarde»?

—Cuando estén muertos.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Ben y Arezu. Quiero verlos morir. ¡Grabados en vivo!

Vale. Eso sonaba pero que muy bien.

—¿Así que les vas a poner otra misión? —supuso Nikolai.

Dash sonrió diabólicamente y asintió con la cabeza, mientras arrancaba el motor.

—¡Por fin! —glosó Nikolai la maniobra de marcha atrás que realizaba Dash en el aparcamiento.

Era su coche, pero sabía que Dash percibía el estatus de copiloto como algo inferior a su categoría, y ahora no era el momento de aclararle quién llevaba allí la voz cantante.

El más listo cede. Solo está a la espera del momento oportuno para dar el golpe.

—Así que esta vez vamos a verlo todo de cerca, ¿verdad?

Dash condujo hacia la avenida Unter den Eichen y por consiguiente en dirección a la autopista urbana:

—Es lógico. Ya no tenemos cámaras in situ. Mi coche está fuera de combate.

—Sí, sí, está bien. Lo he entendido. —Nikolai puso los ojos en blanco—. ¿Ya has pensado en cómo va a ser esa nueva misión?

—Una muy sencilla —dijo Dash con una sonrisa llena de dientes mientras pasaba a propósito por encima de un charco—. Una de la que será imposible que salgan vivos.

Ben. 1.32

*Quedan 6 horas y 28 minutos
para el final de la noche del ocho*

—¿Arezu?

Ninguna reacción. La mirada de ella lo atravesó, como si Ben fuera el escaparate que daba paso a un mundo apocalíptico, y la sacristía, en la que ella estaba sentada a una sencilla mesa blanca de madera, la sala de espera de los condenados.

Tenía la mirada vacía, la cara embadurnada como la de un soldado en una acción bélica; solo que con toda seguridad era sangre y no pintura de camuflaje lo que atravesaba en diagonal su mejilla hasta alcanzar la frente.

—Lleva así desde que llegó aquí —dijo el cura.

Habló en voz baja, como si no quisiera arrancar a Arezu de su vigilia o lo que fuera aquello que la hacía parecer ausente. Puede que simplemente no quisiera molestar a Lenka.

Ben miró hacia la chica víctima de abusos, que, al contrario que Arezu, casi daba una impresión de paz. Respiraba de manera regular, honda y tranquila, y yacía envuelta en una manta encima de un sofá de cuero desgastado que, sin embargo, parecía cómodo.

—¿Cuándo llegará la policía? —preguntó Ben también entre susurros.

El cura había mantenido una breve conversación telefónica y Ben supuso

que había puesto en conocimiento de la situación a los agentes, pero Baha lo miró como si Ben se hubiera permitido gastarle una broma pesada.

—¿La policía? ¿En mi iglesia? —Negó con la cabeza—. Por experiencia sé que la mayoría de los que buscan ayuda no desean la intromisión de las autoridades, sin que importe el estado en el que llegan aquí. Pero puede estar usted tranquilo. La ayuda viene en camino. He informado a una buena amiga. Es doctora y dirige un albergue para mujeres. Probablemente sea la combinación ideal para las dos víctimas que están en este cuarto. —Señaló primero a Lenka y luego a Arezu—. No diré nada, pero no se lo pone nada fácil a ninguna persona considerándose inocente, Benjamin. Me refiero a que las mujeres que han pasado la noche con usted no se encuentran en el mejor estado de ánimo posible, ¿no le parece?

Ben no entró al trazo de ese comentario; sobre todo porque tenía pocas cosas que replicar. Ciertamente, las cosas no eran tal como parecían, pero no podría hacer comprensible a nadie cómo eran de verdad.

—Arezu, ¿me oyes?

Se acercó a la mesa y le cogió una mano. Ella no la retiró e incluso la apretó un poco. Después de todo, era la primera señal de que ella percibía su entorno.

—Ya vuelve en sí —constató también el cura.

Se dirigió a un armario antiguo situado bajo la ventana de la sacristía y que solo le llegaba al ombligo, lo abrió y sacó una botella de vino que presumiblemente se guardaba allí para la misa.

La puerta del armario chirrió y el ruido debió de ser tan desagradable para Arezu que al final reaccionó. Primero con una contracción casi espástica de la comisura de la boca, a continuación se sacudió como lo hace un perro para quitarse la lluvia de encima.

—¿Arezu? —preguntó Ben y volvió a apretarle los dedos.

Ella abrió la boca y su mirada se volvió más clara.

—¿Dónde...? —preguntó, y acto seguido se estremeció al acercarse el cura a la mesa y abrir el cierre de rosca de la botella de vino con un chasquido.

—¿Hola? ¿De vuelta en el mundo de los vivos? —preguntó y le llenó hasta la mitad un vaso que ya estaba encima de la mesa.

Ben se alegró de que el cura no le ofreciera nada. En su estado se habría amorrado directamente a la botella. Ambos miraron a Arezu mientras esta vaciaba el vaso, despacio y con cuidado, como si estuviera probando una bebida caliente.

—¿Mejor? —preguntó el cura.

Arezu asintió, avergonzada, con la cabeza. Era evidente que la situación le resultaba muy desagradable.

—Sí, mejor. Lo siento —dijo, y no tuvo más remedio que carraspear.

—Está bien, está bien —intentó tranquilizarla Ben con mucha más impaciencia de la pretendida.

Las únicas experiencias con personas que tenían que procesar un trauma psicológico eran las suyas propias y, por ello, intuía que era mejor no apremiar a Arezu. Por otro lado, el tiempo volaba y se temía que con la cantidad de cosas que habían sucedido en los últimos treinta minutos necesitaría un día entero para comprender los sucesos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó directamente por esa razón.

Él tenía en mente la imagen del taxi destrozado y del cadáver, pero Arezu no lo entendió bien y respondió haciendo referencia al estado apático en el que acababa de estar presa hacía unos instantes.

—No puedo ver la sangre. Salí corriendo —dijo ella.

—¿Quiere decir que cae en una crisis nerviosa o algo similar? —preguntó el cura.

Arezu asintió con la cabeza.

—Me pongo especialmente mala cuando huelo o saboreo mi propia sangre. Entonces me veo presa de un ataque de pánico que suele durar varias horas.

—¿Una fobia? —preguntó Baha con insistencia.

—Más bien una psicosis. Cuando era una adolescente, mis compañeros y compañeras de la escuela me maltrataron, y mi única posibilidad de aguantar era reconcentrarme en mí misma cuando los golpes eran demasiado fuertes.

Sus ojos aletearon; Ben se temió que volviera a desmayarse pero, entonces, un estremecimiento recorrió el cuerpo de Arezu. Se sacudió y su mirada volvió a ser clara.

—¿Oz? —preguntó ella.

Por lo visto se acababa de acordar en ese preciso momento de la razón por la que habían abandonado la protección de Schwartz y se habían dirigido a la zona de prostitución de menores.

—¿Te encontraste con él?

—No —dijo Ben—. No vino.

Él le preguntó por su teléfono móvil.

«¡Por favor, no digas ahora que está en el coche!»

Arezu parpadeó un instante y a continuación asintió con la cabeza.

—Un momento.

«¡Gracias a Dios!»

Lo sacó del bolsillo de la chaqueta y se lo tendió a Ben, que miró con decepción la pantalla. No había ningún mensaje de voz ni tampoco de texto.

Schwartz no había llamado. ¿No había entendido la indicación del código PIN? ¿O no había podido leer los números que se había garabateado en la muñeca con el lápiz de ojos en el cuarto de baño? Él contaba con que el policía desbloquearía de esa manera el teléfono móvil que le había dejado y que entonces daría con el mensaje de texto que le había escrito poco antes de salir de la vivienda segura por la presión del extorsionador.

«Han envenenado a mi hija. La controlan por videovigilancia. No se la puede cambiar de lugar. Por favor, no cometa ningún error, pero espero que a usted y a mi padre se les ocurra algo. Voy a intentar encontrar al extorsionador.»

Tampoco tenía ninguna llamada su padre ni ningún mensaje del titiritero de cuyos hilos pendía él.

«¿Y ahora qué?»

Tenía que atreverse a contactar directamente con su padre, si bien existía el peligro de que el viejo policía, fiel a las legalidad, actuara conforme a los esquemas previstos y entonces pusiera en peligro la vida de Jule. Sin embargo, su padre ya había actuado de una manera poco ortodoxa al facilitarle la ayuda de Schwartz. Antes, en el estado de agitación en el que estaba sumido en la casa de Jule, apenas había podido pensar con claridad; ahora no le quedaba otro remedio que asumir el riesgo de que el teléfono estuviera pinchado.

Una preocupación aún mayor de Ben era que el extorsionador no volviera a establecer contacto después de que él se hubiera largado corriendo del antro de Lady Nana. ¿Iba a morir su hija por no saber con qué sustancia la habían envenenado?

Al pensar en Jule le vino a la memoria el enlace que le había enviado el desconocido. Con él podía mirar por su hija en el verdadero sentido de la expresión, pero cuando hizo clic en la cámara de la habitación, no surtió efecto ninguno.

—Aquí no tenemos red —dijo el cura, que debió de haber observado a Ben en su intento infructuoso de entrar en internet—. Ni siquiera tenemos Edge. Pero sí hay cobertura para el móvil y, como espero que comprenda que no voy a desvelarle la contraseña, para navegar tendrá que salir de nuevo a la calle.

La segunda parte de esta frase la dijo con una entonación que no dejaba duda alguna de que esa no era una buena alternativa para sus visitas.

«¿A la calle? ¿De vuelta con mis perseguidores?»

Ben estuvo reflexionando unos instantes y luego decidió que había una persona mucho más importante que su padre a la que tenía que llamar en primer lugar, y la preocupación por su hija le hizo salir de la sacristía.

—Ya le dije que nos dejara en paz.

Ben había marcado el número de Jenny, que, por suerte, Jule sí tenía almacenado en su móvil, pero se había puesto al aparato su nueva pareja.

—Páseme con mi mujer —ordenó Ben.

Había salido de la sacristía para poder hablar sin que lo molestaran, y ahora se hallaba en un ancho pasillo entre el salón parroquial y las dependencias situadas en un lateral. Si no andaba equivocado, a su derecha, al final del pasillo había una puerta con un letrero no iluminado de SALIDA.

—Aquí hay un follón de mil pares de cojones —dijo la pareja de Jenny con agitación e ira a partes iguales—. Frente a nuestra casa están acampados unos locos con bolsas de plástico en la cabeza pintando ochos con aerosoles en las paredes de los edificios y en los coches aparcados. Eso se lo debemos a usted.

Ben respiró hondo y trató de no alzar demasiado la voz.

—Paul, ¿verdad? Escuche bien lo que voy a decirle. Tengo una foto suya que he encontrado en la red. Y sé cuál es su domicilio. Voy a postear ambas cosas, además de su número de teléfono particular, y voy a comunicar que me tiene escondido en su casa si no me pasa ahora mismo con Jennifer.

Silencio.

La amenaza de Ben, una pura invención, pareció dar sus frutos. Se coló en la mente de Paul y al parecer lo llevó primero a reflexionar y luego a cambiar su modo de pensar.

Sonó un crujido, Ben oyó a continuación un susurro y, al final, la voz de su mujer.

—¿Sí?

Voz de desconcierto. De preocupación.

—Escúchame bien, Jenny. Es muy importante ahora que no te dejes dominar por el pánico para no cometer ningún error.

—¿Qué has hecho?

La voz de Jennifer no sonó a que se hallara en posición de seguir el consejo de Ben.

—No he hecho nada.

—¡Santo cielo! En las noticias dicen que has estado involucrado en un tiroteo, que has matado a tiros a varias personas.

Ben negó desesperadamente con la cabeza.

—No he sido yo. Me están chantajeando, por favor, Jenny. Ya te lo he dicho: escúchame y mantén la calma. ¿Eres capaz de hacerlo?

—Sí —contestó ella.

Pero ni siquiera sonó como un «tal vez».

Ben meditó sobre las palabras que debía elegir para que ella no se pusiera a gritar de inmediato, pero no había ninguna otra vía prudente.

—Puede que estén envenenando a Jule.

—¿Quéeee?

En su mente vio a Jenny cayendo de rodillas con la cara desfigurada por el horror, apartando de sí la mano de Paul y ocultando la cabeza en los brazos cruzados.

—El tipo que me está extorsionando afirma que le ha inyectado un veneno que es muy difícil de detectar, pero para el cual existe un antídoto.

—¿Qué? ¿Quién...?, quiero decir...

—No lo sé —respondió Ben al tartamudeo de ella—. Le han inyectado algo.

—Pero, pero... si acabo de estar con ella. Está bien.

Jenny se sorbió los mocos. Tras el primer momento de conmoción apareció en ella ahora la fase de la duda.

—Al parecer, los síntomas se presentan al cabo de algunas horas —le arrebató Ben el primer atisbo de esperanza.

Aunque tal vez Jenny tuviera razón. Puede que todo aquello fuera un farol, una mentira, y él iba apurado esa noche pasando de un peligro al siguiente porque simplemente se lo encargaba un loco.

Pero «tal vez» esos no eran los cimientos en los que cimentar la vida de su hija.

—¡Oh, por Dios! —Jenny recobró el juicio. Conectó el modo madre para tomar decisiones—. Entonces tienen que ponerla en tratamiento de inmediato.

—¡No!

—¿No? ¿Has perdido el juicio?

«Sí. No. Tal vez.»

—La controlan a través de las cámaras de vigilancia. Se enterarán de cualquier paso que emprendamos. En cuanto algo se salga de la normalidad; si se cambia al personal médico, por ejemplo, o se vacía la bolsa de la orina a pesar de no estar llena, no volveré a oír hablar nunca más de esos criminales.

—Pero eso estaría muy bien, ¿no?

—No, porque entonces no sabremos cuál es el antídoto.

Jenny permaneció en silencio. Ben casi podía oler el humo que salía de su cabeza.

—¡Pero eso es una locura! No podemos quedarnos de brazos cruzados y esperar a que Jule empiece a echar espumarajos por la boca, se desangre por dentro o...

—No, está claro que no vamos a esperar de brazos cruzados. Ya he intentado avisar a la policía, pero no lo he conseguido. Por eso tienes que llamar a mi padre. Dile que él y Martin Schwartz...

—¿Quién es ese?

—Eso da lo mismo ahora. Memoriza simplemente su nombre y dile que tienen que trazar un plan de salvación con la máxima discreción posible. No deben sacar a Jule de la habitación ni emprender ninguna inspección que llame la atención, pero sí investigar de qué sustancia tóxica podría tratarse y hacer un listado de ellas. ¿Cuáles producen su efecto solo al cabo de varias horas? ¿Para qué veneno de efecto dañino retardado y difícilmente rastreable existe un antídoto? Y una cosa igual de importante: ¿puede manipularse la videovigilancia? ¿Se puede encargar a los operadores de internet que provoquen un corte en la red, pero no solo para el hospital, sino para todo el distrito, para que no llame la atención cuando falle la cámara de la televisión?

Por los crujidos que oyó al teléfono se dio cuenta del grado de intensidad con el que ella estaba agitando la cabeza enojada. Su voz se fue volviendo más fuerte y desesperada con cada una de sus palabras.

—Ben, ¿en qué demonios nos has metido? ¿En qué demonios has metido a tu hija?

—Solo soy el juguete, Jenny. No impongo aquí las reglas del juego.

«Solo voy a morir por culpa de ellas.»

Ben volvió a transmitirle las instrucciones e hizo que Jenny se las repitiera.

—¿Lo has entendido?

—Sí.

—Bien.

—No, no hay nada que esté bien, Ben. Y nunca más volverá a estarlo. Sé que ahora voy a ser injusta, pero todo esto no habría sucedido jamás si no hubieras sido tan cobarde toda tu vida.

«¿Cómo?»

—¿Cobarde? Jenny, justo al intentar salvar la vida de nuestra hija, estoy poniendo en riesgo la mía propia...

—Sí, la estás poniendo en riesgo. Eso es lo que haces siempre: arriesgar la pérdida de todo lo que tienes mientras vives impulsivamente, de un día para otro. Sin tomar decisiones propias. Sin asumir la propia responsabilidad. Es así como te conviertes en un juguete. Esa es la razón por la que tú y yo no encajamos. Asumo la responsabilidad y salgo para el hospital. Mientras, sigue jugando a tu juego ahí afuera.

Clic.

Nunca antes el silencio le había chillado tanto como en esos momentos. Nada dolía tanto como la verdad en la boca de una persona amada.

Esas frases, que Ben ya había oído con un contenido similar en boca de su padre, cortaban como una cuchilla de afeitar por sus conductos auditivos. No se habría sorprendido en lo más mínimo si sus oídos hubieran comenzado a sangrar. Sí, Jenny era injusta, pero Ben sabía también que tenía toda la razón, maldita sea.

«Pero ¿qué hago?»

—Te quiero, Jenny —le habló a aquel teléfono que no tenía nadie al otro extremo de la línea.

A continuación revisó de nuevo los mensajes entrantes, pero todavía seguía sin noticias del psicópata de cuyo hilo electrónico pendía.

Clicó en el enlace de la cámara y sintió otra punzada en el corazón al ver a Jule en su cama del hospital. Sin cambios. Desamparada. Pero con vida.

Sin saber qué debía hacer, regresó a la sacristía.

Arezu se sobresaltó un poco en la mesa cuando él abrió la puerta, pero en general daba la impresión de que ya se encontraba mejor. Estaba conversando con el cura, que en ese momento le formulaba una pregunta para la cual Ben desearía también una respuesta.

—¿Así que no quiere decirme lo que pasó exactamente ahí afuera?

Ben cogió una silla.

—Eso me gustaría saber a mí también. Santo cielo bendito, ¿qué sucedió en el taxi?

—No tengo ni idea —murmuró Arezu—. Solo sé que he debido de estar en contacto con sangre. —Miró en dirección al cura—. El acoso durante mi niñez fue tremendo, ¿sabe? El sabor y el olor de la sangre siguen provocándome en la actualidad una especie de huida de la realidad. Y de una manera muy especial cuando pruebo la mía. No me acuerdo, por ejemplo, de cómo llegué hasta aquí. Solo temo haber hecho algo malo.

—Había un cadáver tirado en la calle —dijo Ben sin contemplaciones.

Por el rabillo del ojo vio cómo la cara del cura se ponía rígida.

Arezu jadeó como si le hubieran dado un golpe en el pecho y se le dilataron los ojos.

—Pero ¿qué dices?

—Un hombre. Muerto por un arma de fuego.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y la voz se le quebró.

—¡Oh, Dios mío! —dijo con desesperación—. Entonces, esta vez sí que he matado a alguien de verdad.

—¿Esta vez?

Ben miró a Baha, que seguía la conversación con el aspecto de estar muy concentrado. Si el clérigo andaba acariciando ahora la idea de llamar a la policía, no se le notaba para nada en la expresión.

Arezu asintió con la cabeza y comenzó una especie de monólogo después de un titubeo inicial. Las frases elegidas dejaban entrever que no era la primera vez que se las confiaba a alguien que, como el cura, dominaba el arte de escuchar con atención.

—Yo tenía trece años y estaba en séptimo curso cuando morí por primera vez. Pues eso fue lo que hicieron conmigo: me mataron el alma. Antes de eso, en primaria, yo no gozaba de muchas simpatías entre mis compañeros y compañeras, pero fue en el instituto donde se desató el verdadero terror. Cuando encontraron mi diario, en el que hablaba de Nils... —Arezu se interrumpió. Desvió la mirada hacia un crucifijo en la pared y parpadeó—. Nils Oswald era lo contrario que yo. Atractivo, popular y bastante malo en la escuela. La persona que adoran abiertamente todas las chicas guapas. Y, en secreto, también todas las feas como yo. —Se tiró del lóbulo de la oreja con nerviosismo y sonrió—. Deseaba que me besara. Lo deseaba muchísimo. Por desgracia confié ese deseo a mi diario, que Patrick, el idiota más grande de la escuela, me robó de la mochila. En un recreo se lo leyó a toda la clase. Pero eso no fue al final el problema, sino el hecho de que entre todos aquellos que se reían y se burlaban de mí había un chico que no hacía más que mover la cabeza con gesto de rabia.

—Nils —se le escapó a Ben, y Arezu asintió con la cabeza.

—Sí. Después de la escuela me esperó con su monopatín bajo el brazo en el aparcamiento de bicicletas y me preguntó si lo acompañaba a la estación de metro. Yo pensé que quería burlarse de mí. Durante todo el recorrido hasta la plaza Theodor Heuss yo contaba que en cualquier momento me gritaría «¡tonta del bote!» y que sus amigos saldrían de detrás de un árbol o de un coche aparcado para mojarme con pistolas de agua rellenas de sangre de cerdo, como en *Carrie* de Stephen King, o algo similar. Pero fue todo lo contrario.

—Él la besó —anticipó el cura el punto culminante, y Arezu volvió a asentir con la cabeza. Más lágrimas asomaron a sus ojos.

—Al despedirnos en las escaleras de la estación del metro. Fue un beso breve y tímido, pero auténtico. Nils me dijo que le gustaría ir al cine conmigo el fin de semana. En aquel momento fui la persona más feliz del mundo. Durante cincuenta y cuatro minutos exactos. Hasta que llegó la llamada.

Baha permaneció en silencio y tampoco Ben se atrevió a formular la pregunta que sobrevolaba el aire de aquella sala: «¿Qué pasó?». Arezu la respondió de todos modos.

—Por desgracia, Nils debió de tropezar con su monopatín cuando entraba en la estación el tren de la línea U2. Murió en el acto.

Las lágrimas le caían ahora libremente y Arezu preguntó al cura si podía beber un poco más de agua.

Mientras Baha iba al armario, ella completó su trágica historia:

—Me echaron la culpa. Algunos compañeros de clase nos vieron marchar juntos de la escuela. Sabían que yo había estado en la estación de metro. Se extendió rápidamente el rumor de que yo lo había empujado a las vías, en venganza por no haber querido darme un beso. Esa mentira se expandió como un virus y contagió a todo aquel que lo oyó. Incluso compusieron unos ripios macabros a mi costa: «¡Una mueca, Arezu, y muerta estarás tú!». Aún sigo

oyéndolos en mis pesadillas mientras me pegan o me apagan cigarrillos en el pecho.

—¿Por eso iniciaste este experimento? —quiso saber Ben.

La respuesta era palmaria.

—Sí —se limitó a decir Arezu, y dio las gracias a Baha por el vaso de agua que este le entregó disculpándose porque era agua del grifo—. El acoso que padecí me despertó el deseo de estudiar el alma humana. Y la mentira que se difundió sobre mí fue lo que propició que inventara la noche del ocho para investigar los virus psicológicos.

—Un momento —interrumpió el cura—. ¿Acaso no será usted quien ha inventado esta caza de acoso y derribo por internet?

Arezu se encogió de hombros.

—Desearía no haberlo hecho. Aunque no fui yo sola. Oz me ayudó, pero...

—¿Quién es ese Oz que vuelve a mencionar?

—Un pirata informático: él fue quien programó la página. En realidad deberíamos encontrarnos aquí con él...

Arezu tomó un trago y, cuando Ben vio cómo se llevaba el vaso a los labios, se puso en pie de un salto.

—¿Todo bien? —preguntó el cura.

«No, nada está bien. Absolutamente nada.»

Extendió la mano y señaló a Arezu.

De repente se dio cuenta de lo que le había perturbado antes.

«En casa de Jule.»

Cuando había salido del lavabo después de la conversación telefónica con el extorsionador para explicarle a Schwartz que ya no deseaba su protección.

—El agua del grifo —dijo señalando el vaso de Arezu.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Cómo lo sabías?

La estudiante lo miró como si le hablara en otro idioma.

—¿A qué te refieres?

—A antes. ¿Cómo sabías que había que conectar primero la campana extractora de humos para que saliera el agua del grifo?

Ella tragó en seco y una venita se contrajo en su párpado derecho.

—No entiendo...

—Oh, ya lo creo que lo entiendes, y muy bien además. Quien no conoce la casa tiene que preguntar por qué el agua solo sale goteando del grifo, pero tú volviste con un vaso lleno de la cocina de Jule.

Arezu protestó en tono cansino. Con una voz demasiado baja y débil para alguien de quien se sospecha injustamente.

—¿Era agua de una botella!

—¿No me mientas! —gritó Ben.

Lo hizo en voz tan alta que Lenka pareció percibirlo en sus sueños en el sofá porque gimió ligeramente y se dio la vuelta bajo la manta. Baha se arrodilló a su lado para tranquilizarla.

—Sé lo que había en la nevera. Hacía poco que había mirado su contenido. No había agua. La sacaste del grifo.

—¿Y qué pasa si hubiera sido así? —preguntó Arezu y adelantó el labio inferior con un gesto porfiado.

—¿Puede alguien aclararme de qué va esto? —preguntó el cura desde el sofá, pero Ben no lo ignoró.

—Eso significa que sabías lo que tenías que hacer porque no era la primera vez que estabas en casa de mi hija.

Ben ya no gritaba. Sin embargo, sus palabras resonaron como si fueran disparos por la sacristía.

—Conoces a Jule hace tiempo, ¿verdad?

—Sí.

Simple y llanamente.

Una confesión breve con el efecto de un puñetazo. Ben hizo un esfuerzo por coger aire y sintió cómo se mareaba.

—¡Maldita mentirosa!

Agarró el vaso de agua de Arezu.

—¿Qué significa eso? —le preguntó—. ¿Qué estás tramando?

—Nada, absolutamente nada.

Él se rio con histerismo.

—Me secuestras, me cuentas una historia extravagante de que crees que soy Oz y que no puedes detener el programa sin mi ayuda.

—¡Pero no he mentido!

Él golpeó con fuerza el vaso vacío contra la mesa y todos se estremecieron. Incluso lo hizo Lenka en el sofá, quien gimió e intentó quitarse la manta de encima con los pies, cosa que el cura impidió con frases tranquilizadoras y una suave resistencia.

Ben, distraído brevemente por este gesto, volvió a dirigirse a Arezu. En voz más baja, amenazadora.

—Me ocultaste que conocías a Jule.

—Sí, porque eso es justamente lo que te convierte en sospechoso, Ben.

—¿Cómo dices? —Entornó los ojos con expresión de sorpresa.

—No solo conozco a Jule —explicó—, soy su amiga. Nos encontramos por

primera vez hace medio año en la clínica de telefonía móvil. Se me había roto la pantalla del mío y ella me ayudó a repararlo en un tiempo récord.

—¿Pretendes que me trague eso?

Arezu le lanzó una mirada que significaba claramente «me importa un rábano».

—Empezamos a hablar, ella descubrió en mi lista de reproducción las bandas de rock que a ella también le gustaban y quedamos para un concierto de Biffy Clyro. Antes quedamos en su casa. Sí, soy culpable de esa acusación.

—Arezu hizo como si estuviera jurando sobre una Biblia imaginaria—. De acuerdo, confieso que te lo he ocultado, pero por un buen motivo. Cuando esta noche vi tu foto en la página de la noche del ocho, me acordé de la que Jule te había hecho con el móvil y que me enseñó una vez que sonó Fast Forward por la radio. Me dijo que aquella había sido tu banda y yo quise saber cómo eras. Y cuando tuve claro que Oz te había elegido a ti, sin lugar a dudas, tuve la certeza de que debía haberse nominado él mismo. Quiero decir que eras tú, el padre de mi amiga: no podía tratarse de una casualidad. Tú eres el director del juego. Estarás de mi lado cuando me pidan responsabilidades.

—Lo veo difícil —dijo Ben en voz alta la misma frase que estaba pensando.

—Yo creo que sí. Mi teoría es que me persigues porque le pedí a Jule que me ayudara en la búsqueda de Oz.

—¿Que yo te persigo? Te faltan todos los tornillos.

Miró a Baha, quien acariciaba a la joven checa que poco a poco iba volviendo en sí.

—Como ya te he dicho, Oz solo contactaba conmigo por teléfono —insistió Arezu—. Me llamaba siempre con el número oculto.

—¿Y qué?

—Jule me explicó un día que en su trabajo podía hacer visibles los números ocultos. Poca gente lo sabe, pero la policía, además de las telefónicas y las

centralitas de telemarketing, saben quién llama aunque ocultes la visibilidad de tu número. Así que le di a Jule mi teléfono móvil para que averiguara el teléfono real.

—¿Y lo consiguió?

Ben percibió un hormigueo en los dedos, parecido al que sentía cuando llevaba mucho rato ensayando el redoble del tambor.

—Sí y no.

—¿Qué quiere decir eso?

Arezu suspiró confusa.

—Ella averiguó un número y posiblemente sea el de Oz. Pero la llamada no se establece desde ese número. Está desconectado o ocupado, sin importar la hora a la que llames. —Resopló por el labio inferior y la corriente de aire le entró directamente en la nariz, una costumbre que permitía inferir que hacía poco que se había cortado el flequillo y que de ese modo se retiraba los mechones que le caían sobre la frente—. Lo intenté tantas veces que me lo aprendí de memoria.

Ben cogió su teléfono móvil, abrió la función de contactos y guardó el número que ella le dio. Lo probaría después. Eso, siempre y cuando hubiera un «después» para él en el que se le permitiera efectuar una llamada.

—¿Cuándo sucedió todo eso? —preguntó él.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuándo te dio Jule ese número, qué día exacto?

—Hace diez días. Poco antes de que...

Arezu se llevó la mano a la boca con expresión de susto. A veces las conexiones más evidentes son aquellas ante las cuales se cierran los ojos.

Jule quiso ayudar a su amiga a desvelar quién era aquel misterioso pirata informático. Poco después de que averiguara su teléfono, ella se precipitó desde la azotea de su casa.

—¿Por qué iba a hacerle Oz algo malo? —preguntó ella en voz baja—. Por el mismo motivo por el cual nos nominó. Porque nos acercamos demasiado a él.

Ben se frotó los cansados ojos y creyó oír el pitido de un SMS entrante. Sin embargo, la pantalla de su teléfono seguía oscura.

«Oh, por Dios, ¿acaso está ahí el quid de toda esta historia?»

Oz corría el peligro de que lo desenmascararan y eso iba a impedir la realización de la noche del ocho. Por ese motivo intentó matar a Jule antes de que se siguiera investigando sobre él en la red. A Arezu la nominó para que la chusma bestializada la eliminara. Y Ben apareció en la lista de la caza porque no quiso resignarse al presunto intento de suicidio de su hija y comenzó a hacer demasiadas preguntas, cuyas respuestas iban a llevarlo tarde o temprano a descubrir quién era Oz.

—Es posible, sí —dijo Ben.

El cura se incorporó desde su posición en cuclillas y se acercó a los dos a la mesa.

—Vale, de acuerdo. Lo admito, no he entendido ni la mitad de lo que acaban de contar. —Carraspeó—. Pero mi conocimiento de la naturaleza humana me dice que ustedes no son malas personas, sino fugitivos que han tomado malas decisiones por la situación apurada en el que se encuentran, al igual que hice yo mismo tiempo atrás. Por ese motivo no voy a retenerlos aquí. Solo les pido que tomen de inmediato otra decisión.

—¿Cómo?

Les enseñó su teléfono móvil.

—Mi amiga, la doctora, ya está aquí. Acaba de enviarme un SMS. Me dice que está en la entrada delantera y que en la esquina hay un follón infernal. Siguen buscándolos. Si mi amiga ve a la chica y luego a ustedes dos, llamará sin duda a la policía.

—Vale, entendido —dijo Ben asintiendo con la cabeza—. ¿Hay una puerta de atrás?

Arezu negó con la cabeza de manera casi imperceptible. Miró hacia abajo, al tablero de la mesa, pero Ben sabía lo que estaba pensando: «No voy a volver a salir afuera, no».

—Sí. Hay una puerta de atrás —respondió el cura.

El teléfono móvil de Ben empezó a sonar. Un número oculto.

Comenzaron a temblarle las manos, como solía sucederle siempre que sabía que había perdido el control de la situación.

—¿Adónde van a ir ahora? —preguntó Baha otra vez.

—Probablemente ahora mismo me enteraré de eso —dijo Ben, tras aceptar la llamada.

—¡Hola! ¿Ya se ha tomado un descansito?

Aquella voz fría y nasal rechinó por la línea y, como si se tratara de un eco de su memoria, Ben oyó el ruido de huesos rompiéndose. Vio unas gotas de sangre espesa sobre unos zapatos de charol.

—Me temo que su breve asilo en la iglesia ya ha acabado.

Ben se preguntó cómo es que no había reconocido antes con quién se las estaba viendo. Con el hombre trajeado. Con aquella bestia engominada que llevaba su traje con americana como una armadura con la que actuaba en sus violentas correrías callejeras.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó Ben.

Salió de la sacristía e hizo una señal a Arezu para que lo siguiera. Baha había dejado inequívocamente claro que no podían permanecer más tiempo allí.

—Bien... —respondió aquel hombre, de quien ahora también tenía una cara aparte de la voz. Y eso, a pesar de que habían sido sus zapatos los que le habían dejado una impresión más duradera—. Todavía —concretó el extorsionador, a quien Ben ahora llamaba en su cabeza «bogavante», por el grabado que llevaba en los gemelos de la camisa—. Todavía sigue bien, pues continúo hablando con usted, a pesar de que me ha dado todo tipo de motivos para dejar de hacerlo, Benjamin.

—Fue usted quien me metió en una ratonera.

A la izquierda de Ben se volvía a la nave de la iglesia. A la derecha se extendía un pasillo que conducía a una escalera de caracol.

—¿Ratonera? Más bien era un favor. —Oyó reír a aquel tipo—. Conozco a muchos hombres que morirían de ganas de tener una entrada para Lady Nana.

—Sí, veo que conoce a muchos pervertidos, de eso no me cabe ninguna duda.

—Me temo que son las bestias de la jauría quienes lo consideran a usted un pervertido —dijo el extorsionador echándose a reír.

«Y también consideran justificada la caza.»

—¿Es usted un perturbado mental!

Esa era la meta de un psicópata y él la había alcanzado. Ben descubrió junto a la escalera de caracol una puerta pequeña de madera con un oscuro letrero de SALIDA en lo alto. Se dio la vuelta, pero Arezu no lo había seguido. Y el contacto con su extorsionador también parecía haberse cortado. Al menos ahora no podía oírlo.

—¿Hola?

Se apartó el teléfono móvil de la oreja. Seguía sin haber señal de internet, pero el icono de red mostraba una cobertura completa. La llamada tampoco se había cortado.

—¿Hola? —volvió a preguntar Ben.

Acto seguido se quedó frío al oír la voz del extorsionador, que lo marcó como un dedo sumergido en agua helada que te recorre inesperadamente la columna vertebral.

—¿Quiere que su hija comience a vomitar sangre?

—¿Cómo dice?

—¿Quiere que lo último que usted oiga de Jule sean unos gritos comatosos, guturales, de dolor?

—Yo...

—¿Quiere que ella eche por el culo sangrante sus intestinos sin que ni

siquiera la morfina le haga efecto? ¿Quiere que yo cuelgue y que suceda todo eso, eso es lo que desea de verdad?

Ben cerró los ojos. Contuvo la respiración y respondió:

—No.

—Bien. Entonces deje de insultarme y comience de una vez a hacer lo que le exijo.

Ben se obligó a respirar otra vez con normalidad: primero abrió los ojos y, luego, la puerta de madera. Esta conducía a una amplia habitación de paso que estaba atestada de percheros con ropa. La luz del techo se encendió automáticamente nada más entrar Ben en la estancia, que le recordó los cuartos de utilería de un teatro. De algunas perchas colgaban sotanas de diferentes tallas. No obstante, la mayoría de las prendas no guardaban relación alguna con el trabajo eclesiástico. Ben vio chaquetas de colores hechas a mano, bufandas e incluso pelucas de hippy al atravesar a buen paso el pasillo que formaban los percheros como ruta de escape en caso de incendio y que llevaba a otra salida al extremo del cuarto. De esa puerta colgaba un cartel que explicaba la presencia de aquel extraño montón de ropa. Todos los primeros sábados de mes, una compañía de aficionados formada por lesbianas y gais realizaba un montaje del musical *Hair* en la iglesia de los Doce Apóstoles.

—¿Me ha entendido? —preguntó el hombre del traje con los gemelos de bogavante. Su voz sonó tan amenazadora como justo antes de que le destrozara la laringe al revisor.

—Sí —respondió Ben.

—¿Sí, qué?

—Sí, haré lo que me exija.

Ben aprovechó la siguiente pausa para abrir la segunda puerta de madera, que parecía bloqueada pero que al final, con un poco de presión, le permitió salir al exterior. Tras cruzarla se plantó casi directamente en la acera. Seguía

lloviendo y, en circunstancias normales, con ese tiempo de mierda y a esas horas, nadie se atrevería a estar en la calle, pero, hoy, las circunstancias eran cualquier cosa menos normales.

Numerosos personajes holgazaneaban en la calle y entre los coches aparcados. La intermitente luz azul de las sirenas transformaba aquel escenario en una extraña discoteca al aire libre. De verdad sonaba como si se estuviera celebrando una fiesta en la esquina frente a la puerta principal. Ben oyó gritos, risas y voces. Parecía que alguien había montado un equipo de música portátil.

«Mierda, ¿y ahora qué?»

Ben se apresuró a volver a cerrar la puerta de la salida de emergencia. Así no había manera de poder salir de allí. Era tal como la doctora amiga del cura le había dicho a este: policías, cazadores, curiosos papanatas. En el exterior los esperaba un follón infernal. Y al teléfono estaba el mismísimo demonio.

—Vale, la siguiente misión es muy fácil —oyó decir al extorsionador—. Quiero que vaya a un McDonald's.

—¿Cómo?

—Un McDonald's. Hamburguesas, patatas fritas, gordos. ¿Le suena?

«¿Qué demonios...?»

Ben era incapaz de comprender si alguna lógica perversa subyacía en los planes del loco. Bueno, no es que a esas horas de la noche hubiera demasiados locales públicos abiertos, ni siquiera en una metrópoli como Berlín. Algunas tabernas, bares y discotecas, sí, de acuerdo, pero ¿por qué no enviaba de nuevo a Ben a un lugar concreto?

—¿Por qué hace esto? —preguntó Ben—. ¿Por qué no me liquida y punto, si piensa que así va a conseguir los diez millones?

—Por favor. —La voz de aquel tipo sonó ofendida—. Los dos sabemos que no hay ningún premio para esta caza. Eso solo se lo creen los cenutrios descerebrados que están colgados de internet.

—Entonces ¿qué es lo que le interesa?

—El juego, Ben. Solo el juego. Ya sabe que el camino es la meta. Y su siguiente destino lo conduce a un McDonald's de su elección.

Ben se preguntaba cómo conseguiría llegar siquiera a la primera esquina, como para ponerse a pensar en un restaurante en concreto.

—¿Y qué tengo que hacer allí?

El hombre del traje se rio.

—¿Qué se hace en un garito de comida rápida? Pues pedir algo de comer, naturalmente.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Veinticinco minutos.

¡Ni pensarlo! En ese breve lapso de tiempo no desaparecería aquella chusma bestializada de delante de la iglesia. Y aunque la policía los disolviera, al salir lo detendrían los agentes que hubiese fuera.

—Tiene veinticinco minutos para ir a un McDonald's de su elección, pedir un Whopper, pagarlo y comérselo.

Ben, que ya estaba repasando mentalmente qué McDonald's conocía en el barrio de Schöneberg y en los alrededores, replicó con voz de sorprendido:

—Un momento, ¿un Whopper?

—Sí.

—Pero si eso solo lo dan en un Burger King.

El bogavante se rio con más ganas aún.

—¡Vaya! Ese es su problema.

—¡Eh, no diga tonterías! Puedo pedir un Whopper en un McDonald's, vale, ya lo he entendido. Así llamaré lo suficiente la atención para que se entere todo el mundo. Pero comérmelo, ¿no es eso...?

—Ya se lo he dicho: ese es su problema. Por cierto: esta nueva misión ya está colgada en internet. La he subido en su nombre con su localización actual.

Para que así no se encuentre muy solo cuando llegue al restaurante. Por cierto, tienen que ir usted y Arezu: esa es la segunda condición. La flaca tiene que comer un poquito de vez en cuando.

Ben dejó caer la mano con el teléfono, que presionó con fuerza como si fuera una esponja. Solo a duras penas logró dominarse para no estamparlo contra la puerta que tenía el anuncio del musical.

—Cerdo asqueroso —dijo entre dientes cuando volvió a ponérselo al oído.

El extorsionador no se rio ahora. Su voz volvía a ser tan gélida como al comienzo de la conversación:

—Ya se lo he dicho una vez: será mejor que no me insulte, Ben. Y haga el favor de no llegar demasiado tarde. Usted y Arezu tienen exactamente hasta las 2.20 para llevar a cabo esta misión. Quiero que la chica lo filme y que suba el vídeo al canal de YouTube que he creado en su nombre. Ya solo quedan veinticuatro minutos entretanto. ¡Si llega un solo segundo más tarde de lo convenido no volverá a oír hablar de mí nunca más!

Dash. 1.56.

*Quedan 6 horas y 4 minutos
para el final de la noche del ocho*

—¿Perfecto?

—Sí. Perfecto.

Dash dio unas palmaditas de reconocimiento en el hombro a Nikolai, que se tambaleó con una sonrisa mostrando los dientes y el móvil en la mano.

—¡Buen trabajo!

En efecto. A Dash no le quedaba más remedio que reconocerlo. Nikolai tenía una vena convincente. Sabía motivar a las personas, tanto con palabras como con hostias. Entendía qué botones tenía que pulsar y qué huesos debía romper para que hicieran lo que les exigía. Era una pena que la coca lo volviera tan impredecible.

Bueno, los ataques de ira del propio Dash no le iban a la zaga. Se conocía muy bien a sí mismo, no era un estúpido. Y por supuesto que su estallido de antes había sido una estupidez. Nick tenía razón cuando le había dicho que aquella noche acabaría reuniendo al final mucho más dinero que lo que costaba su jodido taxi equipado con un puñado de cámaras. Sin embargo, a diferencia del enano peleón, sus ataques de ira tenían una función purificadora, catárquica. Después se sentía mejor y podía volver a pensar racionalmente. Cuando Nikolai se hallaba en pleno delirio de matón, tardaba mucho tiempo en volver a la normalidad.

Se hallaban con el Fiat enfrente de la cafetería Einstein, en la calle Kurfürsten. Lo bastante cerca para oír a los vehículos de la policía y de los bomberos que pasaban por su lado. Lo bastante lejos de la escena para que no los echaran por curiosos o para que los filmara alguno de los numerosos equipos de reporteros gráficos que se encontraban junto con muchos mirones y cazadores de la noche del ocho en las inmediaciones del lugar de los hechos y de la iglesia.

Dash se preguntaba por qué McDonald's se decantaría Ben. Según sus pesquisas, solo había tres abiertos a esas horas y que estuvieran a su alcance antes del ultimátum: uno en la plaza Potsdam y otro en la estación Zoo. El tercero, en la Ku'damm, cerca de Kranzler Eck, le quedaba ya demasiado lejos ahora que Ben ya no tenía coche y debía desplazarse forzosamente a pie.

—¿En qué dirección va?

Nick le mostró la pantalla del portátil, donde el teléfono de Ben estaba representado como un punto intermitente en un mapa de Google. Ni siquiera habían tenido que ordenarle al pobre loco que activara los servicios de localización de su teléfono. Desde su llamada en casa de Jule tenían registrado el número del teléfono inteligente, que presumiblemente era su segundo móvil y que estaba configurado de serie. Con la ayuda de una aplicación preinstalada por el fabricante de un gimnasio podían rastrearlo sin ningún esfuerzo. En realidad, el objetivo original de la aplicación era que los usuarios evaluaran el número de pasos, la velocidad y el consumo de calorías. Sin embargo, ahora se dedicaba a enviar la localización permanente del nocheocho, cuyo gasto energético de hoy estaba sin duda muy por encima de la media.

—Siguen aún en la iglesia —dijo Nikolai.

—¿No han salido todavía?

—No.

—La última señal es de cuando Ben ha abierto la salida de emergencia.

Desde entonces no hemos recibido otra posición vía GPS. Así que si no ha dejado tirado su teléfono móvil, lo que no creo que haya sucedido, entonces esos dos no se han puesto todavía en marcha.

—¿Las agujas del reloj avanzan y él desperdicia un tiempo precioso? ¿Dónde está el siguiente Mac de los cojones? —preguntó Dash.

—En la calle Potsdam.

—Hum.

—¿Puede que esté a la espera para echar a correr en el último segundo?

—Es posible.

Dash se rascó el cogote. Algo le decía que las cosas no iban según el plan trazado.

«Benjamin Rühmann hijo de puta —pensó mientras bajaba por la calle Kurfürsten en dirección a la calle Potsdam—. ¿Qué demonios estás tramando?»

Ben. 2.00

Quedan 6 horas

para el final de la noche del ocho

El olor a humedad y moho de las paredes le recordó a Ben una inundación en casa de sus padres cuando tenía nueve años. Tras unas lluvias torrenciales, uno de cada dos sótanos de su calle quedó completamente inundado; por descontado, ocurrió en fin de semana, poco antes de la medianoche, cuando ya no se ponían al teléfono ni tan siquiera los servicios de emergencia.

Toda la familia estuvo lidiando hasta el amanecer con cubos, trapos y toallas, primero contra el agua y luego contra el lodo. Semanas después, el sótano conservaba ese apestoso olor a moho y a podrido, que también se sentía aquí, en el angosto pasadizo subterráneo que Ben y Arezu estaban recorriendo en esos momentos.

—El túnel que hay debajo de la iglesia posee la declaración de patrimonio nacional —les había dicho Baha cuando les indicó este oscuro camino—. Me gustaría poder decirles que durante la época nazi se utilizó para esconder a judíos o a eclesiásticos críticos con el régimen, pero al menos estuvo abierto a la población civil como refugio subterráneo durante los bombardeos de la aviación aliada.

Ben llevaba en una mano una bolsa de plástico de Aldi con ropa que había tomado «prestada» del guardarropa y, con la otra, alumbraba el camino con una linterna de tubo. Según las explicaciones del cura, en unos doscientos

cincuenta metros les esperaba en el extremo norte del camino una puerta de hormigón armado, detrás de la cual una escalera de incendios conducía directamente a la entrada de la estación de metro Nollendorfplatz.

«Si llego hasta allí y luego sobrevivo a esta noche —se juró Ben—, volveré para darle las gracias al cura, de rodillas.»

Tal vez Baha no deseaba tener ningún problema con la policía; tal vez no quería que se fuera comentando por ahí que en su iglesia se detenía a personas que acudían a ella en busca de amparo y refugio. Puede que lo más probable fuera, sin embargo, que el cura era simplemente una buena persona que había actuado por intuición al llevarlos a este paso secreto en los sótanos de la iglesia y ponerle una linterna en la mano a Ben durante la despedida.

—¿Te has decidido ya por algún McDonald's en concreto? —preguntó Arezu, que iba delante de él.

Esta vez Ben ya no le mentía. Al final le confesó que lo más probable es que no fuera Oz quien lo estaba extorsionando, sino un peligroso matón que se había montado al tren de la noche del ocho para organizar la caza con sus propias reglas.

—Pero ¿no podría ser Oz? —preguntó Arezu.

Aunque no podía excluirse esa posibilidad, Ben no lo creía. Ahora bien, él no iba a negarlo del todo porque, joder, necesitaba a Arezu a su lado. Incluso acompañado de ella, no sabía cómo cumplir la misión de manera que el psicópata quedase satisfecho. Sin embargo, el bogavante le había exigido explícitamente que Arezu estuviera presente en el McDonald's, pues iba a ser la encargada de filmarlo. Sin ella, la tarea estaría condenada al fracaso desde el principio. Ahora al menos le quedaba la esperanza de que en el último segundo se le ocurriera alguna solución apropiada ya que Arezu se había declarado dispuesta a seguirlo. Mejor dicho, a ir por delante de él.

Incluso ella tenía que agachar la cabeza en aquel estrecho pasadizo que

cada vez parecía ser más bajo. Si la tendencia continuaba así, pronto tendrían que seguir avanzando a gatas.

—Plaza Potsdam, Kudamm o Jardín Zoológico. Esos son los McDonald's más cercanos que todavía siguen abiertos —respondió Ben a su pregunta—. Según tengo entendido.

En la iglesia no había podido buscarlo por internet, así que tuvo que fiarse de su memoria. Puede que hubiera también otro McDonald's en la calle Potsdam, pero no sabía si ofrecían servicio las veinticuatro horas.

—Preferiría un *drive-in*, pues entonces podríamos acercarnos a hurtadillas desde fuera, pero solo conozco uno en la avenida Clay y otro en el barrio de Steglitz. A esos ya no llegaríamos en el plazo establecido.

«Y de ningún modo a pie.»

Ben conminó a Arezu para que se diera prisa. Iban ya con la lengua fuera cuando alcanzaron la puerta que les había indicado el cura. Parecía que el travesaño con el que estaba atrancada lo hubieran utilizado por última vez hace un milenio. Sin embargo, resultó más fácil de abrir incluso que la salida de emergencia de la iglesia.

Soplaba una brisa húmeda en aquel pasadizo secreto. Ben oyó el traqueteo de las vías del metro aproximadamente a unos veinte metros por encima de ellos. Por detrás de Arezu había una plataforma de hormigón de aspecto tubular, en cuyo centro se enroscaba hacia arriba una escalera de caracol con el aspecto de un sacacorchos. En lo alto, la contaminación lumínica de Berlín confería al cielo nocturno un toque de color marrón sucio. Seguía lloviendo.

Unas gotas cayeron sobre su frente y ofrecieron a Ben la última prueba de que ya se hallaban al aire libre.

—Venga, vamos.

Arezu se agarró a la barandilla húmeda, pero Ben la retuvo donde estaba.

—¿Qué pasa?

—Primero vamos a cambiarnos de ropa.

Ben abrió la bolsa de Aldi y extrajo dos gorras con visera y un juego de gabardinas de color negro azulado.

—¿De dónde has sacado esto?

Ben explicó a Arezu cómo se había topado con el vestuario de la agrupación musical laica de la iglesia de los Doce Apóstoles. Arezu se caló la gorra con una mueca de escepticismo.

—Vale, pero ¿tenías que elegir para mí un uniforme de policía?

—¿Habrías preferido un vestido hippy? Con este llamaremos muchísimo menos la atención.

Se pusieron sus respectivas chaquetas. A Arezu le quedaba demasiado grande y a él le apretaba en el pecho.

—Por cierto, ¡volvemos a tener red!

Arezu había activado su móvil y secó algunas gotas de lluvia de la pantalla. Ben decidió por el momento guardarse el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—Nos quedan todavía dieciocho minutos hasta llegar al McDonald's más próximo —dijo él—. El que está en el Jardín Zoológico. Deberíamos echar a correr en lugar de ponernos a consultar en Google.

—O podríamos ir en coche —dijo Arezu.

Ben se rio con expresión cansina.

—Sí, claro. Por casualidad, ¿tienes alguno aparcado en la esquina?

Arezu volvió a mirar la pantalla de su móvil y a continuación asintió con la cabeza.

—Pues casualmente sí —dijo ella y comenzó a subir a grandes zancadas la escalera de incendios.

El coche compartido no estaba ni a cien metros de la estación de metro, en un aparcamiento para vehículos eléctricos frente a una licorería.

Arezu, que parecía haber recobrado nuevas energías tras su desmayo, era ahora quien llevaba la iniciativa, algo que Ben le agradecía por el momento, y no solo porque se sentía como un náufrago que se ha dado cuenta de que el trozo de madera al que se aferra va directo a una catarata. Desde una perspectiva puramente técnica él no habría sido capaz de activar el Smart con ayuda de su teléfono móvil.

Para Ben se trataba de un estreno triple: nunca antes había utilizado un vehículo compartido; nunca antes se había montado en un coche eléctrico y nunca antes había estado huyendo de personas que deseaban su muerte.

—Súbete ya —le aconsejó Arezu, mientras desconectaba el descapotable de la estación pública de carga.

Ben apenas le veía la cara de lo honda que llevaba calada la gorra del uniforme que le veía grande.

En el interior del coche olía a piel y a ambientador. Todo daba la impresión de ser nuevo, excepto un chicle pisado en la alfombrilla.

—¿Adónde? —preguntó Arezu después de subirse ella también y de lanzar con violencia la gorra a la zona de los pies.

Ben se sacó el móvil del bolsillo del pantalón y ya iba a quejarse de que volvía a estar sin cobertura cuando sintió como si el teléfono se pusiera a darle brincos entre los dedos.

¡Vibraban unos mensajes!

Por lo visto estaban entrando varios mensajes de texto a la vez. Dos eran de su padre.

Schwartz ha desbloqueado tu teléfono móvil, ¡pero no podemos leer el mensaje que nos has enviado! Tu buzón estaba lleno.

Ahora ya estamos al corriente. Jenny nos ha informado y me ha dado este número. ¡Lámame de inmediato!

—¿Adónde? —volvió a preguntar Arezu, esta vez con algo más de energía.

El automóvil se había puesto ya en movimiento. Ella lo estaba sacando marcha atrás del estacionamiento, aunque Ben ni siquiera se había apercebido de que el motor estaba en marcha. El único ruido que producía aquel vehículo eléctrico era el crujido de los neumáticos sobre el asfalto y un zumbido que recordaba el de un coche de juguete pilotado con control remoto.

—Nos quedan catorce minutos —dijo Ben y se conminó por unos instantes a olvidar los mensajes de su padre, a pesar de que aquel era más bien un propósito imposible—. La mayoría dará por hecho que nos estamos moviendo a pie. ¿Qué McDonald's al que podamos llegar en el plazo acordado está más lejos de nuestra localización actual?

—¿Sigue abierto el túnel del Jardín Zoológico? —contestó Arezu con otra pregunta.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Vale, vamos para allá.

Ben, feliz de poder entregar por unos instantes el control, reflexionó acerca de lo que debía responder a su padre.

«¿Lo llamo?»

El sudor le resbalaba por la nuca y le picaba el cuello por culpa de la chaqueta del uniforme.

«¿Para decirle qué?»

Todo lo que sabía ya se lo había contado a Jennifer.

Solo podría repetir una vez más la advertencia urgente de que no podían cometer ningún error ni emprender nada que pusiera en peligro la vida de Jule.

Si el bogavante había dicho la verdad, con cada intento de salvación arriesgaban la vida de su hija.

Y eso no había cambiado un ápice.

Pero por otro lado... sí había algo diferente desde que Ben sabía con quién hablaba. Y, además, decisivo. No tenía por qué seguir jugando durante más tiempo a actuar como marioneta para tener una oportunidad de probar la culpabilidad de ese hijo de puta. Sabía quién era y dónde podía encontrarlo; con toda seguridad la policía conocía a toda su cuadrilla y él mismo, con su llamativo atuendo, era una persona fácil de identificar.

Pero ¿qué significaba eso?

«¿Que de todas formas no me dará el antídoto incluso si sobrevivo a la noche del ocho? ¿Que no sobreviviré de ninguna de las maneras porque soy un testigo?»

La cabeza de Ben parecía una piñata, llena de pensamientos en lugar de golosinas. Pero no eran niños ni niñas quienes la golpeaban con palos, sino psicópatas con barras de hierro.

¡Todo aquello no tenía ninguna lógica!

Ben iba a pedirle a Arezu que se detuviera; mejor aún, que cambiara la ruta y se dirigiera al barrio de Wedding. Al Hospital Universitario Virchow donde estaba su hija.

Entonces le sonó el teléfono que tenía en la mano.

¡Jennifer!

Una llamada de su mujer.

—¡Cariño!

Sobrecogido por la sensación de hablar con la única persona en la que confiaba a ciegas en este mundo, a Ben le asomaron las lágrimas a los ojos.

Jennifer nunca había cortado su relación de amistad, por descomunal que fuera el follón que hubiera organizado él.

Y Jennifer no parecía que se sintiese de diferente manera. También estaba llorando. Y tan intensamente que Ben apenas podía oírla.

—Ella, ella...

—¿Estás con Jule, cielo? —preguntó él, a pesar de que ella llevaba ya mucho tiempo atendiendo a otras expresiones de cariño que otro hombre inventaba para ella. Sin embargo, para él seguiría siendo para siempre su único cielo, su cielo más valioso.

—Ella, ella ha... —la oyó decir.

La última palabra quedó un tanto extinguida y pareció el grito de un animal degollado.

—Por todos los cielos, Jenny. ¿Qué?

—Ha desaparecido.

Ahora por fin la había entendido.

—¿Desaparecido? ¿Cómo que ha desaparecido?

—Jule —gimió Jennifer—. Ya no está aquí.

—Un momento, cálmate, por favor, y empieza por el principio. ¿Dónde estás ahora?

—En el Hospital Universitario Virchow. —Se sorbió los mocos—. Como

dijiste. He venido hasta aquí para encontrarme con tu padre. Y ahora estoy en la habitación de Jule y... —Volvió a pronunciar las últimas palabras con un grito—: ¡HA DESAPARECIDO!

—¿Dónde están los médicos, las enfermeras?

—Ni idea, su cama está vacía. Yo...

Ben oyó de pronto unas voces de fondo.

—¿Ben? Espera, por favor. Vuelvo a llamarte enseguida.

Él alzó instintivamente el brazo e hizo un gesto defensivo.

—No, cielo. Jenny, no cuelgues, por favor...

Demasiado tarde. Su mujer había cortado la comunicación.

Y de inmediato volvió a sentir una vibración en la mano.

—¿Qué pasa? —quiso saber Arezu, que circulaba demasiado rápido por el carril izquierdo en dirección a la Columna de la Victoria.

Ben no le respondió. Era incapaz de pronunciar palabra.

Había entrado un SMS. De un remitente que había conseguido ocultar sus datos.

Con un oscuro presentimiento que se expandió en lo más profundo de su interior como el gas de la putrefacción, clicó sobre el símbolo del sobre que vibraba en la pantalla y abrió el mensaje entrante.

Este es un mensaje de DIANA. No han atrapado todavía al nocheocho que usted nominó: «Ben Rühmann». Encontrará las informaciones sobre su paradero actual clicando en el siguiente enlace: www.nochedelocho.online.

Ben necesitó una eternidad para comprender lo que acababa de leer.

Un mensaje generado automáticamente.

Desde la página web de la noche del ocho y enviado directo a su teléfono móvil.

«No, no a MI teléfono móvil.»

Sino a aquel que había tomado prestado.

El de Jule. El de su propia hija.

«¿Me ha nominado ella?»

—¡Nooooooo! —gritó con tanta fuerza, que Arezu casi soltó el volante del susto.

«No, no puede ser verdad —siguió gritando Ben, ahora en su mente—. Jule, no. Ella me quiere. No puede haberme nominado ella. Mi propia hija, no. Eso es imposible.»

Algo casi tan imposible como la desaparición de una paciente en estado de coma de un hospital sin dejar huella.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Mi hija. ¿Dónde está?

Ben cerró el puño y buscó algo a lo que golpear sin que Arezu volviera a salirse del carril.

—¿Ah, o sea que ha desaparecido Jule? —preguntó el hombre trajeado, quien lo había llamado cuando circulaban por la calle Tiergarten a la altura de las embajadas, poco antes de llegar a los terrenos de la Filarmónica.

—No se haga el inocente. ¿Qué ha hecho con ella?

—La pregunta es más bien: ¿a quién ha informado usted?

—A nadie, yo...

—No me mienta. Algún tonto del culo ha llamado a la unidad de cuidados intensivos. Quería que se vigilara a Jule y exigió hablar con el médico jefe.

—No he sido yo.

—Ya lo sé. El tipo se llama Michalsky.

—No conozco a ningún...

—Paul Michalsky.

Ben cerró los ojos.

«Paul. ¡Ese tirano idiota!»

Ben confiaba que Jennifer haría lo correcto. Pero su nuevo ligue había puesto en marcha las medidas equivocadas en un acto de presunción supina.

—Es la nueva pareja de mi mujer. Está preocupado por Jule. Su llamada no tiene nada que ver con nosotros; él no sabe lo que sucede.

—¿Y pretende que me trague esa historia? —preguntó el psicópata de la voz gangosa.

—Por favor, dígame dónde está mi hija —dijo Ben y se detestó por el matiz implorante en su voz.

—Dígame a qué McDonald's se dirigen y me lo pensaré.

—No lo sé...

El hecho de que el extorsionador preguntara a dónde iban indicaba que en efecto lo habían pillado por sorpresa al elegir un coche compartido para desplazarse. Probablemente podía rastrear su posición, pero ya no les llevaba la delantera.

—¿Es que quiere tomarme el pelo? ¿Dice que no sabe adónde se dirigen? Bien, entonces tampoco puedo saber cuánto tiempo va a seguir respirando su hija...

—Un momento.

Ben miró a Arezu, que acababa de poner el intermitente para entrar en el túnel por debajo del Jardín Zoológico.

—¿Por qué McDonald's te has decidido?

—El de la Estación Central —respondió ella escuetamente.

—¿Lo ha oído?

—Sí. Entonces que tenga mucha suerte allí. Y no se olvide de que Arezu tiene que filmarlo pidiendo un Whopper y luego comiéndoselo.

Ben cerró los ojos con desesperación.

—Si hago todo lo que me exige, ¿me dirá entonces adonde ha llevado a Jule?

El hombre trajeado respondió a esa pregunta con un bostezo en toda regla.

—Sí, trato hecho, Ben —dijo a continuación—. Ya es tarde, el juego se está volviendo poco a poco muy fastidioso y estoy cansado. Así que si se esfuerza

y lleva a cabo esta última misión, entonces le pondremos un punto final al juego antes de tiempo. ¿Eh? ¿Qué le parece? Eso suena muy bien, ¿verdad? «Suena a amenaza», pensó Ben y colgó.

Dash. 2.18

*Quedan 5 horas y 42 minutos
para el final de la noche del ocho*

—Como dijiste. Estación Central.

Hum.

Dash sonrió y reflexionó.

«... tenía razón...»

La estación estaba abierta las veinticuatro horas del día. Allí se daban cita muchas personas diferentes, no solo nocheocheros, sino también viajeros. Y muy cerca de allí estaba también la policía ferroviaria.

Cuando el punto intermitente se movió de repente en el mapa en dirección a la Columna de la Victoria, estaba casi seguro de saber lo que tramaban aquellos dos. Por suerte había hecho caso a su intuición y gracias a ello llevaban tres minutos de ventaja en coche a los perseguidos.

—¿De qué mierda estabas hablando? —preguntó a Nikolai.

—¡Motivación!

—No me refiero a la trola de «estoy muy cansadito, así que vamos a ponerle punto final al juego», sino a las sandeces que has dicho al principio, a eso de que «Jule ha desaparecido».

Nikolai se encogió de hombros y clicó en su móvil sobre el enlace a la cámara de televisión hackeada de la unidad de cuidados intensivos.

La sorpresa de Dash fue mayúscula.

En efecto, la cama estaba vacía. Las pantallas de los monitores seguían encendidas pero solo mostraban la línea del valor cero. Hacía rato que la hija de Benjamin Rühmann no estaba conectada a los aparatos y había desaparecido.

—¿Adónde ha ido, joder? —preguntó Dash atónito.

Nikolai movió hacia delante el labio inferior cuando entraron juntos en el McDonald's de la Estación Central.

—¿Cómo voy a saberlo, tío? Yo no tengo nada que ver con eso.

Ben. 2.19

*Quedan 5 horas y 41 minutos
para el final de la noche del ocho*

El acceso en vehículo a la estación más importante de la capital alemana era más estrecho que un carril de emergencia en la autopista. Solo con que parase un taxi con pasajeros, los coches que le seguían no tenían ninguna posibilidad de maniobrar y el atasco que se formaba entre quienes esperaban se extendía en las horas punta hasta la calle Invaliden.

Los berlineses se morían de risa con esto y lo consideraban un error de planificación, mientras que los constructores lo tenían por un plan bien meditado, ya que la Estación Central debía ser la primera estación de ferrocarril a la que únicamente se pudiera acceder en tren. Ben solía indignarse con esa penosa chapuza, obra de imbéciles, pero ahora estaba satisfecho por otro motivo, ya que Arezu no había tomado la entrada principal, sino que había entrado directa al aparcamiento desde el túnel del Jardín Zoológico.

A esas horas apenas circulaban los trenes y el número de viajeros que partían o llegaban, o de acompañantes, se mantenía dentro de un marco aceptable. No estaba ocupada ni tan siquiera una de cada cinco plazas de aparcamiento y el peligro de encontrarse con alguien aquí abajo era muchísimo más reducido que en el edificio en sí. Además, desde el garaje había una conexión casi directa con el McDonald's de primera planta

subterránea. Era como si los arquitectos de la Estación Central hubieran pensado: «Eh, los viajeros no necesitan sitio frente a la estación para sacar las maletas del taxi, pero sí tienen que llegar lo más rápido posible, o sea nada más salir del ascensor, a la Coca-Cola y a las patatas fritas».

—O a un Whopper —murmuró Ben, como aturdido por los acontecimientos que se iban precipitando.

La preocupación por Jule le corroía el juicio como un ácido. Apenas podía completar un solo pensamiento hasta el final y estaba contento de que Arezu siguiera llevando la iniciativa, si bien no sabía qué podía tener de bueno la ansiedad acelerada de la chica.

Por muy rápido que corrieran por el garaje, por muchos escalones que subieran de golpe en cada paso, el psicópata del traje de gala les había puesto una misión imposible.

—¿Cuánto dinero llevas encima? —preguntó Arezu.

Ella había dejado la gorra de policía en el coche y él también se sentía ridículo con su disfraz. Como si pudiera engañar a alguien con ese traje barato.

Ben se palpó de manera automática el lugar de sus vaqueros donde solía llevar la cartera, pero allí no había nada.

Lo había perdido, al igual que la esperanza de sobrevivir a esta noche; lo había extraviado durante la huida, en algún lugar entre el cine Alhambra y el antro de Lady Nana. Ben apenas era capaz de concebir antes de esta noche la cantidad de dolor y de miseria que puede acumularse en un puñado de horas.

Por otro lado, a veces solo se requerían unos pocos segundos para que el destino te marque para toda la eternidad.

«Tan solo tienes que perder el control del automóvil mientras tu hija viaja en el asiento del copiloto sin el cinturón de seguridad puesto.

—¿Cuánto? —volvió a preguntar Arezu.

Habían llegado a la primera planta subterránea. Tampoco aquí había signos de que estuvieran esperándolos las bestias de la noche del ocho, pues esta planta estaba prácticamente vacía. Aparte de un trabajador del servicio de limpieza montado en un vehículo pulidor que trazaba círculos sobre las losas de granito de color gris marengo, Ben solo vio a una parejita abrazada que dormía sobre un banco de metal.

—No llevo dinero —respondió a Arezu, que se llevó una mano a la cabeza rapada.

—¡Vaya, hombre! Como si no tuviéramos ya suficientes problemas.

Ella iba ya con la lengua fuera; Ben se sentía como si hubiera corrido una maratón.

—Espera.

Arezu empujó a Ben detrás de una máquina expendedora de billetes para el tren situada en diagonal enfrente de la entrada al restaurante de comida rápida. Una luz cálida y amarilla atravesaba los cristales e invitaba a los clientes a dejarse engañar por las maquinaciones perfectas de los fotógrafos de comida, cuyas obras maestras del engaño se arqueaban tras unos barrigudos paneles luminosos por encima del mostrador.

En el reflejo del cristal, Ben vio a una pareja entrada en años que salía del restaurante. El hombre le estaba dando un mordisco a una hamburguesa y solo llevaba una bolsa de papel de color marrón, mientras que su esposa tenía que desriñonarse arrastrando dos maletas con ruedas a la vez. Sin echar siquiera un vistazo a su alrededor, se dirigieron a las escaleras mecánicas y así despidió el McDonald's a sus dos únicos clientes tardíos.

Si existía una ocasión de entrar pasando desapercibidos, ese era el momento.

—¿Y cómo vamos a pedir nada sin tener pasta? —preguntó Arezu y apuntaló su pregunta—: Ahora vamos a enviarlo todo al garete por cien euros.

—¿Cien euros? —preguntó Ben perplejo—. ¿Qué dices?

—Espero que con esto llegue —replicó ella, sin responderle a la pregunta.

Ben lanzó un vistazo de perplejidad al reloj de pulsera que ella le estaba ofreciendo.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Esperar —dijo ella, y le puso el teléfono móvil delante de la cara.

—Tenemos que darnos prisa.

Ella negó con la mano.

Ben oyó voces arriba, en el vestíbulo de la planta baja, que poco a poco iban descendiendo. Risas. Gritos. Tintinear de botellas.

—¡Ya vienen! —avisó Arezu, y Ben se puso en marcha con el clamor de una jauría que estaba agrupándose arriba y con la cámara del móvil de Arezu en la nuca.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué está pasando aquí?

El empleado bigotudo de aspecto hindú se puso a hacer aspavientos con ambos brazos, pero permaneció detrás del mostrador. Era probable que le hubieran enseñado a no hacerse el héroe en un atraco, sino a apretar simplemente el botón de socorro oculto bajo el tablero para esperar a continuación con calma y sensatez, máxime cuando a aquel simplón, si Ben no andaba equivocado, le habían asignado el turno de cementerio y estaba completamente solo en el restaurante. Detrás de él se veía la cocina con la puerta abierta, sin actividad y abandonada. No había nadie que estuviera en las mesas de trabajo, que hiciera sonar los cacharros o que oteara por la ventanilla pasaplatos hacia la zona de ventas.

—No te preocupes, no vamos a hacerte nada —dijo Ben y volvió a sacudir otra vez la puerta de dos hojas que había cerrado y cuyos tiradores había unido simplemente con el cinturón del pantalón.

Un candado para bicicletas habría sido mejor para impedir el paso a la concurrencia que esperaba fuera. Después de haber revelado antes su paradero al extorsionador por teléfono, seguro que esa información estaba ya colgada en la red.

—Somos de la policía —dijo Ben, y se llevó la mano a la gorra al pasar por la zona McCafé en dirección al mostrador.

—Sí, claro, y yo soy Ronald McDonald —dijo el dependiente.

Tenía el pelo negro azabache y una piel de la misma tonalidad que el

uniforme de trabajo, que se componía esencialmente de un polo y una gorra de béisbol con el logo de la empresa.

—¿Qué es lo que queréis, pajarracos?

Ben se desprendió de la estúpida gorra, que al parecer no era capaz de impresionar siquiera a un estudiante que trabajaba algunas horas para ganarse la vida, y dijo:

—Un Whopper, por favor.

—¿Qué?

—Se llama Vimal, ¿no? —Señaló al letrero con el nombre del empleado—. Necesitamos un Whopper, Vimal. ¡Ahora mismo!

Ben se arriesgó a echar un vistazo rápido por encima del hombre en dirección a la puerta asegurada de manera provisional, donde todavía no había nadie, al igual que en el restaurante de comida rápida.

—Ya le he oído, pero eso solo lo sirven en...

—En el Burger King —intervino Arezu—. Ya lo sabemos. Sea tan amable de traernos uno.

El labio inferior de Vimal tembló por los nervios. Entonces sus ojos negros destellaron.

—¡Ah, vale tío, es un vídeo de broma! ¿A que sí? Igual que esos idiotas que rapean su pedido en el McDrive. O como esos chalados que intentan pedir productos que ya no se ofertan, ¿es algo así?

La voz del hombre sonó a sobreactuada, como si estuviera interpretando un papel, algo que se debía con toda seguridad a los nervios. Probablemente no le ocurría todos los días que un loco entrara en el restaurante con un uniforme falso de la policía, que atrancara la puerta por dentro con un cinturón y que pidiera un producto de la competencia.

—No, Vimal —le respondió Arezu—. Va muy en serio. Dale mi reloj.

Ben hizo lo que le ordenaban, aunque estaba tan perplejo como el

empleado.

—¿Qué quiere que haga con esto? —preguntó Vimal.

—Es un reloj de la marca Glashütte. Un regalo de mi padre por aprobar el examen de acceso a la universidad. Vale por lo menos mil euros.

Vimal le hizo un corte de mangas a Arezu.

—Y aunque valiera diez mil, ¡aquí no puedo prepararos ningún Whopper!

—¡Pero sí traérmolo!

Ben miró a Arezu y de pronto lo entendió. Y no pudo evitar sonreír contra su voluntad, aunque la situación era más bien para echarse a llorar.

«Qué idea más brillante.»

Arezu confirmó la suposición de Ben con una mirada satisfecha que no quería decir nada más que: «¿Qué te pensabas, eh? ¿Por qué crees que he conducido el coche hasta aquí?».

Porque la Estación Central era el único lugar cercano en el que ambos competidores del mundo de la comida rápida tenían una sucursal abierta las veinticuatro horas una al lado de la otra. Separadas tan solo por una planta.

—No es posible —protestó Vimal, como era de esperar—. Mi colega ha salido a fumar un pitillo. No puedo dejar el local solo, ni aunque quisiera. No voy a jugarme el empleo. ¿Cómo es que tu novia te anda filmando todo el rato?

—¿No me conoces? —preguntó, tras levantar la barbilla.

—¿Debería?

—¿No has visto hoy las noticias?

—Tío, aquí tengo que tragarme vídeos musicales y noticias sobre películas en modo de reproducción continua. —Vimal señaló al televisor encendido sin sonido junto al techo de la zona del restaurante—. Lo siento si se me ha pasado que hoy es la noche de los deseos idiotas de los clientes.

Ben oyó a sus espaldas cómo se movían las puertas de cristal. Un hombre robusto gritaba y gesticulaba con los dos brazos. No llevaba ninguna máscara,

ninguna camiseta estampada con la noche del ocho o cualquier otra señal de la caza, y estaba solo, así que Ben no podía decir si se trataba de un cliente hambriento o de un perseguidor chiflado.

Solo sabía que se le estaba acabando el tiempo. Y que cometía un error enfureciéndose, pero no podía evitar dar rienda suelta a su rabia y a su desesperación.

—Oye, cabroncete —gritó y agarró al empleado por la camisa—. Seguro que por ahí hay una salida trasera a través de la cocina, ¿no? Te acompañamos arriba, a la planta baja, donde vas a ir a pedirnos un Whopper en el Burger King, luego regresamos de nuevo como buenos chicos aquí, a tu local. Y entonces nos lo vendes. Después serás más rico, pues tendrás un reloj de mil euros. Y cuando todo esto haya pasado, yo volveré por aquí y te daré otros mil. ¿Me has oído?

Vimal asintió, temeroso, con la cabeza y trató de recular, pero Ben, que estaba inclinado sobre el mostrador, lo retuvo agarrándolo con firmeza por el cuello de la camiseta.

Al hacerlo vio por el rabillo del ojo en el suelo algo que probablemente no habría llamado la atención a una persona no muy musical, pero Ben, que se había pasado la mitad de su vida en locales de ensayo y en escenarios, se sorprendió de que en la zona de delante de la caja hubiera cinta adhesiva. Eran unas tiras pequeñas, de color gris marengo, como las que los músicos usaban para fijar los cables sueltos y daban instrucciones de montaje para que los técnicos supieran en qué lugar tenían que colocar los amplificadores. O que utilizaban para señalar el lugar en el que el cantante debía detenerse para que no se saliera de la zona iluminada durante la actuación.

—¿Qué te pasa? —preguntó Arezu.

Pero Ben no pudo decírselo.

Si quería sacar provecho del factor sorpresa, no debía revelar lo que

acababa de descubrir.

«¡En el hueco!»

Entre la nevera de bebidas no alcohólicas y la máquina expendedora de café.

Ben no titubeó ni un segundo. Saltó por encima del mostrador, le soltó un codazo en la cara al empleado y corrió hacia la izquierda pasando por las freidoras hacia la cocina. Sin mirar, arrancó un extintor de acero inoxidable de su anclaje en la pared. Y se lo arrojó al hombre que huía, el objetivo de cuya cámara acababa de iluminarse en aquel hueco.

—Deje de hacerlo —gritó, a pesar de que quien estaba filmando oculto en la cocina ya había caído derribado al suelo.

Aquel hombre se les había adelantado y debía haberle ofrecido al empleado bastante más que un reloj de la marca Glashütte para que Vimal se mantuviera en la zona marcada con la cinta adhesiva y no se colocara delante de la lente mientras él filmaba en secreto a los nocheocheros realizando su estúpido pedido.

«Eso significa que sabía dónde encontrarnos. ¡Por tanto, es un cómplice del hombre del traje!»

Ben retrocedió dos pasos y agarró un cucharón que introdujo en la freidora de las patatas llena de aceite burbujeante.

Un segundo después estaba encima del hombre que trataba a duras penas de levantarse, pero que permaneció en el suelo al ver a Ben cernirse sobre él.

Ben lo reconoció enseguida a pesar de que esta vez no llevaba ningún uniforme. El tipo flaco de la cara torcida, que parecía que la estuviera presionando contra un cristal invisible. Anoche se había hecho pasar por policía en la unidad de cuidados intensivos del hospital. Ahora yacía en la cocina de un restaurante de comida rápida y se frotaba la cadera. Y se reía con sorna.

—¿Dónde está mi hija?

El hombre se rio aún con más fuerza. Parecía causarle poca impresión el hecho de que Ben lo amenazara con escaldarlo derramando el contenido del cucharón goteante sobre su cara.

—¿Dónde está Jule? ¿Qué habéis hecho con ella?

—Espera. Todavía no has cumplido tu misión, Ben —dijo el hombre.

Apenas pronunció aquellas palabras, Ben oyó el ruido de unos cristales haciéndose añicos. A continuación se produjo una estampida y, cuando dio un paso a un lado para mirar hacia la zona del restaurante, vio cómo una masa sin rostro se abría paso a través de las puertas de cristal reventadas.

Ben se volvió de nuevo hacia el hombre del suelo... ¡pero ya no estaba allí! Solo llegó a ver cómo aquel tipo se escabullía tras una estantería de metal, probablemente donde se hallaba la puerta trasera.

Ben no oyó cómo se abría.

Ni tampoco cómo volvía a cerrarse.

Solo oía gritos.

—¡Noche del ocho!

—¡A por ellos!

—¡El pedófilo está ahí!

—¡Bingo!

La mayoría de las frases y de los eslóganes eran incomprensibles, ya que muy pocos de los que accedían allí en esos momentos eran capaces de articular algo con sentido.

Casi todos gritaban igual que si estuviesen en un concierto de rock. O en las gradas de un partido de fútbol.

«Bienvenidos al partido del F. C. Sed de Sangre contra Benjamin Rühmann. El resultado es 120 a 1.»

Ben vio bolsas de plástico sobre las cabezas, máscaras de esgrima, cascos

de motorista y caretas.

Los agresores, los cazadores y los hambrientos de sensaciones se movían al mismo ritmo que el aceite que goteaba al suelo desde el cucharón.

Sin embargo, era la mente de Ben la que frenaba los acontecimientos. En la realidad todo estaba sucediendo muchísimo más rápido.

Desde el momento en que aquella masa decidió romper los cristales hasta el instante en el que arrollaron a Arezu, Ben solo pudo tomar aire una vez. Y al ir a volver tomar aliento, yacía ya en el suelo. Cubierto de golpes y de patadas. Y más golpes y más patadas.

Hasta que todo se volvió rojo a su alrededor y ya no pudo oír las risas, las voces, los chillidos y los gritos.

Ni siquiera los suyos propios.

«Tenemos que hablar, papá. ¡Es urgente! ¡Creo que estás en peligro!»

El sonido de huesos astillándose. Ruido en los oídos sordos. Luego, negro. Pero la oscuridad no duró mucho, sino que la sustituyó una imagen que generaba suplicios aún mayores que los golpes, las patadas, los pinchazos e incluso los disparos.

Ben vio una silla de ruedas destrozada, cuyos radios estaban doblados formando un ocho, naturalmente. Aquellos y todos los momentos siguientes de su memoria los contempló el ojo de su mente a través de un filtro de un pálido color rojo óxido, algo así como si abriera los ojos bajo el agua envuelto en una nube de sangre.

Sin embargo, se trataba tan solo de que había perdido la conciencia en el punto culminante de la espiral de violencia que habían derramado sobre él las bestias de la noche del ocho.

«Así que esto es lo que se siente cuando mueren las personas inútiles», pensó Ben.

Los fracasados como él permutan de cuerpo por el dolor y lo cambian por el peor recuerdo de sus vidas.

«¿Será esta la antesala del infierno?»

¿Iba a tener que revivir otra vez la hora más aciaga y oscura de su vida?

Ben se dio cuenta de que la sangre de su boca ya no tenía un sabor tan intenso a hierro. Que su lengua hinchada ya había dejado de chocar contra los incisivos sueltos. La presión que sentía al mismo tiempo encima y detrás de sus ojos estaba menguando, y hacía ya rato que no notaba como si cada

respiración le fuera empujando una costilla rota cada vez más hondo dentro del pulmón.

En cambio, su reloj vital interno se había retrasado; había pasado del horario de verano al de la desesperación.

De repente ya no yacía en el suelo de la cocina, expuesto a los puños y las botas de personas que buscaban de manera desahogada su objetivo.

Volvía a estar a salvo en el piso de transición de Tobias. Revivía una vez más la más terrible de todas las noches, sentado en aquel sofá salpicado de manchas de la sala de estar frente al televisor.

En el aquí y ahora de sus recuerdos de experiencias cercanas a la muerte, a Ben le pasó por la mente cómo había perdido el control de sí mismo hacía unas pocas semanas. Durante el cuarto aniversario del accidente por el que Jule se convirtió en una lisiada.

La «borrachera anual», que ese año cayó en sábado.

En el aquí y ahora de su retrospectiva era poco antes de la medianoche en el piso de Tobias.

En realidad, Ben había planeado ir a un club con sus compañeros de banda, simplemente para distraerse y no tener que pensar en Jule, en el accidente, en las piernas de su hija y en su propia culpa. Pero entonces cometió el error de ir a la nevera para ver si había algo para comer.

Una salchichita, los raviolis de ayer, queso o por lo menos una chocolatina. Negativo. En cambio la botella de vino le hizo un guiño.

«Ábreme. Soy el olvido», le dijo esta desde el compartimento lateral de la nevera y, rápidamente, un trago dio paso al siguiente, hasta que Ben volvió a estar sentado en el sofá frente al televisor con los ojos enrojecidos y lacrimosos.

«... pasemos ahora a un fenómeno de internet muy peligroso».

Acababa de pasar del programa Sexy Sport Clips a otro cualquiera de los

cien canales de televisión que podían recibirse con la parabólica de Tobias y Ben oyó la voz del moderador con muchísima claridad, como si lo tuviera al lado.

Esa revista de internet era una reposición del programa, o Ben en todo caso así lo creyó. Por otro lado, los directores de la mayoría de los canales parecían haber llegado a un acuerdo para emitir los contenidos de verdad interesantes durante las peores horas de emisión. Como era el caso en ese momento de la noche.

«¿Hay alguien en su vida a quien le desee la muerte?», preguntó la voz en la televisión.

«¡Oh, sí!», respondió Ben mentalmente.

«Si es así, entonces la página web www.nochedelocho.online podría ser de su interés.»

Y como si la voz insinuante de aquel moderador hubiera provocado una sugestión posthipnótica, él echó mano de su móvil. Debido al temblor de sus dedos, Ben precisó de varios intentos hasta escribir de manera correcta la dirección de internet en el navegador. Inmediatamente después de clicar en «aceptar», inició una conversación con una animación por ordenador.

«Me llamo Diana y soy la reina de la caza. Imagínate que pudieras matar con impunidad a una persona, ¿a quién elegirías?»

—Conozco a alguien, sí.

«¿Quién te ha herido, te ha humillado o te ha hecho enfadar?»

—Muchos, pero de una manera muy especial una persona concreta.

«¿Quién se merece que le marquemos un ocho del ocho?»

—¡Mi enemigo acérrimo! —gritó Ben al teléfono inteligente y comenzó a aullar.

Y entonces escribió en la casilla de nominación el nombre de aquel a quien más detestaba de entre todas las personas del planeta.

Y ahora, mientras volvía a hacerlo en el mundo intermedio entre la alucinación y la muerte que era esa experiencia cercana a la muerte, oyó una voz que le hablaba desde muy lejos.

—¿Ben? —preguntó una mujer.

Él percibió una presión suave en los dedos.

—¡No! —trató de gritar.

No porque no quisiera hablar con Jenny, sino porque junto con el sonido regresó también el dolor.

Le llamó la atención que ese dolor fuera más soportable que el recuerdo de aquel día en el que clicó en la casilla de la página de la noche del ocho, después de la pregunta:

«¿Nos permite cobrarle el importe por la licencia de caza en su próxima factura del teléfono móvil?».

—¿Ben? ¿Benjamin?

—Sí —contestó él con la voz ronca.

Ese había sido el nombre.

«Benjamin Rühmann.»

El nombre de la persona por la que más desprecio sentía él aquella noche.

La persona que merecía la muerte.

—¡Me nominé a mí mismo! —gritó Ben, y el ímpetu de esa comprensión lo catapultó de vuelta a un mundo en el que estaba tumbado en una cama de hospital, anestesiado por la morfina, mientras en la cabecera su esposa le sostenía una mano llorando.

Ben. 3.33

*Quedan 4 horas y 27 minutos
para el final de la noche del ocho*

—¿Dónde está Jule?

Intentó incorporarse apoyándose en los codos, pero lo dejó *ipso facto* para no volver a desmayarse. Si le habían dado algo contra el dolor, había sido entonces en dosis homeopáticas. Sentía el hombro izquierdo como si le hubieran clavado un hacha. Apenas veía por la hinchazón de sus ojos.

—Jule está en el pabellón de aislamiento —respondió Jennifer—. La han trasladado allí.

—Entonces ¿nunca estuvo desaparecida?

—No. Fueron imaginaciones mías por el ataque de pánico que sufrí. Pero la cosa es muy grave —gimió Jenny—. Casi no pueden estabilizarla. Ben, ¿qué le diste?

—¿Yo?

Cometió el error de mover la cabeza. La pequeña habitación individual comenzó a dar vueltas y él se mareó de inmediato y empezó a sentir náuseas.

—Dicen que estuviste con ella y que después te diste a la fuga.

—Pero yo nunca... Ya lo sabes, yo...

—Solo sé que han envenenado a nuestra hija —lo interrumpió con rudeza—. Y el único que tenía conocimiento de tal cosa antes de que su aparato circulatorio se volviera loco eres tú. —Señaló hacia la puerta con el dedo—.

Ben, ahí afuera espera la policía; un agente quiere hablar contigo. Dice que te conoce.

—¿Martin Schwartz?

—Sí, creo que así se llama el hombre que te ha salvado la vida.

Le contó que Schwartz había analizado el patrón de movimientos de Ben y que había informado a la policía ferroviaria en el mismo momento en que tuvo claro qué McDonald's habían elegido. Cuando llegaron a la Estación Central, aquella multitud estaba ya completamente fuera de sí.

Los policías tuvieron que disparar al techo para que se detuvieran los matones que les estaban apaleando a él y a Arezu.

—Les he pedido que me dejaran hablar en privado contigo antes de que te operen —concluyó su informe de la situación.

—¿Cómo que me operan?

Ben trató de girarse un poco hacia la izquierda y por las punzadas de dolor se dio cuenta de que había formulado una pregunta estúpida.

—Tienes el hombro roto y dos costillas con múltiples fracturas.

—¿Y Arezu? —preguntó él mientras se palpaba los pómulos.

Se le movían los incisivos, pero la mandíbula parecía estar intacta.

—Tu padre está intentando hablar con ella, pero la cosa no pinta bien, Ben. Ella se ha llevado la peor parte. Sufre una fractura de cráneo. —Jennifer se pasó la palma de la mano por los ojos enrojecidos por el llanto y se le quebró la voz—. Santo cielo bendito. En internet ya celebran tu muerte, Ben. Hay cuatro personas que se arrojan la autoría. Han subido incluso sus fotos y quieren los diez millones. ¿Es que se han vuelto todos majaras? ¿Y cómo te has metido tú en esto? ¿Qué has hecho?

—Insisto: yo no he hecho nada. —«Excepto nominarme a mí mismo para esta locura»—. Me están extorsionando.

—¿Quién?

—Ni idea. Aunque... ¡Espera! El taxi en la calle Froben. Tiene que ser de ellos.

Tragó saliva, una cantidad enorme que se le había acumulado en la boca.

—¿De ellos?

—Sí, son dos. Un pijo con zapatitos de charol y un traje negro de gala. No sé cómo se llama, ni tampoco el nombre del tío de la cara torcida. Pero el taxi era de uno de los dos.

—Tu padre dice que denunciaron su robo.

—Una maniobra de distracción. Es el dueño. Tenéis que encontrarlo.

Jennifer negó con la cabeza.

—Ben, me parece que no debería prestar oídos a tus consejos. Solo quiero saber qué le pasa a Jule. —Le tembló la voz—. ¿Con qué la han envenenado? ¿Con qué, Ben?

—Por Dios, está ingresada en un hospital. ¿No han analizado los médicos su sangre?

Ben señaló la puerta, como si delante de ella hubiera media decena de toxicólogos muriéndose por intervenir cuanto antes.

—Las cosas no funcionan así, Ben. En los casos de envenenamiento por causas desconocidas se espera a la aparición de los síntomas.

—¡Pero si ya los tiene ahora!

Jennifer respiró hondo. Era evidente que le estaba resultando muy difícil mantener la calma.

—Taquicardias, fluctuaciones en la presión sanguínea, fiebre. Eso encaja con millones de venenos. Ben, necesitamos saber lo que le han metido. El carbón activo y el lavado gástrico no están surtiendo efecto.

Volvió a acercarse a la cama y le cogió una mano.

—¿Qué le han dado?

—No lo sé...

—Ben. Se está muriendo. ¡Y esta vez de verdad!

«Y esta vez.»

Ocho letras. Ninguna frase necesita más para enterrar a un hombre bajo el peso de su propia culpa.

Ben cerró los ojos, se devanó los sesos de su cabeza hinchada por si había pasado algo por alto: una indicación, una señal de lo que estaba causando estragos en esos momentos en el sistema circulatorio de Jule. Cuando volvió a abrir los ojos, se quedó mirando fijamente a una pantalla.

—¿Qué?

Jenny le mostró un móvil. El teléfono de Jule con el que había mantenido el contacto con los extorsionadores y cuya pantalla estaba ahora hecha añicos.

—Dame el pin —le exigió ella.

—¿Por qué?

—Has hablado con los extorsionadores. Le he dicho a la policía que ibas a darme el pin para que podamos rastrear las llamadas. Les he asegurado a los agentes que colaborarías para no tener que recurrir a ninguna orden judicial o cosas así.

—Por supuesto, cariño, pero me han llamado todas las veces desde un número oculto.

«Pero, por otro lado, ¿no había dicho Arezu que la policía podía visualizar también al remitente de las llamadas con número oculto?»

Antes de que Ben pudiera darle el pin, el teléfono pitó mientras estaba en la mano de Jenny.

—¿Qué es esto? —quiso saber ella y le devolvió el teléfono móvil.

—Un MMS —dijo él, que desbloqueó la pantalla y abrió el mensaje multimedia, remitido también desde una cuenta anónima.

—¿De quién es? ¿Quién envía mensajes multimedia a estas horas?

La voz de Jennifer sonó aterrorizada.

Ben no le respondió. La foto que aparecía en la pantalla era tan cruel que se había quedado sin habla.

Mostraba una maravillosa puesta de sol. Tomada desde un ángulo de la azotea de un edificio de cuatro plantas, desde el cual, de día, había unas buenas vistas de la ciudad universitaria que llegaban hasta el campus de Derecho y de Economía.

Sin embargo, la imagen se concentraba en la silla de ruedas que había en el borde de la azotea. Y en la joven mujer que estaba sentada en ella, de espaldas al observador.

—¡Jule! —exclamó Ben.

Entonces se fijó en que la imagen tenía una marca de agua con la fecha y la hora en que había sido tomada.

«El día de la tragedia.»

Era la última imagen de Jule antes de precipitarse abajo en su silla de ruedas.

Y la prueba de que no había estado ella sola en la azotea.

«Maldito cabrón», gritó Ben en su cabeza al desconocido autor de la foto.

Siempre se había negado a ir a ver el lugar desde el que supuestamente había saltado Jule. Ahora el remitente del mensaje lo estaba obligando a verlo.

Tienes veinte minutos, Ben. Nada de policía.

Ven solo. ¡Y acabemos este juego allí donde empezó para ti! OZ

Nikolai. 4.02

*Quedan 3 horas y 58 minutos
para el final de la noche del ocho*

—¡No puede ser!

Nikolai y Dash estaban de pie junto a una mesa alta en el chiringuito Kudamm 195 y celebraban la exitosa conclusión de la noche del ocho con una salchicha con salsa de curry y champán.

—¿Qué? —preguntó Dash y engulló unas cuantas patatas fritas.

Nikolai volvió a actualizar la página de YouTube en su teléfono móvil.

—La cuenta que hemos creado para Ben.

—¿Qué le pasa?

—Ni idea, tío. Creo que la han hackeado.

—¿Es que no puedes entrar o qué? —gruñó Dash, incrédulo.

—Sí, sí, eso sí, pero todos los vídeos de la noche del ocho están borrados. Todos menos uno que no conozco.

—¿Cómo dices?

—Míralo tú.

El ofrecimiento fue innecesario porque Dash ya le había quitado el teléfono inteligente de la mano.

Echó un vistazo a su alrededor para ver si había alguien observándolo. Incluso a esas horas todas las mesas altas para comer y beber de pie estaban ocupadas y una parejita de guiris estaba esperando para pedir. Sin embargo,

todos estaban ocupados consigo mismos o con su comida. Y si no andaba equivocado, un grupo de hombres que había en diagonal a su derecha estaban visualizando en ese preciso instante algunos vídeos de la noche del ocho, aunque seguramente no conocían este en concreto. La película era de una calidad miserable y en principio carecía de toda espectacularidad. Solo duraba tres segundos y mostraba tan solo la captura de pantalla de un teléfono móvil.

No obstante, la foto y el texto que aparecía en la parte inferior de la pantalla se las traían.

Tienes veinte minutos, Ben. Nada de policía.

Ven solo. ¡Y acabemos este juego allí donde empezó para ti! Oz

—¿Crees que ha sobrevivido? —quiso saber Nikolai.

—Me da lo mismo. Pero ¿quién cojones es Oz? —preguntó Dash.

—Bueno, si no lo has subido tú, yo tampoco.

Nikolai apartó su comida. Se había quedado sin apetito. Estaba claro que tenían todo el material cinematográfico almacenado en la nube. Allí no se perdía nada, pero no podía soportar que alguien echara una meada sobre el castillo de arena que tanto esfuerzo le había costado construir.

—Oye, ¿esa no es la residencia de estudiantes desde arriba? —preguntó Dash y señaló con el dedo una parte de la imagen fija con el que terminaba el vídeo—. Ahí detrás están el paraninfo y la biblioteca, ¿no?

—Eso parece.

—Joder, seguro que ahora están montando allí una que te cagas —chilló Dash—. ¿Cuántos han visto ya el vídeo? ¿Un millón de personas? ¿Dos?

Nikolai negó con la cabeza.

—Nadie más, aparte de nosotros. El hacker ha puesto el canal de la noche del ocho de Ben en modo privado. Solo pueden verlo los usuarios con

contraseña y... —Se interrumpió en mitad de la frase porque le había venido un pensamiento.

«Oz. ¿No había pronunciado Ben ese nombre hace algunas horas?»

—¿Qué estás pensando?

—Me pregunto si tal vez ese Oz es el tipo que se ha inventado esta mierda de la noche del ocho.

—¿Por qué lo dices?

—¿Quién sino tendría algún interés en decirnos que nos mantengamos al margen, borrando el contenido del canal, y en enviarnos una sugerencia sobre dónde va a tener lugar el desenlace?

Dash agarró el tenedorcito de plástico de las patatas fritas, lo chupó y se rascó a continuación las cejas con él.

—¿Qué te parece a ti? —le preguntó a Nikolai—. ¿Se trata de una trampa o hay alguien que quiere darnos las gracias por haberle dado emoción a su juego?

Nikolai se encogió de hombros y señaló a su coche, que estaba aparcado en la mediana de la Kudamm, al alcance de la vista.

—Solo podemos averiguarlo de un modo.

Ben. 4.02

*Quedan 3 horas y 58 minutos
para el final de la noche del ocho*

—¿Dónde... está... usted?

Martin Schwartz hablaba a ritmo de pistola. Cada palabra, un disparo.

Pero, por muy alto que gritara, era incapaz de dar en el blanco.

El policía no tenía nada más que ofrecer aparte de la rabia, y eso era demasiado poco para detener a Ben. Ni siquiera podía ponerlo nervioso. En cambio, Ben estaba muy contento de que Jennifer hubiera mantenido su palabra y no lo hubiese delatado. Al parecer él la había convencido de algo de lo que él mismo estaba de todo menos seguro: que podía salvar a su hija.

«Solo hay una oportunidad para averiguar con qué han envenenado a Jule, y únicamente puedo aprovecharla yo», le había jurado a ella en la habitación del hospital. Y eso sabiendo que Oz, si es que existía de verdad, posiblemente no disponía de ninguna información acerca del destino de su hija. Por otro lado, se jugaría la vida a que el MMS procedía de uno de los dos locos que lo habían ido precipitando de un abismo a otro a través de la locura de aquella noche.

«Distrae a mis vigilantes y dame algo de ventaja», le había suplicado Ben a su mujer llorosa y le había señalado la ventana de la habitación. Cualquier criatura de cuatro años habría salvado ese obstáculo porque se encontraba en la planta baja. Ahora bien, pese a que Ben superaba con holgura los cuatro

años, estaba gravemente herido. Ya solo el peso de la llave del coche, que Jenny le entregó después de una leve protesta inicial, le produjo la sensación de que estaban clavándole una flecha en la médula espinal.

En esos momentos precisaba de todas las fuerzas que le quedaban para no desmayarse mientras giraba para meterse en la rotonda de la plaza Am Wilden Eber.

—Escúcheme bien ahora, Ben —dijo Schwartz, a quien apenas entendía a pesar de que el segundo teléfono de Jule estaba acoplado al manos libres del coche de Jennifer.

No habría sido capaz de sujetarlo con una mano y conducir al mismo tiempo. En su estado se encontraba más que satisfecho de haber encontrado el automóvil con cambio automático en la avenida central y de haberlo sacado del hospital sin causar ningún accidente

—No puede estar huyendo toda la eternidad —oyó decir a Schwartz.

—Estoy haciendo lo contrario —replicó Ben.

Aceleró a la altura de la embajada iraquí y bajó por la avenida Pacelli. A esa velocidad tardaría menos de cinco minutos en llegar a su meta.

—Tal como veo las cosas, usted se limita a dar una patada en el trasero de quien intenta ayudarlo. Pero esta vez se ha pasado de la raya.

—Hum.

Ben tuvo que darle la razón. No tenía ni las ganas ni la energía para una réplica, máxime cuando el policía estaba en lo cierto. Se había pasado de la raya. Pero no solo hoy, sino también durante toda su vida. Se metía en callejones sin salida y así iba creando una distancia cada vez mayor entre él y las personas a las que amaba.

Su padre, su madre, Jennifer, Jule... La lista de quienes se había distanciado quedaba cubierta con la de sus seres más queridos.

Su padre tenía razón. Era un fracasado irresponsable.

No era de extrañar así que hubiera sido tan sencillo convertirlo en una marioneta fácilmente manejable en esta noche del ocho. Pero eso iba a acabar ahora. Iba a seguir por última vez las instrucciones de ese titiritero desconocido, pero en cuanto lo tuviera delante cortarían los hilos de los que colgaba. Tal como le había dicho su padre ayer:

«Responsabilidad significa mirar a la cara a los hechos. Posicionarse».

—¿Sigue ahí? —preguntó Schwartz.

Ben había llegado a la ciudad universitaria y dobló a la derecha. Se le había acumulado saliva en la boca y notó el sabor a sangre cuando se la tragó.

—Sí.

—Bien. Entonces deténgase a su derecha, dígame dónde se encuentra y espere a que lleguemos.

—No —replicó Ben, y sintió el extraño impulso de sonreír.

—Ben, no complique aún más las cosas. Hay una orden de detención contra usted. Es sospechoso del asesinato de una conocida proxeneta y de un joven que ha sido hallado esta noche en la calle Froben con una herida de bala. Además tenemos algunas preguntas en relación con los actos de vandalismo en el McDonald's y con el envenenamiento de su hija.

Ben giró de nuevo a la derecha, esta vez por la calle Gary.

—Entonces venga y deténgame.

—Hablo en serio, Ben.

—Yo también. Venga a la calle Gary número 101. A la vivienda de Jule. Estoy aquí.

—¿Y qué va a hacer ahí? —preguntó Schwartz, atónito.

—Solo necesitaba un poco de ventaja. No tengo ni idea de si lograré salvar a mi hija. Pero si no lo consigo en cinco minutos será demasiado tarde de una manera u otra.

Ante él había un hueco para aparcar en el que pudo entrar de frente. Se

detuvo dando un bandazo y haciendo chirriar los frenos.

—Intenten aproximarse sin llamar la atención. No sé con quién nos las vamos a ver. ¡Nos encontramos en la azotea!

Ben se bajó del vehículo. Su corazón iba como un coche de carreras sobre una pista adoquinada. Latía a trompicones, componía tresillos, trabajaba con dureza, como nunca antes, y no obstante no conseguía abastecer a su cuerpo de las cantidades de sangre que precisaba ahora.

—Bien, no haga ninguna tontería —dijo Schwartz—. Llegaremos enseguida.

Ben se secó el sudor de la frente y resistió el prurito de apoyarse en el capó del coche aparcado junto al que estaba pasando en esos momentos.

Una vieja furgoneta Volvo de color verde.

¿Con un adhesivo del sindicato de la policía en el parabrisas?

Ben se detuvo.

Se dio la vuelta, a pesar de que eso consumía innecesariamente un tiempo precioso y le producía unos dolores insoportables. Echó un vistazo a la matrícula.

—¿Schwartz? —dijo con voz hueca.

—Sí.

—Debería aclarar algo antes de venir para acá.

—¿El qué?

Ben trató de encontrar una explicación lógica a aquello, pero no halló ninguna.

—Averigüe por qué el automóvil de mi padre está aparcado delante de la puerta de la casa de Jule —dijo con un escalofrío.

Oz. 4.08

*Quedan 3 horas y 52 minutos
para el final de la noche del ocho*

La noche olía a tierra húmeda, a hierba recién cortada y a estiércol líquido.

El típico aroma veraniego en Berlín después de una fuerte tormenta. Por un lado, la intensa lluvia sacaba a la luz lo mejor de la ciudad lavando la suciedad y el polvo de calles, casas y coches. Pero, por otro, removía lo más hondo de sus entrañas, inundaba el alcantarillado y sacaba a la superficie las aguas residuales con purines a través de las tapas de los sumideros.

Oz no tenía nariz esa madrugada para las particularidades olfativas. Ni siquiera oía el desafinado trino de los pájaros cuyo concierto no había sido perturbado en lo más mínimo por su llegada. Y eso a pesar de haber tosido bien fuerte cuando se bajó del coche.

Sin embargo, ahora, oculto tras el contenedor de reciclaje de papel que había junto al aparcamiento para bicicletas, no podía estar tranquilo en la oscuridad ni quedarse simplemente a la espera. Tenía que estar en movimiento, cambiar el peso de un pie al otro, rascarse, carraspear, tragar saliva, quejarse mientras observaba la calle vacía.

Muy pronto se llenaría de huéspedes. Había cursado dos invitaciones.

Una ya había sido aceptada.

Benjamin Rühmann fue el primero en llegar al destino. Su automóvil estaba

algo torcido en un gran aparcamiento situado directamente enfrente de la casa. No muy lejos del Volvo en el que había llegado él.

Ataviado tan solo con la camisa de quirófano que le habían atado a la espalda en el hospital, el nocheochoero caminaba descalzo como un pato por la acera. Se tambaleaba como si estuviera parodiándose a sí mismo borracho. Cada cuatro pasos tenía que detenerse por los dolores y, en ese momento, también aparecieron los demás en el lugar. Tan solo unos instantes después.

Oz había esperado que llegaran los segundos, pero no había contado con que lo harían en un automóvil tan pequeño. Un Fiat 500 Abarth, si la vista no le engañaba.

El potente sonido del motor Ferrari lo tranquilizó. Al igual que solía hacerlo la técnica. Las máquinas, los algoritmos, los programas de ordenador. Con todo eso congeniaba mucho mejor que con las personas.

Aquel coche diminuto, que habría cabido en el maletero del Volvo verde, estaba aparcado en doble fila, a la vista de todo el mundo.

El conductor de la cara torcida permaneció sentado tras el volante. El portador del traje, que ya había dejado la americana dentro del automóvil, se bajó y se estaba desabrochando la camisa. Tal vez porque tenía calor y estaba sudando, pero tal vez también porque simplemente necesitaba más libertad de movimiento para la pelea que era probable que le esperara. La camisa fue a parar arrugada al bordillo. El hombre miró a su alrededor y tensó los músculos pectorales a la débil luz de la farola.

Llamaba la atención que solo tuviera la mitad del torso tatuado. Desde el brazo izquierdo se extendía un cuadro monocromático que iba del pecho hasta la cintura. Como si fuera el negativo de una fotografía, la mayor parte de esa superficie era de un color negro profundo. El dibujo surgía en las escasas partes de la piel que no había tocado la aguja del tatuador. Una obra de arte

que se componía de numerosas pirámides, esferas y otras formas geométricas tridimensionales imbricadas.

La marca más llamativa eran dos tijeras dibujadas directamente encima del pectoral derecho, con el pezón en el centro. Por encima estaba tatuada una palabra que comenzaba por «andro»; las restantes letras se fusionaban con otros símbolos formando una obra de arte total y por completo ilegible.

Oz no pudo evitar sonreír a pesar de que aquel hombre semidesnudo miraba en su dirección como si hubiera oído algo.

Las cosas no podían estar yendo mejor.

Oz echó mano de su teléfono móvil.

Por última vez en esta noche del ocho.

Ben. 4.08

*Quedan 3 horas y 52 minutos
para el final de la noche del ocho*

¡NO UTILICE EL ASCENSOR EN CASO DE INCENDIO!

La placa de latón junto a la puerta del ascensor de la casa de Jule estaba incompleta. En opinión de Ben faltaba un aviso como: «Tampoco lo utilice si quiere matarse». O bien: «¡Y no lo utilice de ninguna de las maneras, si se ha citado con alguien que desea matarlo!».

Ben no quería entrar en la cabina. Tenía miedo de lo que le esperaba en la azotea. Ahora bien, si quería averiguar quién le había hecho todo aquello, quién era el responsable de la desgracia de su hija y quien sabía posiblemente cómo podía salvarse Jule, entonces no le quedaba otro remedio que montarse y pulsar el botón de la cuarta planta.

En su estado no podía ni siquiera pensar en subir a pie.

El ascensor lo dejó en la escalera principal, desde donde se veían tres puertas de diferentes apartamentos de estudiantes. Para acceder a la azotea tenía que abrir una puerta cortafuegos pintada de gris. Detrás había una rampa electrónica, no tanto para los inquilinos con graves problemas de movilidad y que no tenían nada que hacer ahí arriba, como para eventuales trabajos de mantenimiento para los cuales se precisaba de maquinaria pesada. La teoría

era que Jule había utilizado esa rampa para llegar a la azotea que, por lo demás, no estaba provista de medidas especiales de seguridad.

Cuando Ben salió a la cálida brisa nocturna de la azotea, comprendió que ya había estado ahí arriba antes, que ya había recorrido aquella tela asfáltica y había pasado al lado de la chimenea y de los sistemas de ventilación, mirando al sudeste, allá donde la silla de ruedas había estado justo en el borde. Con Jule sentada en ella, sin reaccionar a sus gritos y escribiendo cada vez más rápido en su teléfono móvil cuanto más cerca estaba de ella.

Y su hija no se daba la vuelta hacia él hasta percibir el olor del champú en su cabello.

«Papa por fav ayud», le decía con una sonrisa desdentada, en una boca en la que se enroscaban las larvas.

Entonces ella se reía y rodaba hacia delante llevándose consigo a Ben a las profundidades, agarrado a su silla de ruedas.

Todas las veces se despertaba gritando en el momento del impacto.

Ahora que no se encontraba en medio de una pesadilla, sino que se hallaba de verdad en aquella azotea, se sentía extrañamente sosegado.

Sus pulsaciones martilleaban al compás de una banda sonora que iba acelerándose de manera progresiva, interpretada por una orquesta con los instrumentos por completo desafinados. Sin embargo, ninguna nota salía de su boca.

Ni siquiera cuando oyó aquella voz a sus espaldas.

Cuando se dio la vuelta, vio, bajo el letrero iluminado de verde de la salida de emergencia, a la persona que ocho días atrás había empujado a su hija desde el borde de la azotea.

Nikolai. 4.09

*Quedan 3 horas y 51 minutos
para el final de la noche del ocho*

Nikolai estaba junto a los contenedores de la basura de la residencia de estudiantes rascándose la parte rapada de su cráneo.

«Falsa alarma.»

Allí no había nadie.

«Y sin embargo...»

Estaba seguro de que lo observaban y le habría gustado saber quién lo estaba acechando antes de meterse en la boca del lobo.

La brisa había disminuido y estaba volviendo de nuevo el bochorno, pero en comparación con las temperaturas que predominaban antes de la tormenta, la sensación de aquellos veintitrés grados era casi polar.

Nick disfrutó de aquel frescor y, desde que se había quitado la camisa, no le picaba tanto en la espalda el tatuaje de luz negra que se había hecho recientemente. Solo la desagradable sensación de que lo observaban seguía pegándosele en la piel como una camiseta mojada.

No obstante, la zona estaba en completa calma, tal como era normal en aquellas horas en un barrio como Dahlem. Los estudiantes normales hacía ya mucho rato que estaban en casa; los más marchosos aún no habían regresado de sus juergas. Y los pocos ricos que podían permitirse una mansión por aquí se encontraban en pleno sueño reparador para estar mañana en forma y con el

cutis terso para la partida de golf, la excursión en barco de vela u cualquier otra de las actividades que se practicaban los domingos en el País de las No Preocupaciones. Era posible que por algún lado ladrara un perro labrador que quería que su dueño o dueña lo sacara a dar una vuelta a la manzana; pero no, ni siquiera había personas solitarias paseando con sus mascotas. La calle Gary serpenteaba vacía y silenciosa atravesando el campus.

«Joder, ¿qué pasa?»

No podía quedarse más tiempo tocándose las pelotas.

Nikolai regresó donde lo esperaba Dash y llegó a la conclusión de que no había nada de extraño en su estado hipersensible. La noche estaba siendo muy ajetreada y hacía ya un buen rato que no se había metido ninguna raya.

—¡Vaya, por fin! —oyó Nikolai que Dash exclamaba por la ventanilla abierta nada más acercarse al coche—. Sube, rápido.

Idiota. Con esos bramidos iba a despertar a todo el vecindario.

—Tenemos que marcharnos de aquí. Date prisa.

Nick enseñó primero el dedo corazón a Dash y luego señaló al edificio de la residencia en el que se encontraba la vivienda de Jule.

—Vamos a subir ahí ahora mismo.

—No, te aseguro yo que no. ¡Ven acá!

Nikolai se agachó hacia él.

—¿Ya te estás cagando de miedo?

Dash golpeó el asiento del copiloto para que el otro se sentara, al tiempo que miraba al exterior en todas direcciones.

—Sí, estoy cagado. Mira esto.

Con la expectativa de ver otro vídeo que aquel hacker llamado Oz había subido a la cuenta de Ben en YouTube, Nikolai se metió de nuevo en el coche.

Para su sorpresa, Dash no había accedido en su teléfono móvil a YouTube, sino a la página de la noche del ocho.

—¿Qué tienes ahí?

—¡Cierra la puerta! —le increpó Dash, y había algo completamente anómalo en él tanto en la voz como en la expresión de su cara: pánico.

Nikolai no pudo reprochárselo. También él comenzó a sudar sin querer al ver el breve vídeo que Dash estaba reproduciendo.

La imagen no era muy nítida: estaba grabada en una oscuridad casi absoluta. Las ramas de un seto tapaban en parte la lente, la farola de la calle arrojaba más sombra que luz y, sin embargo, Nick reconoció al instante lo que había puesto a Dash en semejante estado de agitación: se vio a sí mismo.

Saliendo de su propio automóvil.

Mirando a su alrededor.

Y quitándose la camisa.

«Lo sabía: no estábamos solos.»

—¡Larguémonos cagando leches! —exclamó Dash.

—¿Solo porque nos están grabando a escondidas?

—Porque nos van a despedazar de un momento a otro.

Dash leyó el comentario que figuraba debajo del vídeo subido:

¿Queréis saber dónde están los diez millones? La pasta está en este Fiat 500 Abarth. La custodian dos hombres. A uno podéis verlo en las imágenes. Mi sugerencia es que os olvidéis de Ben y de Arezu, y que vayáis a por el dinero directamente. En estos momentos esta pareja se encuentra en la calle Gary, número 101, enfrente de la vivienda de la hija de Ben.

«Qué cabronazo», pensó Nick, pero no pudo evitar sentir admiración por su nuevo rival.

Aquel tipo, quienquiera que fuese, había dado la vuelta a la tortilla y había convertido a los cazadores en presas.

—Pueden aparecer por aquí en cualquier momento. El comentario con la

dirección lleva ya cinco minutos en la red. El vídeo acaban de subirlo ahora.

—Vale, tío, es verdad, las cosas podrían ponerse muy feas —le dio la razón a Dash, que ya había puesto la primera y encendido el motor.

Nick cerró su puerta, activó el cierre centralizado y se agachó para abrir el compartimento bajo la alfombrilla donde siempre guardaba una pistola pequeña por si acaso. Por ese motivo, el adoquín del tamaño de un puño cuya entrada tronó a través del cristal lateral no le acertó a él, sino a Dash, y en plena sien.

El motor Ferrari aceleró al máximo de potencia en segunda después de que el pie de Dash, que había quedado inconsciente, se quedara pisando el acelerador.

Nikolai levantó la cabeza de golpe y trató de agarrar el volante en el último instante, pero entonces se oyó un estampido, tan intenso como si hubiera apretado el gatillo junto a su propio oído.

Tras el choque contra aquel árbol de la calle, su cabeza se vio lanzada, primero en dirección al airbag, y luego hacia atrás, contra el reposacabezas.

Y antes de comprender que lo que le estaba perforando el ojo derecho no era una aguja ardiente, sino una esquirla de la pantalla reventada del móvil de Dash, Nick había perdido también la conciencia.

Ben. 4.10

*Quedan 3 horas y 50 minutos
para el final de la noche del ocho*

—¿Tú?

Cuarenta metros por debajo de ellos rugió un motor y, acto seguido, Ben oyó procedentes de la calle los típicos sonidos de un accidente de coche. Un choque violento, rechinar de metal, cristales haciéndose añicos; pero todo eso estaba sucediendo en un mundo que a él no le interesaba en esos momentos.

Ben solo tenía ojos y oídos para la persona que seguía de pie bajo el letrero iluminado de la salida de emergencia de la azotea, ni siquiera a cinco pasos de distancia de él.

—Sí, yo.

Ben movió la cabeza con sorpresa. No solo la voz no encajaba, sino tampoco esa expresión desconocida en un rostro familiar.

La boca, la nariz, los ojos, el cuerpo andrógino, delgado en exceso... Era Arezu quien estaba delante de él. No había duda alguna. Pero estaba transformada, y ello no se debía a las heridas claramente visibles que había sufrido. Ni tampoco por la sangre que le goteaba en la frente desde los bordes de una venda fuera de sitio.

—No entiendo —dijo Ben, y lo dijo porque de verdad era así.

Avanzó un paso para poder contemplarla mejor a la luz de la luna y entonces

le saltó a la vista el escalpelo que sostenía en la mano, cuya cuchilla refulgía como los adornos navideños en el árbol.

—¿Qué estás haciendo aquí, Arezu?

La respuesta en forma de pregunta que recibió Ben casi lo hizo vacilar.

—¿Por qué me llamas así?

—¿Cómo dices?

—Arezu. Ella no está aquí.

Una tibia ráfaga de viento hizo ondear tanto el camisón de hospital de él como el de la mujer, que parecía haber olvidado incluso su propio nombre.

—¿Quién eres? —preguntó Ben.

Y como si la situación no fuera de por sí lo bastante estrambótica —dos personas heridas de gravedad frente a frente, semidesnudas, en la azotea de una casa de la que pocos días atrás había caído una chica joven—, Arezu respondió:

—¿Te gusta hacer preguntas de las que ya conoces las respuestas?

Ben ladeó la cabeza y se sintió un poco ridículo al preguntar a la chica:

—¿Oz?

—¿Quién si no?

Retrocedió el paso que había dado antes. Un relámpago de hielo atravesó su cerebro igual que si hubiera bebido con excesiva precipitación un líquido demasiado frío. Al mismo tiempo tenía la sensación como si la tela asfáltica de la azotea le quemara las plantas desnudas de los pies como si fuese carbón candente.

«¿Qué está pasando aquí?»

Creía conocer la respuesta a las preguntas sin importancia. A la de cómo había llegado allí se contestaba con la presencia del coche de su padre. Una sala de operaciones no es ninguna cárcel de alta seguridad. Y nadie le presupone resistencia a una persona herida de gravedad y peso mosca.

Probablemente le habrían asignado un vigilante, pues había matado de un disparo a una persona frente al tugurio de Lady Nana, pero seguramente lo había sometido con el escalpelo con el que ahora se rascaba la venda de la cabeza. Ahora bien, ¿con qué finalidad estaba representando Arezu esta extravagante pieza teatral? ¿Por qué actuaba como una mala actriz que, despatarrada y con una voz ronca, intentaba imitar a un hombre?

—¿De repente quieres que ahora te llamen Oz? —preguntó él con un cansancio infinito y lleno de miedo de decir algo equivocado y de que entonces Arezu, que parecía haber perdido el juicio, se abalanzara contra él y le agrediera con aquel instrumento quirúrgico.

—Siempre me he llamado Oz —respondió ella y tosió guturalmente, antes de dar un paso hacia él arrastrando los pies.

Ben la miró a los ojos y se apoderó de él un pensamiento tan perturbador como el lamentable estado de aquella joven.

—¿Dónde está Arezu?

—Ni idea. No soy su canguro.

Oyó su risa; sonó masculina y maliciosa, y entonces el mundo de Ben se puso a dar vueltas pese a que él no se había movido ni un centímetro.

El dolor en el hombro había adquirido unas proporciones tales que cada movimiento podía desembocar en un desmayo repentino. Y en sus entrañas, una taladradora sin punta le estaba devorando por dentro.

Sin embargo tenía la cabeza extrañamente lúcida y los pensamientos se sucedían sin interrupción. Todo parecía encajar, por muy inquietante y alarmante que fuera aquello que se le revelaba ahora a Ben:

¿Qué le había dicho Arezu antes al cura?

«No me acuerdo, por ejemplo, de cómo llegué hasta aquí. Solo temo haber hecho algo malo.»

Ben no recordaba ya las palabras exactas, pero sí que Arezu no parecía ser

ella misma ya en la iglesia, pues se había comportado como si fuera otra persona.

«El sabor y el olor de la sangre siguen provocándome una especie de huida de la realidad. Y de una manera muy especial cuando pruebo la mía», había dicho ella.

—¿Oz? —preguntó él, y el otro yo ensangrentado de Arezu asintió con la cabeza.

En circunstancias normales, ese movimiento habría tenido que provocar un grito de dolor, pero al parecer esa otra personalidad no sentía los síntomas de la herida en la cabeza.

Ben no sabía mucho sobre el trastorno de personalidad múltiple, solo que esa enfermedad psíquica solía ser consecuencia de graves maltratos físicos y anímicos.

«El acoso durante mi niñez fue tremendo, ¿sabe?»

«¡Oz!»

¿Cómo se llamaba aquel chico de quien sus compañeros y compañeras de clase le echaron la culpa de su muerte?

«¡Una muñeca, Arezu, y muerta estarás tú!»

Nils.

Nils Oswald.

«Y su apodo con toda seguridad era...»

—¡Oz!

—Tío, ¿vas a estar repitiendo toda la noche mi nombre?

Ella se le acercó. Arrastraba un poco la pierna derecha, pero no parecía darse cuenta de ello.

—Calculo que no disponemos de mucho tiempo hasta que lleguen —dijo ella.

—¿Quién?

—¿Quiénes van a ser? Los cazadores. Piensa que querrán llegar hasta el final y llevarse el dinero.

«Por lo visto se cree que es la directora de este extravagante juego, y no una jugadora», pensó Ben.

«Arezu maneja a los personajes, pero no quiere consumir sola la caza.»

Ben, que no sabía si había algo que pudiera decir para que Arezu volviera de nuevo a ser ella mismo, intentó al menos que la conversación no se cortara.

Había informado a Schwartz. La policía tenía que estar al llegar de un momento a otro.

—No hay ningún dinero —replicó él.

Oz se rio.

—Por supuesto que lo hay. Yo escribí el programa, así que sé ese dinero sí que existe. Vale, de acuerdo, no van a ser diez millones. Eso fue apuntar muy alto. Pero, al final, el cazador que alcance el éxito se embolsará más de dos millones y medio de euros por transferencia bancaria en cuanto mueras.

Ben, que no se creía que estuviera manteniendo de verdad esta conversación, preguntó:

—¿Cuándo hablaste por última vez con Arezu?

—¿Y a ti qué te importa? Hace mucho de eso. Conversamos por teléfono. Esa cabra estúpida quería que interrumpiéramos nuestro experimento.

—¿«Nuestro», dices?

—Sí. Ella fue quien tuvo la idea de la noche del ocho, pero no entendió para nada la mina de oro que teníamos entre manos.

—Decía que ella quiso interrumpir el experimento —animó Ben a Oz para que continuara hablando.

—Muy pronto. Pero porque no lo pensó hasta el final. A ella solo le interesaba la investigación de la estupidez de las masas. Se preguntaba cuántos

cazadores se dejarían engañar por el infundio de la noche del ocho y nombrarían a alguno de sus congéneres para la lotería de la muerte.

Oz se sorbió ruidosamente los mocos y escupió en la tela asfáltica.

—Sin embargo, los cazadores son solo una parte del experimento. Resulta mucho más interesante investigar cómo reaccionan las víctimas a su nominación. ¿Se esconderán? ¿Lucharán? ¿Capitularán?

Un disparo desgarró el silencio de la noche. Ben se estremeció, pero Oz permaneció completamente imperturbable.

—Pero ¿por qué yo? —preguntó Ben, que hacía rato que estaba seguro de haberse nominado él mismo aquella noche en la que se emborrachó como una cuba.

Se había despreciado y odiado a sí mismo, y se deseó la muerte. No obstante, lo que no entendía era por qué Jule había recibido antes un correo electrónico de la noche del ocho que daba la impresión de que era ella quien lo nominaba a él para la caza. Probablemente no llegaría a saberlo nunca, porque Oz no le contestaría siquiera a la pregunta más obvia:

—Entiendo que quisieras quitar de en medio a Arezu, pero ¿por qué seleccionaste mi nombre entre todos los nominados?

—Porque te convertiste en un peligro aún mayor para el experimento.

—¿Yo? ¿Cómo es posible eso? No os conocía a ninguno de los dos hasta hoy.

—Pero sí a Jule. Y ella averiguó mi número. Lo guardó en su teléfono, el que llevaste a la clínica de teléfonos móviles para que extrajeran la información guardada. Pude rastrearlo y supe que no ibas a quedarte quieto. No podía permitir que Jule me descubriera. Tampoco podía permitir que le entregaras pruebas a la policía de que no había sido ningún intento de suicidio.

De todas las verdades crueles que Ben había oído en su vida, comenzando por las compasivas palabras de los médicos cuando le explicaron que su hija

había perdido las dos piernas, pasando por el momento en que Jenny le dijo que no quería seguir viviendo con él, esta fue una de las más demoledoras.

—¿Intentaste matar a mi hija?

Lo mirara desde el lado que lo mirase, solo había una explicación que tuviera sentido: Arezu y Oz eran una y la misma persona. Estaban metidas, sin saberlo, en el mismo cuerpo. Y mientras aquella estudiaba Psicología, este otro era un experto en tecnología que lo había atraído a esta azotea con una foto que solo podía haber sacado el asesino de su hija.

Oz hizo un gesto de disculpa con la mano, casi como si dijera: «¿Qué querías que hiciera si no?».

—¡Tú llevaste el vodka!

—Le estampé la botella contra el cráneo.

Algo que, después de la caída, no pudo ya averiguarse a causa de las heridas en la cabeza de Jule.

Ben no soportaba la idea de que su hija, inconsciente, hubiera sido una víctima fácil a la que se podía sentar sin problemas en una silla de ruedas y empujar desde la azotea.

Oz desfiguró su cara en una mueca absurda que acaso quería representar una retorcida risa burlona.

—El único error que cometí fue enviarte un mensaje con el teléfono móvil de ella. Yo ya había escrito una carta larga de despedida, pero no estaba seguro de haber encontrado el tono adecuado. Me pareció mejor un mensaje de despedida, escrito a toda prisa, con desesperación. Pero por desgracia lo que conseguí fue reforzar tus sospechas.

—¿Por qué tenía que morir? —dijo Ben con la voz ronca.

—La pregunta es: ¿por qué no tenía que morir? Si hubiera permitido que me descubriera, esta noche del ocho de hoy ni siquiera se habría iniciado. ¡Cuántas cosas nos habríamos perdido entonces! —dijo Oz en un tono casi de

exaltado—. Solo que la interacción entre los cazadores y la víctima, la intromisión del matón del androctonus, ¿quién habría podido preverlas?

—¿Androctonus? —repitió Ben implorando en secreto que llegara ya pronto la policía para acabar con aquella locura—. ¿Qué significa eso de «androctonus»?

Tras el choque y el disparo, llegaba ahora desde abajo a los oídos de Ben las voces de furor de varias personas. E iba aumentando de intensidad. Al parecer, el ruido había despertado a algunos inquilinos. Los árboles que rodeaban la casa quedaron iluminados de pronto por las luces procedentes de los apartamentos.

Oz sonrió aviesamente. Los ojos del otro yo de Arezu estaban inyectados de sangre, pero eso no pareció importarle.

—*Androctonus australis*. Ese tipo parece tener mucha afición por esos repugnantes animales. Se ha hecho tatuar ese nombre con el dibujo del escorpión justo debajo. Una bestia de esas decora incluso el logo del coche que conduce. ¿Lo sabías?

—No —dijo Ben y comenzó a sudar de pronto por la excitación.

No tenía ni idea de qué vehículo conducía el loco, pero en cambio se le encendió una luz muy diferente en el cerebro.

Algo muchísimo más importante.

¡Cómo podía salvar a su hija!

Lo que había visto en los gemelos de la camisa del hombre del traje no era el grabado de un bogavante.

¡Sino la imagen de un escorpión!

Ben oyó pasos, pero ya no eran abajo, al aire libre, sino en la escalera principal.

«Tengo que decírselo a Jenny», pensó y echó mano de su teléfono móvil.

Arezu, Oz o quien fuera que tuviera el control de aquel cuerpo anoréxico,

gritó:

—¡Deja ese teléfono tranquilo!

Entonces, la puerta de la azotea se abrió de golpe. El primero de los cazadores había alcanzado su objetivo.

Nikolai. 4.12

*Quedan 3 horas y 48 minutos
para el final de la noche del ocho*

La ira lo fustigaba y le servía de anestésico. Agudizaba la visión del ojo que le quedaba, el izquierdo.

Nikolai se sentía como después de una dosis extremadamente fuerte de cocaína. Parecía vibrar cada músculo, cada neurona. Si echara a correr ahora, podría llegar esprintando y sin interrupción hasta Potsdam, así de fuerte se sentía desde que había escapado a la muerte.

Las bestias de la caza cayeron sobre el coche como langostas. Hinchas de fútbol alcoholizados, solo unos pocos sin máscaras cubriéndoles los ojos pero seguro que todos con la codicia en la mirada, cayeron en la trampa de la información más reciente publicada en la página de la noche del ocho. Tiraron con violencia de él y de Dash para sacarlos del coche, dejarlos tumbados en medio la calle y así poder buscar sin molestias los millones en el Fiat.

«¡Qué idiotas!»

Y mientras utilizaban el torso de Dash de trampolín hasta que empezó a salirle la sangre a chorros por la boca, a Nikolai lo arrastraron del pelo por el asfalto. Probablemente para estamparle la mandíbula contra el canto de la acera antes de saltarle por encima del cogote.

«¿Por qué no un poco de diversión antes de hacerse rico?»

Pero aquellos oligofrénicos habían pasado por alto lo resistente que era su

adversario. Y lo que llevaba en una mano.

Antes de colocar la cabeza de Nikolai en posición, este volvió en sí. Y también antes de que aquellos aficionados supieran lo que les sucedía, le disparó en la boca al tipo con la bolsa de basura que lo tenía agarrado del pelo.

No habían pasado ni siquiera cinco segundos cuando los cazadores habían dispersado en todas direcciones, dejando el camino expedito a Nikolai para llegar hasta el final de aquel asunto. Aquí y ahora, en la azotea de la residencia de estudiantes. A unos pocos pasos de los nocheocheros contra quienes iba a consumir su venganza ahora.

Tenía el coche destrozado, Dash estaba probablemente muerto, él tenía solo un ojo y muchos de los vídeos que se habrían convertido en dinero contante y sonante habían desaparecido no se sabe cómo de la nube.

«Oh, sí, ya lo creo, esos dos van a pagar ahora los platos rotos.»

A pesar de la sed de venganza movida por el arrebató de cólera y por el dolor, Nick sabía que debía apresurarse. Los otros inquilinos no se atreverían a subir enseguida a la azotea, pero era una cuestión de segundos que hiciera acto de presencia la policía después del choque, el disparo y los gritos. Además, no podía descartar que hubiera otros cazadores al acecho.

Nick tenía que actuar con rapidez para poder mirar a Ben y a Arezu a los ojos cuando murieran.

¿Y por qué no comenzar con la víctima que tenía más cerca?

Ben. 4.12

*Quedan 3 horas y 48 minutos
para el final de la noche del ocho*

«Así se cierra el círculo», pensó Ben.

Así iba a acabar todo.

Tres personajes insignificantes que encajarían mejor en una película de terror que en la azotea de una residencia de estudiantes.

Los tres gravemente heridos. Todos semidesnudos. Y los dos que sangraban por sus heridas de la cara eran, por descontado, los portadores de las armas.

Mientras que el asesino del tatuaje del escorpión apuntaba con su pistola a Arezu, esta tenía extendido el escalpelo hacia él.

—¿Cómo era aquel chiste del idiota que se presenta a un tiroteo con una navaja? —se rio el hombre del traje.

Ahora que Ben lo tenía delante con el torso desnudo vio el tatuaje.

«Androctonus. Con toda seguridad la especie que había usado para envenenar a Jule.»

—Bueno, se acabó la función.

—Alto. Un momento. Espera. ¿Tienes una licencia de caza? —gritó Oz al hombre del traje después de arrodillarse voluntariamente ante él.

Tanto el movimiento como sus palabras dejaron estupefacto al matón.

—¿Qué? —preguntó con una expresión poco inteligente en el rostro.

—¿Te has registrado? —quiso saber Oz—. ¿En la página de la noche del

ocho?

—No —rio el tatuado, que avanzó un paso y encañonó a Oz en la frente—. Pero de todas formas voy a matarte ahora.

—¡Eso sería un desperdicio! —Oz hizo aspavientos con los brazos—. ¡Te perderías los millones!

—¡Sí, ya, claro!

—En serio. Escúchame bien. Yo programé el algoritmo. El dinero corre por todo el planeta a través de servidores nigerianos y va a parar a una cuenta cifrada anónima en las islas Caimán. Regístrate y asegúrate el premio de la noche del ocho.

—¡Eso es una idiotez!

El hombre del traje golpeó con rabia la frente de Oz con el cañón de la pistola.

—No hay millones ni leches.

Miró un segundo a Ben, que asistía petrificado a esa conversación irreal.

—Ya lo creo que sí —siguió implorando Oz.

—¿Y cómo es que todavía andas por aquí? —preguntó el hombre del traje, receloso.

—Para ejercer como testigo. Las reglas exigen una prueba. Si matas a Ben, me ocuparé de que recibas tu dinero.

Oz señaló a Ben y la mirada del matón siguió la dirección de su mano.

—¿Ah sí? ¿Con una simple transferencia?

Pese a que al psicópata solo le quedaba un ojo, Ben pudo distinguir en él el ascua incandescente de la codicia.

—Recibirás el número de cuenta y la contraseña para retirar el dinero de una manera anónima y a través de un correo electrónico seguro. Tan solo necesitas una licencia de caza.

Ben se quitó la rigidez de encima y comenzó a moverse despacio en

dirección a Oz y al loco de la pistola. Antes había logrado escribir a ciegas un SMS de una palabra y enviárselo a Jenny.

No sabía qué hacer a continuación; sobre todo ahora que la relación de fuerzas había quedado descompensada y claramente en su detrimento. De un asesino y dos víctimas se había pasado a dos locos que lo tenían a él como diana en el sentido más literal de la expresión.

—Eh, tal como veo las cosas, nos vas a matar de una manera u otra — prosiguió Oz su intento de persuasión—. ¿Qué pierdes registrándote?

—El tiempo —dijo el hombre del traje, aunque echó mano de su teléfono móvil.

—Ahórrate el esfuerzo —dijo Ben, que se había acercado dos pasos más de manera imperceptible.

Pensó en su padre y en el discurso que la había soltado para decirle que era un fracasado que tenía que posicionarse de una vez por todas. En Jenny, que hasta hoy no le había reprochado nunca, con razón, ser siempre el juguete de los demás sin asumir nunca por sí mismo la responsabilidad.

Y, por supuesto, pensó en Jule, de quien había querido ser el mejor padre del mundo. Eso se lo había prometido a aquella personita pringosa, poco después del parto, cuando le dejaron que fuera él quien le cortara el cordón umbilical. Había querido enseñarle el mundo:

Las luces de Berlín cuando se accedía por Heinersdorf a los rascacielos de la gran ciudad.

Los copos de nieve bajo el microscopio y la arena del desierto en los pies.

El azul profundo del Atlántico en el lugar que naufragó el *Titanic* y la puerta gris de la estación de metro Gesundbrunnen, por la que pasaban a diario cientos de personas sin saber que detrás se hallan algunos refugios subterráneos muy bien conservados de la Segunda Guerra Mundial.

Quería enseñarle lo que sucede cuando se escribe =rand (200,99) en un

documento en blanco de Word y luego se pulsa la tecla de retorno.

Comer con ella muchos helados hasta un punto irracional y seguir una dieta vegana durante una semana, debatir sobre la novela *El guardián entre el centeno* en comparación con *Tschick*, discutir acerca de si una silla de plástico del MoMA es realmente arte y si las drogas blandas son más peligrosas que el alcohol.

Sus ciudades favoritas en Europa: Roma, Barcelona, Amsterdam y Londres. No habían visitado juntos ni una sola de estas urbes. Sin embargo, gracias a Ben ella conocía por dentro los quirófanos, las clínicas de rehabilitación y las consultas de fisioterapia más dispares.

Todo eso solo porque aquel día funesto no reflexionó. Porque actuó, como tantas otras veces en su vida, por puro instinto. Vistas las cosas así, su existencia entera era desde hacía mucho tiempo una única noche del ocho controlada desde el exterior y bajo la cual les tocaba sufrir a los demás la gran mayoría de las veces. Si por aquel entonces él hubiera reaccionado con sensatez, habría aparcado el coche a su derecha cuando su mánager le metió mano a Jule.

Si hubiera sido sensato y hubiera llamado a la policía, Jule seguiría teniendo ambas piernas y sus prótesis no la atormentarían. Y ella no debería renunciar a útiles terapias complementarias solo porque él se retrasaba siempre en el pago de las dietas por alimentos.

«Bueno, al menos esto sí va a cambiar ahora.»

—¡Eh! ¿Qué pretendes? —preguntó Arezu, Oz o quienquiera que poseyera ahora el control de aquel cuerpo en exceso delgado.

—Asumir la responsabilidad —dijo Ben.

Y echó a correr. Más rápido de lo que se habría imaginado él que podría en su estado, inclinado con la cabeza hacia delante, como el tope de una vía de tren, en zigzag, y de esta manera la bala del hombre semidesnudo solo le pasó

rozando el hombro, el sano, algo que le hizo tambalearse y estuvo a punto de llevarlo a un desmayo reparador. Pero que, sin embargo, no lo detuvo.

Ben estampó la cabeza en el estómago del matón y lo levantó del suelo igual que un jugador de rugby a su rival; siguió corriendo en contra del dolor, en contra del miedo, en contra de la voz de la razón en su cabeza que le gritaba muerta de miedo: «No, no lo hagas. ¡Por favor, no lo hagas!».

Pero él no le prestó oídos.

Prosiguió su marcha. Siguió empujándose a él y al psicópata en dirección al abismo. Al borde de la azotea.

Y más allá.

Oyó gritar al hombre. Vio una última visión del horror en su ojo. Vio cómo sus músculos pectorales se contraían y entonces las pinzas del escorpión se estrechaban; acto seguido, su adversario comenzó a dar brazadas, pero ya no había nada que pudiera hacer para impedir lo inevitable.

Ben sonrió, cerró los ojos y se precipitó, junto con el matón, de cabeza al vacío.

«¡Se lo merecía!»

«¡Fue culpa suya!»

«Personalmente creo que tenía mucha mierda que ocultar. Una cosa así no es de recibo, por supuesto, pero no se equivocaron con la nominación.»

Reacciones en internet a la noticia:

¡NOCHEOCHERO MUERE PRECIPITÁNDOSE AL VACÍO!

Benjamin Rühmann, fulminado por el acoso de las bestias cazadoras

Jule. 12.04, hora local (18.04, hora de Berlín) 31 días, 10 horas y 4 minutos después del final de la noche del ocho

Todo se le pegaba.

La blusa en los pechos. La falda pantalón en los muslos. Las prótesis en los muñones.

El chiringuito de la playa de las Siete Millas disponía de unas vistas de postal sobre el Caribe y copas a precios asequibles, pero por desgracia contaba solo con un ventilador gandul que repartía sin ganas el aire cálido bajo el techo de paja.

Jule y su madre estaban sentadas a una mesa sencilla, construida con madera de deriva, un poco apartadas de los demás clientes, sobre todo turistas que ya a esa hora del mediodía se permitían una cerveza, un cóctel o algo más fuerte.

—Traigo buenas noticias —dijo Cliff Cliffer, cuyo nombre era simplemente demasiado bobo para ser un pseudónimo elegido por él mismo; sin embargo, entre abogados de su calaña no podía saberse nunca.

Su presencia aquí, en la playa, y no en su despacho de Georgetown, se debía de manera probable a que no poseía ninguno. Cliffer, Fox & Whiteman era tal vez una empresa tan fantasma como aquellas en cuya fundación y asesoramiento se había especializado ese «bufete».

El hecho de que los clientes viajaran en persona a Gran Caimán era algo más bien poco habitual en ese sector y seguramente suponía un desafío para aquel abogado de, como mucho, treinta y cinco años.

—No ha sido fácil, pero ya tenemos las informaciones que necesitan, señoras mías.

Cliffer llevaba un polo azul con el cuello blanco, pantalones cortos de color marrón y zapatos de vela. Su pelo rubio presentaba una raya ondulada para la que seguramente se necesitaba una cierta práctica a fin de que quedara tan perfecta. Una provisión tamaño familiar de geles y de aerosoles para el pelo tendría que ver con el hecho de que su peinado se mantuviera así incluso con una humedad ambiental del ochenta por ciento y con temperaturas en torno a los treinta y cinco grados a la sombra.

En cambio, el pelo de Jule caía lacio y sin fuerza sobre los hombros. Todavía no se había recuperado del todo, pero eso no era de extrañar después de haber tenido que superar dos atentados consecutivos contra su vida.

El primero lo llevó a cabo una persona a la que ella tenía por una buena amiga, pero que resultó padecer de un trastorno de personalidad múltiple. El segundo, por un chiflado, un yonqui de internet que tenía una serie de aficiones raras. Por un lado, le encantaba poner en línea repugnantes vídeos plagados de imágenes violentas. Por otro, se había autoprescrito el cuidado de un terrario en el que criaba escorpiones venenosos. No era de extrañar que los médicos anduvieran dando palos de ciego y que al principio erraran por completo en el tratamiento. Esa toxina basada en proteínas era muy difícil de detectar y demasiado exótica para que los médicos hubieran siquiera pensado en ella. Sospechaban más bien un envenenamiento por cumarina y la habían llenado inútilmente de vitamina K hasta que a Jenny le llegó el SMS de Ben con la palabra clave que salvó su vida: «Androctonus».

La última palabra de su padre. No tenía ni idea de cómo lo había averiguado, pero tampoco era el único misterio que se había llevado a la tumba.

—Hemos podido verificar el mensaje que nos dirigieron...

—Sí, lo sabemos —interrumpió Jule al abogado en inglés.

Si no hubiera sido así, no habrían emprendido aquel largo vuelo. Ni tampoco habrían echado mano de la hucha de mamá para pagar la primera factura del abogado. Normalmente ella no solía interrumpir a sus interlocutores de esa manera tan brusca, pero es que Cliffer facturaba su tiempo al minuto. Cada llamada, cada nota, cada condenada pausa para orinar en la que él meditaba en su «caso» se plasmaba en sus exagerados honorarios. Jule no quería que su madre tuviera que pagar con sus ahorros reunidos con mucho esfuerzo una conversación insustancial que no les aportara nada nuevo.

—¿Cuáles son las buenas noticias?

—Su padre debe de haber sido un hombre de gran éxito profesional.

Mientras que Jule ni siquiera pestañeó, Jennifer no logró dejar sin comentar la frase.

—Solía actuar con su banda en hoteles de ferias —comentó escuetamente mientras se acariciaba la barriguita, que entretanto ya era visible. El embarazo le sentaba bien, aunque al parecer iba a tener que afrontarlo a solas. Paul había puesto pies en polvorosa después de los líos y de las agitaciones de la noche del ocho.

—Ah, caramba. Bien, entonces debe de haber sido una banda de éxito. —Cliff sonrió como si quisiera hacer publicidad de su dentista—. Ha estado bien que se hayan dirigido a nosotros. No quiero ni pensar lo que habría ocurrido si ese correo electrónico hubiera ido a parar a las manos equivocadas. Recibieron un buen consejo al contratar nuestros servicios.

«Bueno...»

La verdad es que solo habían consultado en Google.

En la consulta «administración de herencias + empresa *offshore* + islas Caimán», el bufete de Cliffer salía en tercera posición. Los primeros

resultados los desecharon porque no querían caer en la trampa de inserciones publicitarias compradas de antemano.

—Para ser sinceros, al principio partimos de un correo electrónico de la mafia de Nigeria.

Jule y Jennifer asintieron. Ese fue también su primer pensamiento cuando leyeron el SMS. El mensaje debió de entrar poco después del entierro de Ben en el teléfono móvil que ella encontró entre las pocas pertenencias que la policía entregó a su madre una vez finalizadas las investigaciones policiales. El SMS conducía a través de un enlace a una página en la que estaba guardado un correo electrónico para Benjamin Rühmann. Con los datos de contacto de una empresa aquí, en la isla Gran Caimán.

—Pero ese correo no se envió con intenciones de estafa y quizá haya sido la mejor decisión de su vida que no lo desecharan en la bandeja del correo basura. ¡Ah! Antes de que me olvide, permítanme transmitirles mis disculpas. No les he expresado todavía mis condolencias por la pérdida de su marido y de su padre. Espero que no tuviera que sufrir mucho.

Jule entornó los ojos. ¿Vivía ese tipo tan en el quinto pino que no se había enterado del destino de Benjamin Rühmann?

Durante un tiempo, el suicidio de su padre había ocupado por los menos los titulares de la prensa alemana. Primero porque no era seguro si Nikolai Vanderbilt le había matado de un disparo antes de precipitarse juntos desde la azotea. O si acaso seguía vivo mientras chocaba junto con él contra el suelo del patio. Y luego, como es natural, porque el padre había elegido el mismo camino que su hija apenas una semana atrás.

Y finalmente también como advertencia ante los excesos de una sociedad de internet, cuya primera caza de acoso y derribo se había cobrado varias víctimas mortales.

El jaleo provocado por los medios de comunicación, la organización del

entierro, las declaraciones a la policía y, no en última instancia, su propio estado de salud (después de todo no despertó por completo del coma inducido hasta dos días después de la muerte de Ben) habían exigido tanto de Jule que hasta el momento ni siquiera había podido lamentarse por la pérdida de su padre. Desde que la urna de Ben había encontrado su sitio en el cementerio de la calle Heer, ella contemplaba su mundo como a través de un neblina gris, incluso aquí, al sol abrasador de mediodía del Caribe.

Jule sentía en su interior un mar de lágrimas, pero hasta el momento todos los diques de contención de la tristeza aguantaban y, aunque ella quisiera, no lograría romperlos.

—Bueno, sea como sea —dijo el abogado dando por zanjado su pésame—, son muchos los que reciben correos electrónicos en los que se les anuncia una herencia, pero muy raras veces se transmite por este método una persona jurídica.

—¿Una qué?

—Una sociedad. Su padre les ha dejado en herencia una empresa.

—¿Qué produce? —quiso saber Jenny.

—Nada. Ni tampoco posee edificios, máquinas ni empleados.

—¿Qué valor tiene entonces?

—Dos millones, ochocientos veintiocho mil dólares y setenta y cuatro centavos.

—¿Dos millo...? —preguntó Jule tan alto que un anciano cliente del bar se giró hacia su mesa.

—¿Millones? —completó Jennifer en un susurro.

—Antes de la deducción de nuestros gastos, que son de un humano cinco por ciento —dijo Cliffer con una sonrisa dental—. Eso también forma parte de las buenas noticias. Solo tienen que ir al banco con un formulario que hemos preparado para ustedes y entonces podrán retirar el dinero, a no ser que no

deseen viajar con tanto dinero en efectivo, algo que es muy comprensible. En ese caso les aconsejaríamos que por otro cinco por ciento hicieran uso de nuestra ayuda en términos de transacciones. Eso significa que nosotros nos ocuparíamos de que el dinero se distribuyera en cuentas internacionales, a las que ustedes también tendrán acceso desde Alemania sin necesidad de revelar su identidad.

Jule percibió la mano de su madre presionando la suya.

No pudo evitar pensar en aquella tarde en la que oyó hablar por primera vez de la noche del ocho en una conversación entre dos clientes que ella oyó por casualidad en la clínica de teléfonos móviles. Y también en cómo, meses después, preocupada por su padre, que a lo largo de la vida se había ganado la antipatía de mucha gente, quiso probar simplemente si alguno de sus enemigos lo había nominado. Le pidieron un número de móvil para el pago y ella dio el de su segundo aparato, por miedo a que le inundaran el teléfono principal con mensajes publicitarios. Y cuando terminó con las formalidades e introdujo el nombre de su padre con el firme propósito de volver a borrarlo inmediatamente después del test, vio confirmados sus peores temores.

«Benjamin Rühmann ya ha sido nominado», le anunció aquella animación por ordenador que respondía al nombre de Diana y a continuación le aseguró que sus datos quedaban almacenados para proporcionarle informaciones posteriores acerca del juego.

Ella cerró de golpe aterrorizada el portátil y llamó de inmediato a su padre.

«¡Tenemos que hablar, papá! ¡Es urgente! ¡Creo que estás en peligro!»

Ella esperaba poder hablar con él durante la conversación rutinaria que mantenían cada semana. Quería enseñarle la página, igual que lo había hecho con Arezu durante su visita de aquella tarde. Esta había llegado a su casa con una botella de vodka para brindar por su amistad con una copa. Jule se lo agradeció pero la rechazó, así que su amiga bebió a solas.

Jule seguía estremeciéndose aún hoy, en el calor del Caribe, al pensar cómo había dejado sola a Arezu y se había metido en el cuarto de baño para arreglarse para la noche, pues habían decidido ir a una discoteca y estar con gente, a pesar de que ninguna de las dos estaba realmente muy animada para salir ni celebrar nada. Sin embargo, antes de amargarse la vida subidas a una nube gris de tristeza, Jule decidió que era mejor distraerse. También Arezu parecía necesitar despejarse. Jule detectó una cierta inseguridad cuando su amiga estaba examinando la página de la noche del ocho.

Arezu se había rascado un uñero del pulgar y se había hecho sangre, pero aquello no era nada nuevo. Ella se rascaba siempre en la piel próxima a las uñas cuando estaba nerviosa y se hacía heridas. Jule fue al baño a buscar una tirita. Y cuando vio su reflejo en el espejo, se le pasó por la cabeza que la idea de salir ahora era realmente desacertada. Su padre iba a llamarla de un momento a otro, ella tenía que contarle que alguien lo había nominado y, después de esa conversación, ella aún se sentiría peor.

Y ese a su vez fue el motivo por el cual pensó: «Y encima ahora», así que en un intento idiota de automanipulación contrajo la boca para producir una sonrisa.

Decían por ahí que al cabo de un minuto el cerebro cree que estás feliz solo porque los labios se hallan en la posición correcta. Cuando Jule tuvo la impresión, al menos óptica, de que su felicidad no parecía fingida, se fotografió el rostro y se retrató en el espejo.

A continuación oyó un ruido en la sala de estar. Era una voz que sonaba como la de Arezu, solo que más masculina. Se dirigió a la sala de estar con la tirita en la mano y, a partir de ese momento, sus recuerdos eran tan fiables como los de un sueño.

Solo recordaba bien que Arezu se dirigió a ella con la botella de vodka en la mano. Y que entretanto ya no le sangraba solo el dedo, sino todo el brazo.

Y entonces, la cara de su amiga empezó a fundirse ante sus ojos. Había adoptado unos rasgos nuevos, casi masculinos, mientras levantaba la mano manchada de rojo y le estampaba la botella contra la cabeza.

Lo siguiente de lo que se acordaba Jule era de una negrura oscura, infinita, como si se hubiera sumergido en el punto más profundo del mar. Sin embargo, ya no percibió nada más. Ni cómo la subía a la silla de ruedas. Ni cómo Arezu la empujaba por el borde de la azotea. Ni siquiera el choque había dejado muesca alguna en el muro de su memoria.

Por suerte.

—¿Todo bien?

Jule levantó la vista y parpadeó.

El abogado se difuminó ante sus ojos al igual que el chiringuito de la playa y el mar Caribe.

Percibió la brisa en la piel, oyó el rumor de las olas y sintió cómo un nudo dentro de su pecho se aflojaba.

—Sí, sé que son noticias impactantes —dijo Cliffer, que malinterpretó sus lágrimas.

El abogado pensó que ella acababa de heredar más de dos millones y medio de euros.

Pero en verdad eran más de dos millones y medio los motivos para echar infinitamente de menos a su padre.

Liam Cooper. 12.08 hora local (18.08, hora de Berlín)

31 días, 10 horas y 8 minutos

después del final de la noche del ocho

—Me gustaría hablar con Arezu Herzsprung.

—Un momento, por favor.

El médico jefe de la Clínica Parkum, el doctor Martin Roth, le pasó el auricular como le pedían. Por suerte era un hombre de pensamiento progresista y no tenía nada en contra del contacto telefónico con el exterior de su paciente en reclusión preventiva.

—¿Sí? ¿Quién es? —dijo al teléfono con voz débil Arezu tras una pausa que pareció durar una eternidad.

—Liam Cooper.

Ella suspiró primero; a continuación se rio sarcástica.

—¿Es así como te llamas ahora?

—Sí —dijo Ben y no pudo evitar echarse a reír también, lo cual le provocó un dolor considerable.

Hacía cuatro semanas ya, y los tornillos en los dos hombros seguían doliéndole como si lo hubieran crucificado ayer mismo.

No obstante, no iba a quejarse.

No en vano era un milagro que siguiera con vida. La bala y la caída habían acertado su vida, pero no habían terminado con ella. Y eso se lo debía nada menos que a Nikolai Vanderbilt, cuyo cuerpo amortiguó una gran parte de la

energía de deformación, al caer Ben primero sobre el tórax del otro y luego ir a parar a tierra.

—¿Cómo es que me llamas, Ben? Disculpa, Liam. Deberías ser más prudente. ¿Qué ocurre si esto llega a oídos de Oz?

Ben, que aún conservaba la sonrisa anterior, se entristeció.

«¡Ay, Arezu! —pensó—. Pobre, no lo sabes bien.»

Durante estas cuatro últimas semanas ella se había sometido a tres operaciones. La primera, unos pocos minutos tras la caída de Ben, después de que la policía la detuviera en la azotea y la condujera de inmediato al hospital para una intervención de emergencia de su fractura craneal. Cuando despertó de la anestesia recobró su identidad femenina otra vez y Oz desapareció. Según las notas del doctor Roth, ella soñaba de manera constante con él, pero no mantenía ningún contacto directo con su segundo yo. Y todavía seguía sin ser consciente del hecho de que ella compartía su cuerpo con al menos otra persona más.

«Todavía no.»

El doctor Roth era conocido por su manera, considerada pero exitosa, de conducir a sus pacientes hacia la luz de la verdad, por muy cruel que esta pudiera ser.

—¿Qué tal estás? —preguntó a Arezu.

La cálida brisa que le soplabla en la cara le recordó la noche en la azotea.

Aquella noche, los policías debieron tomarse algo de tiempo después del salto de Ben antes de penetrar en la residencia de estudiantes. Por lo menos medio minuto. Schwartz le había dicho que llegarían rápido, pero antes tuvieron que acordonar la calle con el cadáver de Dash. Cuando por fin se disponían a subir a la azotea, Ben y Nikolai les cayeron literalmente del cielo.

A Oz le quedó el tiempo suficiente para dar salida a una orden digital al servidor de la noche del ocho que había programado él mismo.

Probablemente marcó un número que puso en marcha un proceso automático que enviaba un correo electrónico de ganador al cazador exitoso de la noche del ocho con el nombre de la sociedad *offshore*, que de inmediato pasaba a ser propiedad de su receptor, junto con el número de cuenta de la empresa y la contraseña para la autorización de acceso.

Todo ello expedido a nombre de Benjamin Rühmann.

Ben no creía que Oz hubiera barajado la posibilidad de que el nominado pudiera matarse a sí mismo, pero un suicidio no contradecía las reglas de la noche del ocho. Para Oz, el juego parecía ser realmente el motivo de toda su acción. Todo el tiempo había hecho lo que estuviera en su mano para que se llevara a cabo y para que transcurriera según sus reglas. Quiso impedir que Jule y Ben lo desenmascararan como director del juego e incluso se vengó de Dash y de Nikolai, sobre quienes lanzó la jauría humana porque se habían permitido intervenir en su juego y manipularlo.

El mismo Oz se atenía por completo a las reglas que él mismo había establecido y, dado que Ben se había registrado como cazador y como presa, el importe del premio de la caza era entonces para él tras su suicidio. Mejor dicho, para sus herederas Jule y Jennifer.

—Oz sigue creyendo que te mataste —oyó decir a Arezu.

«Como todos los demás», pensó Ben.

Con la excepción de Martin Schwartz, a quien tenía que agradecer su nueva personalidad. El policía, que era todo un experto en lo relativo a la adopción de nuevas identidades, hizo que el equipo de médicos que lo operó fuera muy reducido. Posteriormente le proporcionó un pasaporte nuevo y algo de dinero, aunque no para ayudar a Ben a recuperar los millones de la noche del ocho, de los cuales Schwartz no estaba convencido de que existieran de verdad, sino porque de lo contrario, Ben no habría tenido ninguna posibilidad de seguir con vida.

Puede que saliera vivo de la noche del ocho, pero el individuo llamado Benjamin Rühmann había muerto.

Y es que aquellos rumores lo envolverían siempre y lo perseguirían durante toda la vida. El nombre de «Benjamin Rühmann» estaría para siempre relacionado con el asesinato, el homicidio y, con algo todavía peor, el maltrato y el abuso de menores. Y su intento de suicidio lo evaluó la opinión pública como una confesión clara de culpabilidad.

Cuando Schwartz le propuso la posibilidad de acogerse al programa de protección de víctimas, Ben no titubeó ni un segundo. La única alternativa habría sido volver a intentarlo desde la azotea del hospital.

Por este motivo aceptó también sin reservas el consejo de Schwartz de que no revelara su nueva identidad a nadie, ni siquiera a sus parientes más cercanos, si no quería ser descubierto.

Al menos no durante el primer mes. Ni siquiera a su padre, a quien por primera vez desde hacía muchísimo tiempo echaba de menos en su vida. En una ocasión se pilló Ben a sí mismo tratando de recordar su número de teléfono, simplemente para llamarlo una vez desde un móvil desconocido y con suerte oír su «¿hola?» gruñón.

Sin embargo, si no colgaba y Ben acababa revelando su identidad y alguien se enteraba de la historia y al final incluso llegaba a averiguarlo la prensa, por todas esas razones el riesgo era en ese momento demasiado grande. Y Ben comprendió con rapidez que por el momento tenía muchísimo más valor muerto que vivo. Por encima de todo, para su propia familia.

—Solo llamo para despedirme definitivamente —le dijo a Arezu.

Ella era la única persona que no llamaría la atención de nadie si contaba que había hablado con un muerto. El médico que la trataba, el doctor Roth, suponía que conversaba con un buen amigo de los tiempos de la escuela. El

psiquiatra consideraba terapéutico que su paciente intercambiara unas palabras con alguien que conocía la historia de su acoso.

—Es amable de tu parte —dijo Arezu—. Y, de alguna manera, también es triste. Pero tienes razón. Oz no debe averiguar nunca que sigues vivo. Ya sabes cómo se pone cuando alguien infringe las reglas del juego. Intentaría recuperar el dinero. Y muy probablemente volvería a poner tu nombre en la lista del año que viene.

—¿Del año que viene?

Ben sintió un escalofrío.

—¿Crees que ese loco va a parar alguna vez? —preguntó Arezu—. El programa funciona solo, sin ninguna intervención externa. Oz me lo explicó una vez hace ya mucho tiempo, pero yo no lo entendí demasiado. Ya sabes que a mí no me va tanto la tecnología. Pero él me dijo que cada año saldrá elegido un nuevo nocheocho de forma completamente automática. Y entonces volverá a comenzar de cero la locura.

—Me parece que eso es un burdo rumor —dijo Ben sin estar muy convencido de lo que estaba diciendo.

—Y los dos sabemos lo mortales que pueden llegar a ser los rumores —replicó Arezu.

Tras una larga pausa en la que ambos solo se oyeron respirar, Ben se despidió.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó ella antes de colgar.

—Todavía no lo sé —respondió él con sinceridad.

Tras cortar la comunicación, él mantuvo un buen rato el teléfono en el regazo, con la mirada ensimismada dirigida a la pantalla ahora negra.

«¿Y ahora qué hago?»

Oyó reír a una niña, contenta por el helado que le había comprado su madre. La mirada de Ben vagó por la playa y cruzó con la mirada el aire parpadeante

hasta alcanzar el chiringuito con el ventilador vago. Y más allá, hasta Jule y Jenny, que estaban dando la mano en esos momentos a un abogado zalamero y que daban la impresión de haberse quedado estupefactas ante ese tipo.

Ben no sabía cómo iba a reaccionar si ahora ellas se levantaban y volvían en dirección al coche de alquiler aparcado en el paseo marítimo. Allí donde estaba sentado él, a la sombra de una parada de autobús cuyo tejado de chapa ondulada parecía intensificar de manera agradable el rumor del mar.

¿Debía poner los pies en polvorosa y dejarlas solas con aquel dinero del cual él no quería nada y con el buen recuerdo de haber tomado una decisión propia, correcta, aunque hubiera sido únicamente en los últimos segundos de su vida? O...

Ben oyó cómo rompía una ola alta en la playa, algo que no era habitual en aquella bahía resguardada. Olió la sal de la brisa y el olor de la leche solar que se había untado en la frente, y tomó una decisión.

Le costó más de lo que él creía porque le temblaban los brazos y porque los hombros querían obligarlo a desistir desde el principio.

Pero entonces vio la cara de Jule. Y las lágrimas que destellaban en sus mejillas como estrellitas, al igual que en los ojos de Jenny, cuya barriguita se curvaba tan maravillosamente.

Y con cada metro recorrido en la silla de ruedas a la que iba a estar encadenado el resto de su vida, mientras recorría el estrecho sendero de tablones en dirección al chiringuito de la playa, fue creciendo en él la certeza de que estaba en la senda correcta.

Ojalá.

Por fin.

Nota del autor

En el mes de junio de 2013 estaba sentado con mi mujer en el cine Alhambra del barrio berlinés de Wedding. Es la sala más próximo al Hospital de la Charité, donde nuestro pequeño Félix estaba luchando por su vida en la sección de neonatología. No se preocupen, ahora se encuentra muy bien, se ha desarrollado magníficamente y con apenas cuatro años ya está mejor dotado para las manualidades que su papá. Pero, por aquel entonces, nacido con once semanas de antelación, pesaba menos que un tetrabrik de leche y estaba conectado a nueve vías a través de las cuales le administraban anticoagulantes, antihipertensivos, morfina y antibióticos. Lo que necesitas cuando tienes al mismo tiempo una trombosis de la vena renal y una infección intestinal.

Las enfermeras y los médicos nos propusieron que eligiéramos entre seguir mirando fija e ininterrumpidamente los monitores que documentaban las constantes vitales de Félix, o concedernos una pausa para liberar nuestras cabezas durante dos horas y distraernos. Para encontrar la calma necesaria que necesitas cuando quieres dar a esa personita llena de tubos y de cables el urgente calor hogareño, como sacarla de la incubadora y llevártela al pecho, por ejemplo.

Nos decidimos por la alternativa de la distracción y fuimos a ver la sesión golfa de *The Purge: La noche de las bestias*.

Seguramente hay personas que se formulan la pregunta de por qué elegimos una película de terror cuando nosotros estábamos viviendo nuestra propia historia privada de este género. Es probable que esas personas lean pocos thrillers. Tengo la profunda convicción de que utilizamos las películas y los

libros de suspense como pararrayos que nos dan la posibilidad de procesar, en un ambiente exento de miedos, nuestras angustias y preocupaciones acumuladas.

En todo caso, a mi esposa y a mí nos ayudó ir al cine. (Tanto, que al día siguiente fuimos a ver *Guerra Mundial Z*.) Durante un breve tiempo nos encontramos en otro mundo, en el futuro, donde durante un día estaba permitido cometer cualquier delito en Estados Unidos, incluido el asesinato, para que el pueblo americano quedara después «purificado» y pudiera convivir un año entero en paz. No es ningún secreto que toda obra creativa se construye sobre otra. Los cineastas, los músicos y los autores no crean de la nada, sino que reciben la inspiración y la motivación a partir de las obras de los demás. Al menos eso es lo que ocurrió conmigo, pues ya al aparecer los títulos de crédito en la pantalla pensé que ese genial estreno cinematográfico (cuya segunda parte, por cierto, me parece aún mejor) podría encontrar adeptos en la realidad de hoy en día y no en la de dentro de veinte o de treinta años.

Eso me llevó a una reflexión consecuente: la idea utópica de un «todos contra todos» en el futuro era fascinante; pero a mí me interesaba más la idea realista del «todos contra uno» en el presente.

Y así me planteé la cuestión de si en la actualidad, si en el aquí y ahora, tuviera que nominar a una sola persona para que durante una noche estuviera fuera de la ley: ¿a quién elegiría yo?

¿Qué piensa? ¿Daría el nombre de alguien para esa lotería de la muerte? ¿Y cómo reaccionaría si usted misma fuera la persona elegida? ¿Sabría decir quién le echaría una mano? ¿En quién podría confiar sin reservas que no lo delataría por la inimaginable suma de diez millones de euros? ¿O a quién asesinaría en persona?

La respuesta de mi nominación para la noche del ocho es muy aburrida,

porque de verdad que no deseo nada malo a ningún miembro de mi círculo de amistades; ni siquiera a ese vecino mío que quiere continuamente llamar a la policía solo porque alguien se ha salido un milímetro del sitio al aparcar. Aunque, pensándolo bien...

En cambio, si hubiera una lotería para repartir medallas, en los primeros puestos de la lista de Benefitzek estarían con toda seguridad las lectoras y los lectores, a quienes debo mi mayor agradecimiento: ¡En primer lugar gracias a _____ ! (¡Escriba aquí su propio nombre!)

Además de las lectoras y de los lectores, sin los cuales un libro sería un montón absurdo de páginas impresas, inclino mi cabeza, que se está volviendo cada vez más rala (a mi esposa Sandra le siguen ofreciendo pañuelos en las farmacias como regalos publicitarios; ¡a mí, muestras de champú crecepele!) inclino mi cabeza, decía, ante mis dos lectoras Regine Weisbrod y Carolin Graehl. Qué bien que esta vez apenas me hicierais comentarios inteligentes e importantes sobre el primer borrador. Tan solo fueron unos meros doscientos.

Doy las gracias a los trabajadores y trabajadoras de la editorial Droemer Knaur: en primer lugar, a su gran jefe Hans-Peter Übleis, que se cuidó de que yo dispusiera de un régimen abierto una vez al día en el patio de la editorial. Y le agradezco también que no me apretara en exceso los grilletos. Lo único que fue una lástima es que descolgaras aquella foto en la que veía una ventana con buenas vistas. Nosotros, yo y mis 147 colegas escritores, la echamos mucho de menos en nuestros bancos de trabajo aquí abajo, en el sótano de la calle Hilble. Además de a Hans-Peter, quiero darles las gracias a los siguientes confidentes (¡ejem!, quería decir colegas de la editorial Droemer): Josef Röckl, Bernhard Fetsch, Steffen Haselbach, Katharina Ilgen, Monika Neudeck,

Patricia Kessler, Beate Riedel, Liesa Arendt, Jochen Kunstmann, Hanna Pfaffenwimmer, Sibylle Dietzel, Renate Abrasch y Helmut Henkensiefken.

A mi gestora, Manuela Raschke, la llamé en una ocasión «mi cerebro», y no tengo muy claro si ella lo considera ahora una ofensa, ya que la pregunta más habitual en las presentaciones de mis libros es: ¿tiene usted algún problema mental, señor Fitzek? Manu, ¿qué sería yo sin ti? Y sin el resto de la familia (ampliada, incluidos Karl y Sally), Barbara Herrmann, Achim Behrend, Jörn «Stolli» Stollmann, Ela y Micha.

Sí, yo mismo soy el que contesta los correos electrónicos que me llegan a la dirección fitzek@sebastianfitzek.de (por eso a veces tardo tanto en responder y por eso me salto algunos con frecuencia, lo siento); y sí, soy yo también quien escribe en las redes sociales, pero hay suficientes tareas técnicas y de administración, muy aburridas, que con suma alegría pongo en manos de algunas personas más duchas, entre ellas mi suegra Petra Rode y su hija Sandra, quien, por cierto, es mi esposa favorita. (¡Sí, también sé lanzar piropos! ¿Eh?)

Doy las gracias a mi prelector privado más importante, Franz Xaver Riebel, cuyo apellido escribí erróneamente como «Riedel» en los agradecimientos de mi último libro. No volverá a suceder, Fritz.

A propósito: quiero darles las gracias a Fritz, Max y al club del koljós al completo, incluidos Karl y por supuesto a Jo (Mark Forster) Megow. Me entusiasma más en el verdadero sentido de la palabra.

A Sabrina Rabow, mi relaciones públicas personal, le agradezco, además de su excelente trabajo, el hecho de que haya logrado mantener apartada hasta el momento a la prensa de todos mis sucios escándalos. (Es una BROMA, Sabrina. No hay nada. Lo juro. Aunque...)

Todo autor necesita un «equipo A». Yo poseo incluso un «equipo AVA», dirigido por el mejor agente literario del globo (y con esto no me refiero a la

cadena de supermercados Globus): Roman Hocke. Lo apoyan Claudia von Hornstein, Gudrun Strutzenberger, Cornelia Petersen-Laux, Lisa Blenninger y Markus Michalek.

Doy las gracias a Christian Meyer, del servicio de seguridad C & M Sicherheit, cuyo nombre debería aparecer en el libro Guinness de los récords por ser la persona que más veces ha participado en las presentaciones de libros de Fitzek por todo el mundo sin haber leído uno solo de mis libros.

Y a las siguientes personas les debo algo: a Arno Müller, Thomas Koschwitz, Jochen Trus, Stephan Schmitter, Michael Treutler, Simon Jäger, Ender Thiele, Zsolt Bács. Espero que no me vengáis ahora a dar la lata con el dinero, con los daños en la chapa de vuestro coche y otras menudencias por el estilo, ¿eh? ¡Ahora figuráis en la página de los agradecimientos, así que estamos en paz!

En este contexto también quiero darles las gracias a Thomas Zorbach y a Marcus Meier, especialmente por su soporte técnico. Para aquellos errores que no puedan disculparse por alguna licencia artística, esos señores pagarán con agrado con sus cabezas.

Esto vale también para mi hermano Clemens y para Sabine, su maravillosa esposa: os cambiasteis de número de teléfono y os mudasteis a otra ciudad, pero, aun así, di con vosotros porque teníais que asesorarme sobre cuestiones médicas: ¡mil gracias!

Y como siempre, de colofón junto con las lectoras y los lectores, los verdaderamente indispensables: gracias a todos los libreros y librerías y a todos los trabajadores y trabajadoras de las bibliotecas.

Nos vemos, nos leemos o nos oímos. ¡Espero que no se tome esto como una amenaza!

Con todo el cariño.

Suyo,
SEBASTIAN FITZEK

Berlín, Nochevieja de 2016
Sin ruido de petardos. Otra de las ventajas
de estar aquí abajo, en el sótano.

La nueva novela del autor más vendido en Alemania



El día ocho del mes ocho a las ocho de la tarde.

Tienes ochenta millones de enemigos.

¿Sobrevivirás a la octava noche?

Es el momento de la lotería de la muerte. Cada uno de los participantes ha escrito un nombre en un papel pero solo uno será el elegido en el sorteo. Esa noche, el ganador no estará protegido por la ley: todo el mundo puede matarlo sin temer ningún tipo de castigo y, además, el asesino obtendrá una recompensa de diez millones de euros. No es un juego, es un peligroso experimento. ¿Serás capaz de controlarlo? Imagina que tu nombre es el escogido.

«Un emocionante thriller sobre un experimento psicológico del que se ha perdido el control.»

Bild am Sonntag

«¿Amoral? Absolutamente emocionante.»

Freie Presse

Sebastian Fitzek (1971) estudió Derecho. Antes de dedicarse a la escritura, trabajó como periodista, editor y director de programación para varias emisoras de radio. También ha desarrollado programas de televisión, y actualmente es socio de una de las más importantes consultorías alemanas para la industria radiofónica.

Título original: *Achtnacht*

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2017, Verlagsgruppe Dromer Knauer GmbH & Co. KG, Múnich, Alemania

www.sebastianfitzek.com

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Este título ha sido publicado por acuerdo con AVA International GmbH, Alemania

www.ava-international.de

Representado en España por Bookbank, s.l., Agencia Literaria

© 2019, Jorge Seca Gil, por la traducción

Diseño de portada: ZERO Werbeagentur, Munich

Imagen de portada: FinePic / shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6640-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] No crea a nadie que le prometa la verdad antes de contarle su historia.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La noche del ocho

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre Sebastian Fitzek

Créditos

Notas